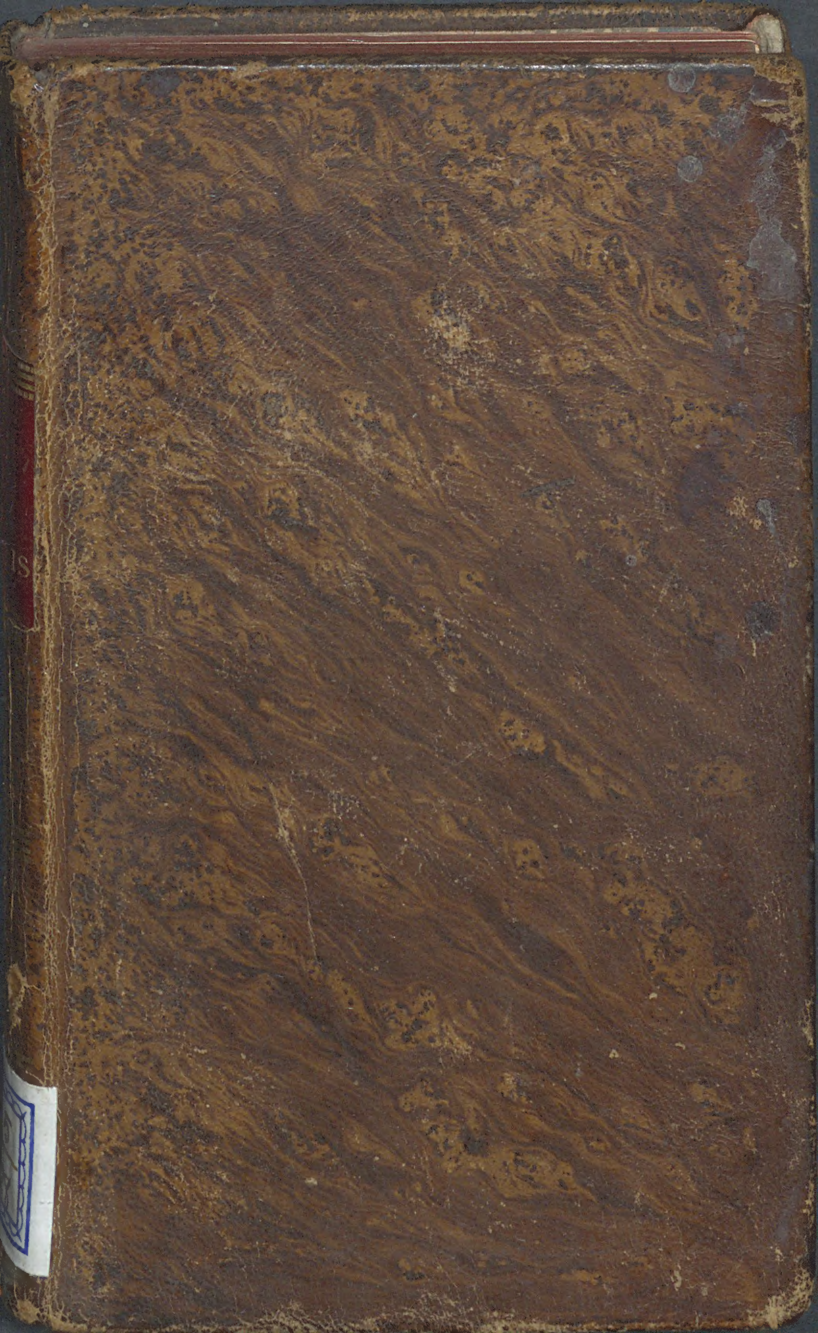


COMPENDIO

DEL VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS.

TOMO I.

BARCELONA: EN LA LIBRERÍA DE OLÍVA,
JUNTO Á LA PLAZA DE SANTA MARIA.

COMPENDIO

DEL VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS

Á LA GRECIA.

Por Juan Santiago Bartelemi.

*ESTRACTADO POR ANT. C.***

Traducido del Frances y aumentado

Por J. March.

TOMO PRIMERO.

GERONA: Diciembre 1830.

EN LA OFICINA DE A. OLÍVA, IMPRESOR DE S. M.

Con las licencias necesarias.



PRÓLOGO DEL EDITOR.

Aunque es bien conocido entre nosotros el singular mérito de la obra titulada Viage del joven Anacarsis á la Grecia, *cuya excelente traduccion en castellano se publicó en Madrid en el año 1814, era de desear que se removiesen dos inconvenientes, que privaban de la posesion de ella, y de su interesante lectura á muchas personas amantes del conocimiento de la historia: á los unos la imposibilidad de adquirir la obra, atendido su costoso precio, por ser muy voluminosa, y á los otros, en particular á la juventud naturalmente poco reflexiva, el encontrarla á su entender difusa, sin embargo de que nada tiene que sea superfluo, ni prolijo.*

Con el fin de vencer estos obstáculos, facilitando y propagando el conocimiento de una obra tan apreciada, que hace mirar como inconpleta en la parte histórica la biblioteca en que no se halle, se juzgó acertado publicar en nuestro idioma este

compendio, lisonjeandose el editor con la grata idea de que hacia así un servicio á sus compatriotas.

Sin perder de vista la grande obra con que hizo inmortal su nombre, Juan Santiago Barthelemi, *al traducir el compendio de ella se han salvado cuidadosamente algunas equivocaciones, en que incurrió el autor del mismo, y ademas se han añadido algunos pasages interesantes del original, mejorando de este modo el presente compendio.*

Conservando pues el espíritu del Viage del Joven Anacarsis, *aunque reducidos á dos tomos los siete de que consta la obra principal, bajo un método conciso podrá adquirir facilmente la juventud, y toda clase de personas, las noticias mas útiles y precisas de la historia de la Grecia; de aquella region la mas célebre del orbe, que fué, digámoslo así, un modelo de usos y costumbres, de valor y de virtudes, de ciencias y leyes, para todas las naciones cultas.*

INTRODUCCION.

Los primeros habitantes de la Grecia, segun antiguas tradiciones, solo tenian por morada grutas profundas, de las cuales salian unicamente para disputar á las bestias los alimentos mas groseros, y algunas veces nocivos. Capitaneados despues por caudillos audaces, aumentaron sus luces, y por consecuencia sus necesidades y sus males, al paso que la fuerza constituia todo su derecho. Arribaron á las costas de la Argólida algunos legisladores egipcios, que se propusieron civilizar á aquellos pueblos salvages, los cuales salieron á su encuentro y asi consiguieron pasar sus dias en un estado de inocencia y tranquilidad, que dieron el nombre de edad de oro á aquellos siglos remotos.

Aconteció esta revolucion bajo Ínaco, quien condujo la primera colonia egipcia, 1970 años antes de J. C. y continuando la empresa su hijo Foronéo, cambiaron en breve de faz la Argólida, la Arcádia y los paises vecinos. Cerca de tres siglos despues llegaron Cecrops, Cadmo y Dánao, el primero á la Ática, el segundo á la Beócia, y el tercero á la Argólida; llevando consigo nuevas colonias de egipcios y de fenícios. La industria y las artes traspasaron los

límites del Peloponeso, y sus progresos añadieron, digámoslo así, nuevos pueblos al genero humano.

El reinado de Foronéo es la época mas antigua de la historia de Grecia, y el de Cecrops de la historia de los atenienses. Desde este último príncipe hasta al fin de la guerra del Peloponeso, transcurrieron cerca de 1250 años, que se dividen en dos intervalos: el uno termina en la primera olimpíada (776 años antes de J. C.) y el otro en la toma de Atenas por los lacedemonios (año 404). De los cuales van á referirse los principales acontecimientos.

PRIMERA PARTE.

La colonia de Cecrops era oriunda de la Ciudad de Sais en Egipto. Dejó las fértiles orillas del Nilo para evadirse de la ley de un vencedor, y despues de una larga navegacion arrivó á las costas del Ática, habitadas siempre por un pueblo, que tuvieron á menos domarle las naciones feróces de la Grecia; pero Cecrops poniéndose al frente de ellos se propuso hacer feliz la patria, que acababa de adoptar entonces. Los egipcios y los habitantes del Ática formaron en breve un solo pueblo, y sometidos á leyes sabias, orígen de virtudes y placeres inocentes, pasaron muy pronto del estado salvage á la civilizacion. Los primeros griegos ofrecian sus homenages á Dioses, cuyos

nombres ignoraban; mas las colonias estrangeras dieron á estas divinidades los nombres que tenian en Egipto, en Líbia y en Fenicia, atribuyendo á cada una un poder limitado, y unas funciones privativas. La ciudad de Argos fué consagrada especialmente á Juno, la de Atenas á Minerva, y la de Tebas á Baco. Multiplicando Cecrops los objetos de veneracion pública invocó al Soberano de los Dioses, bajo el título de todo-poderoso, y erigió templos y altares en todas partes; pero prohibió que se derramase en ellos la sangre de las víctimas, ya para conservar los animales útiles para la agricultura, y ya para inspirar á sus súbditos el horror de las bárbaras escenas representadas en la Arcádia. El homenage que Cecrops ofreció á sus Dioses era mas digno de la bondad de aquel legislador, pues se reducia á espigas ó granos, primicias de las mieses que enriquecian el Ática, y tortas tributo de la industria, que empezaban á conocer sus habitantes.

Todos los reglamentos de Cecrops respiraban sabiduria y humanidad, brillando particularmente estas virtudes en el tribunal del Areopago, que parece fué fundado á fines del reinado de aquel príncipe, ó al empezar el de su sucesor. Jamas se pronunció en él desde su orígen un fallo injusto, contribuyendo á dar con esto á los griegos las primeras nociones de la justicia. Fueron tan rápidos los efectos

de esta sabia legislacion, que la Ática se vió muy pronto poblada de veinte mil habitantes, los cuales fueron divididos en tres tribus. Estos progresos llamaron la atencion de los pueblos, que solo vivian de rapiña, y á fin de poner Cecrops los pueblos á cubierto de los corsarios que talaban sus campos, y esparcian el temor entre aquellos habitantes, les persuadió á que reuniesen sus moradas, esparcidas hasta entonces, y que las guareciesen con un recinto de muros. Puso los cimientos de Atenas en la colina donde hoy se ve su Ciudadela, y edificáronse otras ciudades en diferentes sitios.

Murió Cecrops despues de un reinado de cincuenta años, y durante el transcurso de 565 le sucedieron diez y siete príncipes, siendo Codro el último de ellos. Bajo el reinado de Cranao inmediato sucesor de Cecrops, penetraron en Beócia las luces de oriente: Cadmo á la cabeza de una Colónia de fenícios introdujo la escritura, arte el mas sublime, y de allí á poco tiempo se transmitió al Ática. En el reinado de Eritonio fueron uncidos al carro por primera vez los caballos ya dóciles al freno, y aprovechándose de las útiles tareas de las abejas, se perpetuó la raza de estos industriosos insectos en el monte Himeta. Hizo nuevos progresos la agricultura en tiempo de Pandion, y Erectéo sucesor suyo ilustró su reinado con útiles establecimientos, por lo cual

los atenienses le erigieron un templo despues de su muerte.

A proporcion que el reino de Atenas se fortificaba con las leyes y las artes, veíanse aumentar insensiblemente y continuar su revolucion sobre la escena del mundo los de Argos, Arcádia, Lacedemonia, Corinto, Sicione, Tebas, Tesalia, y Epiro.

En tanto la antigua barbarie volvia á aparecer con desprecio de las leyes y las costumbres, levantándose de cuando en cuando hombres fuertes y feróces, que atemorizaban á los pueblos con sus latrocinios, ó príncipes crueles que atormentaban á súbditos inocentes con lentos y dolorosos suplicios; pero la naturaleza, que hace contrapeso al mal con el bien, produjo para destruirlos otros hombres mas robustos que aquellos, y mas poderosos y justos que los demas; los cuales libertaron la Grecia de tan terribles calamidades; y entonces dió principio el imperio de aquellos héroes de la antigüedad, que afearon su vida maravillosa con manchas vergonzosas.

Muchos de estos, bajo el nombre de Argonautas, concibieron el proyecto de pasar á un clima lejano para apoderarse de los tesoros de Etas rey de Colchos, y llevaron á cabo su empresa arrostrando los peligros de una larga navegacion por mares desconocidos. Entre aquellos heroes se hallaba Jason, que sedujo y arrebató á Medéa hija de Etas; Castor y Po-

lux hijos de Tíndaro rey de Esparta, Peléo rey de la Feocia, y padre de Aquiles, que le excedió en valor; el poeta Orféo, y ultimamente Hércules, mortal el mas ilustre. Este héroe tan célebre en la historia, descendia de los reyes de Argos: y se dice que era hijo de Júpiter y de Almena esposa de Amfitrion; que venció al leon de Neméa, al toro de Creta, al jabalí de Erimanto, á la hidra de Lerna, y á algunos monstruos aun mas feroces: á Busiris rey de Egipto, que por su propia mano quitaba la vida á los estrangeros; á Antéo de Libia, que les daba muerte despues de vencerlos en la lucha; á los gigantes de Sicilia, los Centauros de Tesália, y todos los bandidos de la tierra, cuyos límites fijó por occidente, así como lo hizo Baco por la parte oriental. Añaden que separó montañas, y abrió estrechos para reunir los mares, y que mediante su poder triunfaron los Dioses en la batalla con los gigantes. Su historia es un ensarte de prodigios, ó mas bien la historia de todos cuantos han tenido su nombre, y sufrido iguales trabajos. Exagerando sus hazañas, y atribuyéndolas todas á un solo hombre, se le han atribuido tambien todas las grandes empresas, cuyos autores se ignoraban; se le ha ensalzado en fin hasta quererle hacer superior á la especie humana, cuando solo es una fantasma de grandeza elevada entre el cielo y la tierra, como para llenar su intervalo.

Otro de los héroes, fué Teséo hijo de Egéo rey de Atenas, y de Etra hija del sabio Pitéo, que gobernaba en Trezena. Venció al cruel Sinnis, que ataba los vencidos á las ramas de los árboles, que corbaba con esfuerzo, y que se enderezaban cargadas con los miembros ensangrentados de aquellos infelices: á Escirron que precipitaba los viageros al mar desde una alta montaña, y á Procusto que los tendia en un catre de fierro, cuya longitud debia ser exacta con la de sus cuerpos, y la acortaba, ó prolongaba dándoles horrorosos tormentos. A todos estos bandidos les hizo morir en los mismos suplicios que ellos inventaron. Deshizo la faccion de los palantidas, que querian usurpar el trono á su padre: marchó luego á los campos de Maraton, asolados muchos años hacia por un furioso toro; le domó y presentóle encadenado ante los atenienses, no menos absortos de la victoria, que espantados del combate.

Minos rey de Creta acusó á los atenienses de haber dado muerte á su hijo Androgéo, y obligóles á la fuerza á entregarle en ciertos plazos un número de mancebos y doncellas, que debian ser encerrados en el laberinto de Creta, y entregados á la voracidad del Minotauro, monstruo medio hombre y medio toro, nacido de los amores infames de Pasifae reina de Creta. Toma Teséo á su cargo la ardua empresa de libertar á su afligida patria de

aquel tributo vergonzoso, y poniéndose en el número de las víctimas se embarca para Creta. Apenas llega al terrible laberinto, mata al monstruo, y sale del encierro con sus jovenes compatriotas, favorecido por Ariadne hija del rey, la cual le dió un hilo, que le sirvió de guia para salir del laberinto. Siguiole la princesa, y esperimentó despues el dolor de verse abandonada por él en las playas de Naxos. Tal es la relacion de los atenienses acerca de estos hechos. Los cretenses dicen al contrario, que los rehenes estaban destinados á los vencedores en los juegos celebrados en honor de Androgéo; que Teséo obtuvo permiso para entrar en lid, que venció á Tauro, general de las tropas de Minos, y que el príncipe fué tan generoso, que hizo justicia á su valor, y perdonó á los atenienses.

Apenas subió este héroe al trono de su padre Egéo, cambió la faz del gobierno de los atenienses convirtiéndose en democrático. Las doce ciudades, ó pueblos del Ática no tuvieron ya magistrados particulares. Atenas se hizo metrópoli, y centro del estado, y el poder legislativo unicamente residió desde entonces en la asamblea general de la nacion, compuesta de los nobles, agricultores, y artesanos. Instituyose al mismo tiempo, que Teséo á la cabeza de la república haria ejecutar las leyes, y tendria el mando supremo del egército.

Despues de haber dado Teséo la libertad á su patria, y ensanchado los límites del estado, se cansó de los pacíficos homenages de sus conciudadanos, y contrajo amistad íntima con Hércules y Piritoo, anhelante como ellos de acometer empresas célebres. Triunfó de las Amazonas en las orillas del Termodon, y en las llanuras del Ática; concurrió á la caza del enorme javalí de Calidon, y se distinguió contra los Centauros de Tesalia, aquellos hombres audaces, los primeros que se egercitaron en los combates á caballo.

En medio de tantas acciones gloriosas, resolvió de acuerdo con Piritoo el robo de Elena princesa de Esparta, y de Proserpina hija del rey de los molocos. Solo pudieron ejecutar este vergonzoso proyecto en cuanto á la primera; pero despues de haberse fugado con ella de Lacedemonia, fueron detenidos en Epíro, cuyo rey hizo que devorasen á Piritoo unos perros horribles, y que encerrasen á Teséo en una prision, de que fué libertado por Hércules.

Cuando Teséo regresó á sus estados encontró á su familia cubierta de oprobio por la infame pasion, que Fedra su esposa tenia á Hipólito, cuyo hijo tuvo el de Antíope reina de las Amazonas. Para complemento de su pena, encontró la ciudad en anarquia por la faccion de los palantidas, y el territorio del Ática asolado por Castor y Polux hermanos

de Helena. Siendo ya para los atenienses un objeto de odio y de desprecio, quiso hacer uso de la fuerza para hacerse obedecer; pero este medio no tuvo el éxito que deseaba, y entonces se acogió á la proteccion del rey Licomedo en la isla de Sciros, donde pereció poco despues; bien por accidente, ó bien por la traicion de aquel príncipe amigo de Nestéo sucesor suyo. Muchos siglos despues, Cimon hijo de Milcíades trasladó los huesos de Teséo á los muros de Atenas, y habiendo construido sobre su sepulcro un templo embellecido por las artes, llegó á ser aquel punto un asilo de los desgraciados

EDIPO.

Cadmo arrojado del trono que habia elevado, Polidoro despedazado por las bacantes, y Labdaco arrebatado por una muerte temprana, sin dejar mas que un hijo en la cuna y rodeado de enemigos; tal habia sido desde su orígen la suerte de la familia real de Tebas, cuando Layo hijo y sucesor de Labdaco se casó con Jocasta hija de Menecéo. Apenas fué celebrado este enlace, cuando un oráculo predijo, que el hijo que naciese de él, seria el asesino de su padre, y el esposo de su madre. Nació efectivamente este hijo, y sus padres le condenaron á ser presa de las fieras, dejándole abandonado en una selva; pero habiéndole encontrado un pastor le recogió, y

presentóle á la reina de Corinto, que le crió en su palacio bajo el nombre de Edipo, adoptándole por hijo. Siendo ya joven salió un dia de Corinto, y tomó el camino de la Fócida; encontró en un sendero un viejo que le mandó con altaneria que se apartase, y quiso obligarle á ello á la fuerza. Entonces Edipo se arrojó sobre el viejo, que era Layo, y le quitó la vida.

Despues de este funesto accidente, la mano de Jocasta, y el reino de Tebas fueron prometidos al que libertase á los tebanos de los salteamientos y horrores de Esfinge, hija natural de Layo, que unida á unos malhechores asolaba el pais, detenia á los viageros haciéndoles preguntas capciosas y enigmáticas, y los estraviaba en lo intrincado del monte Ficéo, para entregarlos á sus pérfidos compañeros. Edipo adivinó sus enigmas, dispersó y quitó la vida á los facinerosos; Esfinge despechada se dió muerte estrellándose contra una roca, y el vencedor se casó con la viuda de Layo.

No tardaron en reconocerse ambos esposos. Jocasta horrorizada terminó sus dias dándose muerte violenta. Edipo, segun algunos autores, se sacó los ojos, y fué á morir al Ática, y segun otros, contrajo segundas nupcias, y tuvo por hijos á Etéocles, Polinice, Antígono é Ismenia.

PRIMERA Y SEGUNDA GUERRA DE TEBAS.

(Año 1329 antes de J. C.) Apenas tuvieron edad para reinar Etéocles y Polinice, cuando cerraron á su padre en lo interior de su palacio, y convinieron en reinar alternativamente, gobernando cada cual un año si y otro no. Subió Etéocles el primero al trono, y reusó dejarle, por lo cual se acogió Polinice á la proteccion de Adrasto rey de Argos, que le ofreció poderosos socorros.

Dividió Adrasto con Polinice el mando del egército, á cuya cabeza estaba el bravo Tidéo, el impetuoso Capanéo, el adivino Amfiarao, Hipomedon; y Parténope.

Todos estos generales instituyeron los juegos neméos al pasar por el bosque de Neméa. Al acercarse á Tebas, las tropas de Etéocles se encerraron en los muros; el sitio de la ciudad fué largo, y en él perecieron un gran número de guerreros de ambas partes. Acababa de ser precipitado Capanéo de lo alto de una escala, asaltando el muro, cuando Etéocles y Polinice resolvieron terminar su querella en un combate particular. Señalaron dia y sitio, y acometiéronse los dos príncipes en presencia de ambos egércitos, hasta que los dos cayeron muertos acribillados de heridas, y fueron conducidos por sus soldados á una misma hoguera.

Despues de sus funerales continuó defen-

diéndose con éxito la ciudad de Tebas, mandada por Creon, hermano de Jocasta, y tutor del joven Laodamas, hijo de Etéocles, hasta que al fin terminó aquel sitio mortífero con una salida aun mas desastrosa, en que los tebanos dieron muerte á Tidéo, y á la mayor parte de los generales argivo s. Obligado, pues, Adrasto á levantar el sitio se retiró á su reino, sin haber podido honrar con los funerales á los guerreros, que quedaron en el campo de batalla.

(Año 1319 antes de J. C.) Algunos años despues, los jóvenes príncipes, hijos de los generales Argivos, resolvieron vengar á sus padres. Entre ellos se distinguieron Diomédes y Estenelo, el primero hijo de Tidéo, y el segundo de Capanéo. Quedaron los tebanos derrotados en una famosa batalla, y abandonaron la ciudad, que fué entregada al saquéo.

GUERRA DE TROYA.

Páris hijo de Príamo, rey de Troya, ciudad, situada al pie del monte Ida, en la costa del Asia, á la parte opuesta de la Grecia, pasó á la corte de Menelao rey de Esparta, donde la belleza de Helena, muger de este príncipe, llamaba la atencion de todos. Sedujo á esta Princesa, que abandonó esposo y trono, por seguirle, y á la nueva de este atentado, por el cual el ultrajado esposo pidió en vano satisfaccion al rey Príamo, los príncipes griegos indigna-

dos resolvieron vengarse de un modo ruidoso. Reúnense pues en Micenas, reconocen á Agamenon, el mas poderoso de todos ellos, por gefe de la empresa, y juran reducir á cenizas la ciudad de Ilion. Entre ellos se hallaba el viejo y elocuente Nestor rey de Pilos; el artificioso Ulises, rey de Ítaca; Ayax de Salamina; Diomédes de Argos; Idomenéo de Creta; Aquiles hijo de Peléo; y una multitud de jóvenes y fogosos guerreros. Despues de largos, costosos, y formidables preparativos, el egército, que se componia de cerca de cien mil hombres, se reunió en el puerto de Aulida, y embarcado en mil doscientas naves pasó á las costas de la Troadia.

La ciudad de Troya, fortificada con murallas y torres, estaba ademas defendida por un egército numeroso, mandado por Hector, hijo de Príamo, el cual tenia bajo sus órdenes varios príncipes aliados, que juntaron sus tropas á las de los troyanos. Los griegos rechazaron á sus enemigos reunidos en la costa, y atrincheraron luego su campo, en el cual se encerraron.

Ambos egércitos midieron de nuevo sus fuerzas, y siendo el éxito dudoso en varios combates, se entrevió que el sitio duraria largo tiempo.

Entre la ciudad de Troya, y la costa que ocupaban las tiendas, y las naves de los griegos, se estendia una vasta llanura, teatro del valor

y la ferocidad de sitiados y sitiadores. Troyanos y griegos armados de picas, mazas y espadas, de flechas y venablos, cubiertos de cascos, de corazas y de broqueles, con las filas cerradas, y los generales al frente, se avanzaban unos contra otros, alzando los primeros grandes gritos, y guardando los segundos un silencio imponente. Embestíanse las tropas, y se rompian las falanges con grande confusion y estrépito; la noche separaba á los combatientes, y la victoria costaba mucha sangre, sin que produjese fruto alguno. Al dia siguiente la llama de las hogueras devoraba á los que la muerte habia segado; honraban su memoria con lágrimas y juegos fúnebres, y apenas espiraba la tregua volvian de nuevo á la pelea con mas furor que antes.

Jamas fueron tan comunes las asociaciones de armas y sentimientos como durante la guerra de Troya. Aquiles y Patroclo, Ayax y Teuro, Diomédes y Esténelo, Idomenéo y Merion; otros muchos héroes, en fin, dignos de seguir las huellas de aquellos, combatian frecuentemente el uno al lado del otro, y arrojándose al combate participaban así de los peligros, y de la gloria.

Todo el mundo tenia fija su atencion en los campos de Troya, y todos los príncipes, uno en pos de otro, se apresuraban á ir á señalarse en aquella carrera abierta á la fama de las naciones (año 1282 antes de J. C.). En

fin, despues de diez años de resistencia, despues de haber perdido la flor de sus guerreros, cayó la ciudad, vencida por los esfuerzos y artificios de los griegos. Sus muros, sus casas, y sus templos reducidos á polvo y cenizas; Príamo espirante al pie de los altares, y rodeado de sus hijos degollados; Hécuba su esposa, Casandra su hija, Andrómaca viuda de Hector, que murió á manos de Aquiles, y otras muchas Princesas cargadas de cadenas, y llevadas como esclavas de los vencedores; .... He aquí el desenlace trágico de aquella guerra fatal y memorable.

El regreso de los griegos á sus reinos fué marcado por siniestros reveses, y contratiempos. Ayax rey de los Locrianos pereció con su escuadra; Ulises anduvo errante diez años por los mares antes de volver á entrar en su isla de Itaca, é Idomenéo, Filoctetes, Diomédes y Teucro vendidos por sus padres, parientes y amigos, se retiraron á paises desconocidos; Agamenon en fin murió asesinado por Clitemnestra su infiel esposa, quien algun tiempo despues pereció á manos de su hijo Orestes. En el discurso de algunas generaciones se vió estinguida la mayor parte de las casas soberanas, que habian destruido la de Príamo, y ochenta años despues de la ruina de Troya, una parte del Peloponeso cayó en poder de los Heráclidas, ó descendientes de Hércules.

VUELTA DE LOS HERACLIDAS.

(Año 1220 antes de J. C.) Los descendientes de Hércules habian sido desterrados del Peloponeso por los de Pélope, é hicieron repetidas tentativas, aunque inútiles, para volver á entrar en aquel pais. Eran aquellos tres hermanos, llamados Temeno, Cresfonte, y Aristodemo, quienes habiéndose asociado con los dorienses, entraron con ellos en la patria de sus antecesores, de la cual arrojaron á los descendientes de Agamenon y de Nestor. Argos tocó en suerte á Temeno, la Mesenia á Cresfonte, y Euristeno y Procolo, hijos de Aristodémo, reinaron en Lacedemónia.

Poco tiempo despues atacaron los vencedores á Codro rey de Atenas, que habia dado asílo á sus enemigos. Este príncipe habiendo sabido, que el oráculo prometia la victoria al egército que perdiese su general en la batalla, se espuso voluntariamente á la muerte, y este sacrificio inspiró tal ardor á sus tropas, que derrotaron á los Heráclidas (año 1092 antes de J. C.)

Aqui terminan los siglos llamados heróicos, cuya historia solo ofrece una mezcla confusa de verdades y mentiras, de tradiciones respetables, y de imágenes risueñas inventadas por los poetas, que eran entonces los únicos historiadores de la Grecia, y aun sus únicos teólogos. La smetáforas, con que adornaron sus

poemas, fueron admirables, particularmente por su novedad, y la lengua llegando á ser poética produjo á un tiempo mismo el sistema mas absurdo y maravilloso.

ESTABLECIMIENTO DE LOS JÓNIOS EN EL ASIA MENOR.

El Ática, y los paises comarcanos estaban entonces sobrecargados de habitantes, y las conquistas de los Heráclidas habian hecho refluir en ella la nacion entera de los Jónios, que ocupaban doce ciudades en el Peloponéso. Los hermanos de Medon, que reinaba en Ática, condujeron á aquellos estrangeros á las ricas campiñas, donde termina el Asia, á la parte opuesta de Europa. Esta colónia á favor de las conquistas, que hizo entre los bárbaros, se vió muy pronto dueña de tantas ciudades como tenia en el Peloponéso, entre las cuales sobresalian Mileto y Efeso, y todas ellas compusieron por su union el cuerpo jónico.

Medon transmitió á sus descendientes la dignidad de archônte, cuyo egercicio limitaron despues los atenienses al espacio de diez años, y por último la dividieron entre magistrados anuales, que conservaron tambien el nombre de archôntes.

Estas son las novedades, que nos presenta la historia de Atenas desde la muerte de Codro hasta la primera olimpíada, en el espacio de trescientos diez y seis años. Durante la calma, que reinó en el Ática en aquel largo transcur-

so de tiempo, se vieron florecer tres hombres los mas grandes que jamás existieron: Homero, Licurgo, y Aristodemo.

HOMERO.

(Acia el año 900 antes de J. C.) Floreció Homero cerca de cuatro siglos despues de la guerra de Troya. En aquel tiempo era ya conocido Orféo, Lino, Muséo y otros muchos poetas, cuyas obras se han perdido. Acababa de entrar tambien en la carrera Hesíodo, que con un estilo lleno de dulzura y armonia, describió las genealogias de los Dioses, los trabajos del campo y otros asuntos y objetos, á los cuales supo hacer interesantes.

Homero en su Ilíada y su Odiséa, se hizo superior á todos los poetas conocidos hasta entonces, y aun á aquellos que despues han escrito. En el primero de estos poemas describió algunos pasajes de la guerra de Troya, y en el segundo la vuelta de Ulises á sus estados.

Insultado Aquiles por Agamenon, durante el sitio de Troya, se retiró á su campo, y en su ausencia Hector á la cabeza de los Troyanos, consiguió ventajas sobre los griegos, persiguiéndoles hasta sus tiendas, y quitando la vida á Patroclo en un combate. Aquiles hasta entonces inflexible á los ruegos de los gefes del egército griego, vuela de nuevo á la pelea, venga la muerte de su amigo dándosela al general Troyano, dispone sus funerales y restitu-

ye al desgraciado Príamo el cuerpo de su hijo Hector. Estos hechos ocurridos en muy pocos dias, dieron campo bastante para la Ilíada. Al componerla Homero se sujetó al órden histórico, pero á fin de dar mayor brillo á su relacion, supuso que desde el principio de la guerra los dioses estaban divididos entre griegos y troyanos, y para hacerle aun mas interesante puso las personas en accion, con sumo arte y elocuencia.

Diez años habian transcurrido desde que Ulises dejó las costas de Ilion. Disipaban sus bienes infames usurpadores, y querian obligar á su desolada esposa á contraer segundas nupcias, y hacer una eleccion, que ya no podia diferir. En este momento se abre la escena de la Odiséa: Telémaco hijo de Ulises va al continente de la Grecia á preguntar á Nestor y Menelao sobre la suerte y paradero de su padre. Durante su mansion en Lacedemónia, parte Ulises de la Isla de Calipso, y una tempestad le arroja á la Isla de los feácios próxima á Ítaca. Allí refiere al príncipe reinante los prodigios de que ha sido testigo, los males y contratiempos que ha sufrido, y logra socorros para volver á sus estados. Llega, se da á conocer á su hijo, y acuerda con él las medidas convenientes para vengarse de sus comunes enemigos. La accion de la Odiséa no dura mas de cuarenta dias.

Cuando Licurgo se dejó ver en Jónia, ape-

nas eran conocidas la Iliada y la Odiséa, pero aquel legislador descubriendo lecciones de sabiduria en lo que el vulgo no veia mas que ficciones agradables, copió los dos poemas, y con ellos enriqueció su patria. De allí se comunicaron á los griegos, y entonces se vieron cantores, conocidos bajo el nombre de rapsodas, sacar fragmentos de aquellos escritos, y recorrer la Grecia, que absorta los escuchaba. Como quiera que esta costumbre alteraba, y destruia la estructura de los poemas, Solon prohibió á muchos rapsodas el que se apartasen del testo de Homero, interrumpiéndole por tomar hechos aislados; y les prescribió que siguiesen en sus relaciones el órden que el autor habia observado. Despues de Solon, Pisistrato, é Hiparco su hijo, observando muchas alteraciones introducidas en los poemas por un efecto del entusiasmo de aquellos, que los cantaban, ó interpretaban publicamente, hicieron restablecer el texto en su pureza, valiéndose para ello de hábiles gramáticos.

Aumentose la gloria de Homero á proporcion que se iban conociendo mas, y mejor sus obras, y que se estaba en mayor disposicion de apreciarlas. Dispútanse muchas ciudades el honor de ser su patria nativa; otros le han consagrado templos, y sus versos resuenan por toda la Grecia, siendo el ornato, y el brillo de sus fiestas. En ellos es donde los mejores autores han hallado la mayor parte de las

bellezas que sembraron en sus escritos, y donde el escultor Fidias, y el pintor Eufranor aprendieron á representar dignamente al soberano de los dioses.

Sean rígidos en horabuena contra los defectos de Homero aquellos que pueden resistir á sus bellezas, porque á la verdad ¿porque disimularlos? Unas veces descansa, y otras dormita, pero su reposo es como el del águila, que despues de haber recorrido por los aires sus vastos dominios, cae fatigada sobre una alta montaña, y su sueño parece al de Júpiter que despierta lanzando el rayo, segun el mismo Homero.

SEGUNDA PARTE.

Hablando con exactitud, la historia de los atenienses no empieza hasta cerca de ciento cincuenta años despues de la primera Olimpíada. Así pues, podemos dividirla en tres épocas, marcadas por caractéres particulares: á la primera denominaremos el siglo de Solon ó de las leyes; á la segunda el de Temístocles y Arístides, que es el de la gloria; y á la tercera el de Pericles, que es el de las artes.

SECCION PRIMERA.

Siglo de Solon desde el año 630 *hasta el* 490 *antes de J. C.*

Estaba gobernada la república por nueve archôntes ó magistrados anuales, cuya autori-

dad no era suficiente para mantener la tranquilidad en el estado; y el Ática estaba dividida en tres facciones, que eran la de los pobres, la de los ricos, y la de los habitantes en las costas. Los primeros estaban por la democrácia, los segundos por la oligarquia, y los terceros dados á la marina y al comercio querian un gobierno mixto, que les asegurase sus posesiones con la independencia. En tal estado de cosas las leyes antiguas carecian de vigor, y la licencia quedaba impune ó solo se la imponian penas arbitrarias.

DRACON.

En esta anarquia, que amenazaba al estado su próxima ruina, fué escogido Dracon para tratar del arreglo de toda la legislacion, estendiéndola y aplicándola hasta los mas leves pormenores. Este legislador compuso un código de leyes y de moral, por el cual se lisonjeaba de poder formar hombres libres y virtuosos; pero la estremada severidad de sus leyes solo hizo descontentos, cuyas murmuraciones le obligaron á retirarse á la isla de Egina, donde murió de allí á poco tiempo. Habia dado en sus leyes un testimonio de su genio, que las hizo tan severas como lo fué siempre su carácter. La muerte es la pena que impone á la ociosidad, y la única que aplica tanto á los crímenes mas leves, como á las maldades mas atroces.

Como no habia tocado á la forma de gobierno, se aumentaron de dia en dia las disensiones intestinas despues de su ausencia. Uno de los principales ciudadanos llamado Cilon, se apodera entonces de la autoridad, le sitian en la Ciudadela, y evita en fin con la fuga el suplicio que le aguardaba. Mas sus cómplices son estraidos del templo de Minerva, donde tomaron asilo, y al punto fueron degollados contra la palabra que se les dió de perdonarles la vida. Esta perfidia de los vencedores excitó la indignacion general. Poco despues se recibió la noticia de que los megarienses se habian apoderado de Nisea, y de la isla de Salamina, y casi al mismo tiempo propagóse por toda la ciudad una enfermedad epidémica.

EPIMENIDES.

En aquellas tristes circunstancias, en que las imaginaciones estaban poseidas de un terror pánico, se consultó á los oráculos y adivinos, y oida su respuesta hicieron venir de Creta á Epiménides, mirado en su tiempo como un hombre, que tenia comunicacion con los dioses, y adivinaba lo futuro. Recibióle Atenas con aquel entusiasmo, que inspiran la esperanza, y el temor á un mismo tiempo en tales circunstancias. Despues de haber hecho sacrificios en nuevos templos, y sobre nuevos altares, aprovechose Epiménides de su ascen-

diente para hacer innovaciones en las ceremonias religiosas, y mediante una multitud de reglamentos trató de reducir á los atenienses á principios de union, y de equidad. Marchó en fin cubierto de gloria, honrado con el sentimiento del pueblo, que lloraba su ausencia, y reusando admitir presentes considerables, unicamente pidió un ramo de olivo consagrado á Minerva. Poco tiempo despues de su marcha, volvieron á encenderse con mas furor las disensiones civiles.

LEGISLACION DE SOLON.

(Año 514 antes de J. C.) Para sostener al estado cuando amenazaba su ruina, la voz unánime elevó á Solon á la dignidad de primer magistrado, de legislador, y de árbitro soberano. Descendia de los antiguos reyes de Atenas; aplicóse desde su juventud al comercio, y viajó despues por varios paises para aumentar sus conocimientos.

El depósito de estos se hallaba entonces en manos de algunos hombres virtuosos, conocidos bajo el nombre de sabios, y distribuidos en diferentes paises de la Grecia. Su único estudio se dirigia á conocer al hombre, segun lo que es, lo que debe ser, y como se le debe instruir y gobernar. Enlazados con una amistad íntima, se reunian algunas veces en un mismo lugar para comunicarse sus luces, y ocuparse en los intereses de la humanidad. En

estas augustas reuniones se veian Tales de Mileto, Pítaco de Mitilene, Bías de Priene, Clébulo de Lindo, Milon de Chio, Chilon de Lacedemónia, y Solon de Atenas, que era el mas ilustre de todos. Al número de estos sabios se puede añadir el antiguo Anacársis, á quien atrajo á Grecia desde lo interior de la Escítia la fama de la reputacion de aquel pais. A los conocimientos, que Solon adquirió con el trato de aquellos sabios, reunia talentos distinguidos, siendo uno de ellos el de la poesía que recibió al nacer, y lo cultivó hasta su edad mas avanzada, pero siempre sin esfuerzos ni pretensiones. En los últimos años de su vida inventó pintar en un poema las revoluciones acontecidas en nuestro globo, y las guerras de los atenienses contra los habitantes de la isla atlántica, situada mas allá de las columnas de Hércules sumergidas despues por los mares.

El primer acto de autoridad que egerció, cuando se vió á la cabeza de la república, fué el de conciliar los intereses de los ricos, y de los pobres, reusando el repartimiento de las tierras, que estos pedian á gritos. En este apuro, Solon abolió las deudas particulares, anuló todos los actos que comprometian la libertad del ciudadano, y negó el repartimiento de las tierras. Ricos y pobres murmuraban al principio, creyendo que todo lo habian perdido, porque no lo habian logrado todo; pero

viendo en breve renacer la industria, restablecerse la confianza, y volver en fin al seno de su patria tantos infelices alejados de ella por la crueldad de los acreedores, admiraron la sabiduría de su legislador, y le concedieron nuevos poderes, de que se aprovechó para revisar las leyes de Dracon, dejando intactas las concernientes al homicidio.

Alentado Solon con éxito tan feliz, acabó la obra de su legislacion, y prefiriendo á cualquiera otro el gobierno, que entonces existia, se ocupó lo primero de tres objetos esenciales, cuales eran el de la asamblea de la nacion, la eleccion de magistrados, y el arreglo de los tribunales de justicia.

Instituyóse que el supremo poder residiese en las asambleas, á donde todos los ciudadanos tendrian derecho de asistir, y que en ellas se decidiria sobre la paz y la guerra, las leyes, los impuestos y todos los grandes intereses del estado.

Para dirigir á la multitud en sus deliberaciones, estableció un Senado, compuesto de cuatrocientos individuos, sacados de las cuatro tribus que componian entonces la Ática. Estos cuatrocientos individuos fueron como diputados y representantes de la nacion. A toda decision del pueblo debia preceder un decreto del Senado: instituyóse tambien, que los primeros opinantes en la asamblea popular tuviesen la edad de cincuenta años cumplidos,

y que todo orador, antes de hablar sobre los asuntos públicos, sufriese un exámen, que versaria sobre su conducta; se dió permiso en fin á todo ciudadano para perseguir en justicia al orador, que se hubiese valido de artificios, y de amaños, para ocultar en este exámen la irregularidad de sus costumbres, y de su conducta.

Dejó Solon á la asamblea general el poder de elegir los magistrados, y el de hacerse dar cuenta de su administracion. Esto no obstante, juzgó tambien conveniente el dejar las magistraturas en manos de los ricos, que las habian tenido hasta entonces, fundándose en que así las haria mas respetables á la multitud. Despues llegaron á ser anuales; las principales dependieron de la eleccion, y las demas fueron dadas por suerte.

Los nueve magistrados, ó archôntes presidian á los tribunales, de cuyos juícios ó sentencias se apelaba á los tribunales superiores. Para proveer los empleos de todos estos, decidió Solon, que todos los ciudadanos sin distincion se presentasen á llenar las plazas de jueces, y que entre ellos decidiese la suerte. Tenia Atenas en el Areopago un tribunal respetado del pueblo por sus luces, y su antigüedad. Para conciliarle aun mas respeto, é instruirle á fondo de los intereses públicos, quiso que los archôntes, al cesar en su empleo, fuesen contados en el número de los senadores,

despues de un maduro exámen. De esta suerte, el Senado del areopago, y el de los cuatrocientos se hacian dos contrapesos muy poderosos, para poner la república á cubierto de las tempestades, que suelen amenazar á los estados; pues el primero reprimia las tentativas de los ricos, y el segundo enfrenaba los excesos de la multitud.

Estas disposiciones fueron sostenidas por varias leyes, siendo una de las mas notables la que imponia penas contra los ciudadanos, que en las turbulencias del estado no se declarasen por alguno de los partidos. Con esta disposicion admirable, se proponia el legislador sacar á los hombres de bien de una inaccion funesta, echarlos en medio de las facciones, y salvar el estado con el ascendiente, y la fuerza de la virtud. Por otra ley se condena á muerte á todo súbdito convencido de haber querido apoderarse de la autoridad soberana. Ultimamente; en el caso de que uno, ú otro gobierno se elevase sobre las ruinas del popular, los magistrados deben hacer dimision de sus empleos, y á todo súbdito será lícito quitar la vida, no solo á un usurpador de la autoridad suprema, y á sus cómplices, sino tambien al magistrado, que continue en sus funciones, despues de la usurpacion del gobierno. Tal es en compendio la república de Solon.

A estas disposiciones fundamentales, siguió un código de leyes criminales y civiles, segun

las cuales el ciudadano debe ser considerado bajo tres aspectos, á saber: 1º en su persona, como que hace parte del estado: 2º en la mayor parte de las obligaciones que contrae como individuo de una familia, que pertenece tambien al estado: y 3º en su conducta, como miembro de una sociedad, cuyas costumbres constituyen la fuerza del estado mismo.

Para dar una idea de su legislacion, bajo estos tres puntos de vista, basta referir aqui algunas disposiciones generales.

Cuando un ateniense intenta quitarse la vida, se hace reo de estado, porque le priva de un individuo; en este caso se enterraba separada su mano, y esta circunstancia era una afrenta. Pero si atentase contra la vida de su padre, las leyes guardan silencio contra esta atrocidad: así inspiraba Solon mas horror á semejante crimen, suponiendo que no estaba en el órden de las cosas posibles el cometerle. Imponiendo la nota de infame al hombre ocioso, dispuso tambien Solon, que el Areopago indagase el modo de vivir y proveer á su subsistencia cada particular; á todos ellos les permite egercer artes mecánicas, y al que no ha cuidado de enseñar un oficio á su hijo, le priva del derecho de los socorros, que como padre debia esperar de él en su vejez.

El que se hace famoso por la depravacion de sus costumbres, cualquiera que sea su estado, su clase y su talento, queda escluido

del sacerdocio, de la magistratura, del senado y de la asamblea general; no podrá hablar en público, ni ser encargado de una embajada, ni tener tampoco asiento en los tribunales; y si egerciere alguna de estas funciones, será acusado criminalmente y sufrirá las penas prescritas por las leyes.

Las de Solon no debian conservar su fuerza mas de un siglo, cuyo término señaló para no irritar á los atenienses con la perspectiva de un yugo eterno. Cuando ya fueron meditadas detenidamente, vióse Solon rodeado de una multitud de importunos que le aburrian con preguntas, consejos, alabanzas ó vituperios. Habiendo apurado todos los medios de suavidad y paciencia, y conprendiendo; que el tiempo era lo único, que podia consolidar su obra, tomó la resolucion de ausentarse por diez años, y por un juramento personal obligó á los atenienses á que no tocasen á sus leyes hasta su vuelta.

Fué al Egipto, donde trató con aquellos sacerdotes que se creen tener en sus manos los anales del mundo, y de allí pasó á Creta, donde instruyó al Soberano de un reducido pais en el arte de reinar y dió su nombre á una ciudad, cuya dicha habia procurado.

A su vuelta encontró á los atenienses muy próximos á caer de nuevo en la anarquía, y

siendo acogido con los mas distinguidos honores, se aprovechó de estas favorables disposiciones para calmar la agitacion de los partidos. Al principio se creyó poderosamente ayudado por Pisistrato; pero no tardó en conocer que este diestro político ocultaba una ambicion sin límites, bajo una moderacion fingida.

PISISTRATO.

Jamás hubo hombre alguno que reuniese mas circunstancias que este, para cautivar los corazones, pues se hallaba dotado de un nacimiento ilustre y de grandes riquezas; de un valor acreditado, un aspecto y presencia que infundian respeto, una elocuencia persuasiva y un entendimiento abundante en dotes naturales, é ilustrado con el estudio. Con tan grandes ventajas que le hacian accesible á los menores ciudadanos, les prodigaba los consuelos y socorros, con que el hombre se grangea el afecto y la voluntad de sus semejantes. Asi es que haciéndose con su conducta el ídolo de la multitud, creyó poder elevarse facilmente al poder soberano, y para ello se valió de la estratagema siguiente.

Preséntase un dia en la plaza pública acribillado de heridas que se habia hecho el mismo, é implora la proteccion del pueblo. Convócase la asamblea; muestra ante ella sus he-

ridas, y acusa al Senado, tanto como á los cabezas de las demas facciones, de haber querido quitarle la vida. Óyense gritos á su favor por todas partes, y los principales ciudadanos callan ó temen. Solon indignado de su cobardia, trata de inspirarles serenidad y valor, pero su voz, ya débil por la edad, es sofocada por los gritos sediciosos de la multitud preocupada, y la asamblea termina concediendo á Pisistrato una guardia de satélites encargados de custodiar su persona. Haciendo uso de esta fuerza, apodérase luego de la ciudadela, desarma al pueblo, y usurpa la soberanía.

Solon, aunque consultado varias veces por el usurpador, á quien no dejaba de dar pruebas de deferencia, y de respeto, no sobrevió mucho tiempo á la esclavitud de su patria.

Treinta y tres años transcurrieron desde esta revolucion hasta la muerte de Pisistrato; pero se vió obligado por dos veces á dejar el Ática, en fuerza del crédito de sus adversarios, y no estuvo mas de diez y siete años al frente del gobierno. Esto no obstante, antes de su muerte tuvo el consuelo de ver establecida su autoridad en su familia.

Preciso es hacerle justicia confesando, que mientras estuvo al frente de la administracion, consagró sus dias á la utilidad pública, señalándolos con nuevos beneficios, ó con nuevas virtudes. Como no temia los progresos de las luces, publicó una nueva edicion de las obras

de Homero, y formó para el uso de los atenienses una biblioteca compuesta de los mejores libros conocidos hasta entonces.

Justo será tambien añadir algunos rasgos, que manifiestan su grandeza de alma. Jamas incurrió en la debilidad de vengarse de los insultos, que le hicieron. Habiendo asistido su hija á una ceremonia religiosa, acercóse á ella, y la dió un abrazo un joven, que la amaba con pasion, y poco tiempo despues intentó robarla. Pisistrato respondió á su familia, que le incitaba á la venganza: «¿Si aborrecemos á las personas, que nos aman, que haremos con aquellas, que nos aborrecen?» Y luego se la dió al joven por esposa. En fin: algunos de sus amigos, resueltos á separarse de su obediencia, se retiraron á una plaza fuerte, y habiéndolos él seguido inmediatamente con algunos esclavos, que llevaban su equipage, le preguntaron los conjurados, cual era su designio, á lo cual respondió: «Es preciso que me persuadais á quedarme con vosotros, ó que yo os persuada á que volvais conmigo.» Estas palabras bastaron para reducirlos otra vez á su obediencia.

Sucedieron á Pisistrato sus dos hijos, Hippias é Hiparco, que aunque con menos prendas gobernaron con igual sabiduria; pero desgraciadamente el segundo cometió una injusticia de la cual fué víctima.

Harmodio y Aristogiton, dos jóvenes ate-

nienses, unidos con amistad íntima, habiendo recibido una injuria, dificil de olvidar, juraron quitar la vida á Hiparco y á su hermano. El dia en que se celebraba la fiesta de los phanatheneéos, encubrieron sus puñales con ramos de mirto, y se fueron á un sitio, donde ambos príncipes ordenaban una procesion, que debian conducir al templo de Minerva, y acercándose á Hiparco le clavan el puñal en el corazon. Muere tambien Harmódio en el acto á manos de los satélites del príncipe, y Aristogiton, arrestado casi al mismo instante, es llevado al tormento: nombra cómo cómplices á los mas fieles partidarios de Hipias, y sin tardanza fueron llevados al cadalso.

Desde entonces Hipias solo se hizo memorable por medio de injusticias; pero de allí á tres años le obligó á abdicar el trono Clistenes gefe de los almeonidas, familia poderosa de Atenas, siempre enemiga de los ruitratos, y el cual habia reunido bajo su mando los descontentos, y logró que le socorriesen los lacedemónios. Hipias, despues de haber andado errante algun tiempo con su familia, se acogió á la proteccion de Darío rey de los persas, y pereció en fin en la batalla de Maraton.

Despues de la espulsion de los pisistratidas, Clistenes á fin de conciliarse la adhesion del pueblo, dividió en diez tribus las cuatro, que desde Cecrops comprendian los habitantes del

Ática, y anualmente se sacaban á la suerte de cada tribu cincuenta senadores, llegando así el número de estos á cincuenta. Estas diez tribus, cual otras tantas repúblicas pequeñas, tenian cada una su presidente, sus empleados, sus tribunales y sus íntereses. Desde esta época hasta la corrupcion de las costumbres de los atenienses apenas transcurrió medio siglo.

SECCION SEGUNDA.

Siglo de Temístocles, y de Arístides, desde el año 490 hasta el 444 antes de J. C.

Darío 1.º rey de Persia acababa de volver de la funesta espedicion, que emprendió para subyugar á los escitas, cuando las ciudades de Jonia, queriendo recobrar su libertad perdida por las conquistas de Ciro, arrojaron sus gobernadores, incendiaron la ciudad de Sardes capital del antiguo reino de Lidia, y envolvieron en su revolucion á los pueblos de Caria, y de la isla de Chipre. Los lacedemonios tomaron el partido de no acceder á esta liga, y los atenienses el de favorecerla sin declararse abiertamente; bajo este plan enviaron á Jonia algunas tropas, que contribuyeron á la toma de Sardes, y los eretrianos de la Eubéa siguieron inmediatamente su ejemplo.

El principal autor de esta sublevacion fué Histiéo de Mileto, que desterrado en Suza corte de Persia, é impaciente por volver á su

patria, se valió de las turbulencias, que en ella exitó bajo mano para que le alzasen el destierro. Mas no quedó su traicion impune por mucho tiempo, pues fué cogido con las armas en la mano, y los generales de Darío le dieron muerte al punto.

Luego que Darío tuvo noticia del incendio de Sardes, juró vengarse de la revolucion de los jonios, y de la conducta de los atenienses; pero antes de hostilizar á estos, dirigió sus armas contra los primeros. Esta guerra, que duró algunos años, terminó con la sumision entera de la Jonia, la conquista de muchas islas del mar Egéo, y de todas las ciudades del Helesponto.

Darío, antes de romper abiertamente con la Grecia, envió por todas partes heraldos, ó reyes de armas pidiendo la tierra y el agua: esta era la formula, de que usaban lòs persas, para exigir tributo y homenage de las naciones. La mayor parte de las islas, y de los pueblos del continente lo dieron sin titubear; pero los lacedemonios y atenienses, no solamente lo negaron, sino que con una violacion manifiesta del derecho de gentes, arrojaron á los embajadores del rey en una profunda fosa. Los primeros llevaron aun á mas estremo su indignacion, pues condenaron á muerte al intérprete, que habia manchado la lengua griega esplicando las órdenes de un bárbaro.

Asi que Darío recibió esta noticia, dió el mando de sus tropas á un medo llamado Datis, con órden de destruir las ciudades de Atenas y Eretria, y de traerle los habitantes encadenados.

Juntóse el egército, y embarcado en seiscientos bajeles, pasó luego á la isla de Eubéa. La ciudad de Eretria fué tomada por la traicion de algunos ciudadanos, despues de haberse defendido vigorosamente durante seis dias; sus templos fueron arrasados y sus moradores cargados de cadenas. La escuadra victoriosa, habiendo aportado luego á las costas de Ática, desembarcó cien mil infantes y diez mil caballos cerca del pueblo de Maraton distante de Atenas unas seis leguas. A la noticia de este desembarco, los atenienses consternados imploraron el socorro de los pueblos vecinos, y los lácedemónios fueron los únicos que les prometieron tropas: pero varias circustancias imprevistas impidieron su pronta reunion á los atenienses.

Por fortuna se dejaron ver entonces tres hombres destinados á dar un nuevo vuelo á los sentimientos y al entusiasmo patrio. Estos eran Milcíades, Arístides, y Temístocles. El primero habia militado mucho tiempo en Tracia donde habia adquirido una reputacion esclarecida: basta un rasgo solamente para pintar á Arístides: fué el ateniense mas justo y mas virtuoso. Muchos serian necesarios para

esplicar sus talentos, los recursos, y las altas miras de Temístocles.

Inflamados de amor patrio con el ejemplo y los discursos de estos tres ilustres ciudadanos, cada una de las diez tribus presentó mil infantes con un capitan al frente, pero fué no obstante necesario alistar esclavos para completar su número. Luego que estas tropas estuvieron reunidas, salieron de la ciudad y bajaron á la llanura de Maraton, donde los habitantes de Platéa, en Beocia, les enviaron un refuerzo de mil infantes.

Apenas estuvo este corto egército en presencia del enemigo, cuando Milcíades propuso atacarle. Para asegurar el exito Arístides y los demas generales, dieron á Milcíades el mando que cada uno tenia por turno; mas él, á fin de ponerlos al abrigo de los acontecimientos, esperó á que llegase el dia en que le tocaba de derecho ponerse al frente del egército. Luego que hubo llegado, ordenó sus tropas al pié de un monte en un sitio cubierto de árboles, que debian detener la caballería persiana, mediando un espacio de ocho estadios (ó sean 760 toesas) entre el egército de los griegos y el de de los persas.

A la primera señal del combate, los atenienses atravesaron corriendo esta distancia, y los persas, admirados de un modo de atacar tan estraño, permanecen al principio inmóviles; pero en breve oponen al furor impe-

tuoso de sus enemigos un furor mas tranquilo, y no menos temible. Despues de algunas horas de combate obstinado, las dos alas del egército de los griegos empiezan á fijar la victoria derrotando las de los persas, que se les oponen, y decídese en fin cuando en seguida se dirigen contra el centro del enemigo, que acosaba al cuerpo de batalla mandado por Arístides y Temístocles.

Los persas rechazados por todas partes huyen acia su escuadra: el vencedor los persigue á sangre y fuego; prende, quema, echa á pique muchas de sus naves, y sálvanse las demas á fuerza de remos.

Milcíades salió herido, é Hipias y dos generales atenienses perecieron en el combate. Apenas se habia decidido la victoria, cuando un soldado rendido de cansancio, concibió el proyecto de llevar á los magistrados de Atenas la primera noticia de este suceso: cargado de sus armas, corre, vuela, llega, anunciales la victoria, y cae muerto á sus pies.

Esta gran batalla se dió en el tercer año de la Olimpíada setenta y dos, dia 29 de Setiembre del año 490 antes de J. C. Al dia siguiente llegaron del campo de los atenienses dos mil espartanos, que habian andado en tres dias con sus noches 1200 estadios (cerca de 46 leguas y media) y no se retiraron hasta despues de dar á los vencedores los elogios merecidos.

Nada omitieron los atenienses para eterni-

zar la memoria de los héroes que murieron en el combate. Hicieronseles honrosas exéquias, y fueron grabados sus nombres en medias columnas, levantadas en la llanura de Maraton, y un habil artista pintó circunstanciadamente la batalla en uno de los pórticos mas frecuentados de la ciudad: allí representó á Milcíades á la cabeza de los generales, en el momento de exortar las tropas del combate.

No tardaron los atenienses en favorecer ellos mismos á Darío. Habian elevado tanto á Milcíades, que empezaron á temerle: los que envidiaban sus glorias representaban, que mientras mandaba en Tracia, habia egercido todos los derechos de la soberanía, y que era tiempo de estar alerta, tanto sobre sus virtudes, como sobre su gloria. El mal éxito de una espedicion que dirigió contra la isla de Paros, dió nuevo pretesto al encono de sus enemigos. Acusaronle de haberse dejado corromper por el oro de los persas, y á pesar de las declamaciones y solicitudes de los mas honrados ciudadanos, fué condenado á ser arrojado en la fosa, donde hacian perecer á los malechores. Opusose el magistrado á la egecucion de esta sentencia, y fué conmutada la pena en una multa de cincuenta talentos (1,005,882 rs.); pero no hallandose en disposicion de poderla pagar, se vió al vencedor de Darío espirar entre cadenas en una prision, de

resultas de las heridas que habia recibido en defensa de la patria.

TEMÍSTOCLES Y ARÍSTIDES.

Estos dos ilustres atenienses tomaban sobre sus conciudadanos aquel ascendiente, que el uno merecia por sus varios y apreciables talentos, y el otro por la diversidad de su conducta, enteramente consagrada al bien público. Opuestos ambos en principios y en proyectos, llenaban de tal modo la pláza pública con sus divisiones, que un dia Arístides, despues de haber conseguido una ventaja sobre su adversario, no pudo desentenderse de decir « que la república perecia sino le echaban á él y á Temístocles en una fosa profunda.»

He aqui un rasgo que dá á conocer perfectamente la diferencia de caracter de estos dos atenienses. Anunció Temístocles publicamente que habia formado un proyecto importante, cuyo buen exito dependia de un secreto el mas impenetrable; y el pueblo respondió. « Sea Arístides el depositario de ese secreto, y nos conformamos con su parecer.» Llamó á este á parte Temístocles y le dijo. «La escuadra de nuestros aliados está tranquila en el puerto de Pagaso; propongo que la incendiemos y seremos dueños de la Grecia. — Atenienses, dijo entonces Arístides, nada hay tan útil como el proyecto de Temístocles, pero nada tan injusto. — Lo re-

probamos pues» contestaron á una voz los de la asamblea.

Al fin triunfaron de la intriga el talento y la virtud. Como quiera que Arístides se conducia cual un árbitro en las discordias de los particulares, la reputacion de su equidad hizo que estuviesen desiertos los tribunales de justicia. Acusóle la faccion de Temístocles, de que establecia un realismo tanto mas temible, cuanto estaba fundado en el amor del pueblo, y concluyó pidiendo que se le impusiese la pena de destierro. Estaban juntas las tribus que debian dar su voto por escrito, y Arístides asistia al juicio. Un ciudadano obscuro, que estaba sentado junto á él, le suplicó que le escribiese el nombre del acusado en una conchita que le presentó.—¿"Os ha hecho algun agravio? preguntó Arístides.—No, contestó el incógnito, pero estoy fastidiado de oirle llamar por todas partes *el Justo.*» Arístides escribió entonces su nombre, fué condenado, y salió de la ciudad deseando el bien de su patria.

Siguiose á su destierro la muerte de Darío. Jerjes, hijo y sucesor de este príncipe, se dejó facilmente persuadir de Mardonio su cuñado para que reuniese la Grecia y la Europa entera al imperio de los persas: declaróse la guerra, y toda el Asia se conmovió. Se emplearon cuatro años en levantar tropas, y hacer grandes preparativos, y cuando es-

tuvieron acabados, salió de Suza el rey y fué á Sardes, en Lidia, desde donde envió reyes de armas á toda la Grecia, escepto al pais de los lacedemonios y atenienses.

En la primavera del año cuarto de la Olimpíada setenta y cuatro (480 años antes de J. C.) llegó Jerjes con un egército á las orillas del Helesponto, y queriendo recrearse en el espectáculo de su poder, subió á un trono elevadísimo, y desde alli vió la mar cubierta de sus naves, y la campiña de sus tropas. En aquel parage solamente está separada de la Europa la costa de Asia, por un brazo de mar de siete estadios de anchura, ó sea un cuarto de legua. Dos puentes de barcas fuertemente ancladas, unieron las costas opuestas; pero habiendo destruido esta obra una tempestad, Jerjes mandó cortar la cabeza á los obreros, y queriendo tratar á la mar como esclava, mandó tambien que la azotasen con látigos, que la marcasen con un hierro ardiendo, y que echasen al fondo un par de cadenas. Su egército, que se componia de un millon setecientos mil infantes, y ochenta mil caballos, gastó siete dias y siete noches en pasar el estrecho, y sus bagages un mes entero. Habiendo llegado á la llanura de Dorisco, regada por el Hebro, revistó sus tropas y pasó luego á su escuadra, que siendo compuesta de mil doscientas siete galeras de tres ordenes de remos, podia llevar lo menos

doscientos cuarenta mil hombres. A estas fuerzas traidas del Asia, se juntaron en breve trescientos mil combatientes, sacados de muchas regiones europeas sometidas al rey de Persia.

Despues de haber pasado Jerjes revista á sus tropas de mar y tierra, consultó con el rey Demarates que desterrado de Lacedemónia algunos años antes, habia hallado un asilo en la corte de Suza; pero quedando poco satisfecho de las respuestas de este espartano, dió sus órdenes, y el egército se puso en marcha dividido en tres columnas, una de las cuales seguia la costa. Las naves todas cargadas de víveres iban costeando y reglaban sus movimientos por los del egército que marchaba ácia la Tesália, talando las campiñas y consumiendo en un dia las cosechas de muchos años. El monte Athos se prolonga dentro del mar formando una península, y este obstáculo retardaba la navegacion de la escuadra, que debia doblarle, mandó Jerjes que se abriese un paso por aquel istmo, y una multitud de obreros lo ejecutó ocupando mucho tiempo en hacer un canal, por el cual pasó la escuadra á dos galeras de frente.

Viendo cercano el riesgo que lès amenazaba, trataron los lacedemónios y atenienses de formar una liga general de todos los pueblos de la Grecia; convocaron una dieta en el istmo de Corinto y enviaron de ciudad en ciudad diputados encargados de difundir é ins-

pirar por allí el entusiasmo y ardor de que ellos estaban animados. Mas sus esfuerzos no tuvieron el éxito deseado, porque los argivos, debilitados con las pérdidas considerables que habian tenido en una guerra contra Lacedemónia, permanecieron tranquilos, hasta que por último estuvieron secretamente en correspondencia con Jerjes. Gelon rey de Siracusa no quiso darles socorros sino bajo la condicion inadmisible de que él mandaria el egército confederado, y los tesalienses, en lugar de impedir el paso á los persas, resolvieron hacer convenios con ellos. De este modo no quedaba ya para la defensa de la Grecia mas apoyo que el de un corto número de pueblos y ciudades, cuyas esperanzas procuraba reanimar Temístocles.

Este grande hombre habia emprendido el plan de que los atenienses volviesen sus miras ácia el mar y les persuadió á que las sumas que rendian sus minas de plata, se invirtiesen en construir doscientas galeras; ya para atacar á los habitantes de la isla de Egina, con los cuales estaban en guerra, y ya para resistir un dia á los persas.

Mientras que Jerjes continuaba su marcha, se resolvió en la dieta del itsmo, que un cuerpo de tropas capitaneado por Leonídas rey de Esparta, se apoderase del paso de las Termópilas situado entre la Tesália y la Locrida, y que el egército naval de la confederacion

esperase al de los persas en un estrecho formado por las costas de Tesalia y las de Eubéa: Los atenienses que debian armar un número de galeras mucho mas considerable que el de los lacedemónios, para evitar las consecuencias, tuvieron á bien desistir de sus pretensiones al mando de la escuadra cediendole á estos últimos. Eligieron por general á Euribíades, quedando sometido á sus órdenes Temístocles y los gefes de las demas naciones. Tomadas estas medidas, todas las naves se reunieron cerca de un parage, llamado Artemiscó, en la costa septentrional de la Eubéa.

Enterado Leonídas de la resolucion de la Dieta, unicamente llevó consigo trescientos espartanos, cuyos sentimientos conocia. Aquellos valientes celebraron de antemano su muerte, algunos dias despues, con un combate fúnebre, y terminada esta ceremonia, salieron de la ciudad, seguidos de sus parientes y amigos, de quienes recibieron eternas despedidas.

Al pasar por las tierras de los tebanos, cuya fé era dudosa, el rey de Esparta recibió de ellos cuatrocientos hombres, con los cuales fué á apostarse en las Termópilas. Llegáronle en breve incesantemente tropas, mas ó menos numerosas, de diferentes ciudades, y con ellas hicieron ascender sus fuerzas á mas de siete mil hombres.

Apenas habia tomado Leonídas estas disposiciones para oponerse al paso del inmenso

egército de Jerjes, cuando se vió á este cubrir con sus tiendas la vasta llanura de Trachinia. Espantados de este espectáculo, la mayor parte de los gefes propusieron retirarse al istmo de Corinto; pero Leonídas desechó este parecer, y contentóse con enviar correos para acelerar la llegada de los socorros de las ciudades aliadas.

Atónito Jerjes, al ver la tranquilidad de los lacedemónios, esperó algunos dias para darles tiempo á la reflexion, y al quinto escribió á Leonídas diciendo: «Si quieres someterte, te daré el imperio de la Grecia.— Y Leonídas respondió: quiero mas morir por mi patria, que esclavizarla.» Dirigiole Jerjes otra carta diciéndole: *Entrégame tus armas*— y Leonídas escribió en el reverso. *Ven á tomarlas.*

Jerjes, furioso de cólera, hizo marchar los medos y los sirios, con órden de que cogiesen y le llevasen vivos los trescientos espartanos, á que creía estar reducidas las fuerzas de Leonídas. Fueron entonces corriendo algunos soldados de este príncipe á decirle.— «Los persas estan cerca de nosotros.»—Y el respondió friamente. «Decid mas bien que nosotros estamos cerca de ellos.» —Sale inmediatamente de sus atrincheramientos, con lo escogido de sus tropas, y dá la señal del combate: las primeras filas de los medos caen traspasadas de heridas, y otras que las reem-

plazan esperimentan igual suerte. Suceden nuevas tropas á las primeras, pero despues de repetidos é infructuosos ataques, emprenden por fin la fuga con desorden. Avanza contra los griegos la tropa de los diez mil inmortales, hácese el combate mas sangriento, y por último se retiran despues de haber sufrido una pérdida horrorosa.

Al siguiente dia comenzó de nuevo el combate, pero con tan poco éxito, como los primeros, por parte de los persas. Desesperaba ya Jerjes de forzar el paso de las Termópilas, cuando un habitante del pais, llamado Epialtes, fué á descubrirle un sendero, por el cual podia cercar á los griegos. Enagenado Jerjes de contento, hizo partir inmediatamente el cuerpo de los inmortales dirigido por aquel guia: favorecidos por las tinieblas de la noche, penetran por un espeso bosque, y llegan ácia los sitios donde Leonídas habia puesto un destacamento, compuesto del contingente de los focenses. Habiendose replegado esta tropa de bravos sobre las alturas vecinas, continuan los persas su marcha. Aquella noche supo Leonídas, por unos desertores de los persas, el proyecto de estos, y á la mañana siguiente, uno de sus centinelas avanzados que se retiró del monte, le enteró de la aproximacion del enemigo. En tan crítica situacion, envió fuera de los desfiladeros las tropas aliadas, y quedóse únicamen-

te con sus espartanos, y los tespienses y tébanos, que juraron no abandonarle.

Desesperando de poder defender las Termópilas, toma la audaz resolucion de marchar á la tienda de Jerjes, é inmolar á este príncipe ó perecer en medio de su campo; lo propone á sus soldados, y todos le siguen gozosos: les hace tomar una comida frugal, y añade: *pronto tomaremos otra con Pluton.*

Próximo ya á atacar al enemigo, enterneciose en pensar en la suerte de dos espartanos parientes y amigos suyos; y habiendo dado una carta al uno, y al otro una comision secreta para los magistrados de Lacedemónia: «No estamos aquí, le dicen ambos, para llevar órdenes, y si para pelear,» y sin esperar respuesta, fueron á colocarse en las filas que les estaban señaladas.

Salen los griegos á media noche del desfiladero, capitaneados por Leonídas; arrollan los puestos avanzados del enemigo, penetran en la tienda de Jerjes que acaba de dejarla, entran sin detencion en las inmediatas, y esparcen por todo el campamento el terror y la carnicería. Reúnense en fin los persas, y atacan á sus enemigos por todas partes, y cae Leonídas bajo una nube de dardos. Despues de un terrible combate, los griegos se apoderan del cuerpo de su general, rechazan por cuatro veces al enemigo, consiguen llegar al desfiladero, y saltando el atrincheramiento,

van á situarse sobre la pequeña colina que está cerca de Anthela. Allí despues de haberse defendido con el mas heróico valor contra las tropas que los cercaban, perecieron todos á manos de sus enemigos.

Perdonad, ó sombras generosas; perdonad á la debilidad de mis espresiones. Yo os ofrecí un homenage mas digno, cuando estuve en esta colina donde exalasteis el último suspiro; y recostado en uno de vuestros sepulcros, regué con mis lágrimas los parages teñidos con la sangre vuestra. Hecho esto, ¿que podria añadir la elocuencia á este sacrificio tan grande como estraordinario? Vuestra memoria subsistirá mucho mas tiempo que el imperio de los persas, á quienes resististeis, y hasta el fin de los siglos vuestro ejemplo escitará en el corazon de los que aman á su patria el entusiasmo de la admiracion.

El sacrificio de Leonídas y sus compañeros produjo mejor efecto que la victoria mas brillante, pues enseñó á los griegos el secreto de sus fuerzas, y á los persas el de su debilidad.

Mientras Jerjes estaba en las Termópilas, su armada naval, despues de haber esperimentado una violenta tempestad, en que se perdieron cuatrocientas galeras y muchos barcos de transporte, fué á anclar á unas dos leguas de distancia de la escuadra griega, encargada de la defensa del paso entre la Eubéa y tierrafirme. Al acercarse aquella, esta resol-

vió abandonar el estrecho, pero Temístocles la hizo detenerse allí, hasta que, habiendo sabido el paso de las Termópilas por los persas, se retiró en buen órden á la isla de Salamina.

En tanto el egército terrestre de los griegos se habia situado en el istmo de Corinto, y solo pensaba ya en disputar la entrada en el Peloponeso. Esta medida contrariaba el sistema de defensa adoptado por Temístocles, y á fin de que renunciasen á ella los atenienses les dice, que es preciso abandonar los lugares, que la cólera celestial entregaba al furor de los persas; que su escuadra por sí sola es un asilo seguro, y apoya en fin sus discursos en los oráculos que ha logrado de la Pitia.

El pueblo se deja persuadir, y entonces espide un decreto mandando, que la ciudad quede bajo la proteccion de Minerva: que todos los habitantes de armas tomar pasasen á las naves, y que cada particular cuidase de su muger, sus hijos y sus esclavos. Egecutóse sin dilacion este decreto: los soldados se embarcaron en la escuadra; los hombres de edad avanzada, las mugeres y los niños fueron conducidos en otras naves á Eguia, á Trazena y Salamina, y aquellos ancianos, que por sus achaques no podian embarcarse, quedaron en la ciudad poseidos del dolor de verse separados de sus familias desoladas.

Jerjes salia entonces de las Termópilas y en-

traba en la Fócida, cuyas campiñas fueron taladas, y las ciudades destruidas. Sometióse la Beócia, á escepcion de Platéa y Tespies, que fueron arrasadas.

Despues de haber debastado el Ática, entraron los bárbaros en Atenas, donde solo hallaron algunos ancianos que esperaban la muerte, y un corto número de ciudadanos resueltos á defender la ciudadela. Rechazaron durante algunos dias los ataques repetidos de los sitiadores, pero al fin vencieron estos, que saquearon la ciudad, y la entregaron á las llamas.

Este incendio causó una impresion tan viva en el egército de los griegos, cuya escuadra fondeaba en las costas de Salamina, á corta distancia de la de los persas, que la mayor parte de los gefes resolvieron acercarse al istmo de Corinto, donde se habian atrincherado las tropas del egército terrestre. Debia efectuarse la marcha en el dia siguiente y durante la noche, que era la del 18 al 19 de octubre del año 480 antes de J. C. Temístocles se avistó con el lacedemónio Euribíades almirante de escuadra, y trató de disuadirle del designio de abandonar la posicion que se habia tomado. Euribíades convoca inmediatamente el consejo de generales, opónense todos contra el dictámen de Temistocles, y en medio de sus acaloradas y tumultuosas discusiones, el general lacedemónio levantó su bas-

ton para herirle, pero Temístocles en lugar de irritarse por tal ultraje, le dice con serenidad. «Descarga, pero escucha.» Este rasgo de grandeza de alma asombra al espartano; hace reinar el silencio, y Temístocles recobrando su ascendiente patentiza al consejo con razones convincentes, que el interes de todos los griegos se funda en combatir á los persas en Salamina. Su discurso, y mas que todo su firmeza y su serenidad, persuadieron de tal suerte á Euribíades, que al punto mandó que permaneciese la escuadra cerca de las costas de Salamina.

Los mismos intereses se trataban al mismo tiempo en ambas escuadras. Jerjes despues de haber oido el dictámen de gefes de su escuadra, entre los cuales se hallaban los reyes de Sidon, de Chipre y de Tiro, Artemisa reina de Alicarnaso, y otros muchos soberanos tributarios, mandó que avanzase la escuadra ácia la isla de Salamina, y su egército de tierra ácia el istmo de Corinto.

Este movimiento hizo adoptar á la mayor parte de los generales de la escuadra griega el designio de ir al socorro del Peloponeso, y Temístocles, cuyo dictámen prevaleció en el consejo, despachó durante la noche un hombre encargado de anunciar de su parte á los gefes de la escuadra enemiga, que una parte de los griegos con el general de los atenienses al frente, estaban dispuestos á declararse por el rey: que los otros sobrecogidos de es-

panto trataban de hacer una pronta retirada, y que debilitados por sus divisiones, si se viesen de repente rodeados del egército persa, serian forzados á rendir sus armas ó volverlas contra ellos mismos.

Engañados los persas con esta relacion, avanzan á favor de las tinieblas de la noche, y bloquean todas las salidas del estrecho, por donde hubieran podido escaparse los griegos. Arístides, que poco antes habia sido llamado á su patria levantándole el destierro, pasaba á la sazon desde la isla de Egina al egército de los griegos. Advirtió el movimiento de los persas, y luego que hubo llegado á Salamina se fué al parage donde los gefes estaban reunidos; é hizo llamar á Temístocles, y le dijo. «Un solo interes debe animarnos hoy, que es el de salvar la Grecia, tu dando órdenes, y yo egecutándolas. Decid á los griegos, que no se trata ya de deliberar, y que el enemigo acaba de hacerse dueño de los pasos, que pudieran favorecer su fuga.» Asi dice, y enterado de la estratagema de Temístocles, entra en el consejo donde fué confirmada su relacion por otros testigos oculares que llegaban á cada instante. Disolvióse inmediatamente la junta, y solo se trató ya de prepararse para el combate.

Queriendo Jerjes animar con su presencia á su armada, se situó en una altura inmediata al estrecho, rodeado de secretarios que de-

bian describir todas las circunstancias de la batalla, y apenas se dejó ver cuando las dos alas de su escuadra se pusieron en movimiento.

La suerte de la accion que iba á darse dependia de lo que pasase en la ala derecha de los griegos y á la izquierda de los persas, porque alli se encontraban los atenienses y fenícios, siendo mandados estos por un hermano de Jerjes. Muévense ambas escuadras: unos y otros se acometen y rechazan en el desfiladero, siendo Temístocles testigo de todos los peligros y riesgos. Se arroja en fin impetuosamente una galera ateniense sobre el almirante fenício: el jóven príncipe hermano de Jerjes se avalanza indignado sobre ella, cae al punto acribillado de heridas, y su muerte esparce la consternacion entre los fenícios: reina una confusion horrible que dispersa sus naves: los chipriotas y otras naciones de oriente quieren restablecer el combate, aunque en vano, y despues de una larga resistencia se dispersan como los fenícios.

Poco satisfecho aun de esta ventaja Temístocles, condujo su ala victoriosa al socorro de los lacedemónios y de los otros aliados que se defendian contra los Jónios. Estos, de los cuales muchos se reunieron á los griegos durante la batalla, combatieron con mucho valor sin pensar en la retirada hasta que se vieron encima todas las fuerzas enemigas. Entonces la reina Artemisa, rodeada de las na-

ves griegas, no titubeó en echar á pique un buque de la escuadra de Jerjes. Un capitan ateniense, que la iba al alcance, se creyó por esta maniobra que la reina desertaba del partido de los persas y dejó de perseguirla, por lo cual Jerjes persuadido de que la nave perdida era de los griegos, no pudo menos de decir, que en aquel dia los hombres se habian portado como mugeres, y las mugeres como hombres.

El egército vencido se retiró al puerto de Falero, despues de haber perdido un gran número de naves; al paso que la pérdida de los griegos no escedió de cuarenta galeras.

Durante el combate, Jerjes se sintió agitado por la alegria, el temor y la desesperacion. Cuando vió la derrota de su armada, cayó en un profundo abatimiento, del cual solamente volvió en sí para ordenar los preparativos de un nuevo ataque, y juntar por una calzada la isla de Salamina al continente. De ambas partes estaban preparados para nueva batalla, cuando habiendo reunido aquel príncipe sus generales, la reina Artemisa le persuadió á que dejase á Mardonio el cargo de acabar su empresa, y que él se retirase á sus estados. Abrazó este consejo y dió al momento las órdenes para que su escuadra pasase al punto al Helesponto, y que cuidase de conservar el puente de barcas; pero el egército de los aliados, siguiendo el dictámen de

Euribíades, en lugar de perseguirle fué á invernar en el puerto de Pagáso.

Algunos dias despues tomó el rey el camino de la Tesália, donde Mardonio hizo tomar cuarteles de invierno á trescientos mil hombres, que habia pedido y escogido de todo el egército. Continuando Jerjes su ruta desde alli, llegó á las márgenes del Helesponto con un corto número de tropas, y encontrando el puente destruido por una tempestad, se metió como fugitivo en un esquife, seis meses despues de haber pasado por alli como á conquistador, y se trasladó á la Frigia para edificar y fortificar palacios.

Lo primero que hicieron los vencedores cuando ganaron la batalla, fué enviar á Delfos las primicias de los despojos enemigos, que se habian repartido, y en seguida los generales se reunieron en el istmo de Corinto, para conceder coronas á aquellos que mas habian contribuido á la victoria. Temístocles fué conducido á Lacedemónia, y allí recibió con Euribíades una corona de olivo. Al ausentarse le colmaron de honores, regaláronle una magnífica carroza; y trescientos jóvenes á caballo, de las familias mas distinguidas de Esparta, tuvieron órden de acompañarle hasta las fronteras de Lacónia.

En tanto Mardonio trataba de apartar de la liga á los atenienses, y con este designio hizo que marchase para Atenas Alejandro rey

de Macedónia, que estaba unido con aquellos por lazos de hospitalidad. Pero los esfuerzos de este embajador fueron inútiles, y Arístides hizo que la asamblea del pueblo espidiese un decreto, mandando á los sacerdotes, que sacrificasen á los dioses infernales todos aquellos que tuviesen inteligencias con los persas, y se apartasen de la confederacion con los griegos.

Sabedor Mardonio de la resolucion de los atenienses, hizo marchar luego sus tropas á la Ática, cuyos habitantes se habian refugiado por segunda vez en la isla de Salamina; volvió á entrar en la Beócia, cuyos pueblos, á escepcion de los plateanos y tespienses, se habian declarado por los persas, y estableció su campo en la llanura de Tebas, á lo largo del rio Asópo, cuya orilla izquierda ocupaba hasta las fronteras del pais de los plateanos.

Los griegos en número de cerca de ciento diez mil hombres, en los cuales se contaban diez mil espartanos y cinco mil atenienses, se situaron en frente, al pie y sobre el declive del monte Citeron. Arístides mandaba los atenienses, y Pausanias rey de Esparta todo el egército. La dificultad de procurarse agua en presencia de la caballería de los persas, obligóles muy pronto á desfilar á lo largo del monte Citeron y entrar en el pais de los plateanos. No fué mas pronto saber Mardonio que los griegos habian mudado de posi-

cion retirándose al territorio de Platéa, que hacer subir su egército á lo largo del Asópo, y situarle otra vez á su presencia.

Ambos egércitos permanecieron en frente uno de otro por espacio de once dias. Al undécimo los griegos, faltos ya de provisiones y de agua, levantaron su campo durante la noche con objeto de trasladarse mas lejos, estableciéndole en una isla formada por dos brazos del Asópo. Desde allí debian mandar al paso del monte Citeron la mitad de sus fuerzas para arrojar de él á los persas, que interceptaban los convoyes. Al romper el dia tomaron los atenienses el camino del llano, y los lacedemónios seguidos de tres mil tegeates desfilaron al pie del monte; pero habiendo estos llegado al templo de Ceres distante diez estadios de su primera posicion y de la ciudad de Platéa, se detienen para esperar á uno de sus cuerpos, que habia reusado mucho abandonar su puesto, y allí los alcanza la caballería persa. Al mismo tiempo Mardonio á la cabeza de sus mejores tropas pasa el rio, avanza con paso acelerado á ocupar el llano, y su ala derecha ataca inmediatamente á los atenienses para impedir que den socorro á los lacedemónios.

Forma Pausanias sus tropas en un terreno pendiente y desigual cerca de un arroyo, y del recinto consagrado á Ceres, y se pone á consultar las entrañas de las víctimas. Como

durante este intervalo quedaban sus tropas espuestas al alcance de las flechas enemigas sin atreverse á la defensa, los tegeates, no pudiendo resistir el ardor que les animaba, se pusieron en movimiento y fueron inmediatamente sostenidos por los espartanos. Al acercarse estrechan los persas sus filas, cúbrense con sus broqueles, y forman una masa, cuya espesura y el impulso de ella detienen y rechazan el furor del enemigo. Mardonio al frente de diez mil soldados escogidos hizo balancear por largo tiempo la victoria, pero cayó al fin herido mortalmente, y desde aquel momento introduciéndose el desorden entre los persas, son arrollados y emprenden la fuga. Su caballería contuvo durante algun tiempo á los griegos victoriosos, pero no pudo impedir que llegasen al pie del atrincheramiento que Mardonio habia levantado cerca del Asópo. Los atenienses que habian tenido igual éxito en la ala izquierda, á pesar de la vigorosa resistencia de los beócios, lejos de perseguir á estos, fueron á reunirse inmediatamente á los lacedemónios que atacaban el campo persa. Apodéranse de los atrincheramientos, precipítanse alli todos, y los vencidos se dejan degollar como víctimas, quedando la tierra cubierta de los ricos despojos de los persas, en cuyas tiendas resplandecia el oro y la plata. Mardonio huyó anticipadamente tomando el camino de la Fócida, y se fué al Ásia

donde miraron como un mérito el que salvase una parte del egército.

Dióse la batalla de Platéa en 21 de Setiembre del año 479 antes de J. C. Los vencedores concedieron el honor de la victoria á los plateanos, poniendo asi en armonía á los atenienses y lacedemónios, que se lo disputaban con acaloramiento, y despues de repartido el botin, cuya décima parte quedó reservada para el templo de Delfos, concedieron toda clase de honores á los que habian perecido con las armas en la mano. Cada nacion hizo levantar un monumento á sus guerreros, y Arístides hizo espedir un decreto previniendo entre otras cosas, que los plateanos fuesen considerados como una nacion inviolable y consagrada á la divinidad.

En el mismo dia de la batalla de Platéa, la escuadra griega mandada por Leutícidas rey de Lacedemónia, y por Jantipo el ateniense, alcanzó una victoria señalada sobre los persas cerca del promontorio de Micala en Jónia.

Este fué el fin de la guerra de Jerjes, conocida mas bien bajo el nombre de guerra meda. Duró dos años, y los pueblos respiraron en fin. Los atenienses se restituyeron á su ciudad, reedificaron sus murallas, á pesar de las quejas de los aliados, que empezaban á tener celos de la gloria de aquel pueblo, y no obstante las representaciones de los lacedemónios, cuyo dictámen era el de desmantelar

las plazas de la Grecia situadas fuera del Peloponeso, temerosos de que en una nueva invasion sirviesen de retiro á los persas. Temístocles supo conjurar habilmente la tempestad, que en esta ocasion amenazaba á los atenienses, empeñándoles ademas á que formasen en el Piréo un puerto guarecido de un terrible recinto, y construir cada año un cierto número de galeras.

Al mismo tiempo una escuadra numerosa de los aliados, comandada por Pausanias, obligaba al enemigo á abandonar la isla de Chipre y la ciudad de Bizancio, situada en el Helesponto; pero estos resultados completaron la ruina de Pausanias, pues orgulloso de su gloria, no se mostró ya á los ojos de los aliados sino como un duro é insolente sátrapa, y asi es que se vió á los pueblos confederados proponer á los atenienses el combatir bajo sus órdenes.

Sabedores los lacedemónios de esta sublevacion, llamaron luego á Pausanias, le despojaron del mando, y de alli á poco tiempo le dieron muerte, mediante pruebas de que habia estado en correspondencia con el rey de Persia. Este castigo no bastó para aplacar á los aliados, pues lejos de estar acordes se negaron á reconocer al sucesor de Pausanias.

En tan críticas circunstancias los lacedemónios deliberaron sobre el partido que habian de tomar. Entonces se les vió renunciar al an-

tiguo derecho que tenian de mandar los egércitos, y ceder á los atenienses el imperio del mar, y el cargo de continuar la guerra contra los persas.

Determinadas todas las naciones por este generoso sacrificio, pusieron sus intereses en manos de Arístides, quien despues de haber repartido con la mayor equidad las contribuciones, que debian pagar aquellos pueblos, resolvió atacar sin dilacion á los persas. Mientras que este ilustre ateniense se adquiria el aprecio universal, elevándose por su mérito al primer lugar entre los griegos, Temístocles se hacia odioso, tanto á los lacedemónios, como á los aliados: á los primeros por haber dispuesto que fuesen admitidos en la asamblea de los anficiones los pueblos que habian abrazado el partido de Jerjes, y á los segundos por las exacciones que hacia en el mar Egéo. Quejáronse ademas una multitud de particulares, los unos de sus injusticias, los otros de las riquezas que habia adquirido, y todos del estremado deseo que tenia de dominar. Al fin prevalecieron sobre sus servicios tantos enemigos, y siendo desterrado se retiró al Peloponeso; pero acusado luego de que estaba en correspondencia criminal con Artajerjes sucesor de Jerjes, le persiguieron de ciudad en ciudad, y precisado á refugiarse entre los persas, murió muchos años despues.

Los atenienses apenas conocieron esta pér-

dida, pues tenian á Arístides y á Cimon hijo de Milcíades. Encargado este del mando de la escuadra griega, sale del Piréo con trescientas galeras, y obliga con su presencia y sus armas á las ciudades de Caria y de Licia á que se declaren contra los persas. Encuentra luego á la altura de la isla de Chipre la escuadra de estos últimos, echa á pique una parte de ella, y se apodera del resto. Aquella misma noche desembarca en las costas de Pamfilia, ataca al egército enemigo, le dispersa, y vuelve á su escuadra con un número prodigioso de prisioneros y de inmensos despojos.

Esta doble victoria, la conquista de la península de Tracia, que se verificó á continuacion, y algunas otras ventajas, de que aquellas fueron precursoras, aumentaron sucesivamente la gloria de los atenienses y las confianzas que tenian en sus fuerzas. Acreció aun mas su poder con el abandono que los aliados hicieron de sus naves, y la toma de las islas de Sciros, de Najos y de Thajos, cuyos habitantes exasperados por su orgullo, se habian separado de ellos mirándose como independientes.

Los socorros que dieron á los lacedemónios contra sus esclavos sublevados en algunas ciudades de la Lacónia, que se habian dejado llevar de la rebelion, dieron motivo entre ellos y Lacedemónia á un encono que producia funestas guerras. Creyeron advertir los lacede-

mónios, que los generales atenienses estaban en correspondencia con los sublevados, y bajo pretestos plausibles les rogaron que se retirasen; pero los atenienses, irritados de semejantes sospechas, rompieron el tratado que les unia á los lacedemónios desde el principio de la guerra meda, y se apresuraron á celebrar otro con los argivos sus enemigos.

(Año 462 antes de J. C.) Aumenta de dia en dia la ambicion de Atenas. Al mismo tiempo que enviaba socorros al rey de Egipto contra los persas, sus tropas hostilizaban á los pueblos de Corinto y de Epidauro, triunfaban de los beócios y sicionios; dispersaban la escuadra del Peloponeso; precisaban á los habitantes de Egina á entregar sus naves, á demoler sus murallas y pagarles un tributo, y á Tesália á restablecer un príncipe desgraciado sobre el trono de sus padres.

No hacian entonces directamente la guerra á Lacedemónia los atenienses, pero egercian contra ella y sus aliados frecuentes hostilidades. De concierto con los argivos, quisieron un dia oponerse al regreso de un cuerpo de tropas, que por intereses particulares habian atraido del Peloponeso á Beócia; pero fueron batidos, y los lacedemónios continuaron tranquilamente su marcha. Temiendo entonces Atenas un rompimiento, llamó sin tardanza á Cimon, á quien habia desterrado algunos años antes.

(Año 450 antes de J. C.) Este grande hombre de regreso á su patria empeñó sus conciudadanos á firmar nna tregua de veinte años, pero no encontrándose ya bien con el reposo que gozaban, se apresuró á llevarlos á Chipre, donde logró tan grandes ventajas contra los persas, que obligó á Artajerjes á pedir la paz bajo condiciones las mas humillantes. Mas no gozó por mucho tiempo de su gloria, pues terminó sus dias en Chipre, siendo su muerte el término de las prosperidades de los atenienses.

SECCION TERCERA.

Siglo de Pericles desde el año 444 hasta el 404 antes de J. C.

Pericles, ateniense de ilustre nacimiento y posesor de grandes riquezas, consagró sus primeros años al estudio de la filosofía, sin mezclarse en los negocios públicos, ni manifestar otra ambicion que la de distinguirse por el valor. Cuando empezó á dejarse ver en la tribuna, sus primeros ensayos admiraron á los atenienses. Debia á la naturaleza el ser un hombre el mas elocuente, y á la aplicacion y al estudio, el primero de los oradores de la Grecia.

Conocia muy bien Pericles el carácter de su nacion, y por tanto no solo fundaba sus esperanzas en el talento de la palabra, sino que

era tambien el primero que respetaba la escelencia de este talento. Antes de presentarse en público, se advertia á sí mismo en secreto, que iba á hablar á hombres libres, á griegos, á atenienses.

Apartábase no obstante cuanto podia de la tribuna; porque atento siempre á seguir con lentitud el plan de su elevacion, temia elevar la admiracion del pueblo hasta aquel punto, de donde ya es preciso descender. Júzguese pues si merecia la confianza que no ambicionaba, un orador que desdeñaba unos aplausos, de que estaba seguro. Concibióse una alta idea del poder que tenia sobre sí mismo, cuando un dia que la asamblea se alargó hasta la noche, vieron á un simple particular insultarle sin cesar, seguirle hasta su casa injuriándole, y á Pericles mandar friamente á uno de sus esclavos, que tomase un achon y acompañase á su ofensor hasta su propia casa.

No solamente entusiasmó Pericles á los atenienses con su talento, sino tambien con sus eminentes virtudes, propias de todas las circunstancias en que se vió, siendo esto el principio de su elevacion y sus honores. Asi es que supo mantenerla en el discurso de cerca de cuarenta años, en una nacion ilustrada, celosa de su autoridad, y que se cansaba tan facilmente de su administracion, como de su obediencia.

Al principio dividió el favor público con

Cimon: este se hallaba al frente de los nobles y los ricos, y Pericles se declaró por la multitud que él despreciaba, y que le dió un partido considerable. Para hacerla enteramente de su parte, llenó la ciudad de Atenas de obras clásicas, asignó pensiones á los ciudadanos pobres, distribuyóles una parte de las tierras conquistadas, multiplicó las fiestas, y concedió un derecho de presencia á los jueces, y á los que asistieren á los espectáculos y á las asambleas generales. El tesoro de los atenienses y el de los aliados sufragaban á todos estos gastos, pero el pueblo no viendo mas que la mano que daba, cerraba los ojos para no ver la fuente de donde aquella mano se surtia. Mediante el crédito que se adquirió, hizo desterrar á Cimon, falsamente acusado de comunicaciones sospechosas con los lacedemónios, y bajo frívolos pretestos destruyó la autoridad del Areopago, que se oponia con vigor á las innovaciones y la introduccion de las malas costumbres.

Despues de la muerte de Cimon, trató su cuñado de reanimar el partido vacilante de los pricipales ciudadanos, y durante algun tiempo mantuvo el equilibrio, pero al fin terminó su empresa siendo desterrado.

Desde este momento varió Pericles de sistema. Despues de haber subyugado, por medio de la multitud, la faccion de los ricos, subyugó á la multitud misma reprimiendo sus

caprichos, ya con una oposicion invencible, y ya con la sabiduría de sus consejos ó los encantos de su elocuencia. Cuánto mas aumentaba su poder, menos prodigaba su crédito y su presencia. Limitado al trato de unos cuantos parientes y amigos, desde lo interior de su retiro, velaba sobre todas las partes del gobierno, mientras solo se le creia ocupado en pacificar ó trastornar la Grecia.

Estendió los dominios de la república con victorias brillantes, pero cuando vió que el poder de los atenienses habia llegado á cierta elevacion creyó que seria una vergüenza el permitir que se debilitase, asi como una desgracia el procurar su mayor aumento. Este pensamiento fué la norma de todas sus operaciones, y el triunfo de su política, el haber tenido á los atenienses en la inaccion durante mucho tiempo, á los aliados en la dependencia, y á los lacedemónios en el respeto.

Era natural que tuviese Pericles un gran número de enemigos, no solamente entre las naciones de la Grecia, á las cuales se habia hecho odioso y temible, sino tambien entre los mismos atenienses. Los de Atenas no pudiendo atacarle directamente, dirigieron sus tiros contra aquellas personas que habian merecido su proteccion ó su amistad. Fidias encargado de la direccion de los soberbios monumentos de Atenas, fué acusado de haber

sustraido una parte del oro, con que debia adornar y enriquecer la estátua de Minerva; justificóse de la calumnia, mas no por esto dejó de morir en una prision. Anaxágoras, quizas el mas religioso de los filósofos, fué citado ante la justicia por crimen de impiedad y precisado á huir. La esposa, la tierna amiga de Perícles, la célebre Aspásia acusada de haber ultrajado la religion con sus discursos, y las costumbres con su conducta, defendió por sí misma su causa, y las lágrimas de su esposo apenas pudieron salvarla de la severidad de los jueces.

Estos ataques no eran mas que el preludio de los que hubiera sufrido personalmente, cuando un suceso imprevisto aseguró su autoridad.

Hacia algunos años que Corcira estaba en guerra con Corinto, de donde traia su origen; los atenienses admitiendo esta isla en su alianza, la dieron socorros, y los corintios declararon que aquellos habian quebrantado la tregua estipulada algunos años antes. Potidéa, una de las colonias de Corinto, abrazó el partido de los atenienses, y estos sospechando de su fidelidad mandaron que entregasen los rehenes, que demoliesen sus murallas, y que arrojasen los magistrados, que recibian cada año de su metrópoli; pero habiéndose negado á ello Potidéa, y noticiosos de que se habia reunido á la liga del Peloponeso, la sitiaron

los atenienses. Algun tiempo antes habian estos prohibido bajo leves pretestos la entrada en sus puertos y mercados á los de Megara, aliados de Lacedemónia, al mismo tiempo que otras ciudades se quejaban amargamente de la pérdida de sus leyes y de su libertad. Corinto escuchó sus quejas y supo empeñarles á tomar venganza de los lacedemónios gefes de la liga del Peloponeso. Llegan pues á Lacedemónia los diputados de aquellas diferentes ciudades, los juntan, y esponen sus agravios con tanta acrimónia como vehemencia. Habian ido tambien á Lacedemónia otros diputados de Atenas á tratar de diversos negocios, y pidieron la palabra para responder á las acusaciones que acababan de oir; mas los lacedemónios no eran sus jueces, y por tanto querian reducir la asamblea á suspender una decision que podia tener las consecuencias mas funestas. Concluido su discurso, en que recordaron las batallas de Maraton y de Salamina, y todo cuanto habian hecho por la libertad de la Grecia, salieron los embajadores de la asamblea.

Despues de su ausencia, el rey Archîdamo, que á una profunda sabiduría reunia una larga esperiencia, conociendo por la agitacion de los espíritus que la guerra era inevitable, quiso retardar el momento de su declaracion, y al efecto pronunció un discurso, en que despues de haber espuesto las dificultades y los

peligros, propuso que se entablase con los atenienses una negociacion capaz de arreglar las cosas cual deseaban los aliados. Sus reflexiones hubieran detenido acaso á los lacedemónios, si para estorbar su efecto, uno de los Eforos llamado Esthenelaidas, no le hubiese incitado á opinar en el acto por la guerra contra los atenienses, opresores de la libertad de los pueblos. Asi que hubo hablado la mayoría de los concurrentes, decidió que los atenienses habian quebrantado la tregua, y se acordó convocar una junta general de los diputados de las ciudades del Peloponeso para resolver definitivamente.

Al llegar estos diputados, se puso de nuevo el asunto en deliberacion y decidióse la guerra á pluralidad de votos, pero no estando aun en disposicion de comenzarla, se encargaron los lacedemónios de enviar embajadores á Atenas para esponer alli las quejas de la liga del Peloponeso. Enviaron sucesivamente tres embajadores, y todos ellos se retiraron sin haber podido alcanzar nada de los atenienses, á quienes Pericles impelia á la guerra aun con mas calor, aunque eran provocados á ella por los lacedemónios. (Año 431 antes de J. C.) Desde aquel momento se ocuparon por una y otra parte, en hacer preparativos para una guerra la mas larga y funesta, que jamas ha desolado la Grecia, pues duró veinte y siete años.

Los lacedemónios tenian de su parte á los beócios, focences y locrienses, los de Megara, de Ambracia, Leucadia, Anastorio, y todo el Peloponeso, escepto los argivos que se quedaron neutrales.

Por parte de los atenienses estaban las ciudades griegas situadas en las costas del Asia, las de Tracia y del Helesponto, casi toda la Arcanania, algunos otros pueblos pequeños y casi todos los isleños, escepto los de Melos y de Thera. Ademas de estos socorros, podian ellos mismos suministrar á la liga mas de diez y seis mil hombres. Las mismas fuerzas, poco mas ó menos de gente escogida entre ciudadanos muy jóvenes ó muy viejos, y estrangeros, se encargó de la defensa de la ciudad y de las fortalezas del Ática. Para hacer frente á los gastos de armamento y demas de la guerra, habia depositados en la ciudadela seis mil talentos, contando ademas con otros quinientos que podian adquirir valiéndose de diferentes recursos.

Comenzó Archîdamo la campaña avanzando ácia el Ática al frente de sesenta mil hombres. Antes de entrar en aquel territorio, quiso entablar una negociacion con los atenienses, y no habiendo sido recibido su embajador, marchó adelante esparciendo por todas partes el estrago y la desolacion; pero en breve se vió precisado á la retirada á causa de no encontrar subsistencia para sus tropas.

Pericles por su parte hizo marchar ácia el Peloponeso una escuadra de cien velas, que taló todas las costas, y á su vuelta tomó la isla de Egina. Tales fueron los principales acontecimientos de esta primera campaña. Los que siguieron no ofrecen tampoco mas que una continuacion de acciones particulares, de rápidas correrias y de empresas, que parecen agenas del objeto que unos y otros se proponian.

En el año séptimo de la guerra, los lacedemónios, por salvar un destacamento de soldados que los atenienses tenian sitiados en una isla, entregaron sesenta galeras bajo condicion de que les serian restituidas si fuese desechada su demanda, pero no habiendo sido entregados los prisioneros por los atenienses, ni devueltas por estos las galeras, quedó asi destruida la marina del Peloponeso, y no se restableció hasta el año veinte de la guerra, cuando el rey de Persia se obligó á mantenerla mediante tratados. Entonces las naves de los lacedemónios cubrieron los mares; las dos naciones midieron sus fuerzas, y despues de una alternativa de prosperidades y reveses, el poder de la una cedió á la potencia de la otra. . . . .

Al principio del segundo año de la guerra volvieron á entrar los enemigos en el Ática, y la peste se declaró en Atenas. Este azote, que tuvo su orígen en la Etiópia, se habia estendido por el Egipto, la Líbia, una parte

de la Persia, la isla de Lemnos y otros lugares. Un buque mercante la introdujo sin duda por el Piréo, donde se manifestó primeramente y de alli se difundió con furor por la ciudad, y particularmente se difundió en las moradas obscuras y mal sanas, donde los habitantes del campo vivian apiñados.

La enfermedad parecia que despreciaba las reglas de la esperiencia. Viendo el rey Artajerjes que egercia sus estragos en muchas provincias de la Persia, resolvió llamar en su socorro al célebre Hipócrates, que se hallaba entonces en la isla de Cos. En vano le convidó con riquezas, haciendo brillar á sus ojos el oro y el fausto: este grande hombre respondió al poderosísimo monarca, que no tenia necesidades ni deseos, y que se debia sacrificar por los griegos mas bien que por sus enemigos. Fué en efecto á ofrecer sus servicios y conocimientos á los atenienses, que le recibieron con tanto reconocimiento, cuanto era el apuro en que se hallaban, por haber perecido la mayor parte de sus médicos, víctimas de su celo. Agotó los recursos de su arte esponiendo muchas veces su vida, y sino logró todo el éxito que merecian tan preciosos sacrificios y tan grandes talentos, á lo menos prodigó consuelos y esperanzas.

Al cabo de dos años parecia que calmaba ya aquella peste, que habia hecho los mayores estragos y mudado enteramente la faz

de Atenas: pero esta lisongera perspectiva no era mas que un reposo de la enfermedad, pues se advirtió mas de una vez que no estaba su germen destruido. Desenvolvióse ocho meses despues, y en el discurso de un año entero, renovó las mismas escenas de luto y de horror, que habia anteriormente producido.

La pérdida mas irreparable para Atenas, fué la de Pericles, que murió de resultas de la enfermedad en el tercer año de la guerra. Algun tiempo antes los atenienses, incomodados por el esceso de sus males, le habian despojado de su autoridad y condenado á pagar una multa; acababan de reconocer su injusticia, y Pericles se la habia perdonado. Al tiempo de morir dijo incorporándose en la cama y dirigiéndose á sus amigos, que le rodeaban refiriendo sus victorias. «El único elogio que merezco es el de no haber hecho poner luto á ningun ciudadano.»

Fué reemplazado por Cleon, hombre de humilde nacimiento, sin talento verdadero, pero vano, audaz, arrebatado y por lo mismo del gusto de la muchedumbre. Los buenos y honrados ciudadanos le opusieron á Nicias, uno de los primeros y mas ricos particulares de Atenas, que habia mandado los egércitos y logrado muchas ventajas, pero unicamente gozó consideracion y nunca crédito, mientras vivió Cleon, que tenia mucho

mas talento para escitar á la plebe y ganar su voluntad.

Despues de la muerte de Cleon, que pereció en Tracia en un combate dado por él á Brasidas el general mas hábil de los lacedemónios, entabló Nicias negociaciones con Lacedemónia, á las cuales sucedió en breve una alianza ofensiva y defensiva, que debia durar cincuenta años; pero este tratado que volvia las cosas á su primer estado, no subsistió sin embargo mas de seis años y diez meses, y el rompimiento de que fué seguido le causó la ambicion de Alcibíades.

Un orígen ilustre, riquezas considerables, la mas hermosa fisonomía y presencia, las gracias mas seductoras, un entendimiento vasto y penetrante, el honor en fin de ser hechura de Pericles, fueron otras tantas ventajas que deslumbraron desde luego á los atenienses, y con que el mismo se deslumbró primero. En una edad, en que el hombre necesita mas que todo indulgencia y consejos, Alcibíades tuvo ya una corte y aduladores: admiró á sus maestros por su docilidad, y á los atenienses por sus costumbres licenciosas. Sócrates mismo solicitó su amistad conociendo que este jóven seria el mas peligroso para Atenas, y habiéndola conseguido á fuerza de cuidados no la perdió jamas.

Cuando entró en la carrera de los honores, quiso deberlos con particularidad á los atrac-

tivos de su elocuencia. Dejóse ver en la tribuna, y en breve fué tenido por uno de los mas grandes oradores de Atenas, y acordándose todos de que habia dado grandes pruebas de valor durante las primeras campañas, previeron que llegaria á ser un dia el general mas habil de la Grecia.

Tenia un carácter tan flexible, que la necesidad de dominar ó el deseo de complacer, le hacia acomodarse facilmente á las circunstancias ó coyunturas en que se hallaba. Todos los pueblos fijaron en él su atencion, y se hizo dueño de la opinion pública. Los espartanos quedaron absortos de su frugalidad; los tracios de su intemperancia; los beócios de su aficion á los egercicios mas violentos; los jónios de su gusto por la pereza y la voluptuosidad, y los sátrapas del Ásia por un lujo que ellos no podian igualar. Pero los rasgos de ligereza, de insubstancialidad y de imprudencia, propios de su juventud, desaparecian en las ocasiones que requerian reflexion y constancia. Entonces juntaba la prudencia á la actividad, y los placeres no le robaban ya ninguno de los instantes, que debia á su gloria ó á sus intereses.

Nacido en una república, debia elevarla haciéndola superior á si misma, antes de ponerla á sus pies. Este era sin duda el secreto de las brillantes empresas, á que él arrastró á los atenienses. Con sus soldados hubiera so-

juzgado pueblos, y sin advertirlo se hubieran visto esclavizados los mismos atenienses.

Su primera desgracia, deteniéndole casi al principio de su carrera, hizo ver que su genio y sus proyectos eran muy vastos para la dicha de su patria. Dícese que la Grecia no podia sufrir dos Alcibíades; pero se debe añadir que Atenas tuvo uno de mas. El fué quien hizo decretar la guerra contra la Sicilia.

GUERRA DE LOS ATENIENSES EN SICILIA.

La ciudad de Egesta en Sicilia, que se decia estar oprimida por los de Selinonta y Siracusa, imploró el auxilio de los atenienses sus aliados. Atenas envió diputados á Sicilia, y cuando regresaron hicieron una relacion infiel del estado de las cosas. Resolvióse la espedicion y fueron nombrados por generales de ella, Alcibíades, Nícias y Lamaco. Lisongeábanse de tal manera de su buen éxito, que el senado arregló de antemano la suerte de los diferentes pueblos de la Sicilia.

El primer proyecto fué el de enviar inmediatamente sesenta galeras á esta isla. Nícias, que se habia opuesto á tal espedicion, queriendo impedirla por una via indirecta, espuso que ademas de la escuadra era necesario un egército terrestre, y presentó á la vista de los ciudadanos el espantoso cuadro de los preparativos, de los gastos y del número de

tropas que exigia tal empresa, mas la asamblea lejos de anonadarse dió á los generales plenos poderes para disponer de todas las fuerzas de la república.

(Año 415 antes de J. C.) Todo estaba ya pronto para partir, cuando Alcibíades fué denunciado por haber mutilado durante la noche, con algunos compañeros, las estátuas de Mercurio, colocadas en los diferentes cuarteles de la ciudad, y representado ademas al salir de una cena las ceremonias de los terribles misterios de Eleusis. Puesto á salvo del furor de la plebe, mediante las disposiciones del egército y de la escuadra: se presenta á la asamblea, desvanece las sospechas suscitadas contra él, y pide una de dos cosas; la muerte si es culpable, ó una reparacion satisfactoria sino lo es. Sus enemigos hacen diferir el fallo hasta que regrese, y el marcha cargado de una acusacion que tiene la cuchilla de la ley pendiente sobre su cabeza.

La escuadra compuesta de trescientas velas se habia reunido en Corcira, y desde alli pasó á Regio al estremo de la Italia. Alcibíades y Nícias manifestaron sus miras en el primer consejo que se tuvo. El segundo queria atenerse al decreto de los atenienses; el cual solo prevenia que se tratase de arreglar los negocios de la Sicilia del modo mas ventajoso á los intereses de la república, y que para conseguirlo se protegiese á los egestanos contra

los de Selimonta; y si las circunstancias lo permitiesen, que obligasen á los siracusanos á restituir á los leontinos las posesiones, de que les habian privado. No era este el modo de pensar de Alcibíades y de Lamaco. Este último queria aun mas que Alcibíades, el cual era de opinion que debia comenzarse haciendo negociaciones con algunas ciudades, á fin de sublevarlos contra los de Siracusa, al paso que Lamaco deseaba que al instante se marchase contra la ciudad de Siracusa. Pero no fué seguido este dictamen, y todos se conformaron con el de Alcibíades.

Este general se apoderó lo primero de Catana por sorpresa, y Naxos le abrió luego sus puertas. La ciudad de Mesina iba á seguir este ejemplo, cuando se supo que habian llegado de Atenas unos emisarios de sus enemigos para prenderle. Al principio se propuso ir á confundir á sus acusadores, pero reflexionando despues sobre las injusticias de los atenienses, se escapó retirándose al Peloponeso, y su retirada difundió el desaliento en el egército. Para reanimar el ardor de los soldados, Nícias se determinó á sitiar á Siracusa. Esta ciudad sumamente estrechada estaba ya á punto de rendirse, cuando un general lacedemónio llamado Gilippe consiguió entrar en ella con algunas tropas, reanimó el valor de los sitiados, batió á los sitiadores y los tuvo encerrados en sus atrincheramientos.

Vino á anclar cerca de Siracusa una nueva escuadra ateniense á las órdenes de Demóstenes y de Eurimedon, pero estas nuevas tropas no fueron mas felices que aquellas, á las cuales reforzaron. Por causa de Nícias, que no quiso volver á hacerse á la vela, como se lo habia aconsejado Demóstenes, los atenienses fueron batidos por mar y por tierra, y precisados á abandonar su campo, sus enfermos y sus naves, y á retirarse en número de cuarenta mil hombres á algunas ciudades de Sicilia. En su retirada fueron perseguidos por Gilippe al frente de los siracusanos, y tuvieron que luchar contra muchos é incesantes obstáculos. Demóstenes que mandaba la retaguardia, habiendo sido arrinconado en un parage estrecho, se vió forzado á rendirse; Nícias no mas dichoso, perdió ocho mil hombres cerca del rio Asinaro y rindióse tambien á Gilippe. Fueron conducidos á Siracusa un número considerable de prisioneros y todos perecieron, los unos de enfermedades y los otros en prisiones como esclavos, á escepcion de algunos de estos que debieron su libertad á las poesias de Eurípides, apenas conocidas entonces en Sicilia, y de las cuales recitaban á sus señores los mejores trozos. Nícias y Demóstenes fueron condenados á muerte, á pesar de los esfuerzos que hizo Gilippe para salvarles la vida.

Esperimentó Atenas en esta ocasion un re-

ves tan grande como imprevisto, pero aun la esperaban otras desgracias. Sus aliados estaban ya dispuestos á sacudir su yugo; los demas pueblos juraban su pérdida, y los del Peloponeso se creian ya autorizados con su ejemplo para romper la tregua. Gozaba Alcibíades en Lacedemónia el crédito que sabia adquirirse en todas partes, y despues de haber empeñado á los lacedemónios á dar socorro á los siracusanos, y á comenzar de nuevo sus correrias en la Ática, presentóse en las costas del Asia menor, donde hizo que se declarasen en favor suyo Chio, Mileto y otras ciudades florecientes. Cautivó con su agrado y buen trato á Tisafernes, gobernador de Sardes, y el rey de Persia se encargó del mantenimiento de la escuadra del Peloponeso.

Hubiese terminado muy pronto esta segunda guerra, si Alcibíades perseguido por Agis rey de Lacedemónia, á cuya esposa habia seducido, y por los demas gefes de la liga, á quienes su gloria daba celos, no hubiese suspendido los esfuerzos de Tisafernes y los socorros de la Persia, bajo pretesto de que convenia al gran rey el dejar á los griegos debilitarse mutuamente.

No tardaron los atenienses en revocar el decreto del destierro de Alcibíades: pónese entonces al frente de ellos, somete las plazas del Helesponto, obliga á los gobernado-

res del rey de Persia á firmar un tratado ventajoso para los atenienses, y Lacedemónia á pedirles la paz, cuya peticion fué desechada, porque creyendose en adelante invencibles bajo el mando de Alcibíades, habian pasado rápidamente de la consternacion mas profunda á la mas insolente presuncion.

Cuando este general volvió á su patria, su llegada á ella, su mansion y la priesa que se dió para justificarse, fueron para él una serie continuada de triunfos y de fiestas para el pueblo; y cuando le vieron salir del Piréo con una escuadra de cien naves, nadie dudó que los pueblos del Peloponeso sufririan en breve la ley del vencedor, y que á continuacion anunciaria un correo la conquista de la Jónia.

Engolfados se hallaban en tan lisonjeras esperanzas, cuando se supo que quince galeras atenienses habian caido en poder de los lacedemónios, á causa de un combate dado en ausencia y contra las órdenes de Alcibíades, y en ocasion que este habia pasado á la Jónia obligado de la necesidad de exigir contribuciones para el mantenimiento de las tropas. A la primera noticia de este reves, volvió atras y presentó la batalla al vencedor que no se atrevió á aceptarla. Habia reparado el honor de Atenas y la pérdida era corta; pero bastó paraque sus enemigos lo-

grasen irritar al pueblo que le quitó el mando de los egércitos.

La guerra continuó durante algunos años, siempre por mar, y concluyóse con la batalla de Egos.--Potamos, ganada por los lacedemónios en el estrecho del Helesponto. Lisandro que los mandaba sorprendió la escuadra ateniense; y se hizo dueño de ella cogiendo tres mil prisioneros, (año 405 antes de J. C.)

La pérdida de esta batalla trajo consigo la de Atenas, que despues de un sitio de algunos meses se rindió por falta de víveres. Sus habitantes fueron condenados no solamente á demoler las fortificaciones del Piréo, sino tambien á entregar sus galeras á escepcion de doce; á llamar á los desterrados, á sacar las guarniciones de las ciudades de que se habian apoderado, y á seguir á sus vencedores por mar y por tierra inmediatamente que se les mandase.

Sus murallas fueron destruidas al son de música, y algunos meses despues les fué permitido el elegir treinta magistrados, que en lugar de establecer una nueva forma de gobierno usurparon la autoridad.

Protegian abiertamente sus injusticias las tropas lacedemónias, que les facilitó Lisandro, y tres mil ciudadanos, que se asociaron para afirmar su potencia. La nacion desarmada cae de repente en el esceso de la servidumbre y el destierro, las cadenas y la muerte son el

patrimonio de aquellos que se atreven á quejarse contra la tirania, ó que parece la condenan con su silencio. Esta opresion no duró mas de ocho años, y en este corto espacio de tiempo, mas de mil quinientos ciudadanos fueron degollados y privados de los honores fúnebres; la mayor parte abandonó una ciudad donde las víctimas y los testigos de la opresion no se atrevian á manifestar sus quejas.

Hallábase entonces Alcibíades en un lugar de la Frigia, bajo el gobierno de Farnabaces que le dió pruebas de distincion y amistad. Creíase en perfecta seguridad, cuando de repente cercan su casa unos asesinos enviados por el Sátrapa, y no teniendo valor para invadirla, la pegan fuego. Arrójase él con espada en mano por entre las llamas, aparta á los bárbaros, y cae muerto entre una lluvia de dardos; siendo entonces de edad de cuarenta años.

Estaba reservada á Trasíbulo la gloria de libertar á su patria. Este generoso ciudadano puesto por su mérito á la cabeza de aquellos que habian huido, se apoderó del Piréo y llamó al pueblo á la independencia. Algunos de los opresores perecieron con las armas en la mano y otros fueron condenados á muerte. Publicóse una amnistía general, y bastó para restablecer el órden y la tranquilidad en Atenas. Algunos años despues sacudió esta ciu-

dad el yugo de Lacedemónia, restableció su gobierno, y aceptó el tratado de paz que celebró con Artajerjes el espartano Antalcídas. Por este tratado las colónias griegas del Asia menor y algunas cercanas, fueron abandonadas á la Persia, y los demas pueblos de la Grecia recobraron sus leyes y su independencia. Asi terminaron las desavenencias causadas por las guerras de los medos y del Peloponeso.

REFLEXIONES SOBRE EL SIGLO DE PERICLES.

Al principio de la guerra del Peloponeso debieron sorprenderse estraordinariamente los atenienses, al verse tan diferentes de lo que fueron sus padres. El mérito no obtuvo en breve mas que una débil estimacion, y todas las consideraciones fueron reservadas para el crédito: todas las pasiones se dirigieron ácia el interes personal, y todas las fuentes de corrupcion se derramaron con profusion por el estado. El amor que antes se cubria con el velo del himeneo y del pudor, encendió abiertamente fuegos ilegítimos: multiplicóse en la Ática y en toda la Grecia el número de mugeres públicas, venidas la mayor parte de ellas de la Jónia, y Pericles, testigo ocular del abuso que favorecia sus miras ambiciosas, no trató de corregirle como debiera. La célebre Aspasia natural de Mileto, en Jónia, su querida y despues su esposa, favore-

ció sus miras con sus gracias, su belleza y su talento. Ella se atrevió á formar una reunion de cortesanas, cuyos atractivos debian hacer á los jóvenes atenienses del partido de Pericles. Desencadenáronse contra ella los poétas cómicos, mas no la impidieron que reuniese en su casa la mas lucida tertulia de Atenas.

Pericles autorizó el libertinage, Aspasia le propagó, y Alcibíades le hizo amable: la nacion arrastrada por los encantos de este ateniense se hizo cómplice de sus estravios, y á fuerza de escusarlos acabó por defenderlos, de modo que su funesta influencia sobre las costumbres públicas subsistió mucho despues de su muerte.

Acia el tiempo de la guerra del Peloponeso, y cuando el desenfreno progresaba de dia en dia, la naturaleza redobló sus esfuerzos y prodigó repentinamente muchos genios en todos géneros. Atenas dió muchos á luz, y vió venir aun mayor número á solicitar alli los honores de su aprobacion. Sófocles, Eurípides y Aristófanes brillaban sobre la escena; Antifon, Andocídes y Lisias se distinguian en la elocuencia; Teucídides movido aun por los aplausos, que habia merecido Herodoto cuando leyó su historia á los atenienses, se disponia para merecer otros semejantes. Sócrates transmitia una doctrina sublime á unos discípulos, de que muchos han fundado escuelas; hábiles generales ha-

cian triunfar las armas de la república: levantáronse los mas soberbios edificios diseñados por los mas sabios arquitectos; y los pinceles de Polignoto, de Parrhacio y Zeuxis, y los cinceles de Fidias y de Alcameno hermoseaban á porfia los templos, los pórticos y las plazas públicas. Todos estos grandes hombres, todos aquellos que florecian en otros paises de la Grecia, se reproducian en discípulos dignos de reemplazarlos, y era fácil prever que el siglo mas corrompido seria en breve el siglo mas ilustrado.

Las ciencias se manifestaban cada dia con nuevas luces y las artes hacian nuevos progresos: la poesía no aumentaba su brillo, pero conservando el que tenia, le empleaba con preferencia en adornar las tragedias y la comedia, que llegaron de repente á su perfeccion. La historia, sujeta á las leyes de la crítica, desechaba lo maravilloso, discutia los hechos, y llegaba á ser una leccion poderosa que daba lo pasado á lo futuro. Las reglas de la lógica y de la retórica, las abstracciones de la metafísica, las máximas de la moral fueron desenvueltas en unas obras, que reunian á la regularidad de planes la exactitud de las ideas y la elegancia del estilo.

La Grecia debió en parte estos adelantos á la influencia de la filosofía, que salió de la obscuridad despues de las victorias alcanzadas sobre los persas. Apareció Zenon y los

atenienses se egercitaron en las sutilidades de la escuela de Eléa. Anaxágoras les trajo las luces de las de Tales, y empezábase á creer en fin, que los eclipses, los monstruos y los diversos fenómenos ó descarrios de la naturaleza, no debian ya mirarse como prodigios; pero se veian en la dura precision de decírselo unos á otros con reserva, porque el pueblo, acostumbrado á mirar estos fenómenos como avisos del cielo, se enconaba contra los filósofos que trataban de despreocuparle. Perseguidos y desterrados, aprendieron muy á costa suya, que para que la verdad sea admitida entre los hombres, no debe presentarse á cara descubierta sino deslizarse furtivamente en pos de los errores.

Las artes no encontrando preocupaciones que combatir, alzaron de repente el vuelo. Hubo concursos en Delfos, en Corinto, en Atenas y en otros lugares; pero Atenas sobrepujó en magnificencia á todas las demas ciudades de la Grecia. En tiempo de Pericles empezó á introducirse el buen gusto por las artes entre un corto número de ciudadanos, y el de los cuadros y las estátuas entre las gentes pudientes. Desde entonces empezaron á apreciar y se estimuló con premios á los artistas, que mas se distinguian por sus obras. Los unos trabajaban gratuitamente por la república, y les concedieron honores y distinciones: otros se enriquecieron, ya forman-

do discípulos, y ya exigiendo un tributo de aquellos que iban á sus talleres á admirar las obras escelentes de sus manos. Zeuxis llegó á tal estado de opulencia, que al fin de sus dias regalaba sus cuadros, bajo pretesto de que nadie se encontraba en disposicion de poder pagarlos.



Encontramos en Panticapea un bajel de Lesbos pronto para hacerse á la vela T I P. 3

COMPENDIO

DEL VIAGE

DEL JÓVEN ANACARSIS

EN GRECIA.

CAPÍTULO I.

Salida de Escitia.—El Ponto Euxino.—Estado de la Grecia desde la toma de Atenas año 404 antes de J. C. hasta el momento del viage.—El Bósforo de Tracia.—Llegada á Bizancio.

Anacarsis escita de nacion, hijo de Toxatis, es el autor de esta obra que dirige á sus amigos. Empieza esponiéndoles los motivos de su viage.

Desciendo, como sabeis, del sabio Anacarsis, tan célebre entre los griegos como indignamente tratado por los escitas. Tenia yo la edad de diez y ocho años, cuando un esclavo griego que adquirí, me inspiró el deseo de ver la Grecia. Era este de una familia distinguida de Tebas en Beó-

cia, quedó prisionero en la célebre retirada de los diez mil, y despues de haber arrastrado las cadenas en diferentes naciones, vino á parar adonde yo habitaba. Hasta entonces no habia yo visto mas que tiendas, rebaños y desiertos, y asi es que todo cuanto me refirió hizo en mi una impresion profunda. En adelante no pudiendo sufrir la vida errante, que habia pasado, y la profunda ignorancia, en que estaba, resolví abandonar el pais nativo.

He pasado mis mas floridos años en Grecia, en Egipto y en Persia, pero en el primero de estos paises es donde mas me he detenido: he gozado de los últimos momentos de su gloria, y no he salido de alli hasta despues de haber visto espirar su libertad en la llanura de Queronéa.

(Año 363 antes de J. C.) A fines del primer año de la Olimpíada ciento cuatro, parti con Timágenes, á quien acababa de dar libertad: despues de haber atravesado vastas soledades, llegamos á las orillas del Tánais, cerca del parage donde desemboca en la mar la laguna Meótida y de alli pasamos por mar á la ciudad de Panticapéa, situada en una altura ácia la entrada del Bósforo cimeriense. Esta ciudad, donde los griegos establecieron en otro tiempo una

colónia, ha llegado á ser la capital de un pequeño estado, que se estiende por la costa oriental del Chêrsoneso táurico. Reinaba en ella Leucon, hacía ya cerca de treinta años, pero nosotros no le vimos, porque entonces se hallaba al frente de su egército haciendo la guerra á los habitantes de Heracléa en Bitinia.

Encontramos en Panticapéa un bajel de Lesbos pronto para hacerse á la vela, y Cleomedes, que le mandaba, nos ofreció admitirnos á su bordo. Esperando el dia de la marcha, iba y venia yo al puerto, y desde los muros y fuera de ellos fijaba mi atencion en todos los objetos con la mas viva curiosidad. Todo aquello que me causaba estrañeza ó me sorprendia, iba á decirlo á Timágenes, cual si fuere para él un descubrimiento; asi como lo era para mi. Preguntábale si el lago de Meócida era el mayor de los mares, y si Panticapéa la ciudad mas hermosa del universo.

No me es facil manifestar la sensacion que esperimenté, cuando se presentó insensiblemente á mis ojos en toda su estension la mar denominada el Ponto—Euxino. Es un inmenso lago casi rodeado por todas partes de altas montañas, mas ó menos lejanas de su orilla, y en el cual cerca de

cuarenta rios vierten las aguas de una parte del Asia y de la Europa. En sus orillas habitan naciones, que se diferencian entre si por su orígen, sus costumbres y lenguage. Esta mar se ve con frecuencia cubierta de vapores sombrios y agitada por tempestades violentas, pero no es profunda sino ácia su parte oriental, donde la naturaleza ha abierto abismos insondables.

Temiendo Cleomedes alejarse de las costas, dirigió su rumbo ácia el oeste, y en seguida ácia el sur, y vimos de lejos la embocadura del Boristenes (1), la del Inster (2) y algunos otros rios.

Un dia el mismo Cleomedes, despues de habernos hablado de la espedicion del joven Ciro y del destierro de Jenofonte, nos hizo un elogio de Epaminondas, y refirió tambien la gloriosa revolucion de los tébanos: «Ya sabreis, dijo á Timágenes que estaba sorprendido de lo que oyó decir de Jenofonte, su antiguo general, y de Epaminondas su compatriota, (año 404 antes de J. C.), ya sabreis que por la toma de Atenas todas nuestras repúblicas se hallaron en algun modo esclavizadas por los lacedemónios. Las escelen-

(1) Hoy dia el Dnieper.
(2) Antiguo nombre del Danubio.

tes prendas de Agesilao y sus hazañas la amenazaban de una larga servidumbre, cuando el rey Artajerjes, que concibió el proyecto de llevar sus terribles fuerzas hasta el centro de aquellos estados, consiguió separar de Lacedemónia muchas ciudades de la Grecia. Tebas, Corinto, Argos y otros muchos pueblos formaron una liga poderosa y reunieron sus tropas en los campos de Coronéa en Beócia (año 393 antes de J. C.) Vinieron muy pronto á las manos con los de Agesilao; venció este príncipe, y los tébanos tuvieron la gloria de retirarse sin emprender la fuga.

«Esta victoria consolidó el poder de Esparta, pero hizo estallar nuevas turbulencias y nuevas ligas entre los mismos vencedores, porque los unos estaban como cansados de vencer, y los otros de la gloria de Agesilao. Estos últimos teniendo al frente el espartano Antalcidas, propusieron al rey Artajerjes que diese la paz á las naciones de la Grecia: el tratado que se celebró obligaba á los tébanos á reconocer la independencia de la Beócia, y estos de concierto con los de Argos no accedieron á él hasta que se vieron precisados por la fuerza.

(Año 382 antes de J. C.) «Algunos años

despues el espartano Fébidas pasando á la Beócia con un cuerpo de tropas, acampó delante de Tebas. La ciudad estaba dividida en dos bandos: Leonciádes, gefe del partido adicto á los lacedemónios, empeñó á Fébidas á que se apoderase de la ciudadela, y para ello le facilitó los medios. Se estaba entonces en plena paz y era el momento en que los tébanos celebraban las fiestas de Ceres. Tan estraña perfidia se hizo aun mas odiosa por las crueldades egercidas contra aquellos ciudadanos, que eran sumamente adictos á su patria. Cuatrocientos de ellos se acogieron á los atenienses, é Ismenias gefe de aquel partido sufrió la pena de muerte bajo vanos pretestos.

«Alzóse un grito general en toda la Grecia, y los lacedemónios mismos se estremecieron de indignacion. Leonciádes, que habia ido á Lacedemónia, tranquilizó los espíritus irritándolos contra los tébanos. Decidióse por fin que se conservase la ciudadela de Tebas, y que Fébidas pagase una fuerte multa. —Asi, dijo Timágenes interrumpiendo á Cleomedes, se aprovechó Lacedemónia del crimen, y castigó al culpable al mismo tiempo: ¿mas cual fué la conducta de Agesilao?— Acu-

sáronle respondió Cleomedes, de haber sido el autor oculto de la empresa y del decreto que llevó á su colmo la iniquidad.

«Este decreto fué la época de la decadencia de los lacedemónios. La mayor parte de sus aliados los abandonaron, y tres ó cuatro años despues, los tébanos sacudieron un yugo odioso. Algunos ciudadanos intrépidos destruyeron una noche en un instante á los partidarios de la opresion, y secundando el pueblo sus esfuerzos fueron arrojados de la ciudadela los espartanos; uno de los desterrados, el joven Pelópidas de ilustre nacimiento y distinguido por sus riquezas, fué uno de los primeros autores de esta conspiracion famosa.

«A la noticia de estos acontecimientos hicieron los lacedemónios algunas irrupciones en Beócia; Agesilao condujo por dos veces sus tropas á aquel pais, y fué herido en una accion poco decisiva. Cada dia conducia Pelópidas á los tébanos contra el enemigo y enseñábales á medir sus fuerzas en varias escaramuzas con los espartanos, cuya reputacion temian no menos que su valor. Instruido por sus propias faltas y los egemplos de Agesilao, en una de las campañas siguientes recogió el fruto de sus fatigas y reflexiones.

«Estando en la Beócia se adelantaba ácia Tebas en ocasion que volvia por el camino un cuerpo de lacedemónios mucho mas numeroso que el suyo. Un soldado de á caballo, que se habia adelantado, los vió salir del desfiladero y volvió corriendo á decir á Pelópidas: hemos caido en manos de los enemigos.—¿Y porque no han de haber caido ellos en las nuestras? Asi responde el general y los ataca; pelean con encarnizamiento, y permanece la victoria indecisa mucho tiempo; pero vencen al fin los tébanos, y los lacedemónios despues de haber perdido sus generales y lo mejor de sus tropas, se dispersan por el llano.

«Este éxito inesperado admiró á Lacedemónia, Atenas y todas las repúblicas de la Grecia. Para terminar amistosamente sus desavenencias, envió cada cual sus diputados á una dieta covocada en Lacedemónia, y Epaminondas á la edad de cuarenta años, se presentó en ella con los demas representantes de Tebas. Agesilao decidió las sesiones de esta gran asamblea, que terminó con un tratado, en el cual no tuvieron parte alguna los tébanos.

«Apenas habian regresado estos á su patria, cuando el rey Cleombrote, que man-

daba en la Fócida el egército de los aliados, tuvo órden de conducirle á la Beócia. Las fuerzas de los tébanos eran inferiores á las suyas casi en la mitad, pero tenian á su cabeza á Epaminondas, y Pelópidas mandaba sujeto á sus órdenes. Hallábanse los dos egércitos en un parage de la Beócia llamado Leuctres (año 371 antes de J. C.) Al siguiente dia se dió aquella batalla, que los talentos ó el general tébano harán memorable para siempre, y en que los prodigios de valor de Cleombrote no pudieron salvarle de la muerte, ni á su egército de una completa derrota.

«Los vencedores, cuya pérdida fué muy leve, levantaron un trofeo en el campo de batalla y se ensoberbecieron tanto con la victoria, que el filósofo Antistenes decia: «me parece que veo discípulos altivos de haber azotado á su maestro.»

«Dos años despues fueron nombrados gefes de la liga beociana Epaminondas y Pelópidas. Estos dos ilustres amigos entraron juntos en el Pelopóneso, y Epaminondas que mandaba como general en gefe, condujo á Lacedemónia el egército compuesto de setenta mil hombres, con esperanza de hacerse dueño de aquella ciudad y levantar en ella un trofeo. Al acercarse formó

Agesilao su egército en una eminencia situada entre aquella ciudad y el Eurotas, que iba crecido considerablemente con motivo de las nieves derretidas de los montes. Epaminondas hizo cuanto pudo para atraerle á la llanura, pero no pudo conseguirlo; y viendo que el invierno estaba próximo, que sus tropas debilitándose cada dia mas y mas, empezaban á carecer de víveres, y noticioso tambien de que los atenienses y otros pueblos hacian levas considerables en favor de Lacedemónia, taló los campos de la Lacónia y retiró tranquilamente su egército á Beócia.

«A su vuelta fué acusado con Pelópidas y citado en juicio por haber conservado el mando de la liga beociana cuatro meses mas del termino prescrito por las leyes. El último se defendió sin dignidad y tuvo que recurrir á las súplicas; pero Epaminondas se justificó refiriendo sus hasañas, y sus jueces le absolvieron lejos de atreverse á condenarle; mas no por eso se libró de los tiros de la envidia. En la distribucion de premios creyeron humillar sus émulos al vencedor de Leuctres, encargandole de la policía de las calles y la limpieza de los albañales y desagueros de la ciudad, pero desempeñó perfectamente este encargo,

probando asi con su ejemplo, que no se debe juzgar á los hombres por los empleos, sino de los empleos por lo que son los hombres.

«Durante los diez años siguientes, Epaminondas hizo respetar mas de una vez los egércitos tebanos en el Peloponeso. Pelópidas despues de haber triunfado en Tesália, pasó á la corte de Susa, donde trastornó los planes de Atenas y de Lacedemónia, y en obsequio de su patria celebró un tratado, que la unia estrechamente con el rey de Persia. (Año 364 antes de J. C.) Poco tiempo despues de su vuelta, marchó contra un tirano de Tesália, llamado Alejandro, y pereció en el combate persiguiendo al enemigo despues de haberle puesto en fuga vergonzosa. Tebas ha perdido uno de sus apoyos, pero aun le queda Epaminondas. Este grande hombre se ha propuesto dar á Lacedemónia el último golpe, y se cree que los atenienses se unirán á los lacedemónios; pero la primavera próxima decidirá sin duda esta gran cuestion.» Aqui dió fin la relacion de Cleomedes.

Al cabo de muchos dias de una feliz navegacion llegamos al bósforo de Tracia, que separa la Europa del Asia. Su longitud desde el templo de Júpiter hasta la ciudad de

Bizancio donde termina, es de ciento y veinte estadios. Su anchura varia: á la entrada es de cuatro estadios y á la parte opuesta de catorce. En ciertos parages las aguas forman grandes balsas y profundas bahias. Acia el medio de este canal nos mostraron el parage donde Darío rey de Persia hizo pasar por un puente de barcas setecientos mil hombres que conducia contra los escitas. El estrecho que solo tiene cinco estadios de anchura, se halla ceñido por un promontorio sobre el cual hay un templo de Mercurio. En aquel sitio puestos dos hombres uno en Asia y otro en Europa pueden hablarse muy facilmente. Poco despues descubrimos la ciudadela y los muros de Bizancío, y entramos en su puerto, dejando á la izquierda la ciudad de Crisópolis, y habiendo avistado ácia la misma parte la de Calcedónia.

CAPÍTULO II.

Descripcion de Bizancio. —Viage desde esta ciudad á Lesbos. —El estrecho del Helesponto, etc.

Bizancio, fundadada en otro tiempo por los megarenses, está situada sobre un pro-

montorio cuya forma es casi triangular. No puede darse á la verdad situacion mas bella ni perspectiva mas agradable. La vista recorriendo el horizonte se recrea á la derecha en el mar llamado Propóntide; en frente y mas allá de un canal estrecho, en las ciudades de Calcedónia y Crisópolis, en seguida en el Bósforo y por último en fértiles colinas y en un golfo, que sirve de puerto y se mete en tierra hasta la distancia de siete estadios. Ademas de un gimnasio y muchos edificios públicos, se encuentran en esta ciudad cuantas comodidades puede proporcionar un pueblo rico y numeroso. Su territorio produce abundantes cosechas de granos y de frutos; su puerto inaccesible á las tempestades atrae los navios de todos los pueblos de la Grecia. Su posicion á la cabeza del estrecho la facilita el medio de detener ó sujetar á subidos derechos los que trafican en el Ponto—Euxino, y de privar de las subsistencias á las naciones que de ella se proveen. De esto proceden los esfuerzos que hacen los atenienses y lacedemónios para atraerla á sus intereses y tenerla por aliada, pero ella ha preferido á los primeros.

Luego que Cleomedes despachó sus negocios de Bizancio, salimos del puerto y

entramos en el Propóntide. La anchura de este mar es, segun se dice, de cincuenta estadios (cerca de 19 leguas) y su longitud de mil cuatrocientos (cerca de 52 leguas). Sobre sus orillas se ven muchas ciudades célebres, fundadas ó conquistadas por los griegos; de una parte Selimbria, Perinto y Bizancio, y de la otra Astaco en Bitinia, y Cizico en Misia. «Por mas allá de las costas, en las cuales se han establecido los griegos, tenemos á la derecha, me dijo Timágenes, las fértiles campiñas de la Tracia, y á la izquierda los límites del grande imperio de los persas, ocupados por los bitinios y los misios: estos últimos se estienden á lo largo del Helesponto, donde vamos á entrar.»

Este estrecho era el tercero que encontraba en mi navegacion, desde que salí de Escitia: su longitud es de 400 estadios (15 leguas y 300 toesas). Le pasamos en poco tiempo, porque el viento era favorable y rápida la corriente; á las orillas de esta ria, que tal debe llamarse, se ven de trecho en trecho risueñas colinas pobladas de ciudades y de aldeas. A un lado de la ciudad de Lampsaco, cuyo territorio es famoso por sus viñedos; por otro la embocadura de un riachuelo llamado Ægos—Potamos, donde

Lisandro ganó sobre la escuadra ateniense aquella célebre victoria, con que dió fin á la guerra del Peloponeso. Mas allá estan las ciudades de Sestos y de Abidos, casi la una en frente de la otra. Cerca de la primera está la torre de Hero, donde, segun dicen, una jóven sacerdotisa de Venus se arrojó á las olas por haberse sumergido allí Leandro su amante, quien para ir á verla tenia que atravesar el canal á nado.

Dicen tambien, que por esta parte solo tiene de ancho el estrecho siete estadios, (cerca de un cuarto de legua). Jerjes al frente de un egército numeroso atravesó por allí el mar, pasando por un puente doble que hizo construir, y poco tiempo despues volvió á pasarle por el mismo parage en una barca de pescador. En aquella parte está el sepulcro de Hécuba muger del rey Príamo y en la otra el de Ayax. Este es el puesto de donde salió la escuadra de Agamenon cuando fué al Asia, y aquellas son las costas del reino de Príamo. Nos hallábamos entonces á la punta del estrecho, y mi mente estaba poseida de la memoria de Homero y de sus pasiones; pedí con instancias que me echasen á tierra, y me arrojé ansioso á la orilla; pero se desvaneció mi ilusion cuando no pude reconocer

los lugares inmortalizados por aquel grande poeta, pues ya no quedan ni vestigios de la ciudad de Troya: hasta sus ruinas han desaparecido. Las arenas y el fango arrojados por el mar y los temblores de tierra, han mudado enteramente la faz de este pais.

Volví á la nave y me regocijé al saber que iba á terminar nuestro viage; que nos hallábamos ya en el mar Egéo, y que al dia siguiente entraríamos en Mitilene, una de las principales ciudades de Lesbos. Dejamos á la derecha las islas de Imbros, de la Samothracia y Thasos; célebre la última por sus minas de oro y la segunda por sus misterios. A media noche costeamos la isla de Tenedos: al amanecer entramos en el canal que separa á Lesbos del continente, y á breve rato nos vimos en frente de Mitilene. El dia estaba sereno, un zéfiro suave jugueteaba en nuestras velas, y yo estaba tan absorto que no advertí que nos hallábamos en el puerto. Cleomedes encontró en el muelle á sus parientes y amigos, que le recibieron enagenados de alegria, y fuimos á hospedarnos rodeados de una multitud de marineros y artesanos, para los cuales era yo un objeto de curiosidad.

CAPÍTULO III.

Descripcion de Lesbos.—Pitaco.—Arion.—Terpandro.—Alféo.—Safo.

Aprovechéme de mi mansion en la isla de Lesbos para instruirme de todo cuanto habia en ella digno de atencion.

Dan á Lesbos mil y cien estadios de circunferencia (cerca de 42 leguas). La principal riqueza de sus habitantes consiste en sus vinos, que en varios paises los prefieren á los de Grecia. Lo largo de la costa está cortada de bahias por la naturaleza, al rededor de las cuales han edificado ciudades que ha fortificado el arte, y que el comercio ha hecho florecientes: tales son Mitilene, Arisba, Ereso y Antisa; cuya historia solo ofrece una série de revoluciones. Despues de haber gozado por mucho tiempo de la libertad ó gemido en la servidumbre, sacudieron el yugo de los persas en tiempo de Jerjes, y durante la guerra del Peloponeso se apartaron mas de una vez de la alianza de los atenienses; pero siempre se vieron en la precision de volver á entrar en ella y la conservan en el dia.

Lesbos es la mansion de los placeres ó

mas bien del libertinage mas desenfrenado. Sus habitantes tienen, con respeto á su moral, unas máximas que ceden á su voluntad y se acomodan á las circunstancias con la misma facilidad que ciertas reglas de plomo de que usan los arquítectos. Reinaba en este nuevo mundo una libertad de ideas y de sentimientos que me afligió al principio; pero los hombres me enseñaron insensiblemente á ruborizarme de mi sobriedad y las mugeres de mi recato. Menos rápidos fueron á la verdad mis progresos en la urbanidad y el lenguage.

Durante esta educacion ocupábame en observar aquellos célebres personages que Lesbos ha producido. Citaré al frente de los nombres mas distinguidos el de Pitaco, á quien contaba la Grecia en el número de sus sabios. Despues de haber libertado á su patria de la opresion, de la guerra contra los atenienses y de sus divisiones intestinas, no aceptó el poder que se le dió, sino para hacerla el presente de una sabia legislacion, y cuando estuvieron sus leyes en vigor abdicó sin fausto el poder soberano.

A continuacion de Pítaco debo nombrar á Arion de Metimna, y Terpandro de Antisa. El primero, que vivia hace unos trescientos años, ha dejado una colleccion de

poesias que cantaba al son de su lira, como lo hacian entonces todos los poetas. A su vuelta de Sicilia, donde ganó el premio en un certámen de música, se embarcó en Tarento á bordo de un buque corintio. Iban los marineros á echarle al mar para apoderarse de su equipage, cuando se precipitó el mismo despues de haber tratado en vano de disuadirles y aplacarles con la melodia de su voz; y se dice que un delfin, mostrándose mas sensible que ellos, le transportó al promontorio de Ténaro. Este hecho, atestiguado por el mismo Arion en uno de sus himnos, conservado en la tradicion de los lesbianos, me lo confirmaron en Corinto, donde dicen que Periandro hizo sufrir la pena de muerte á los marineros.

Terpandro vivia casi en el mismo tiempo que Arion; añadió tres cuerdas á la lira, que antes no tenia mas de cuatro, compuso para varios instrumentos sonatas que sirvieron de modelos, introdujo nuevos ritmos en la poesia, y puso en accion y por consecuencia dió interes á los himnos que se cantaban en los certámenes de música.

Cerca de cincuenta años despues de Terpandro, floreció en Mitilene, Alféo y Safo, que ocupan el primer lugar entre los poetas líricos. El primero cantó los dioses,

particularmente los que presiden á los placeres; sus amores, sus hazañas militares, sus viages y sus desgracias en el destierro. Su ingenio necesitaba del estimulo de la intemperancia, y en una especie de embriaguez componia aquellas obras que han escitado la admiracion en la posteridad. Reunió la dulzura á la fuerza de la espresion, y la riqueza á la precision y claridad.

La imágen de Safo está esculpida en las monedas de los lesbianos que tienen en gran veneracion su memoria. ¿ Pero como se puede conciliar, pregunté á un ciudadano de Mitilene, los sentimientos que ha manifestado en sus escritos y los honores que la concedeis en público, con las costumbres infames que sordamente la atribuyen? —No conocemos suficientemente, me respondió, los pormenores de su vida, para juzgar segun ellos. Cuando leo algunas de sus obras no me atrevo á absolverle, pero tuvo méritos y enemigos, y tampoco me atrevo á condenarle.

Despues de muerto su esposo consagró sus dias á las letras, cuyo gusto quiso inspirar á las mugeres de Lesbos. Muchas de ellas y aun algunas estrangeras, se hicieron discipulas de Safo, y amándolas con suma terneza, porque no sabia amar de

otro modo, manifestábales su afecto con la violencia de la pasion. Sus intenciones eran quizas muy puras, pero una cierta facilidad de costumbres y el fuego de sus espresiones bastaron para engendrar el encono de algunas mugeres poderosas, á quienes humillaba su superioridad. Perseguida por ellas tuvo al fin que huir, y se retiró á Sicilia, donde oigo decir que se trata de erigirla una estátua.

Safo era estremadamente sensible. Amó á Faon, de quien se vió abandonada, y desesperando de ser feliz en adelante, intentó el salto de Leucade y pereció en las aguas.

Esta muger célebre compuso odas, elegias y otras varias poesias, la mayor parte en metros que ella inventó é introdujo, y todas llenas de gracia y espresion con que ha enriquecido la lengua. ¡O cuan admirable es su esmero en la eleccion de asuntos y palabras! Ella ha pintado cuanto la naturaleza ofrece mas bello y risueño con los colores mas vivos y variados. Su gusto brilla hasta en el mecanismo de su estilo. Con dificultad se encontraria en una composicion entera de las suyas, algunos sones que quisiera suprimir el oido mas delicado.

CAPÍTULO IV.

Partida de Mitilene.—Descripcion de la Eubéa.—Llegada á Tebas.

Al dia siguiente nos dieron priesa para embarcarnos y salimos de Mitilene con sentimiento. Al dejar el puerto la tripulacion cantaba himnos en honor de los dioses, y en voz alta les dirigia sus votos para que nos diese próspero viento. Cuando hubimos doblado el cabo de Maléa, situado al estremo meridional de la isla, tendieron la vela, y nuestra travesia fué dichosa y sin acontecimientos.

Empezábamos á descubrir la cumbre de una montaña llamada Acha y que domina á todas las de la Eubéa. «Esta isla, me dijo Fanes capitan de la nave, se estiende á lo largo de la Ática, la Beócia, del pais de los locrianos y de una parte de la Tesália; pero su anchura no es proporcionada á su longitud. Produce mucho trigo, vino, aceite, frutas, cobre y hierro; escelentes puertos, ciudades opulentas, ricas mieses que proveen muchas veces á Atenas; todo esto junto á su ventajosa posicion, dan motivos para creer que el que se hiciese

dueño de esta isla, pondria facilmente trabas á las naciones vecinas. Menos súbditos que aliados de los atenienses, á favor de un tributo que les pagamos, podemos gozar en paz de nuestras leyes y de las ventajas de nuestra forma de gobierno. Podemos convocar en fin asambleas generales en Chalás, para tratar en ellas de los intereses y pretensiones de nuestras ciudades.»

Habiendo dado el capitan sus órdenes á la tripulacion, doblamos el cabo meridional de la isla, y entramos en un estrecho, cuyas playas nos ofrecian por ambos lados ciudades mas ó menos grandes; pasamos por cerca de los muros de Carístia y de Erétria y arribamos en fin á Chalcis.

Esta ciudad está situada en un estrecho, ó corto brazo de mar, llamado Euripo.— Aqui se ve insensiblemente un fenómeno, cuya causa no se ha comprendido todavia. Con frecuencia, durante el dia y la noche, las aguas del mar suben y bajan alternativamente al norte y medio dia, y gastan el mismo tiempo en bajar que en subir. En ciertos dias parece que el flujo y reflujo estan sujetos á leyes constantes, como el océano, pero muy luego se advierte que no guardan regla alguna.

Chalcis está construida en la falda de una

montaña del mismo nombre. Los altos y frondosos árboles que se elevan en las plazas y en los jardines, preservan de los ardores del sol á los habitantes, y les surte de agua un manantial abundante, llamado la fuente de Aretusa. La ciudad está hermoseada con un teatro, gimnasios y pórticos, templos, estátuas y pinturas. Pasamos alli la noche, y al amanecer del dia siguiente arribamos á la costa opuesta al pueblo de Aulis, lugarcillo cerca del cual hay una gran bahia, donde la escuadra de Agamenon estuvo mucho tiempo detenida por los vientos contrarios.

Desde Aulis pasamos á Anthedon, por un camino muy llano. Es una ciudad pequeña con una plaza cubierta de árboles, en la cual brotan muchas fuentes, y está rodeada de pórticos. Quedábanos que andar aun mas de ciento sesenta estadios para llegar á Tebas, pero nos acercamos en breve á esta gran ciudad por el camino de la llanura. Al aspecto de la ciudadela, que descubrimos desde larga distancia, Timágenes no pudo contener sus sollozos. La esperanza y el temor se pintaron alternativamente en su rostro, porque al ausentarse de su patria dejó en ella á sus padres, un hermano y una hermana, y dudaba si tendria

el dulce placer de encontrarlos todavia. Llegamos á Tebas, y las primeras noticias clavaron el puñal en el seno de mi amigo. Los autores de sus dias habian fallecido de pena á causa de su ausencia, su hermano habia muerto en una batalla, y su hermana, que casó en Atenas, tampoco existia ya, y habia dejado un hijo y una hija solamente. Su dolor fué estremado, pero le mitigaron no obstante en algun modo los consuelos que le prodigaron sus conciudadanos y en particular Epaminondas.

CAPÍTULO V.

Mansion en Tebas.—Epaminondas.—Filipo de Macedónia.

En la relacion de otro viage que hize á Beócia, hablaré de la ciudad de Tebas y de las costumbres de los tébanos. En el primer viage solo fijé mi atencion en Epaminondas.

Me presentó á el Timágenes. Conocia mucho al sabio Anacarsis, y por tanto no pudo menos de sorprenderle mi nombre. Hizome algunas preguntas relativas á los escitas, pero yo estaba sobrecogido de tal respeto que titubeé para responderle. El lo

advirtió, y mudando de conversacion habló de la espedicion del jóven Ciro y la retirada de los diez mil, rogándonos por último que le visitásemos á menudo. Me acuerdo con un placer mezclado de orgullo, de haber vivido en familiaridad con el mas grande hombre, que quizas ha producido la Grecia. ¿Mas como no se ha de conceder este título al general que perfeccionó el arte de la guerra, que eclipsó la gloria de los generales mas célebres, y jamás fué vencido sino por la fortuna? ¿al político que dió á los tébanos una superioridad que jamas tuvieron y que desapareció con su muerte; al negociador que siempre tomó en las dietas el ascendiente sobre los diputados de Grecia, y que supo mantener en la alianza de Tebas, su patria, las naciones celosas del acrecentamiento de esta nueva potencia? ¿al que fué en fin tan elocuente como la mayor parte de los oradores de Atenas, tan amante de su patria como Leonídas, y mas justo quizas que el mismo Arístides?

La casa de este ilustre tébano era mas bien el asilo que el santuario de la pobreza; en ella reinaba con la alegria pura de la inocencia, con la paz inalterable de la dicha; reinaba en fin con tales virtudes, y

con tal desprendimiento de las grandezas que parece increible. Un dia le encontramos acompañado de muchos amigos suyos, que habia juntado y les decia. «Esfadrio tiene una hija en edad de tomar estado; pero el es tan pobre que no puede dotarla, y por lo mismo he dispuesto que cada uno de vosotros contribuya á esto en proporcion de sus haberes. Me veo precisado á no salir de casa en algunos dias, pero al momento que salga os presentaré á este honrado ciudadano. Justo es que reciba de vosotros este beneficio, y que conozca al mismo tiempo á sus autores.» Todos se conformaron con lo que habia dispuesto, y se despidieron de el dándole gracias por su confianza. Timágenes, inquieto al oir su intento de no salir de casa, le preguntó el motivo, y Epaminondas respondió francamente. «Tengo qne hacer lavar mi manto.» En efecto no tenia mas que uno.

Siendo un celoso discípulo de Pitágoras, imitaba su frugalidad en términos que se habia prohibido el uso del vino, y su alimento ordinario solia ser un poco de miel. La música que aprendió de muy hábiles maestros, era algunas veces su encanto á las horas de descanso. Sobresalia en tocar la flauta y en los convites, donde le ro-

gaban para que cantase, cuando le tocaba el turno se lucia acompañando el canto con su lira.

Jamás pretendió ni reusó los cargos públicos: mas de una vez sirvió como simple soldado á las órdenes de generales inespertos, que fueron preferidos á él por la intriga, y mas de una vez las tropas sitiadas en su campo, y reducidas á los mas lamentables estremos imploraron su auxilio. Entonces dirigia las operaciones, rechazaba al enemigo, y volvia tranquilamente con el egército á sus hogares sin acordarse de la injusticia de su patria ni del servicio que acababa de hacer.

Teniamos frecuentes ocasiones de ver á Polimnis padre de Epaminondas. Los tébanos habian encargado á este respetable anciano que velase sobre el jóven Filipo hermano de Perdicas rey de Macedónia. Habiendo pacificado Pelópidas las turbulencias de este reino, recibió á este príncipe en rehenes con treinta jóvenes nobles de Macedónia. Filipo, de edad de cerca de diez y ocho años, reunia ya el talento al deseo de agradar. Al verle causaba admiracion su hermosura, no menos su talento, su memoria y su elocuencia al escucharle, pues sus gracias daban encantos

á sus palabras. Siempre al lado de Epaminondas, estudiaba en el genio de este grande hombre el secreto de llegarlo á ser un dia; escuchaba y aprendia con afan sus discursos, asi como sus ejemplos, y en esta escelente escuela, aprendió á moderarse, á oir la verdad, á retractar sus errores, á conocer á los griegos y á sujetarlos.

CAPÍTULO VI.

Partida de Tébas. — Llegada á Atenas. — Habitantes de la Ática.

(Año 362 antes de J. C.) Ya dije que no quedaba á Timágenes mas que un sobrino y una sobrina establecidos en Atenas. El sobrino se llamaba Filotas y la sobrina Epicaris, la cual se casó con un rico ateniense llamado Apolodoro. Vinieron á tebas en los primeros dias de nuestra llegada, y siendo Filotas de la misma edad que yo, me uní á él y fué mi guia, mi compañero y amigo.

Al separarnos nos hicieron darles palabra de que iríamos pronto á juntarnos con ellos; nos despedimos de Epaminondas algun tiempo despues con un sentimiento de que él se dignó participar, y pasamos sin

detencion á Atenas, donde hallamos en casa de Apolodoro las satisfacciones y socorros que podiamos esperar de sus riquezas y sú crédito.

A la mañana siguiente á mi llegada fijé mi atencion en ver la ciudad, y durante algunos dias admiré sus monumentos y recorrí sus cercanias.

Atenas está como dividida en tres partes á saber; la ciudadela construida sobre un peñasco; en torno de este se halla situada la ciudad, y tambien los puertos de Falero, de Munichio y del Piréo. El circuito de la ciudad, comprendiendo en ella los tres puertos que estan dentro de sus murallas, y muchísimas casas, templos y monumentos de toda especie, se considera de cerca de doscientos estadios (siete leguas y catorce toesas). El suelo es sumamente desigual: las calles en general son tortuosas, y la mayor parte de las casas pequeñas y poco cómodas. A primera vista los estrangeros buscan en Atenas aquella ciudad tan célebre en el universo, pero su admiracion se aumenta insensiblemente cuando examinan á su placer aquellos templos, aquellos pórticos y aquellos edificios públicos, donde todas las artes se han disputado la gloria de embellecerlos. Al rededor de la ciu-

dad serpentean el Iliso y el Cefiso, y cerca de sus orillas se ven varios paseos públicos.

La Ática es una especie de península de forma triangular. Su superficie de cincuenta y tres mil doscientos estadios cuadrados (76 leguas). Por todas partes está cortada de montañas y peñas; es muy esteril por sí misma, y solo á fuerza de cultivo rinde al labrador el fruto de sus fatigas; pero las leyes, la industria, el comercio, y la estrema pureza del aire, han favorecido de tal modo la poblacion de este pequeño pais, que en el dia está cubierto de aldeas y lugares, cuya capital es Atenas.

Divídense los habitantes del Ática en tres clases: la primera comprende los ciudadanos, la segunda los estrangeros domiciliados, y la tercera los esclavos.

Los esclavos de toda edad, sexo y nacion son un artículo considerable de comercio en la Grecia. Los comerciantes usureros los transportan incesantemente de un lugar á otro, los amontonan en las plazas públicas, cual si fuesen viles animales, y cuando se presenta un comprador los hacen danzar en corro, á fin de que se pueda formar juicio de sus fuerzas y de su agilidad.

En casi toda la Grecia el número de los esclavos escede infinitamente al de los ciu-

dadanos. Casi en todas partes se buscan y apuran los recursos para tenerlos en la dependencia. Se cuentan sobre cuatrocientos mil de ellos en la Ática : cultivan las tierras , dan valor á las manufacturas , esplotan las minas , trabajan en las canteras , y estan encargados en las casas de todo el servicio mecánico.

Cuando se dá libertad á un esclavo no pasa á la clase de ciudadano , y si á la de domiciliado , que participa de la primera en cuanto á la libertad , quedando como esclavo con respecto á la poca consideracion de que goza.

Los domiciliados son estrangeros establecidos con sus familias en la Ática , deben elegirse entre los ciudadanos un patrono que responda de su conducta , y pagar anualmente un tributo al tesoro ; pero si hiciesen al estado servicios distinguidos, en tal caso se les concede la exencion de aquel impuesto.

Es ciudadano todo aquel que tiene padres conocidos como esposos ; pero los atenienses por adopcion gozan casi de los mismos derechos que los atenienses de orígen.

Se cuentan entre los ciudadanos de la Ática veinte mil hombres capaces de llevar las armas.

Todos aquellos que se distinguen por sus virtudes su talento, y sus riquezas, forman aqui, como casi en todas partes, la principal clase de los ciudadanos, que puede llamarse la clase de los nobles. En ella se comprenden los ricos, porque llevan las cargas del estado, y los hombres virtuosos é ilustrados, porque ellos son los que mas contribuyen á su conservacion y su gloria. En cuanto al nacimiento, se les respeta, porque es de presumir que transmite de padres á hijos sentimientos los mas nobles y mayor amor á la patria. Los nobles no forman cuerpo particular, ni gozan de privilegio alguno, ni de precedencia; pero su educacion les da derechos á los primeros empleos, y la opinion pública les facilita el medio de ocuparlos.

La ciudad de Atenas tiene, sin contar los esclavos, mas de treinta mil habitantes.

CAPÍTULO VII.

Asistencia en la académia.

Luego que hube visto, aunque rapidamente, las curiosidades de la ciudad de Atenas, mi huesped Apolodoro me propuso que fuese á la académia.

Atravesamos un cuartel de la ciudad, llamado el Cerámico ó las Tejeras, y saliendo por la puerta Dipyla nos hallamos en los campos denominados tambien cerámicos; alli vimos á lo largo del camino muchos sepulcros entre los cuales sobresalian el de Pericles y los de algunos atenienses, á quienes concedieron honores despues de su muerte, cual si hubiesen perdido la vida en las batallas.

La académia solo dista de la ciudad seis estadios (un cuarto de legua). Era antes un solar que pertenecia á un tal Academo, y en la actualidad se ve alli un gimnasio y un jardin cercado de tapias, adornado con paseos cubiertos y deliciosos, y hermoseado con las aguas que corren á la sombra de los plátanos y de otras muchas especies de árboles. A la entrada está el altar del Amor y la estátua de este dios, y en lo interior se ven los altares de otras muchas divinidades. No lejos de alli ha fijado Platon su residencia, cerca de un templete consagrado á las musas. Concurre todos los dias á la académia, y nosotros le encontramos alli en medio de sus discípulos.

Aunque tenia ya cerca de sesenta y ocho años, conserbaba aun cierta viveza en el rostro. La naturaleza le habia dotado de

un cuerpo robusto : sus largos viages alteraron su salud, pero la habia restablecido con un régimen áustero, y solo se notaba en el una melancolia habitual, cual la tuvieron Sócrates, Empédocles y otros hombres ilustres. Recibióme con tanta urbanidad como sencillez, me hizo un elogio sublime del filósofo Anacarsis, de quien yo desciendo, y aunque se espresaba con lentitud, parecia que salian de sus labios las gracias de la persuasion. Voy á añadir oportunamente algunas particularidades que me contó entonces Apolodoro.

«La madre de Platon, me dijo, era de la misma familia que Solon, y su padre atribuia su origen á Codro último de nuestros reyes, que murió hace ya cerca de setecientos años. Dotado de una imaginacion fuerte y fecunda, compuso en su juventud ditirambos, se egercitó en el género épico, y habiendo comparado sus versos con los de Homero los quemó luego. Compuso en seguida algunas tragedias; pero en tanto que los actores se preparaban para representarlas, conoció á Sócrates, recogió sus piezas y se dedicó enteramente á la filosofia. Estrechado por la necesidad de ser util á los hombres, resolvió aumentar sus conocimientos y consagrarse á la instruccion

nuestra. Con esta mira pasó á Megara en Italia, á Cirena en Egipto, y á todos los paises donde el entendimiento humano habia hecho progresos.

«Tenia cerca de cuarenta años cuando hizo el viage á Sicilia para ver el Etna. Dionisio tirano de Siracusa, deseó conversar con él, pero durante la conversacion se atrevió á decir Platon, que no hay hombre tan cobarde y desgraciado como un príncipe injusto, y Dionisio encolerizado le dijo. «Hablas como un delirante.—Y tu como un tirano, respondió Platon.» Poco faltó para que esta respuesta le costase la vida, y Dionisio no le permitió que se embarcase hasta que exigió en secreto del capitan del buque la promesa de que le echaria al mar, ó le venderia como un vil esclavo. Fué vendido en efecto, rescatado y vuelto á su patria.

«A su regreso se ocupó en recoger las luces esparcidas en los paises que habia recorrido; y coordinando las opiniones de los filósofos que le habian precedido, compuso un sistema que desenvolvió en sus escritos y conferencias. Sus obras están en forma de diálogo, Sócrates es el principal interlocutor, y se dice que valiéndose de este nombre, acredita las ideas que el ha concebido ú adoptado.»

Cuando Apolodoro acababa de hablar le pregunté. «¿Quien es ese jóven flaco y seco que está cerca de Platon, que tartamudea y tiene los ojos pequeños y centelleantes? —Ese, me dijo, es Aristóteles de Estagira, hijo de un médico amigo de Amintas rey de Macedónia: no conozco á nadie que tenga tanto talento y aplicacion. Platon le distingue entre todos sus discípulos, y solo le reprende el ser muy pulcro en el vestido.

«Aquel que veis al lado de Aristóteles, continuó Apolodoro, es Jenócrates de Calcedónia, hombre de poco espíritu y sin amenidad. Platon le exorta frecuentemente á que sacrifique á las gracias, y dice de él y de Aristóteles, que el uno necesita freno y el otro espuela.

«Este otro jóven, que parece ser de complexion débil, y que de cuando en cuando se encoje de hombros, es Demóstenes que acaba de ganar un pleito contra sus tutores, los cuales querian defraudarle una parte de sus bienes. Ha defendido él mismo su causa, aunque apenas tiene diez y siete años y acaba de dedicarse al foro. La naturaleza le ha dado una voz débil, una respiracion anelosa y una pronunciacion desagradable, pero al mismo tiempo le ha dotado de uno de aquellos carácteres

firmes que se irritan cuando encuentran obstáculos. Si viene á este lugar, es con el objeto de adquirir á la vez principios de filosofía y tomar lecciones de elocuencia.

«Igual motivo atrae á los tres discípulos que veis junto á Demóstenes. El uno se llama Esquínes, jóven de robusta salud, que tiene gracias, despejo y talento, y cultiva con fruto la poesia. El segundo se llama Hipérides y el tercero Licurgo. Este último es de una de las familias mas autiguas de la república.»

Platon daba comunmente sus lecciones en las arboledas de la académia, porque miraba el paseo como mas saludable que los egercicios violentos del gimnasio. Mientras conferenciaba con sus discípulos, sus amigos y aun enemigos, vi llegar un hombre de unos cuarenta y cinco años, descalzo, sin túnica, la barba larga, con un báculo en la mano, una alforja al hombro y una capa, bajo la cual llevaba un gallo vivo y pelado: echóle en medio del concurso y dijo: «ved ahi el hombre de Platon» y al punto se fué. Sonrióse Platon, y Apolodoro me dijo: «Platon habia definido el hombre, diciendo que es un animal de dos pies sin pluma, y Diógenes ha querido probar que esta definicion no es exacta. Va-

mos á sentarnos á la sombra de este plátano, añadió Apolodoro, y os diré en pocas palabras quien es aquel desconocido, dandoos á conocer tambien algunos atenienses célebres, que se pasean en las arboledas inmediatas.» Sentámonos pues en frente de una torre que tiene el nombre de Timon de Misántropo, y de una colina cubierta de verdor y de casas, llamada colónia.

«Por el tiempo en que Platon tenia su escuela en la acadèmia, continuó Apolodoro, Antisthenes, uno de los discípulos de Sócrates, estableció la suya en una colina situada á la otra parte de la ciudad. Decia que la virtud consistia en el desprecio de las riquezas y los deleites, y para acreditar sus máximas se dejó ver en público con un palo en la mano y una alforja al hombro, como uno de aquellos mendigos que se presentan á los pasageros. Lo singular de este espectáculo le atrajo en un principio discípulos, entre los cuales se veia á Diógenes, que acababa de ser desterrado de su patria con su padre, el cual fué acusado de monedero falso. Antisthenes trataba de corregir las pasiones, y Diógenes quiso destruirlas. El hombre, de que este se ha formado el modelo y al cual busca algunas veces con una linterna en la mano; este

hombre estraño á cuanto le rodea, inaccesible á todo lo que lisonjea los sentidos, que se dice ciudadano del universo, sin saberlo ser de su patria, este hombre en fin, seria tan inutil como desgraciado en las sociedades cultas y no ha existido antes de nacer Diógenes.

«Para bosquejar en si mismo este hombre imaginario, se ha sujetado á las pruebas mas duras, y ha sacudido en fin las trabas menos fuertes. Le vereis luchar contra el hambre, saciarla con los alimentos mas groseros, alargar algunas veces la mano al pasajero, meterse durante la noche en una cuba; revolcarse en estío por la ardiente arena; andar descalzo en invierno por la nieve; satisfacer todas sus necesidades en público y en los parages frecuentados por el populacho; arrostrar y sufrir con valor el ridículo el insulto y la injusticia; y oponerse á las cosas mas indiferentes establecidas por el uso.

«Este hombre singular tiene un talento profundo, firmeza de alma y carácter alegre. La libertad con que se espresa en sus discursos le hace amable al pueblo. Le admiten en las tertulias, cuyo tedio desvanece con sus chistes repentinos, algunas veces agudos y siempre continuos, porque

nada le detiene. No puedo creer que se entregue á los escesos de que le acusan sus enemigos, y me conformaria siempre con el juicio de Platon, quien dice de él. «Este es Sócrates delirante.»

En aquel momento vimos pasar un hombre, que se paseaba despacio cerca de nosotros, y parecia de edad de unos cuarenta años. Apolodoro se acercó á él presuroso con cierto respeto mezclado de admiracion y cariño, y despues volviendo donde yo estaba me dijo. «Este es Focion. Este nombre debe despertar siempre en nosotros la idea de la probidad misma: concurrió desde muy jóven á la académia, y luego que salió de ella militó bajo el mando de Chabrias, quien le debió en gran parte la victoria de Najos. En otras ocasiones ha dado tambien á conocer sus talentos militares. Durante la paz cultiva un reducido campo que posee, cuyo producto apenas sufraga á las necesidades del hombre mas moderado, pero le da no obstante á Focion un escedente con el cual alivia las necesidades de los otros.

«Jamas le vereis ni reir ni llorar, aunque sea feliz y sensible. Ni os espante tampoco el ver su aspecto como cubierto de una nube sombria, pues Focion es huma-

no, afable, indulgente para nuestras flaquezas, asi como amargo y severo para aquellos que corrompen las costumbres con sus ejemplos, ó pierden el estado con sus consejos.»

Venian tras de Focion dos atenienses, uno de los cuales llamaba la atencion por su estatura magestuosa y su fisonomia respetable. «Ese es hijo de un zapatero, y hierno de Cotis Rey de Tracia, me dijo Apolodoro, y se llama Ificrates. El otro es Timotéo, hijo de Conon, que fué uno de los hombres mas grandes de este siglo. Ambos han mantenido á la cabeza de nuestros egércitos la gloria de la república durante muchos años, y ambos han sabido juntar las luces á los talentos, las reflexiones á las esperiencias y la astucia al valor; son en fin elocuentes oradores. La elocuencia de Ificrates es retumbante é hinchada; la de Timotéo mas sencilla y persuasiva. Les hemos erigido estátuas y acaso los desterraremos algun dia.»

CAPÍTULO VIII.

Liceo. — Gimnasios. — Isócrates. — Palestras. — Funerales de los atenienses.

Fué otro dia Apolodoro á invitarme para ir á pasear al liceo. Acababa yo de leer un discurso de Isócrates, y encantado de mi lectura le rogué que me llevase á ver este grande orador, á lo cual me respondió: iremos á su casa cuando volvamos del liceo.

Pasamos por el cuartel de los pantanos, y saliendo por la puerta Egéa seguimos una senda á lo largo del Iliso, torrente impetuoso ú arroyuelo pacífico, que unas veces se precipita y otras se desliza corriendo mansamente al pié de una colina, donde termina el monte Himeto, en el cual prosperan las avejas, formando enjambres numerosos, atraidos por el serpol y otras yerbas odoríferas que produce en abundancia: estos insectos libando las flores, sacan de ellas precioso jugo, del cual hacen una miel estimada en toda la Grecia.

Despues de haber vuelto á pasar por el Iliso, nos hallamos en un camino que va al liceo: este es el nombre de uno de los tres gimnasios destinados por los atenienses á

la instruccion de la juventud. Son los gimnasios unos vastos edificios rodeados de jardines, en medio de un bosque sagrado, y en ellos se egercitan los jóvenes en la lucha y la carrera de á pie; cuyos egercicios están mandados por la ley, sujetos á reglas, animados con los elogios de los maestros, y aun mas todavia por la emulacion de los discípulos. Toda la Grecia los mira como la parte mas esencial de la educacion, porque hacen al hombre ágil, robusto, capaz de sufrir las fatigas de la guerra, y de resistir á las delicias de la paz.

El liceo se ha ido aumentando y hermoseando sucesivamente. Las paredes estan adornadas de pinturas preciosas. Apolo es la divinidad tutelar del lugar, y á la entrada se ve su estátua. Los jardines que están hermoseados con frondosas y bien plantadas arboledas, fueron renovados en los últimos años de mi mansion en la Grecia; los poyos ó asientos puestos bajo los árboles convidan á descansar en aquel sitio.

Despues de haber asistido á los egercicios de los alumnos, y pasado algunos momentos en las salas, donde se agitaban cuestiones succesivamente interesantes y frívolas, tomamos el camino que va desde el liceo á la académia, junto á los muros de la ciu-

dad. Apenas habíamos dado algunos pasos, cuando encontramos á un anciano venerable que Apolodoro se alegró al verle, y habiéndole saludado, le preguntó que á donde iba: «Voy, le respondió el anciano con voz aguda, á cenar en casa de Platon con Eforo y Teopompo que me aguardan á la puerta. — Cabalmente ese es tambien nuestro camino, añadió Apolodoro, y tendremos mucho gusto de acompañaros.»

Entonces principiamos una conversacion que me movió la curiosidad y el deseo de saber el nombre del anciano. Tenia una familia amable, salud robusta, un haber decente é innumerables discípulos; su nombre era célebre, y sus virtudes le daban valimiento entre los mas honrados ciudadanos de Atenas. A pesar de todas estas escelentes circunstancias, se tenia por el hombre mas infeliz, porque la debilidad de su voz y una escesiva timidez le habian impedido llegar á ser magistrado; y aunque con sus lecciones y sus escritos habia acelerado los progresos del arte oratoria de los sofistas audaces y los institutores ingratos, que enseñaban en sus escritos los preceptos y los ejemplos, distribuyéndolos á sus discípulos, no por eso dejaban de ser estos los que mas le desgarraban con sus lenguas.

Luego que se fué con Eforo y Teopompo, quienes le aguardaban, pregunté á Apolodoro, quien era aquel anciano tan modesto, con tanto amor propio, y tan desgraciado con tanta dicha. «Ese es Isócrates, me dijo, en cuya casa entrarémos á la vuelta. Se cree rodeado de enemigos y envidiosos, porque unos autores, á quienes desprecia, no juzgan de sus escritos tan favorablemente como el mismo. Desgraciadamente por un efecto de amor propio, sus obras llenas por otra parte de admirables bellezas, suministran armas poderosas á la crítica. Su estilo es puro y flúido, lleno de dulzura y armonía, algunas veces pomposo y elegante, pero otras tan desabrido, difuso y sobrecargado de adorno que le afean. Disgusta á veces el ver un autor estimable humillarse hasta no ser otra cosa que un escritor sonoro, y reducido su arte al solo mérito de la elegancia. Isócrates no diversifica bastante los modos de su estilo, y asi es que acaba entibiando y causando fastidio al que lee sus obras.

Ha encarecido componiendo, corrigiendo, limando y rehaciendo un corto número de obras. Su panegírico de Atenas le costó, segun dicen, diez años de tarea, mas á pesar de estos defectos, á que sus enemi-

gos añaden otros muchos, sus escritos ofrecen giros felices y sanas maximas, que servirán de modelo á los que tengan talento para estudiarlos. Eforo de Cuma y Teopompo de Chio pueden dar pruebas convincentes de ello. Despues de haber dado vuelo al primero y reprimido la impetuosidad del segundo, ha destinado á entrambos á escribir la historia, y sus primeros ensayos hacen honor á la sagacidad del maestro y á los talentos de los discípulos.»

Mientras Apolodoro me instruia en estos pormenores, atravesamos la plaza pública, y llevándome luego por la calle de las Hermes, me hizo entrar en la palestra de Tauréas, situada en frente del pórtico real.

Egercítanse los niños en los gimnasios y los atletas de profesion en las palestras. La lucha, el salto, la palanca, todos los egercicios del liceo se renovaron á nuestra vista en aquel recinto, bajo formas mas variadas, con mas fuerza y destreza por parte de los actores. Entre los diversos grupos que formaban, se distinguian algunos hombres muy bellos y dignos de servir de modelo á los artistas.

El régimen de estos atletas es proporcionado á sus respectivos destinos. Muchos de ellos se abstienen de las mugeres y del vi-

no, y los hay que observan una vida muy frugal; pero aquellos que se sujetan á pruebas difíciles y laboriosas necesitan para reponerse una gran cantidad de comidas sustanciosas, como son carne asada de vaca y de puerco.

Se citan muchos que hacian un consumo espantoso; cuentan que Teágenes de Tasos se comia en un dia un buey entero. El mismo hecho se atribuye á Milon de Crotona, cuya comida ordinaria era veinte minas de pan (1) y tres congios de vino (2); añade en fin que Aristadamas de Mileto, encontrándose en la mesa del sátrapa Ariobarzano, devoró el solo la cena que se habia preparado para cinco convidados.

Cuando estos atletas pueden satisfacer su voracidad sin riesgo, adquieren un vigor estremado, su estatura suele llegar á ser gigantesca, y sus adversarios aterrorizados, ó huyen de la lid ó sucumben bajo el peso de aquellas masas enormes. El esceso de alimento les fatiga de tal manera, que se ven obligados á pasar durmiendo profundamente una parte de su vida. Luego adquieren una grosura que desfigura sus facciones, y de ello les sobrevienen unas

(1) Cerca de 18 libras.
(2) Cerca de 7 azumbres.

enfermedades que les hacen tan infelices cuanto inutiles han sido siempre á su patria. Estos luchadores de profesion son malos soldados, porque no pueden sufrir el hambre ni la sed, las vigilias ni la mas leve incomodidad.

Al salir de la palestra, supimos que Telaira muger de Pirro, pariente y amigo de Apolodoro, acababa de ser acometida de un accidente que arriesgaba su vida. Fuimos allá inmediatamente, y hallamos que los parientes rodeaban la cama y hacian súplicas á Mercurio conductor de las almas, y el desgraciado esposo recibia las tiernas y últimas despedidas de la moribunda. Cuando esta exaló el último suspiro, resonaron por toda la casa los gritos y sollozos de dolor. El cuerpo fué lavado, perfumado y vestido de una ropa preciosa; pusiéronle un velo en la cabeza y una corona de flores; en las manos una torta de harina y miel para apaciguar al Cerbero, y en la boca una moneda de plata de uno ó dos óbolos para pagar á Caronte. En esta disposicion estuvo de cuerpo presente un dia entero en el portal de la casa, rodeada de cirios encendidos, y en la puerta habia un vaso de agua lustral, que sirve para purificar los que han tocado un cadáver.

El acompañamiento estaba citado para el siguiente dia antes de salir el sol, y habiendo concurrido los parientes y amigos, pusieron el cuerpo sobre un carro en un féretro de cipres. Los hombres iban delante y las mugeres detras, todos con la vista ácia el suelo, vestidos de luto y precedidos de un coro de músicos que entonaban cantos fúnebres. Llegamos á una casa de Pirro cerca de Falero, donde estaban los sepulcros de sus padres; alli pusieron el cadáver de Telaira en una hoguera y habiéndole consumido el fuego, los mas cercanos parientes recogieron las cenizas, que metidas en una urna fueron sepultadas.

Concluida esta ceremonia, nos llamaron al convite fúnebre, y durante él solo se habló de las virtudes de Telaira. A los nueve y á los treinta dias sus parientes vestidos de blanco y coronados de flores, se reunieron otra vez para tributar nuevos honores á sus manes, y determinaron que todos los años en el dia de su nacimiento renovarian la memoria de su pérdida, como si acabase de ocurrir. Este juramento tan laudable, se suele perpetuar muchas veces en una familia, en una compañia de amigos y entre los discipulos de un filósofo.

CAPÍTULO IX.

Viage á Corinto.—Jenofonte.—Timoleon.

Impaciente estaba Timágenes por ver á Jenofonte, quien habiendo dejado el Peloponeso se habia establecido con sus hijos en Corinto.

Partimos con Filotas, cuya familia tenia relaciones de hospitalidad con la de Timodemo una de las mas antiguas de esta ciudad. Asi que llegamos, nos condujo Timodemo á casa de Jenofonte que habia salido, y de alli pasamos á un templo inmediato, donde se hallaba ofreciendo un sacrificio. Consideraba yo á este hombre con un interes el mas vivo. Parecia de edad de setenta y cinco años, y su rostro conservaba aun algunos restos de aquella belleza que le habia distinguido cuando jóven.

Apenas se acabó la ceremonia arrójase Timágenes al cuello de Jenofonte, y con voz balbuciente le llama su general, su salvador, su amigo, y el anciano le mira con asombro; procura recordar quien es aquel cuyo semblante no le es desconocido, y al fin esclama: ¡Es Timágenes! A esta esclamacion siguieron tiernos y estrechos abra-

zos, y durante nuestra mansion en Corinto pasaron los dias contándose mútuamente los sucesos de su vida.

Jenofonte nacido en un lugar de la Ática y educado en la escuela de Sócrates, sirvió primeramente á su patria con las armas, y despues se alistó voluntario en el egército, que reunia el jóven Ciro para destronar á su hermano Artajerjes, rey de Persia. Despues de la muerte de Ciro, se encargó con otros cuatro oficiales del mando de las tropas griegas, y entonces fué cuando hicieron aquella famosa retirada tan admirable en su línea, como lo es en la suya la relacion que de ella nos ha dado el mismo. Á su vuelta pasó al servicio de Agesilao rey de Lacedemónia, de cuya gloria participó mereciendo al mismo tiempo su amistad. Algun tiempo despues le condenaron á destierro los atenienses, envidiosos sin duda de la preferencia que concedia á los lacedemónios.

Mientras que permanecimos en Corinto, contraje íntima amistad con Timoleon hijo segundo de Timodemo, en cuya casa estábamos hospedados. Nadie tuvo tanta semejanza como él con Epaminondas, á quien por un secreto instinto habia tomado por modelo.

Gozaba de la estimacion pública y de la propia, cuando el esceso de su virtud le enagenó todas las voluntades y le hizo el hombre mas desdichado. Su hermano Timágenes, sostenido por cuatrocientos satélites y el populacho ganado con sus largezas, egercia una horrible tirania sobre los mas virtuosos ciudadanos. Despues de haberle exortado aunque en vano á que abdicase un poder odioso, fué á su casa pasados algunos dias con dos amigos, uno de los cuales era hermano de Timófanes. Habian convenido antes en que si se negase abiertamente á la abdicacion pretendida, esto mismo seria como la señal de su pérdida. Negóse efectivamente, y los dos amigos de Timoleon clavaron el puñal en el pecho de Timófanes, en tanto que su hermano cubriéndose la cabeza con la falda de su manto, prorrumpia en lágrimas en un rincon de la estancia.

Entre los corintios, los unos miraban este asesinato como un acto heróico y los otros como un crímen. Intentaron contra el hermano la acusacion que no tuvo efecto alguno, pero el mismo se juzgaba con mas severidad. Apenas advirtió que su accion era reprobada por la mayoria del público, dudó de su inocencia y salió de Co-

rinto, llevando sobre si las maldiciones de su madre. Anduvo algunos años errante por lugares solitarios, lamentándose amargamente de los estravios de su virtud y á veces de la ingratitud de los corintios.

Algun dia le veremos comparecer con mas brillo, y labrar la felicidad de un grande imperio que le será deudor de su independencia.

Las turbulencias ocasionadas por la muerte de su hermano apresuraron nuestra marcha. Vinieron con nosotros los dos hijos de Jenofonte, que debian servir en un cuerpo de tropas que los atenienses enviaban á los lacedemónios.

CAPÍTULO X.

Levas, revista y egercicios de las tropas de los atenienses.

Dos dias despues de nuestra vuelta á Atenas, fuimos á una plaza, donde se hacia el alistamiento de tropas, que se trataba de enviar á los lacedemónios y otros pueblos, contra los tébanos y sus aliados. El estratega ó general estaba sentado en una silla elevada; cerca de él un tajiarca, oficial general, tenia el registro en que estan nota-

dos todos los ciudadanos en estado de llevar las armas, los cuales debian presentarse á este tribunal, y él los llamaba en voz alta uno por uno y tomaba nota de aquellos que el general escogia.

Los atenienses estan sujetos al servicio militar desde la edad de diez y ocho años hasta la de sesenta. Estan exentos de servir los arrendadores de impuestos públicos y los que representan en las fiestas de Baco. Unicamente en los casos de urgencia grave hacen servir á los esclavos, los estrangeros establecidos en la Atica y los ciudadanos pobres de solemnidad. La ley solo impone el honroso cargo de defender la patria á los ciudadanos que poseen alguna hacienda, y los mas ricos sirven en clase de soldados.

Algunos dias despues se hizo la revista de tropas, que constaban de seis mil hombres de infantería y caballería. Fuí á verla en compañía de Timájenes, Apolodoro y Filotas, y encontramos allí á Ificrates, Timotéo, Focion, Chabrias, todos los generales antiguos y los del año corriente. Estos últimos habian sido nombrados por suerte, segun costumbre en la asamblea del pueblo, y eran en número de diez, uno por cada tribu.

La infantería estaba compuesta de tres clases de soldados: los *oplitas* ó armados

pesadamente: las tropas ligeras y los *peltastas*, cuyas armas eran menos pesadas que las de los primeros y no tan ligeras como las de los segundos. Estos se llaman tambien *peltas*, nombre de un escudo pequeño que llevan.

En tanto que yo hablaba con Apolodoro y le hacia varias preguntas sobre muchos objetos, vimos un hombre vestido con una túnica que le llegaba á las rodillas, y sobre la cual se conocia que debia haberse puesto una coraza, que traia sobre el brazo con las demas armas. Acercóse al tajiarca ó teniente general de su tribu, junto al cual nos hallábamos, y este le dijo. «¿Camarada, porque no os poneis la coraza? — He cumplido el tiempo de mi servicio, respondió al punto; ayer cuando pasaron revista estaba yo labrando mis tierras. Estoy notado en el padron de la milicia de la archôntia de Callias: reconoced la lista de los archôntes, y vereis que desde entonces acá han pasado ya mas de cuarenta y dos años. Esto no obstante, por si mi patria me necesita he traido mis armas.» Reconoció el oficial la lista y viendo justificado el hecho, despues de hablar con el general, borró el nombre de aquel buen patricio y puso otro en su lugar.

A poco rato indiqué á Apolodoro un hombre que tenia una corona en la cabeza y en la mano un caduceo. «He visto pasar ya, le dige, otros muchos como ese. — Son los heraldos, me respondió. Su persona es sagrada, denuncian la guerra, proponen la tregua ó la paz, publican las órdenes del general, convocan el egército, pronuncian los mandatos, anuncian el momento de la marcha, el sitio á donde se ha de ir, para cuantos dias se han de hacer provisiones, etc.»

En seguida fuimos al liceo, donde pasaban revista á la caballería. La mandan por derecho dos generales que tienen bajo sus ordenes gefes particulares: solo consta de mil doscientos hombres, de los cuales cada tribu ha suministrado ciento veinte, con el gefe que debe mandarlos. El número de estos que se ponen al pie de guerra, se arregla comunmente por el número de soldados pesadamente armados; es decir que se juntan doscientos caballos á dos mil oplitas. Unicamente los ricos pueden entrar en la caballeria, y de aqui nace la consideracion que goza este servicio. Nadie puede ser admitido sin el beneplácito de los generales, de los gefes particulares, y sobre todo del senado, que cuida especialmente del

mantenimiento y el brillo de un cuerpo tan distinguido. Sus armas son el casco, la coraza, el escudo, la espada, la lanza ó el venablo, un manto corto etc.

Los dias siguientes fueron destinados al egercicio de las tropas. Encontramos cerca del monte Anchesmo un cuerpo de diez mil seiscientos hombres de infantería, pesadamente armados, y formados á diez y seis de fondo y ciento de frente. A este cuerpo se juntaba un número determinado de armados á la ligera.

Los mejores soldados estaban en las primeras y últimas filas, y en particular los gefes de fila y los cabos eran todos hombres distinguidos por su bravura y su esperiencia. Mandaba los movimientos uno de los oficiales, que decia en voz alta: *Tomen las armas.—Criados salid de la falange.—Pica arriba.—Pica abajo.—Estrechen las filas.—Alinearse.—Tomen distancias.—A derecha.—A izquierda.—Pica ante el escudo.—Marchen.—Alto.—Doblen las filas.—Estrecharse.—Lacedemónios, evolucion, etc.*

A la voz de este oficial se veia la falange obedecer y ejecutar los movimientos. Se la veia presentar unas veces una línea continuada, otras cortada, cuyos espacios ocu-

paban algunas veces los armados á la ligera, y tomar en fin por medio de las evoluciones prescritas todas las formas de que es susceptible, y marchar formada en columna, en cuadro perfecto, en cuadrilongo, ya de centro vacío, ya lleno, etc.

Apenas habian acabado estas maniobras, cuando vimos levantarse á lo largo una polvareda. Los puestos avanzados anunciaron la proximidad del enemigo, que era otro cuerpo de infantería, que acababa de hacer el egercicio en el liceo, y se habia propuesto llegar á las manos con el primero para ofrecer el simulacro de un combate. Al punto gritan al arma y los soldados corren á sus puestos. Suena luego la trompeta dando la señal, las tropas entonan el himno marcial, el general da la voz del combate, y apenas la oyen repiten todos los soldados: ¡elelen! ¡elelen! Despues de la accion los vencedores hicieron resonar por todas partes, la palabra *alalé*, que es el grito de la victoria.

Retirámonos á media noche, y la mañana siguiente y durante muchos dias consecutivos vimos los de á caballo hacer diferentes egercicios en el liceo y cerca de la académia.

El egército se preparaba para salir, por-

cuyo motivo se veian muchas familias consternadas. Mientras que las madres y esposas se entregaban al temor, los embajadores de Lacedemónia nos hablaban del valor que en estas ocasiones manifestaban las espartanas. Un soldado nuevo decia á su madre enseñándole su espada. «Es demasiado corta. — Pues bien; le respondia ella, darás un paso mas.» Otra dando un escudo á su hijo le dijo: «Vuelve con él ó sobre él.»

Asistieron las tropas á las fiestas de Baco, en cuyo dia se hacia una ceremonia propia de las circunstancias, y la presenció el senado, un número infinito de ciudadanos de todas clases y de estrangeros de varios paises.

CAPÍTULO XI.

Concurrencia al teatro.

(Año 362 antes de J. C.) El último dia de las fiestas de Baco vi una tragedia, y tanta fué la confusion de ideas que se agolparon á mi mente, que solo puedo hacer de ello una pintura rápida.

El teatro se abre al amanecer, y fui á él con Filotas. No hay á la verdad cosa mas imponente al primer golpe de vista. Por

una parte la escena adornada de decoraciones hechas por los mas hábiles artistas; por la otra un vasto anfiteatro cubierto de gradas, que se elevan unas sobre otras hasta una grandisima altura: varias banquetas y escaleras que se prolongan y cruzan por intervalos, facilitan la comunicacion y dividen las gradas en varias particiones, de las cuales hay algunas reservadas para ciertos cuerpos y ciertas clases.

En medio de la multitud fueron llegando los nueve archôntes ó primeros magistrados de la república, los tribunales de justicia, el senado de los quinientos, los oficiales generales del egército y los ministros del culto. Todos estos cuerpos ocuparon las gradas inferiores. Mas arriba se pusieron los jóvenes de diez y ocho años y las mugeres en otro parage, separadas de los hombres y de las rameras. El lugar de la orquesta estaba desocupado, porque está reservado para los certámenes de poesía, de música y de danza, que se celebran despues de las representaciones dramáticas.

«Viéndome Filotas absorto por el numeroso concurso que habia, me dijo, que cabian en el teatro hasta treinta mil personas, y que la solemnidad de las grandes fiestas de Baco atraia muchas gentes de to-

das partes de la Grecia. El concurso de las piezas dramáticas solo se vé en otras dos fiestas, pero los actores reservan lo mejor para la presente. Se nos ha prometido hasta el número de siete á ocho piezas nuevas, pero algunas veces repetimos las de nuestros autores antiguos, y ahora van á dar principio á la competencia con la Antígona de Sófocles. Tendreis mucho gusto de oir á dos escelentes autores, Teodoro y Aristodemo.»

Apenas acababa de hablar Filotas, cuando un heraldo despues de haber impuesto silencio dijo en voz alta. —«Salga el coro de Sófocles.» Este era el anuncio de la pieza. Conforme se iba desenlazando el argumento, mi sorpresa se aumentaba mas y mas, y llevado de los prestigios que me cercaban, halléme en medio de Tebas. ¿Qué arte es pues aquesto que me hace esperimentar á un mismo tiempo tanto placer y dolor, y me liga tan intimamente con las desgracias, cuyo aspecto me era intolerable? ¡Oh conjunto maravilloso de ilusiones y realidades! Yo he visto á Antígona hacer los funerales á Polinice, á pesar de la severa prohibicion de Creon, y al tirano hacerlos arrastrar con violencia ácia una caverna obscura que habia de ser su sepul-

cro. Espantado al punto por las amenazas del cielo, se adelanta ácia la caverna, de donde salen unos gritos horrorosos lanzados por Hemon su hijo, que estrecha entre sus brazos á la infeliz Antígena, cuyo nudo fatal habia terminado sus dias. La presencia de Creon irrita su furor, saca la espada contra su padre, traspásase el pecho con ella, y va á caer á los pies de su amante, á quien tiene abrazada hasta que espira.

Treinta mil espectadores derramando lágrimas manifestaban muy al vivo la sensacion y enagenamiento que les causaba aquel espectáculo, y yo como uno de ellos, concluida la tragedia de Sófocles, ya no tenia lágrimas que derramar, ni fijaba mi atencion en las piezas que iban á representar.

CAPÍTULO XII.

Descripcion de Atenas y de sus principales monumentos.

Entre todas las ciudades de la Grecia Atenas es la que presenta mayor número de monumentos respetables y célebres por su antiguedad y su elegancia. Las obras escelentes de escultura son tantas, que se ven

hasta en las plazas públicas, y hermosean de concierto con las de pintura los pórticos y los templos.

Conduciendo al lector á los diferentes cuarteles de Atenas; nos pondremos en los últimos años de mi estancia en la Grecia, y daremos principio aportando al Piréo.

En este puerto que contiene otros tres menores, se ven ancladas algunas veces hasta trescientas galeras, y puede haber en él hasta cuatrocientas. Temístocles hizo, digámoslo así, este descubrimiento cuando quiso dar una máxima á los atenienses. Una piedra cuadrada y sin adornos que se ve en el promontorio inmediato, es el sepulcro de aquel grande hombre, cuyo cuerpo fué llevado alli desde el lugar de su destierro.

Entremos bajo uno de los pórticos que rodean el puerto. En él se verán encima de diez mesas diferentes mercancias del Bósforo y las muestras de trigo recien traido del Ponto, de Tracia, de Siria, de Egipto, de Libia y de Sicilia. Vamos á la plaza de Hipodamo, nombre de un arquitecto de Mileto que la ha construido, y alli veremos acumuladas las producciones de todos los paises, pudiendo decirse que no es el mercado de Atenas y si el de toda la Grecia.

El Piréo está adornado con un teatro, varios templos y muchas estátuas. Debiendo Temístocles asegurar en este puerto las subsistencias de Atenas, le puso á cubierto de una sorpresa, haciendo construir aquella hermosa muralla, que sirve de recinto al lugar del Piréo y el puerto de Munichia. Su longitud es de sesenta estadios (dos leguas y cuarto), su altura de cuarenta codos (poco mas de cincuenta y seis pies) y su anchura mas de lo necesario para pasar dos carros de frente.

Tomemos el camino de Atenas y sigamos aquella larga muralla, que se estiende desde el Piréo hasta la puerta de la ciudad en una longitud de cuarenta estadios. Esta obra fué tambien proyecto de Temístocles, ejecutado prontamente bajo la direccion y gobierno de Cimon y de Pericles. Algunos años despues se construyó otra semejante, acaso tan larga, desde los muros de la ciudad hasta el puerto de Falero. Por medio de estos dos muros de comunicacion, está el Piréo encerrado hoy dia en el recinto de Atenas, siendo su baluarte. Este camino que seguimos, está frecuentado en todo tiempo y á toda hora por un gran número de personas atraidas al puerto por la proximidad del Piréo, su comercio y las fiestas.

Entramos en la ciudad y se ve uno confuso para escoger entre las muchas obras clásicas, que la adornan y se ofrecen á la vista. Antes de llegar al pié de la escalera por donde se sube á la ciudadela, fijarémos primeramente la atencion en el pórtico, donde el segundo archônte, llamado el archônte rey, tiene su tribunal, y donde reune algunas veces el del Areopago; en seguida sobre el pórtico llamado Feocilo, en cuya entrada se ve la estátua de Solon, y cuyas paredes interiores estan enriquecidas con las obras de Polignoto, de Micon, de Paneno y de otros muchos pintores célebres.

La plaza pública, en la cual termina el pórtico, es muy espaciosa, y está adornada de muchos edificios sobresalientes destinados al culto de los dioses ó al servicio del estado, y que sirven de asilo algunas veces á los desgraciados y no pocas á los culpables. Todos los costados de esta plaza estan adornados de estátuas de tal perfeccion y belleza que llaman la atencion. En medio de las diez estátuas de aquellos que dieron su nombre á las diez tribus de Atenas, tiene establecido su tribunal el primer archônte.

Voy á conduciros ahora al templo de Teséo, que fué construido por Cimon algu-

nos años despues de la batalla de Salamina, aunque menor que el de Minerva, del cual hablaré en breve, y que parece haber servido de modelo, es de órden dórico, de una forma muy elegante y enriquecido con obras de hábiles pintores. Despues de haber observado algunos otros monumentos dignos de notarse, llegamos en fin á la escalera por donde se sube á la ciudadela. Al subir la vista se esplaya y recrea por todas partes. Detengámonos delante de este soberbio edificio de órden dórico, que se llama los Propileos ó vestíbulos de la ciudadela. Pericles los hizo construir de mármol, segun los diseños y bajo la direccion del arquitecto Nesicles, y se dice que costaron mil y doscientos talentos (sobre cuarenta millones de reales).

El templo que tenemos á la izquierda, está consagrado á la victoria; adornan sus paredes varias pinturas admirables, la mayor parte de la mano de Polignotas; sostienen el fronton seis hermosas columnas; el vestíbulo está dividido en tres partes por dos órdenes de columnas jónicas, y á la parte opuesta termina por cinco puertas, entre las cuales se descubren las columnas del peristilo que mira á lo interior de la ciudadela. Entramos en ella, y la vista se

para á ver el prodigioso número de estátuas que han erigido allí la religion y la gratitud, y que parecen animadas por el cincel de los Mirones, los Fidias, los Alcamenos y otros célebres escultores.

Todas las regiones del Africa estan bajo la proteccion de Minerva, mas cualquiera diria que ha fijado su residencia en la ciudadela de Atenas. ¡Oh cuantas estátuas, altares y edificios se ven erigidos en honor suyo! Entre las estátuas hay tres, cuya materia y trabajo atestiguan los progresos del lujo y de las artes. La primera es tan antigua, que se diria haber bajado del cielo informe y de madera de olivo. La segunda de aquel tiempo en que los atenienses no usaban mas metales que el hierro para adquirir triumfos y el bronce para eternizarlos. La tercera que es de oro y de marfil, está en aquel famoso templo de la Diosa, uno de los mas hermosos monumentos de Atenas, conocido bajo el nombre de Partenon. Esta estátua es célebre por su magnitud, la riqueza de su materia y la hermosura del trabajo. En la magestad sublime que brilla en todas las facciones y la efigie de Minerva, se conoce facilmente la mano de Fidias. Las ideas de este artista tenian un carácter tan grande, que

ha tenido el acierto de representar mejor los dioses que los hombres, y asi es que cualquiera diria, que ve los segundos de muy alto y los primeros de muy cerca. La altura de la estátua es de veinte y seis codos (36 pies 10 pulgadas). Está en pie, cubierta de la égida y vestida con una larga túnica: tiene en una mano la lanza y en la otra una efigie de la victoria, de tres codos de alta (cinco pies ocho pulgadas). Su casco dominado por una esfinge, tiene en las partes laterales dos grifos. En la superficie esterior del escudo que se vé á los pies de la diosa, Fidias ha representado el combate de las amazonas, y en la interior el de los dioses y los gigantes: en el calzado el de los centauros y los lapitas, y en el pedestal el nacimiento de Pandora y otros muchos objetos: las partes aparentes del cuerpo son de marfil, escepto los ojos en que el iris está figurado con una piedra singular.

Antes de comenzar esta obra, se vió Fidias obligado á informar á la asamblea del pueblo acerca de la materia que se gastaria y preferia el mármol, porque su brillo seria muy duradero. Escucháronle con atencion; pero cuando añadió que el gasto seria menor, le impusieron silencio y re-

solvieron que la estátua fuese de oro y marfil. Escogieron el oro mas puro, y fue preciso una cantidad de cuarenta talentos (sobre ocho millones y treinta mil reales).

Siguiendo Fidias el parecer de Pericles, invirtió este metal de tal manera que se podia desprender facilmente, cuyo dictámen se fundaba en dos motivos. El uno preveyendo el momento en que podria emplearse aquel oro para atender á las urgencias del estado, lo cual se propuso al principiar la guerra del Peloponeso; y el otro evitar que se les acusase á entrambos de haber estraido una parte de aquel metal; mas no por esto evitaron la acusacion que se verificó, y en virtud de la precaucion que habian tenido, convirtióse por fin en verguenza de sus enemigos.

El templo de Minerva, el de Teséo y aun algunos otros son verdaderamente el triumfo de la arquitectura y de la escultura. Observad otros muchos edificios á los lados y en las cercanias de la ciudadela. Tales son entre ellos el Odeon y el templo de Júpiter olímpico. El primero es aquella especie de teatro que Pericles hizo edificar para los certámenes de música, y en el cual los seis últimos archôntes celebran alguna vez sus sesiones.

Despues de correr apresurados por lo interior de la ciudad, vamos á echar una ojeada por lo esterior. Al levante está el monte Himeto que las abejas enriquecen con su miel, la cual exala el perfume del romero: en torno de los muros serpentea el Iliso que corre por la falda del monte; y encima de este se ven los gimnasios del cinosargo y del Liceo. Acia el norte se descubre la académia y algo mas lejos una colina llamada Colónia, donde Sófocles ha establecido la escena del Edipo que tiene el mismo nombre. El Cefiso, despues de fertilizar con sus aguas este pais, viene á mezclarlas con las del Iliso, que se agota algunas veces cuando los grandes calores. La vista se recrea á su placer por las hermosas casas de campo, que se ven por dó quiera que se mire.

CAPÍTULO XIII.

Batalla de Mantinéa.—Muerte de Epaminondas.

(Año 362 antes de J. C.) Tocaba ya la Grecia en el momento de una revolucion. Epaminondas estaba al frente de un egército, y su victoria ó su derrota iba á deci-

dir en fin, si habian de ser los tébanos ó los lacedemónios quienes diesen leyes á los demas pueblos.

Partió una tarde de Tegéa, en Arcádia, para sorprender á Lacedemónia. Esta ciudad enteramente abierta solamente tenia entonces para su defensa niños y ancianos. Una parte de las tropas se encontraba en Arcádia, y la otra pasaba al mismo pais capitaneada por Agesilao. Llegan los tébanos al amanecer, y ven inmediatamente á Agesilao pronto á recibirlos. Avisado este por un desertor, de la marcha de Epaminondas, habia vuelto atras aceleradamente, y sus soldados ocupaban ya los puestos mas importantes. El general tébano sorprendido, sin desalentar, dispone varios ataques, y habia ya penetrado hasta la plaza pública, haciéndose dueño de una parte de la ciudad, cuando Agesilao no escuchando mas que su desesperacion, aunque de edad de cerca de ochenta años, se arroja en medio del peligro y ayudado por el valiente Alchidamo su hijo rechaza al enemigo, y le obliga á retirarse. Isadas dió en estas circunstancias un ejemplo que escitó la admiracion y la severidad de los magistrados. Este espartano que apenas habia salido de la infancia, tan hermoso como el amor, y tan

valiente como Aquiles, no teniendo mas armas que la pica y la espada, se mete impetuosamente por entre los batallones lacedemónios, y acometiendo á los tébanos derriba á sus pies todo cuanto se opone á su furor. Los éforos le concedieron una corona para premiar su valor, y al mismo tiempo le impusieron una multa, porque habia peleado sin coraza y sin escudo.

Retiróse Epaminondas sin que le siguiese el enemigo, y á fin de reparar la mengua de su retirada con una victoria, marchó á la Arcádia, donde se habian reunido las principales fuerzas de la Grecia. Avistáronse luego los dos egércitos: el de los lacedemónios y sus aliados constaba de mas de veinte mil infantes y cerca de dos mil caballos, y el de la liga tébana de treinta mil infantes y cerca de tres mil caballos.

Epaminondas observó en su órden de batalla los principios, que le hicieron ganar la victoria de Leuctres. Una de sus alas formada en columna cayó sobre la falange de los lacedemónios, á la cual jamás hubiera forzado, si él en persona no hubiese acudido á fortificar sus tropas con su ejemplo y un cuerpo de tropas escogidas. Los enemigos sobrecogidos de espanto al acercarse, se desordenan y huyen; los persigue

con un furor que no puede contener, y se halla cercado de un cuerpo de espartanos que disparan sobre él una nube de dardos. Despues de haber luchado largo rato con la muerte y tendido entierra una multitud de guerreros, cae traspasado de un venablo, cuyo acero se le queda clavado en el pecho. El honor de recoger su cuerpo empeñó una accion tan reñida y sangrienta como la primera, y sus dignos compañeros redoblando sus esfuerzos tuvieron el triste consuelo de llevarle á su tienda. Su herida contuvo la carniceria en la otra ala, donde combatian con una alternativa de triunfo y de pérdida, y dando en fin la señal de retirada por una y otra parte, levantaron un trofeo en el campo de batalla.

Aun respiraba Epaminondas. Los cirujanos declararon que espiraria al punto que le sacasen el acero de la herida. Temió que su escudo hubiese caido en manos del enemigo; mostrarónsele, y le besó como el instrumento de su gloria. Manifestóse inquieto por el éxito de la batalla; dijéronle que los tébanos la habian ganado, y contestó sereno. «Estoy contento; ya he vivido bastante.» Preguntó seguidamente por dos generales á quienes juzgaba dignos de reemplazarle, y habiendole dicho que

habian muerto: «persuadid pues á los tébanos, añadió, á que hagan la paz.» Apenas hubo pronunciado estas palabras mandó que le arrancasen el acero, y habiendo esclamado uno de sus amigos, á quien dominaba la pena: «¡con que mueres, Epaminondas! ¡Ah! si á lo menos dejaseis hijos!—Dejo, respondió espirando, dos hijas inmortales; la victoria de Leuctres y la de Mantinéa.»

Su muerte fué precedida de la de su amigo Timágenes, que habia desaparecido de repente ocho dias antes de la batalla, habiendo dejado una carta sobre la mesa á su sobrina Epicaris, y en ella nos decia que iba á reunirse con Epaminondas. Mi corazon se despedazó al leer esta carta y quise partir al instante; pero Apolodoro, á cuyo ruego fui considerado como ateniense, me hizo presente que no podia tomar las armas contra mi nueva patria. Esta consideracion me detuvo y por ello no fui testigo de las proezas de mi amigo ni morí con el.

La batalla de Mantinéa aumentó en adelante las turbulencias de la Grecia, pero en el primer momento terminó la guerra. Los atenienses tuvieron cuidado de recoger los cadáveres de aquellos que habian per-

dido, los quemaron en una hoguera y llevaron sus cenizas á Atenas para hacer los funerales.

CAPÍTULO XIV.

Del gobierno actual de Atenas.

LAS ciudades y los arrabales de la Ática estan divididas en ciento setenta y cuatro distritos, que por sus diferentes reuniones forman diez tribus. Todos los ciudadanos estan clasificados en estos distritos, y obligados á inscribir sus nombres en uno de los registros de aquel á que pertenecen.

En los primeros dias de cada año se juntan las tribus separadamente para formar un senado compuesto de quinientos diputados, que deben tener á lo menos treinta años. Cada una de ellas presenta cincuenta, y al mismo tiempo se nombran cincuenta suplentes, unos y otros sacados por suerte.

Este senado se renueva cada año; durante el tiempo de su egercicio debe escluir aquellos miembros suyos, cuya conducta sea reprensible, y rendir cuentas antes de separarse, se reune todos los dias, escepto en

los festivos y aquellos que se tienen por aciagos.

Las asambleas del pueblo suelen ofrecer poco ó nada interesante. Como para empeñar á los ciudadanos á que concurran se les concede un derecho de presencia de tres óbolos (dos reales), y al mismo tiempo no se impone pena alguna contra aquellos que no concurren, sucede que los pobres son alli mas que los ricos.

Ademas de estas asambleas, hay otras estraordinarias cuando el estado se ve amenazado de un riesgo inminente. Si las circunstancias lo permiten, se convoca á todos los habitantes del Ática.

No pueden asistir á la asamblea las mugeres, ni tampoco los hombres de menos de treinta años: quedan escluidos los que estan tachados de infamia, y les está prohibido á los estrangeros el asistir bajo pena de muerte.

La sesion se abre al amanecer, y se tiene en el teatro de Baco, ó en la plaza pública, ó en el Puix, que es un gran recinto inmediato á la ciudadela. Son necesarios seis mil votos para que tengan fuerza de ley sus decretos. La presiden los gefes del senado, que en ocasiones importantes asiste en cuerpo; tienen asiento distingüido

los oficiales militares; la guardia de la ciudad compuesta de escitas, está encargada de mantener allí el órden.

Cuando todos están sentados en el circo purificado con la sangre de las víctimas, y que se han hecho ya otras muchas ceremonias religiosas, propone un heraldo el asunto que va á deliberarse, contenido regularmente en un decreto preliminar del senado que se lee en voz alta.

Aunque desde este momento cada asistente tiene libertad para subir á la tribuna, comunmente no se ven en ella mas que los oradores de estado. Estos son ciudadanos distinguidos por sus talentos, y especialmente encargados de los intereses del estado en las asambleas del senado y del pueblo. Hay simples particulares que tienen casi siempre en las deliberaciones públicas la influencia que el senado debiera tener en ellas. Los unos son facciosos de la mas baja estraccion, que ganan y llevan tras sí la multitud; los otros ciudadanos ricos que la corrompen con sus larguezas: los mas acreditados son unos hombres elocuentes que renunciando á toda otra ocupacion, dedican todo el tiempo á los negocios de estado. Estos regularmente empiezan á ensayarse en los tribunales de justicia, y

cuando se distinguen en ellos por el don de la palabra, entran en una carrera mas noble y toman sobre sí el penoso cargo de ilustrar al estado y de conducir el pueblo.

Las leyes preveyendo el imperio que tomarian sobre los ánimos unos hombres tan útiles y peligrosos, requieren que no se haga uso de sus talentos hasta despues de haberse asegurado de su conducta. No permiten que ocupe la tribuna el que haya puesto manos violentas en los autores de sus dias ó les hubiese negado la subsistencia. Escluyen tambien al que disipa la herencia de sus padres: el que no tenga hijos legítimos ó no posea bienes en la Ática; el que rehuse tomar las armas á la voz del general ó que abandone el escudo en la pelea, y aun aquel que se entrega á placeres vergonzosos, porque la cobardia y la corrupcion abririan su alma á toda especie de traicion ó alevosia.

Es preciso pues que el orador suba á la tribuna con la seguridad y autoridad de una vida irreprensible. Por desgracia entre los oradores de Atenas hoy dia los unos venden sus talentos y su honor á naciones enemigas de su patria: los otros tienen á su disposicion ciudadanos que por medio de una humillacion pasagera, aspiran á ele-

varse á los primeros empleos; y haciendose todos una guerra de reputacion y de interes, ambicionan la gloria y la ventaja de conducir el pueblo mas ilustrado de la Grecia y del universo.

CAPÍTULO XV.

De los tribunales de justicia de Atenas.

El número de los jueces en Atenas es tan inmenso que asciende á seis mil poco mas ó menos. Un ateniense que pasa de treinta años, que ha observado una vida irreprensible y no es deudor á los fondos públicos, tiene las cualidades que se requiere para administrar justicia. La suerte decide todos los años cual es el tribunal á que pertenece. Este es el modo de proveer las plazas de los tribunales. Se cuentan diez de estos principales: cuatro para conocer de las causas de asesinatos, y seis de las demas tanto civiles como criminales.

Estos diez tribunales soberanos, compuestos la mayor parte de quinientos jueces y algunos de mayor número, no tienen actividad alguna por si mismos, y los ponen en accion los nueve archôntes. Cada uno de estos magistrados lleva á él la causa

de que ha tomado conocimiento, y preside el tribunal en tanto que la causa se substancia. El mas célebre de todos es el de los Heliastas, donde se presentan todas las grandes causas que interesan al estado ó los particulares. En ciertas ocasiones los magistrados disponen que se reunan á ellos otros tribunales, y entonces el número de los jueces suele llegar hasta seis mil.

Todos los años recorren cuarenta ministros subalternos los pueblos de la Ática y tienen alli sus juzgados, estatuyen sobre ciertos actos de violencia, terminan aquellos pleitos, en que solo se trata de una corta suma, como de diez dracmas (33 reales 18 maravedises), y pasan á los árbitros las causas mas graves. Estos árbitros son hombres de buen concepto y de edad de unos sesenta años. Al fin de cada año se les nombra por suerte en cada tribu, en número de cuarenta.

Los habitantes de las islas y ciudades sometidas á la república, estan obligadas á elevar sus causas á los tribunales de Atenas, para que alli se juzguen en última apelacion. El estado se utiliza asi de los derechos que pagan al entrar en el puerto y del gasto que hacen en la ciudad. Otro motivo les priva de la ventaja de terminar en-

tre ellos sus pleitos. Si tuviesen jurisdiccion soberana, no tendrian que solicitar mas que la proteccion de sus gobernadores, y podrian oprimir en muchas ocasiones á los partidarios del gobierno de Atenas, en lugar de que atrayéndolos aqui, se les obliga á humillarse ante el pueblo que les aguarda en los tribunales, y está muy propenso á medir la justicia que les hace por los grados de afecto que profesan á su autoridad.

CAPÍTULO XVI.

Del Areopago.

El senado del areopago es el mas antiguo y al mismo tiempo el mas íntregro de los tribunales de Atenas. Se reune algunas veces en el pórtico real, pero comunmente sobre una colina poco distante de la ciudadela, y en una especie de sala puesta al abrigo de la inclemencia del tiempo solamente por medio de un techo rústico.

Las plazas de los senadores son perpetuas: el número de magistrados ilimitado. Los archòntes son admitidos en el areopago despues de su año de tales, pero deben justificar en un examen solemne, que han

desempeñado sus funciones con tanto celo como fidelidad.

La reputacion de que goza este tribunal muchos siglos hace, se funda en títulos que la transmitirán á los siglos venideros. La inocencia obligada á comparecer ante él, se acerca sin temor, y los culpables convencidos y condenados se retiran sin atreverse á quejarse del fallo. Atribúyese su primer orígen al tiempo de Cecrops, pero debe otro mas brillante á Solon que le dió el encargo de velar sobre las costumbres. Entonces conoció de todos los crímenes, los vicios y los abusos. Debilitada considerablemente su autoridad por Pisistrato, en la actualidad unicamente egerce una jurisdiccion propiamente tal, con respecto á los homicidios premeditados, incendios, envenenamientos y algunos delitos menos graves. Preceden á los juicios ceremonias espantosas. Ambas partes, situadas en medio de los restos sangrientos de las víctimas, hacen un juramento y le confirman con imprecaciones terribles contra ellas mismas y sus familias; ponen por testigos á las terribles Euménides, que desde un templo inmediato, donde las veneran, parece que oyen su voz y se proponen castigar los perjurios. Despues de es-

tos preliminares se discute la causa. Aqui la verdad es la única que tiene derecho de presentarse ante los jueces: temen la elocuencia tanto como la mentira: los abogados deben desterrar severamente de sus discursos los exordios, las peroraciones, las digresiones y adornos del estilo, y aun el tono del sentimiento. En vano se pintaria la pasion en los ojos y los ademanes del orador, pues el Areopago tiene casi siempre de noche sus sesiones.

Cuando el punto está suficientemente aclarado, los jueces ponen secretamente sus votos en dos urnas, una llamada de la muerte, y otra de la misericordia. En caso de empate, un ministro subalterno añade en favor del acusado el voto de Minerva, llamado asi, porque, segun una tradicion antigua, esta diosa asistiendo al mismo tribunal cuando juzgó á Orestes, dió su voto para decidir sobre el empate de los jueces.

CAPÍTULO XVII.

De las acusaciones y procedimientos entre los atenienses.

Las causas que corresponden á los tribunales de justicia, versan siempre sobre deli-

tos que interesan al gobierno ó á los particulares. Cuando son de la primera especie, todo individuo del estado puede constituirse acusador; pero siendo de la segunda, solo tiene derecho para ello la persona agraviada. En las primeras se falla muchas veces pronunciando las penas de muerte: en las otras solo se impone la pena de indemnizacion ó satisfacciones pecuniarias. Los trámites varian en algunos puntos, tanto segun la diferencia de los tribunales, como la de los delitos. Las causas públicas se llevan algunas veces ante el senado ó el pueblo, que despues del primer juicio acostumbra remitirlas al tribunal superior; pero comunmente se dirige el acusador á uno de los principales magistrados, que le pregunta si ha reflexionado bien sobre su gestion, é indica á continuacion el tribunal adonde debe acudir. Las partes hacen juramento de decir la verdad, empiezan á discutir ellas mismas, y se les concede para ello un tiempo medido por unas gotas de agua que caen de un vaso: cuando han acabado de hablar, pueden implorar el socorro de los oradores.

Durante la diferencia los testigos hacen en voz alta sus declaraciones, porque tanto en lo criminal como en lo civil, la ins-

truccion puede ser pública. El acusador puede pedir que se dé tormento á los esclavos de la parte adversa. Algunas veces la una de las partes presenta por sí misma sus esclavos á esta prueba cruel. No se puede mandar el tormento contra un ciudadano sino en casos estraordinarios.

El que no prosigue la acusacion que ha intentado ó no obtiene la quinta parte de los votos, es comunmente condenado á una multa de mil dracmas (cerca de cuatro mil reales); pero como nada es tan fácil como abusar de la religion, se condena á veces á la pena de muerte á un hombre que acusa á otro de impiedad sin poderle convencer.

Las causas particulares siguen en muchos puntos la misma marcha que las causas públicas. Hay algunas que se pueden proseguir civilmente por una acusacion particular, y criminalmente por una accion pública. Tal es la de insulto hecho á un ciudadado. Las leyes con el objeto de atender á su seguridad, autorizan á cualquiera para denunciar publicamente al agresor: pero dejan al ofendido la eleccion de la venganza, que puede limitarse al pago de una cantidad, si el asunto se insta como civil, y llega hasta la imposicion de pena

capital, si se sigue criminalmente. Los oradores abusan con frecuencia de estas leyes cambiando con rodeos insidiosos los negocios civiles en causas criminales.

CAPÍTULO XVIII.

De los delitos y penas.

Todos los atenienses están sujetos á las mismas penas; todos pueden ser privados de la vida, de la libertad y de su patria, de sus bienes y de sus privilegios. Castígase de muerte el sacrilegio, la profanacion de los misterios, los atentados contra el estado y sobre todo contra la forma de gobierno; los desertores, los que entregan al enemigo una plaza, una galera, un destacamento de tropas etc. El robo cometido de dia, cuando se trata de mas de cincuenta dracmas (cerca de 200 reales), merece la misma pena, asi como el robo cualquiera que sea, si se ha cometido de noche ó en los baños y los gimnasios.

Por lo comun se quita la vida á los delincuentes con el cordel, el hierro y el veneno: algunas veces mueren á palos: otras los echan al mar ó á una foza, erizada de puntas cortantes para acelerar su muerte.

Detienen en la prision al acusado de ciertos crímenes hasta que sea juzgado, al sentenciado á muerte hasta que sea ejecutada y al deudor hasta que haya pagado. Hay ciertos delitos que se expian con muchos años y algunos dias de prision; otros deben serlo con una prision perpétua.

El destierro es un suplicio, tanto mas rigoroso para un ateniense, cuanto no encuentra en parte alguna los placeres de su patria, y que no pueden suavizar su infortunio los recursos de la amistad. En tales casos cualquiera ciudadano que le diese asilo, sufrirá igual pena. Esta proscripcion tiene efecto; 1.°, cuando un hombre queda absuelto de un asesinato involuntario, en cuyo caso debe ausentarse de Atenas durante un año, y no volver hasta despues de haber dado una satisfaccion á los parientes del muerto y hallarse purificado por medio de ciertas ceremonias religiosas. 2.° Cuando se le acusa de un asesinato premeditado ante el areopago, si desespera de su causa despues de la primera defensa, puede antes que los jueces pasen á votar, condenarse el mismo á destierro y retirarse tranquilamente. Confíscanse sus bienes, y su persona queda segura, con tal que no se deje ver ni en territorio de la republica

ni en las solemnidades de la Grecia ; pues si quebranta este precepto, cualquiera ateniense puede acusarle en justicia ó matarle.

La degradacion priva á un hombre de todos los derechos de que gozan los demas súbditos ; no es una afrenta el haberse introducido en la caballería sin haber sufrido un examen ; tampoco el ser deudor á los fondos públicos, porque pagando su deuda puede volver al goze de los derechos que gozan los demas hombres ; pero se irroga infamia al que ha maltratado á sus padres, ó que cobardemente abandonó su puesto ó perdió el escudo.

CAPÍTULO XIX.

Costumbres y vida civil de los atenienses.

Al cantar el gallo entran en la ciudad los habitantes del campo con sus provisiones cantando canciones antiguas. Al mismo tiempo se abren con estrépito las tiendas y todos los atenienses se ponen en movimiento. Entre el pueblo , lo mismo que en el egército , se hacen dos comidas al dia ; pero las personas de cierta clase se contentan con una sola , que hacen al medio dia

ó antes de ponerse el sol. Despues del medio dia duermen un rato ó juegan á la taba, á los dados y á varios juegos de comercio. En los intervalos del dia, particularmente de mañana, y por la tarde antes de comer y cenar, se va á las orillas del Iliso y al rededor de la ciudad á tomar el fresco ó respirar el aire puro; pero comunmente van las gentes á la plaza pública, parage el mas concurrido de la ciudad, porque alli tiene muchas veces sus sesiones la asamblea general, y está tambien el palacio del senado y el tribunal del primer Archônte. Al rededor de esta plaza estan las tiendas de los perfumadores, de los plateros, barberos, etc. abiertas, paraque entre quien guste, y alli se habla con ruido de los intereses del estado, de las anécdotas de las familias y los vicios y las estravagancias de los particulares. Esto no obstante, se oyen ocurrencias graciosas y chistes agudos, y se vé algunos corrillos donde se oyen conversaciones instructivas y amenas. Estas especies de citas que alli se dan, debian multiplicarse entre los atenienses, porque su gusto insaciable por las novedades, consecuencia de su activo genio y de su vida ociosa, les mueve á buscarse unos á otros y reunirse. Esta aficion se reanima con frenesí

en tiempos de guerra; entonces sus conversaciones públicas y privadas versan sobre espediciones militares: antes de saludarse se preguntan con afan ¿que hay de nuevo? Se ven por todas partes enjambres de noveleros trazar en el suelo ó la pared el mapa del pais donde se halla el egército; anunciar noticias favorables en voz alta, reveses en secreto, y estender y abultar rumores que alegran en estremo á las gentes ó causan temores y sobresaltos.

Suelen invertir las horas ociosas en la caza y los egercicios del gimnasio. Ademas de los baños públicos, adonde el pueblo acude en tropel, los particulares pudientes los tienen en su misma casa. Se bañan á veces despues del paseo, pero lo mas comun es antes de comer, y salen del baño perfumados de esencias.

Los mas de los atenienses visten solamente encima de una túnica que les llega hasta media pierna, un manto que les cubre cuasi enteramente. Muchos de ellos van descalzos; otros, ya esten en la ciudad, ya vayan de viage, y aun á veces en las procesiones, se ponen un sombrero alicaido.

Las mugeres llevan, 1.° Una túnica blanca, que sujetan por los hombros con boto-

nes, y la ciñen bajo el seno con una cinta ancha, y cae plegada y ondeante hasta los pies. 2.° Un vestido mas corto, ajustado á la cintura con un ancho liston, que en la parte inferior termina de la misma manera que la túnica, con listas ó bandas de varios colores, y á veces llevan mangas cortas hasta medio brazo. 3.° Un manto que suelen llevar cojido en forma de chal ó banda, y que otras desplegado sobre el cuerpo, parece segun sus bellos contornos, que solo se hizo para dibujarle. Tambien suelen llevar un capotillo ligero, y cuando salen de casa se ponen un velo. Se tiñen de negro las cejas y se pintan el rostro con albayalde y carmin: se echan en el pelo coronado de flores, unos polvos amarillos, y llevan el calzado mas ó menos alto segun su estatura. Encerradas en sus aposentos no pueden salir de él sino en ciertas circunstancias, y de noche solo en carruage y con una antorcha que les alumbre; pero encuentran bastantes y frecuentes motivos para salir á la calle: Ciertas fiestas prohibidas á los hombres, las reunen muchas veces entre si; en las fiestas públicas asisten tambien á los espectáculos, no menos que á las funciones religiosas, pero en general no pueden salir sino acompañadas de

eunucos ó esclavas suyas ó alquiladas para llevar mayor acompañamiento.

Regularmente se va á pie, bien sea en la ciudad ó bien en sus cercanias. Los ricos suelen ir en litera ó acompañados de un sirviente que lleva una silla de tijera, paraque pueda sentarse donde se le antoje.

En las calles principales se tropieza continuamente con el gentío, y se ve uno estrechado y atropellado por los que van á caballo, los carreteros, aguadores y vocеadores de edictos, mendígos, artesanos y otras varias gentes del pueblo. Un dia que estaba yo con Diógenes viendo hacer habilidades á unos perros, pasó un peon de albañil cargado con una biga, le tropezó con mucha fuerza y al mismo tiempo gritó: ¡cuidado! á lo cual Diógenes respondió al momento: ¿quieres acaso darme otra vez?

El pueblo es sóbrio naturalmente, y su alimento mas comun se reduce á salazones y legumbres. Todos aquellos que no tienen de que subsistir, ya porque han quedado imposibilitados en la guerra, ya porque sus achaques les impiden trabajar, reciben diariamente por decreto de la asamblea uno ó dos óbolos diarios, pagados por el erario. Los pobres encuentran tambien alivio en su miseria, pues cada luna nueva ponen

los ricos en las encrucijadas, en honor de la diosa Hécate, varias cosas de comer á merced del pueblo.

El pueblo es aqui mas vocinglero que en ninguna otra parte. En la primera clase de gentes reinan aquella decencia y decoro que dá á entender que el hombre se estima á sí mismo, y aquella urbanidad que persuade á que estime á los otros. El trato exige decencia en las espresiones y en el esterior, como igualmente cierta docilidad de costumbres, lejana de aquella complacencia que todo lo aprueba y de aquella austeridad fastidiosa que no aprueba cosa alguna. El tono de la buena compañia se ha formado casi en nuestro tiempo, y para convencerse de esto no hay mas que comparar el teatro antiguo con el moderno. Hará como un medio siglo que las comedias estaban llenas de injurias groseras y obscenidades escandalosas, que no se permite hoy dia en boca de los actores.

Entre las diferentes sociedades de esta ciudad hay una, cuyo único objeto es el de recoger toda especie de ridiculeces y divertirse con chanzas y jocosidades. Son sesenta sus individuos, todos gente de buen humor y de talento. Se juntan de cuando en cuando en el templo de Hércules, para

dar alli decretos en presencia de una multitud de testigos atraidos por lo raro del espectáculo. Las desgracias ó reveses del estado jamas han interrumpido sus juntas.

CAPÍTULO XX.

De la religion, de los ministros sagrados y de los principales delitos contra la religion.

Solo se trata aqui de la religion dominante. El culto público se funda en esta ley. «Honrad en público y privadamente á los dioses y á los héroes del pais, y cada cual les ofrezca anualmente las primicias de las mieses, segun sus facultades y los ritos establecidos.»

Habíanse multiplicado desde los tiempos mas remotos los objetos del culto entre los atenienses. Recibieron de los egipcios las doce principales divinidades, y otras de los libios y diferentes pueblos. Fué tambien antiguamente una institucion muy bella la de consagrar con monumentos y fiestas la memoria de los reyes y de los particulares que habian hecho grandes servicios á la humanidad; tal es el origen de la profunda veneracion que se tiene á los héroes. Los

atenienses cuentan en el número de estos á Teséo, primer autor de su independencia: á Erechtéo, uno de sus antiguos reyes, los que fueron dignos de que se diese su nombre á las doce tribus, y otros muchos, entre los cuales debe contarse á Hércules. El culto de estos últimos se diferencia esencialmente del de los dioses. Los griegos se postran ante la divinidad para reconocer su dependencia, implorar su proteccion ó darle gracias por sus beneficios: consagran templos, altares, bosques, celebran fiestas y juegos en honor de los héroes para eternizar sus glorias y recordar sus ejemplos. Se enseñan dogmas secretos en los misterios de Eleusis, de Baco y de algunas otras divinidades, pero la religion dominante consiste toda en lo esterior, sin presentar ningun cuerpo de doctrina ni instruccion alguna pública como debiera.

Los particulares dirigen sus oraciones á los dioses al empezar una obra, por la mañana, por la tarde, al salir y al ponerse el sol y la luna. Algunas veces se presentan en el templo con la vista baja y un aire de recogimiento y modestia que parecen suplicantes; besan el suelo, hacen oracion de rodillas, postrados, teniendo ramos en las manos, los cuales levantan ácia el cie-

lo ó los tienden ácia la estátua del dios, despues de haberlos llevado á la boca. Si el homenage se dirige al dios de los infiernos, para llamar su atencion dan golpes en tierra con los pies y con las manos.

En las solemnidades públicas los atenienses pronuncian en comun sus votos por la prosperidad del estado y la de sus aliados; algunas veces por la conservacion de los frutos de la tierra, para que llueva ó haga buen tiempo: y otras para librarse tambien de la peste y del hambre.

En otro tiempo solo se presentaba á los dioses frutos de la tierra, y costó mucha repugnancia el introducir los sacrificios sangrientos. Horrorizábase el hombre de clavar el hierro en el seno de un animal destinado á la labranza, y que habia llegado á ser como un compañero de sus afanes. Se lo prohibia espresamente una ley bajo pena de muerte, y el uso general le empeñaba á abstenerse de la carne de los animales. Cuando los hombres se alimentaban solamente con frutos de la tierra, tenian cuidado de reservar una porcion de ellos para ofrenda á los dioses; esta costumbre fué observada tambien cuando empezaron á alimentarse con la carne de los animales; de aqui viene quizas los sacrificios sangrien-

tos, que no son en efecto mas que convites en obsequio de los dioses, y de los cuales participan los asistentes. La víctima se reparte entre los dioses, los sacerdotes y aquellos que la han presentado: consume el fuego la porcion que toca á los dioses; la de los sacerdotes constituye una parte de sus rentas, y la tercera sirve de pretesto á los que la reciben para dar un convite á sus amigos. Como el sacrificio de buey es el mas estimado, hacen para los pobres tortitas en figura de aquel animal, y los sacerdotes tienen á bien contentarse con esta ofrenda. Cada particular puede ofrecer sacrificios en un altar situado á la puerta de su casa en una capilla privada. Alli he visto yo muchas veces á ún padre virtuoso rodeado de sus hijos, confundir la ofrenda de estos con la suya y hacer votos dictados por la terneza, dignos de ser oidos. No pudiendo egercer esta especie de sacerdocio, sino en una misma y sola familia, ha sido preciso establecer ministros para el culto público.

No hay ciudades, donde se encuentren tantos sacerdotes y sacerdotizas como en Atenas, porque no hay pueblo, donde se hayan erigido tantos templos ni que se celebren tantas fiestas. En los diferentes

lugares de la Ática y el resto de la Grecia basta un solo sacerdote para el servicio de un templo: en las ciudades populosas las obligaciones del ministerio se distribuyen entre muchas personas que forman como una comunidad, y tienen diferentes nombres y estan bajo la obediencia del ministro del dios, calificado algunas veces con el título de gran sacerdote. Los sacerdotes celebran con ricos ornamentos, en los cuales se ven trazados con letras de oro, los nombres de los particulares que les han regalado al templo. Esta magnificencia tiene mas realce con la belleza del rostro, la presencia magestuosa, el tono de voz de los ministros, y sobre todo por los atributos de la divinidad á que corresponden. Así es que la sacerdotiza de Ceres se presenta coronada de adormideras y de espigas, y la de Minerva con la égida, la coraza y el yelmo adornado de garzotas.

Nadie puede llegar al sacerdocio sin un exámen relativo á su persona y sus costumbres. Es necesario que el nuevo ministro no tenga deformidad alguna en el cuerpo, y que su conducta haya sido siempre irreprensible: con respecto á la ciencia, basta con que sepa el ritual del templo á que pertenece, que haga con decencia las ceremo-

nias, y sepa distinguir las diversas especies de ofrendas y de oraciones que se deben dirigir á los dioses.

Los sacerdotes no forman un cuerpo particular é independiente. No hay relacion alguna de interes entre los ministros de diversos templos; aun las causas que les conciernen personalmente, se siguen en los tribunales ordinarios.

La clase inmediata á la de los sacerdotes es la de los adivinos, cuya profesion honra y mantiene el estado en el Pritanéo. Suponen que leen lo futuro en el vuelo de las aves y en las entrañas de las víctimas. Van siempre con los egércitos, y de sus decisiones, compradas algunas veces á escesivo precio, dependen muchas veces las revoluciones de los gobiernos y las operaciones militares. Hay adivinos por toda la Grecia, pero los mas famosos son los de la Elida, donde hace muchos siglos que dos ó tres familias se transmiten de padres á hijos el arte de predecir los acontecimientos y suspender las calamidades de los mortales.

La incredulidad de los atenienses ha hecho rápidos progresos de tres siglos á esta parte. Desde que los griegos recibieron las luces de la filosofía, algunos de ellos admirados de las irregularidades y de los escán-

dalos de la naturaleza, no pudieron dejar de sorprenderse tambien de no encontrar la solucion de ello en el sistema informe de la religion que habian seguido hasta entonces. Sucedieron las dudas á la ignorancia y produjeron opiniónes licenciosas que la juventud abraza con ansia, pero sus autores se convirtieron luego en objeto del odio público, y puedo citar muchos juicios en que los tribunales de Atenas han pronunciado sentencias contra el crimen de impiedad, hace cerca de un siglo.

El poeta Esquilo fué denunciado por haber revelado en una de sus tragedias lo vergonzoso de sus misterios, y su hermano Amenias trató de mover á los jueces mostrando las heridas que habia recibido en la batalla de Salamina. Este medio no hubiera quizas bastado, si Esquilo no hubiese probado claramente que no estaba iniciado.

El filósofo Diágoras acusado de haber revelado los misterios y negado la existencia de los dioses, tuvo que huir de su patria. Prometieron recompensa al que le entregase muerto ó vivo, y el decreto que le cubria de infamia, quedó grabado sobre una columna de bronce.

Protágoras, uno de los mas ilustres sofistas de su tiempo, habiendo empezado

una de sus obras con estas palabras. *No se si hay dioses ó no*, fué procesado criminalmente y tuvo que fugarse. Buscáronse sus escritos en las casas particulares, y fueron quemados en la plaza pública.

Pródico de Ceos fué condenado á beber la cicuta, por haberse atrevido á decir que los hombres habian puesto en la clase de dioses, aquellos seres de que sacaban utilidad, tales como el sol, la luna, las fuentes etc.

La faccion opuesta á Pericles, no atreviéndose á atacarle abiertamente, resolvió prenderle valiéndose de medios indirectos. Era amigo de Anaxágoras, quien admitia una inteligencia suprema, y en virtud de un decreto espedido contra aquellos que negaban la existencia de los dioses, Anaxágoras fué encerrado en una cárcel. Tuvo á favor suyo algunos votos mas que su acusador, debiendo esta dicha á los ruegos y las lágrimas de Pericles que le hizo salir de Atenas; y á no ser por el crédito de su protector, el mas religioso de los filósofos hubiera sido apedreado como ateo.

Ya hemos visto que Alcibíades fué acusado de haber mutilado en una noche las estátuas de Minerva, antes de embarcarse para la espedicion de Sicilia; que fué citado

en juicio al tiempo de marchar para apoderarse de Mesina, y que habiéndose negado á comparecer le condenaron á muerte. Algun tiempo despues ocurrió el juicio de Sócrates, para lo cual sirvió de pretesto la religion, acerca de lo cual hablaré despues.

Los atenienses no son mas indulgentes en cuanto al sacrilegio. Las leyes imponen la pena de muerte por este crimen y privan al delincuente de los honores de la sepultura. Parece increible que se hayan visto ciudadanos condenados á perecer, los unos por haber arrancado un arbolito en el bosque sagrado, y los otros por haber muerto no se que ave consagrada á Esculápio. Oigase un hecho aun mas horroroso. Habiéndose caido una hoja de oro de la corona de Diana, la recogió un niño, y atendida su corta edad, fué preciso hacer prueba de su discernimiento: presentáronle de nuevo la hoja con unos dados, un chupador y una moneda grande de plata, y habiendo echado mano al instante á la moneda, los jueces declararon que tenia ya bastante entendimiento para ser culpado y le condenaron á muerte.

CAPÍTULO XXI.

Viage á la Fócida.—Juegos Píthicos.—Templo y Oráculo de Delfos.

(Año 361 antes de J. C.) Salimos de Atenas á la entrada de la primavera del año tercero de la olimpíada ciento y cuatro, con el objeto de asistir á la solemnidad de los juegos Píthicos, que se celebran de cuatro en cuatro años en Delfos, en Fócida. Fuimos á embarcarnos cerca del istmo de Corinto, y en breve llegamos á Cirrha, pequeña ciudad situada al pié del monte Cirfis, y de alli pasamos á Delfos por un sendero.

Esta ciudad célebre, presenta en anfiteatro á la falda del monte Parnaso, una cadena de montañas que se estiende ácia el norte, y que en su parte meridional termina en dos puntas. Delfos solo tiene diez y seis estadios de circuito y la rodean por tres partes unos precipicios. Está bajo la proteccion de Apolo, y asocian al culto de este dios, Latona, Diana y Minerva. Sus templos estan á la entrada de la ciudad.

Detuvímonos un instante en el de Minerva, donde vimos un broquel de oro envia-

do por Creso rey de Lidia, y á la parte de afuera una grande estátua de bronce, consagrada por los marselleses de las Galias. Pasamos por junto al gimnasio y llegamos á las márgenes de la fuente Castália, con cuyas aguas purifican á los ministros del culto y los que van á consultar al oráculo. De alli pasamos al templo de Apolo situado en la parte superior de la ciudad, el cual está rodeado de un vasto recinto, y lleno de ofrendas preciosas hechas á la divinidad.

Los pueblos y los reyes que reciben respuestas favorables, los que ganan victorias, y aquellos que se libran de las desgracias de que se ven amenazados, se creen obligados á erigir monumentos de gratitud en aquellos lugares. Los particulares que han alcanzado coronas en los juegos públicos de la Grecia, los que se hacen útiles á la patria mediante servicios, ó que se ilustran por sus talentos, les conceden en este mismo recinto monumentos de gloria. Alli se ve uno rodeado de un pueblo de héroes; todo recuerda alli los acontecimientos mas célebres de la historia, y el arte de la escultura brilla con mas esplendor que en todos los demas paises de la Grecia.

Ibamos ya á recorrer aquella inmensa

coleccion, cuando un habitante de Delfos llamado Cleos, se ofreció servirnos de guia y de intérprete. Llamaron nuestra atencion sucesivamente una infinidad de monumentós en el primer recinto, de los cuales un gran número son de oro macizo; y si los ojos quedaban encantados de la magnificencia de tantas ofrendas reunidas en Delfos, no lo estaban menos del primor con que todo estaba trabajado. Saliendo del recinto sagrado entramos en el templo que fué construido hace ya cerca de ciento cincuenta años. Habiendo consumido las llamas el que habia alli anteriormente, mandaron los amfictiones que fuese reedificado, y el arquitecto corintio Espintharo se empeñó en concluirle por la suma de trescietos talentos.

El edificio está construido con piedra hermosisima, y el frontispicio es de mármol de Paros. En él han representado dos hábiles escultores de Atenas á Diana, Látona, Apolo, las Musas, Baco, etc. Los capiteles de las columnas estan cargados de armas doradas, y en particular de escudos que ofrecieron los atenienses en memoria de la batalla de Maraton. El vestíbulo está adornado de pinturas que representan el combate de Hércules contra la hidra, el de

los gigantes contra los dioses, y el de Belerofonte contra la Quimera. Se ven alli tambien altares, un busto de Homero, vasos de agua lustral, y otros vasos grandes, donde se mezcla el vino y el agua para hacer las libaciones. En aquella pared se ven escritas muchas sentencias, de las cuales algunas fueron trazadas, segun se dice, por los siete sabios de Grecia. No me detendré en describir las riquezas de lo interior del templo, pues se puede juzgar de ellas por las de lo esterior. En el santuario se ve una estátua de Apolo de oro y aquel famoso oráculo, cuyas respuestas decidieron tantas veces del destino de los imperios. Su descubrimiento fué efecto de una casualidad. Andaban errantes unas cabras por los peñascales del monte Parnaso, y habiéndose acercado á una abertura, de donde salian exalaciones malignas, dicen que fueron agitadas repentinamente de movimientos estraordinarios y convulsivos. El pastor que las guardaba y los habitantes de los lugares cercanos, acuden presurosos al ver este prodigio, respiran el mismo vapor, esperimentan los mismos efectos, y pronuncian en su delirio palabras sin concierto ni consecuencia. Tómanse inmediatamente por predicciones aquellas palabras, y el vapor

de la caverna por un soplo divino que revela lo futuro.

Salimos del templo y pasamos al teatro, donde se ejecutan los certámenes de poesía y de música, presididos por los amfictiones. Entraron en competencia muchos poetas: el objeto del premio es un himno á Apolo que canta el mismo autor acompañándose con la cítara. Los poemas que oimos tenian grandes bellezas. El que alcanzó la corona, recibió aplausos tan repetidos, que los heraldos se vieron obligados á imponer silencio, é inmediatamente se presentaron los tocadores de flauta. El asunto que se acostumbra proponerles, es el combate de Apolo contra la serpiente Pithon. Apenas adjudicaron el premio los amfictiones, cuando pasaron al estadio, y allí dieron principio las carreras de á pie, la lucha, el pugilato y otros muchos combates, de que hablaré cuando se trate de los juegos olímpicos. El dia siguiente fuimos al templo con unos diputados atenienses que iban con el fin de consultar al oráculo. Filotas y yo dimos nuestras preguntas por escrito, y esperamos á que la suerte decidiese del momento en que podriamos acercarnos á la Pithia. Apenas se nos hizo saber, cuando la vimos atravesar el templo acompañada de sacer-

dotes y poetas, triste, abatida, parecia que iba por fuerza, como una víctima que conducen al altar: mascaba laurel, tenia la cabeza coronada y la frente ceñida de una banda.

En otro tiempo solo habia una Píthia en Delfos, pero luego que se aumentó el concurso para consultar al oráculo, se establecieron tres, estatuyendo que pasasen de la edad de cincuenta años. Escógenlas entre los habitantes de Delfos y en la clase mas oscura, y sirven por turno. Regularmente son doncellas pobres, sin educacion ni esperiencia; de costumbres muy puras y de un talento muy limitado: deben vestir sencillamente, no perfumarse jamas con esencias, y pasar su vida en el ejercicio de las prácticas religiosas.

Luego que nos purificaron con el agua santa, y que hubimos ofrecido un toro y una cabra, entramos en el templo coronados de laurel y llevando en la mano un ramo rodeado de una banda de lana blanca, y en seguida nos introdujeron en una capilla, donde se respira de repente un olor suave en estremo. A poco rato vino un sacerdote á buscarnos y nos llevó al santuario, especie de caverna profunda, cuyas paredes estan adornadas con diferentes ofren-

das. En el medio hay un respiradero, del cual sale una exalacion profética. Se va hasta él por una bajada insensible, pero no se puede verle, porque está cubierto con una trípode tan rodeada de coronas y ramas de laurel, que no puede difundirse el vapor por afuera. La píthia fatigadísima reusaba contestar á nuestras preguntas, y los ministros que la rodeaban, hacian uso alternativamente de las amenazas y la violencia. Cediendo en fin á sus esfuerzos se puso en la trípode despues de haber bebido una agua que mana del santuario y sirve, segun dicen, para descubrir lo futuro. Apenas bastarian los colores mas vivos para pintar los arrebatos que se apoderaron de ella repentinamente. Vimos su pecho inflarse, su rostro ponerse encarnado y luego pálido, y agitarse todos sus miembros con movimientos involuntarios; mas á pesar de todo esto, no se le oian mas que gritos lamentables y largos gemidos. Centellando en breve sus ojos, echando espuma por la boca y erizándosele el cabello, no pudiendo ya resistir el vapor que la ahogaba, ni arrojarse del trípode, donde la tenian sujeta los sacerdotes, desgarró su banda, y en medio de terribles y espantosos alaridos, pronunció algunas palabras, que los sacer-

dotes se apresuraron á recoger; las coordinaron luego y nos las dieron por escrito. Habia yo preguntado si tendria la desgracia de sobrevivir á mi amigo, y Filotas sin ponerse de acuerdo conmigo, habia hecho igual pregunta; pero la respuesta era tan oscura y equívoca, que la hicimos pedazos al salir del templo.

Al dia siguiente bajamos á la llanura para ver las carreras de caballos y carros. El hipodromo, nombre que dan al espacio que se debe correr, es tan vasto que en él se ven algunas veces hasta cuarenta carros disputarse la victoria. Vimos partir diez á un tiempo de la barrera, y solo volvieron unos cuantos, porque los demas se estrellaron y rompieron contra la meta ó en medio de la carrera. Acabadas las corridas subimos otra vez á Delfos para ser testigos de los honores fúnebres que debian hacer á los manes de Neoptolemo, y de la ceremonia que debia precederlos. Despues fuimos á un banquete, al cual estaban convidados los sacerdotes, los principales habitantes de Delfos y los diputados de otras ciudades de la Grecia. Este convite fué suntuosisimo y muy largo. Hubo tocadores de flauta; un coro de tesalianas cantaron tonadas tiernas, y los tesalianos nos presentaron la imagen

de los combates en sus danzas ejecutadas diestramente. Algunos dias despues subimos hasta el manantial de la fuente Castália, cuyas aguas puras y de una frescura deliciosa, forman bellas cascadas por la falda de la montaña. De allí continuando nuestro camino ácia el norte, llegamos á la cueva de Coricio, llamada tambien la gruta de las ninfas, porque les está consagrada lo mismo que á los dioses Baco y Pan. Aunque profunda, está clara toda ella, pues entra bien la luz del dia por varias partes. Es tan espaciosa que cuando la espedicion de Jerjes, la mayor parte de los habitantes de Delfos tomaron el partido de refugiarse en ella. Enseñáronnos en las cercanias otras varias grutas que excitan la veneracion de de los pueblos, porque en estos lugares solitarios todo está consagrado y poblado de genios.

Cerca de Penopéa, ciudad situada en los confines de la Fócida y la Beócia, alcanzamos á ver unos carros llenos de mugeres, que se apeaban y danzaban en corro. Nuestros guias las conocieron y nos dijeron que eran las thíadas atenienses, mugeres iniciadas en los misterios de Baco. Van todos los años á juntarse con las de Delfos, para subir todas juntas á las cumbres del

Parnaso, y celebrar allí con furor las órgias de aquel dios. Continuando nuestro camino entre montañas aglomeradas unas sobre otras, llegamos al pie del monte Licoréa, el mas alto de todos los del Parnaso y quizas de los de Grecia. Intentamos subir á él, pero despues de dar muchas caidas, conocimos que si bien es facil de subir hasta ciertas alturas del Parnaso, es dificilísimo llegar á la cumbre. Bajamos pues y fuimos á Eleatéa, ciudad principal de la Fócida, que defiende aquella reducida provincia de las incursiones de los tesalianos.

Al norte y al este del Parnaso se encuentran deliciosas llanuras regadas por el Céfiso, que nace al pie del monte Oeta encima de la ciudad de Liléa. Corre sereno dando vueltas y revueltas en su curso, en medio de campiñas pobladas de diversas especies de árboles, y cubiertas de granos y pastos diferentes. Parece que apasionado á sus mismos beneficios, no acierta á salir de los sitios que hermosea. Los demas distritos de la Fócida se distinguen por diversas producciones particulares. Son muy estimados el aceite de Titoréo y el eléboro de Anticira, ciudad situada en la costa del mar de Corinto. No lejos de alli, los pescadores de Bulis recogen aquellas conchas preciosas

con que se tiñe la púrpura. Mas arriba vimos en el valle de Ambriso ricos viñedos, y muchos árboles, de los que producen aquellos granitos que dan á la lana un hermoso encarnado.

CAPÍTULO XXII.

Acontecimientos memorables en la Grecia, desde el año 361 hasta el de 367 antes de J. C.—Muerte de Agesilao rey de Lacedemónia.—Advenimiento de Filipo al trono de Macedónia.—Guerra social.

Mientras estabamos en los juegos olímpicos, oimos hablar varias veces de la última espedicion de Agesilao, y cuando regresamos supimos su muerte.

No pudiendo tolerar la idea de una vida quieta y de una muerte oscura, á pesar de sus ochenta años, al frente de mil lacedemónios, se fué á servir bajo las órdenes de Tachos rey de Egipto, para hacer la guerra al rey de Persia. Esperábanle con impaciencia los egipcios, y á su llegada los principales de ellos se apresuraron á reunirse á un héroe que hacia muchos años que era famoso en el orbe; pero quedaron sorpren-

didos cuando vieron en la playa un anciano bajito, de figura despreciable, sentado en el suelo, en medio de algunos espartanos, cuyo esterior tan desaliñado como el de su gefe, no distinguia los súbditos del soberano. Los oficiales de Tachos ostentan á sus ojos los presentes de la hospitalidad que consistian en diversas provisiones, y Agesilao tomando algunos alimentos groseros, distribuyó entre los esclavos los manjares mas delicados y los perfumes. Echáronse entonces á reir á carcajadas muchos de los espectadores, pero los mas prudentes se contentaron con manifestar su desprecio.

Otros disgustos mas sensibles pusieron en breve su paciencia á prueba. Tachos se negó á darle el mando de sus tropas y desdeñó sus consejos. Agesilao esperaba pues la ocasion de salir del envilecimiento á que estaba reducido, y no tardó en presentársele. Habiéndose sublevado el egército egipcio, formó dos partidos que querian destronar á Tachos y nombrar otro rey. El de Esparta se declaró por Nectanebo, uno de los aspirantes al trono; dirigióle en sus operaciones, y despues de haber consolidado su autoridad, salió de Egipto colmado de honores, y con una suma de doscientos talentos que el nuevo rey enviaba á

los lacedemónios. Obligóle á saltar en tierra en la costa desierta de Libia una tempestad violenta, y allí murió de edad de ochenta y cuatro años. Al cabo de dos, despues de su muerte sobrevino un suceso, del cual no hicieron caso los atenienses, aunque debia mudar el semblante de las cosas de Grecia y de todo el mundo conocido.

Muerto Perdicas, rey de Macedónia, que pereció con la mayor parte de su egército en una batalla contra los ilirios, Filipo su hermano, á quien yo vi en rehenes de los tébanos, burló la vigilancia de sus guardias, volvió á Macedónia, y aunque no tenia mas de veinte y dos años, fué nombrado tutor del hijo de este príncipe. Estaba entonces amenazada de proxima ruina la Macedónia, ya por las divisiones y guerras estrangeras, ya por estar agotadas sus rentas y ya por el desaliento de las tropas. No se espanta Filipo de esta crítica situacion del reino, antes bien se propone hacer de su nacion lo que habia hecho de la suya Epaminondas su modelo. Algunos triunfos, aunque insignificantes, enseñan al soldado á considerarse capaz de defenderse: la administracion se arregla mas y mas, la falange de Macedónia adquiere nueva forma, los peónios que ocupaban

las fronteras, son ganados con dádivas y se retiran: el rey de Tracia sacrifica á Pausanias que aspiraba á la corona, y los atenienses que habian auxiliado á los habitantes de Argéa, quedan derrotados y sus prisioneros libres sin cange.

Persuadidos los macedónios de que solo debia gobernarlos aquel que podia y sabia defenderlos, despojaron de la autoridad soberana al hijo de Perdicas y diéronsela á Filipo. Animado este príncipe con la eleccion que en el habia recaido, reunió á su reino una parte de la Peónia, derrotó á los ilirios y los redujo á sus antiguos límites. Poco tiempo despues se apoderó de Amfípolis, plaza importante para el comercio de Atenas con la alta Tracia, pero nada aumentó mas el poder de Filipo que el descubrimiento de algunas minas de oro que hizo esplotar, y de que sacó mas de mil talentos. En tanto hicieron liga la ciudad de Bizancio y las islas de Chio, de Cos y de Rodas, para sustraerse á la dependencia de los atenienses, y empezó la guerra por el sitio de Chio. Comandaba Chabrias la escuadra ateniense y Chares el egército terrestre. El primero incapaz de moderar su ardor, entró solo en el puerto y fué inmediatamente envestido por la escuadra

enemiga. Al cabo de una defensa obstinada, se echaron á nado sus soldados para alcanzar las otras galeras, y aunque él podia seguir su ejemplo prefirió perecer antes que abandonar su nave.

CAPÍTULO XXIII.

De las fiestas de los atenienses.

Las primeras fiestas de los griegos fueron caracterizadas por la alegria y el reconocimiento. Despues de la cosecha de los frutos de la tierra, se reunian los pueblos para ofrecer sacrificios y entregarse á los arrebatos de alegria que inspira la abundancia. Aun dan indicios de este orígen muchas de las fiestas de los atenienses, y asi es que celebran el regreso del verdor de los campos, de la vendimia y de las cuatro estaciones del año. Con el tiempo la memoria de los acontecimientos útiles ó gloriosos, se fijó en dias señalados para perpetuarlos en lo venidero. Recorred los meses de los atenienses, y en ellos hallareis un compendio de sus anales y los rasgos principales de su gloria. Ademas de las fiestas que debe hacer toda la nacion, las hay particulares en cada uno de los pueblos.

Las solemnidades públicas se repiten anualmente ó al cabo de unos cuantos años, y algunas se celebran con suma magnificencia. Mas de ochenta dias arrebatados á la industria y á la agricultura, se invierten en espectáculos que aficionan el pueblo á la religion y al gobierno. Estos son unos sacrificios que causan respeto por el aparato pomposo de las ceremonias; procesiones en que la juventud de ambos sexos ostenta sus atractivos: representaciones teatrales, parto de los mejores ingenios de la Grecia; danzas, cánticos y combates, donde compiten la destreza con los talentos.

En los primeros concursos, que se llaman gímnicos, se disputan el premio de la carrera, de la lucha y de otros egercicios del gimnasio; en los otros es del canto y la danza: unos y otros son el ornato de las fiestas principales. Estan consagrados muchos dias del año al culto de Baco; su nombre resuena alternativamente en la ciudad, en el Piréo, en la campiña y en los lugares. Yo he visto mas de una vez sumergida la ciudad en la mas profunda embriaguez: he visto cuadrillas de bacantes de ambos sexos coronados de yedra, de hinojo y de álamo, agitarse, danzar, ahullar por las calles, invocar al dios con bárbaras aclama-

ciones, desgarrar con las uñas y los dientes las entrañas crudas de las víctimas, estrujar sierpes con sus manos, entrelazarlas en sus cabellos, ceñirse el cuerpo con ellas, y con estas especies de prestigios espantar é interesar á la multitud.

Estas escenas se repiten en parte en una fiesta que se celebra al entrar la primavera. Entonces se vé en una procesion que representa el triumfo de Baco, el mismo acompañamiento que tenia este dios, segun dicen, cuando fué á la conquista de la India; Sátiros, dioses Panes, hombres arrastrando chivos para inmolarlos, otros en asnos á imitacion de Sileno; otros disfrazados de mugeres, otros que cantan himnos, cuya licencia es estremada; en fin, toda clase de personas de uno y otro sexo bajo diversos trajes, borrachos ó fingiéndo que lo estan. Mientras duran estas fiestas, se mira como un crímen el menor acto violento contra un ciudadano, y está prohibido el proceder contra deudor alguno. En los dias siguientes se castigan con severidad los delitos y desórdenes que se cometen.

Las mugeres son las únicas que participan de las fiestas de Adonis, las cuales bajo el nombre de Tesmoforias se celebran

en honor de Ceres y de Proserpina. Se repiten cada año ácia el medio del otoño y duran muchos dias. Para su celebracion van á Eleusis casadas y solteras, y pasan allí todo un dia en el templo, sentadas en el suelo, y observando rigoroso ayuno, en memoria de la abstinencia de Ceres cuando buscaba á su hija Proserpina.

CAPÍTULO XXIV.

De las casas y comidas de los atenienses.

La mayor parte de las casas de Atenas son de dos apartamientos: uno alto para las mugeres y otro para los hombres, y estan cubiertos de terrados, cuyos aleros tienen mucho vuelo; se cuentan mas de diez mil, y hay un gran número de ellas que tienen detras un jardin, delante un patio pequeño y muchas una especie de pórtico, en cuyo centro está la puerta de la calle.

Enseñan á los forasteros las casas de Milcíades, de Arístides, Temístocles y de los grandes hombres del último siglo: en nada se distinguian en otro tiempo, pero hoy dia sobresalen por el contraste que hacen con los palacios, que han construido cerca de estas humildes moradas unos hombres

sin reputacion y sin virtudes. Desde que se introdujo el buen gusto en los edificios, las artes hacen esfuerzos de dia en dia para estenderle. Se ha tomado la disposicion de hacer las calles á cordel, de dividir las casas nuevas en dos cuerpos, poniendo en los pisos bajos la habitacion del matrimonio, y hacerlas mas cómodas con acertadas distribuciones y mas elegantes por los adornos que en ellas se multiplican. Tal era la que ocupaba Dinias, uno de los ciudadanos mas ricos y voluptuosos de Atenas, la cual ostentaba un fausto que acabó en breve con sus bienes. Un dia le rogué que me la enseñase. Se iba rectamente á la habitacion de las mugeres por una arboleda larga y estrecha. Pasamos por una praderilla rodeada de tres pórticos y llegamos á una pieza muy capaz donde estaba su muger Lisistrate, á quien nos presentaron. Tenian á esta señora por una de las mugeres mas bonitas de Atenas, y procuraba sostener esta fama con la elegancia de sus atavios. Al cabo de una conversacion interrumpida con la llegada de un amigo suyo, le pedimos permiso para ver lo demas de la casa. Me detuve primeramente en ver el tocador que me causó admiracion, por los muchos muebles grandes y pequeños que en él ha-

bia, todos de lujo, preciosos. Al notar Dinias mi sorpresa, me dijo, que gustando de la industria y de la grande habilidad de los artesanos estrangeros, hizo traer las sillas de Tesália, los colchones de Corinto y las almoadas de Cartago. Viendo que se aumentaba mi admiracion, ríóse de mi sencillez, y para disculparse añadió, que Jenofonte se dejaba ver en el egército con un escudo de Argos, una coraza de Atenas, un yelmo de Beócia y un caballo de Epidaura.

Pasamos á la habitacion de los hombres, en cuyas piezas todas se ostentaba el lujo y el buen gusto. El oro, el ébano y el marfil realzaban el brillo de los muebles. Los techos y las paredes estaban hermoseados con pinturas: en las mamparas y alfombras hechas en Babilonia, se veian representados persas con sus ricas ropas talares, buitres, otras aves y muchos animales fantásticos. El lujo que Dinias ostentaba en su casa, reinaba tambien en su mesa. Diré algunos pormenores acerca de la primera cena, á que nos convidó á Filotas y á mi, y suprimiré todo aquello que sea poco interesante. Debian juntarse todos por la tarde, y nosotros tuvimos el cuidado de no llegar ni tarde ni temprano. Antes de sentarnos á

la mesa, nos echaron agua clara en las manos unos esclavos y nos pusieron luego coronas en la cabeza. Se saca á la suerte el rey del banquete, cuyas funciones eran las de no permitir licencia alguna que ofenda al decoro, decir cuando se debe beber á un tiempo, indicar los brindis y cuidar de la observancia de las leyes establecidas entre los bebedores. Sentámonos luego en unos almoadones forrados de púrpura, y empezó la cena. Sacaron lo primero mariscos, huevos frescos, salchichas, pies de puerço, hígado de javalí, una cabeza de cordero, vientre de cerda y pajaritos. Al segundo cubierto, caza de la mas esquisita, tanto de pelo como de pluma y pescado de varias clases. El tercer cubierto se componia de frutas varias y esquisitas. Tratándose de representar los banquetes de los sabios, el rey del festin decidió que cada uno hablase á su vez, y que espusiese ideas con mucha gravedad, sin detenerse en pormenores ni olvidarlos enteramente. Habiéndome llegado el turno, di entonces una idea de los convites de los escitas, diciendo en pocas palabras, que desde su infancia se alimentaban con miel y leche de vaca ó de burra, cuyo líquido batian por largo rato para separar la nata, y que estaban

destinados á hacer esta operacion aquellos enemigos suyos que caian en sus manos, á los cuales privaban de la vista para impedir que se escapasen. Tomaron sucesivamente la palabra los demas convidados, y muchos de ellos hablaron de los alimentos que constituyen un buen banquete. Filotas se estendió sobre lo esquisitas que son las legumbres de la Ática; un parasito elogió las tortas y los pasteles de Atenas, y al acabar su discurso, se apoderó de una torta de mosto y almendra que acababan de sacar. Otro convidado nos habló de la historia del arte de cocina que describió cual superior á todas las demas. Entre los autores que han tratado de la materia, citó con elogio á Archestrato, amigo de uno de los hijos de Pericles, y el cual compuso sobre la gastronomia un poema, de que cada verso es un precepto. A este interlocutor sucedió un médico que devoraba, callando y sin distincion de manjares, todo cuanto presentaban, donde él podia alcanzarlo. Hablónos primeramente de la eleccion de los alimentos, y citó todos los preceptos de Hipócrates acerca del asunto. No olvidó las propiedades de cada bebida y el efecto que causa cada uno de los diferentes vinos. Nunca hubiese acabado, si Dinias no le hu-

se interrumpido para continuar el discurso sobre las diferentes clases de vino, á que él daba la preferencia.

Acabó de hablar Dinias y mandó sacar muchas botellas de un vino que conservaba diez años habia y que fué reemplazado por otro aun mas añejo. Bebimos entonces sin interrupcion, y Demochares ó rey del banquete, despues de haber echado varios brindis, tomó una lira, y en tanto que la templaba, nos habló del uso que siempre se ha seguido, de mezclar el canto á los placeres de la mesa. En otro tiempo, nos decia, todos los convidados cantaban juntos y al unisono: en seguida se dispuso que cada cual cantase por turno, teniendo en la mano un ramo de mirto ó de laurel. La alegria era menos ruidosa ciertamente, pero tambien fué menos animada; la restringieron aun mas cuando se unió la lira á la voz, y entonces muchos convidados se vieron en la precision de callar. En un principio las canciones de mesa no contenian mas que espresiones de reconocimiento ó lecciones de sabiduría. Con ellas celebrábamos y celebramos aun á los dioses, los héroes y los ciudadanos útiles á su patria. A estos graves asuntos juntóse despues el elogio del vino, y de aqui resultaron mu-

chas canciones báquicas, llenas de maximas, ya sobre la dicha y la virtud, y ya sobre el amor y la amistad. Muchos autores se han egercitado en este género de poesia y algunos han sobresalido: Alcéo y Anacreon han hecho célebre este género, el cual lejos de exigir esfuerzo, requiere naturalidad y es opuesto á toda afectacion y violencia. «Entreguémonos al enagenamiento que inspira este feliz momento, cantemos juntos en coro y tomemos en nuestras manos ramos de laurel ó de mirto.»

Asi dijo Demochares; al instante ejecutamos sus órdenes, y habiendo repetido muchas canciones acomodadas á las circunstancias, todo el coro entonó la de Armodio y de Aristogiton. Acompañónos Demochares por intervalos, pero dominado repentinamente de un nuevo entusiasmo, «mi lira rebelde, esclamó, se niega á tan nobles asuntos,» é inmediatamente nos obliga á cantar con él una cancion, cuyo estrivillo es el siguiente.

Amemos, bebamos, cantemos á Baco.

Aun no habiamos acabado la cancion, cuando oimos á la puerta un gran ruido, y vimos entrar unos jóvenes que nos traian danzarines y tocadores de flauta. Empezaron á bailar al punto la mayor parte de los

convidados, y al mismo tiempo nos sacaron varios manjares propios para escitar el apetito. Todo esto acompañado de una nueva provision de vino para beber en copas mayores que las primeras, anunciaba escesos que fueron felizmente reprimidos por un espectáculo inesperado. Uno de los convidados que habia salido de la sala, volvió á entrar seguido de unos jugadores de manos y farsantes, de aquellos que en las plazas públicas divierten al populacho y le sacan el dinero con sus prestigios. Quitaron la mesa de alli á poco, hicimos libaciones en honor del buen genio y de Júpiter salvador, y despues de habernos labado las manos en una agua odorífera empezaron los farsantes sus habilidades.

CAPÍTULO XXV.

Educacion de los atenienses.

El objeto de la educacion es procurar al cuerpo la fuerza que debe tener, y al alma la perfeccion de que es susceptible, y asi es que entre los atenienses empieza desde que nace un niño y no concluye hasta la edad de veinte años.

Estando recien parida de un niño Epica-

ris muger de Apolodoro, en cuya casa estaba yo hospedado, vi suspender á la puerta de la calle una corona de olivo, símbolo de la agricultura á que está destinado el hombre. Si hubiese sido niña el recien nacido, una faja de lana puesta al lado de la corona, hubiera designado la especie de trabajo en que deben ocuparse las mugeres. Este uso que recuerda las costumbres antiguas, anuncia al estado que acaba de adquirir un ciudadano.

Lavan al niño con agua tibia, segun el dictámen de Hipócrates, y en seguida le acuestan en una de aquellas banastas de mimbre que usan para separar el grano de la paja, lo cual es el presagio de una grande opulencia ó de una numerosa posteridad. Siendo muy famosas las nodrizas de Lacedemónia, Apolodoro hizo venir una de ellas y la confió la lactancia de su hijo. Al recibirle tuvo la precaucion de no envolverle, antes bien para acostumbrarle al frio desde muy temprano, se contentó con ponerle unos pañales delgados.

Al quinto dia le tomó en brazos una muger y acompañada de todas las personas de casa, le purificó, pasándole repetidas veces al rededor del fuego que ardia en un altar. Dos dias despues habiendo reunido

Apolodoro á sus parientes, los de su muger y sus amigos, dió en su presencia el nombre de Lisis á su hijo, porque asi se llamaba su padre, atendiendo á que segun el uso, el primogénito de una familia conserva el nombre de su abuelo. Siguió á esta ceremonia un sacrificio y un convite, y algunos dias despues se hizo una ceremonia mas santa, cual es la de la iniciacion en los misterios de Eleusis. A los cuarenta dias, salió de casa Epicáris: esto fué motivo de una fiesta para la familia de Apolodoro, y ambos esposos, despues de recibir segundas enhorabuenas de todos sus amigos, se dedicaron con mayor zelo á la educacion del hijo. Deidamia, que asi se llamaba la nodriza, escuchaba sus consejos, y ella misma los ilustraba con su esperiencia. Desde que el niño pudo tenerse en pie, esta discreta aya le enseñó á andar, siempre atenta á sostenerle, y le daba instrumentos, cuyo ruido podia distraerle y divertirle; pero no tardó mucho en dedicarse á otros deberes mas importantes. Acostumbró á su alumno á que no hiciese diferencia entre los alimentos que le presentaba, y jamas se valió de la fuerza y el miedo para acallar su llanto; pues le pareció mas conveniente evitarle al momento que conocia la

causa, y dejar que se desahogase cuando no la conocia. Asi es que dejó de derramar lágrimas, desde que pudo manifestar con ademanes sus necesidades ó sus deseos. Atenta particularmente á las primeras impresiones que podia recibir el infante, apartaba todo objeto de terror, en lugar de hacerle miedo, amenazarle ó darle golpes.

Lisis era sano y robusto. No se le trataba, ni con aquel esceso de indulgencia que hace á los niños indóciles, impacientes é inaguantables, ni con un estremo de severidad que los hace tímidos y los envilece. Oponíanse á sus gustos sin recordarle su dependencia, y castigábanle sus faltas sin añadir el insulto á la correccion. Pero lo que Apolodoro encargaba particularmente, era que se tuviese cuidado de que no tratase mucho con los criados de la casa, y asi es que prohibió severamente á estos que diesen á su hijo la mas leve idea del vicio, ya fuese con palabras ó ya con su ejemplo.

Dedicó Apolodoro los cinco primeros años al desenvolvimiento y firmeza de su cuerpo, y á los seis le confió al cuidado de un conductor ó pedagogo, el cual era un esclavo de confianza encargado de acompañarle á todas partes y particularmente á casa de los maestros que le daban leccion

de los primeros elementos de las ciencias. Pero antes de confiarle al esclavo, determinó que fuese tenido por ciudadano, y al efecto se fué á una capilla que pertenecia á la curia de la tribu, en que estaba comprendido, donde se hallaban reunidos muchos de sus parientes, los principales de aquella curia y de la clase particular de que era individuo. Presentóles su hijo con una obeja que se debia inmolar, y en tanto que la llama devoraba una parte de la víctima, se adelantó, y teniendo á Lisis de la mano, puso á los dioses por testigos de que aquel niño habia nacido de él y de una muger ateniense, en legítimo matrimonio. Recogieron luego los votos, é inmediatamente fué inscrito el niño, con el nombre de Lisis hijo de Apolodoro, en el padron de la curia.

Este acto por el cual se comprende á un niño en tal tribu, tal curia, tal clase de la curia, es el único que atestigua la legitimidad de su nacimiento y le concede el derecho á la sucesion de sus padres.

Para ser la educacion conforme al espíritu del gobierno, debe imprimir en el corazon de los jóvenes los mismos sentimientos y los mismos principios, y de aqui es que los antiguos legisladores los sujetaron

á una institucion comun. La mayor parte se educan hoy dia en el seno de su familia, circunstancia que choca abiertamente contra el espíritu del gobierno; pero Apolodoro que no quiso apartarse del antiguo sistema, enviaba todos los dias su hijo á las escuelas públicas.

Entre los institutores á quienes se confia la juventud ateniense, suelen encontrarse hombres de mérito sobresaliente. Tal fué en otro tiempo Damon que dió lecciones de música á Sócrates y de política á Pericles: en mi tiempo Filótimo que habia concurrido á la escuela de Platon y juntaba al conocimiento de las artes las luces de una sana filosofía. Apolodoro que le amaba mucho, habia conseguido que fuese como un consultor acerca del modo de educar á su hijo. El curso de los estudios comprende la música y la gimnástica; es decir, todo lo relativo á las ciencias del entendimiento y á las del cuerpo. En esta division, la voz música está tomada bajo un sentido muy estenso. Conocer la forma y valor de las letras, trazarlas con elegancia y facilidad, dar á las sílabas el movimiento y la entonacion que les conviene, tales fueron los primeros estudios del jóven Lisis. Se le recomendaba que observase exacta-

mente la puntuacion, mientras se le pudiesen dar reglas para ello. Leia repetidas veces las fábulas de Esopo, y en muchas ocasiones recitaba los versos que sabia de memoria. En efecto, para ejercitar la memoria de sus discípulos, los profesores de gramática les hacen aprender fragmentos sacados de Homero, de Hesiodo y de los poetas líricos, y con este fin se han formado para su uso una recoleccion de piezas escogidas, cuya moral es la mas pura. Una de estas recolecciones puso en manos de Lisis su maestro, y despues le dió una noticia de las tropas que se hallaron en el sitio de Troya, segun la relacion que hace la Ilíada. Algunos legisladores han decretado que en las escuelas se acostumbrase á los niños á recitarla; porque contiene los nombres de las ciudades y de las casas mas antiguas de la Grecia.

Atendiendo á que la gramática con respecto á los sonidos que causan las letras, segun lo mas ó menos juntas que están, tiene alguna relacion con la música, el mismo institutor está por lo regular encargado de enseñar á sus discípulos los elementos de una y otra. Presencié algunas veces las lecciones que Filótimo daba á Lisis, y vi como este aprendia á cantar con gusto

acompañándose con la lira. Nunca le dieron instrumentos de aquellos que agitan el alma con violencia ó que solo sirven para afeminarla, y de aqui es que no le permitieron tocar la flauta, porque esta escita y calma alternativamente las pasiones. Salí de Atenas para Egipto, pero antes de emprender el viage, rogué á Filótimo que me digese por escrito los trámites y progresos de este método de educacion, y segun su diario voy á continuar la historia.

Tuvo Lisis en adelante diferentes maestros segun el estudio que seguia; aprendió la aritmética jugando con ella, porque el medio mas acertado para facilitar el estudio á los niños es el de acostumbrarlos ya á repartir entre ellos, segun su número, una cierta porcion de manzanas y algunas coronas, ya á mezclarse en sus egercicios, segun las combinaciones hechas, de manera que el niño ocupa cada puesto á su vez. Apolodoro apreciaba la aritmética, porque entre otras ventajas que lleva consigo, aumenta la sagacidad del ingenio y le predispone para el conocimiento de la geometría y la astronomía. Tomó Lisis una tintura de estas dos ciencias, porque con el conocimiento de la primera, viéndose un dia al frente de los egércitos, podria con mas fa-

cilidad sentar un campamento, estrechar un sitio, formar los egércitos en batalla y hacerles mover rapidamente en una marcha ó en una accion. La segunda podia preservarle de los espantos que no hace mucho tiempo inspiraban á los soldados los eclipses y los fenómenos estraordinarios.

Nuestro jóven alumno aprendia al mismo tiempo á atravesar los rios á nado y á domar un caballo. La danza media sus pasos y daba gracia á todos sus movimientos, é iba frecuentemente al gimnasio. Los niños empiezan sus egercicios muy temprano, algunos á la edad de siete años y continuan en ellos hasta la de veinte. Primeramente se les acostumbra á tolerar el frio, el calor, todas las intemperies de las cuatro estaciones, y en seguida á jugar á las bochas y á la pelota. Este juego y otros semejantes son el prelúdio de las pruebas laboriosas que se les hace sufrir á medida que aumentan sus fuerzas. Corren por los arenales, lanzan venablos, saltan un foso ó una valla, llevando en las manos unas barras de plomo, tirando á lo alto ó á lo largo tejos de piedra ó de bronce, y á veces atraviesan corriendo el estadio, cargados de armas pesadas; pero en lo que mas se egercitan es en la lucha, el pugilato y las dife-

rentes contiendas que describiré cuando hable de los juegos olímpicos.

Por la tarde cuando Lisis se volvia á su casa, unas veces se divertia en cantar acompañándose con la lira, otras se entretenia dibujando, y muchas de ellas leia en presencia de sus padres algun libro que pudiera instruirle ó divertirle. Preguntó un dia como se juzgaba del mérito de un libro, y Aristóteles que se encontró presente, respondió: «si el autor dice todo lo que es necesario; si no dice mas que lo necesario; si lo dice como es necesario.» Educábanle sus padres con aquella urbanidad doble, de que ellos eran modelos. Deseo de agradar, docilidad en el trato social, consecuencia de carácter, ser atento con los de mayor edad cediéndoles el puesto, decencia en el porte y el talante, en el esterior, en las maneras, en las espresiones; todo estaba prescrito sin violencia y ejecutado sin esfuerzo.

En otro tiempo los sofistas iban en gran número á esta ciudad, é incitaban á los jóvenes atenienses á disertar superficialmente sobre todas materias. Aunque ha minorado su número, se ven no obstante algunos que rodeados de sus discípulos, atruenan con sus esclamaciones y sus disputas las salas del gimnasio. Lisis asistia pocas veces á estas

contiendas, porque unos institutores mas ilustrados le daban lecciones, y talentos del primer órden sabios consejos: de estos últimos era Platon, Isócrates y Aristóteles, todos tres amigos de Apolodoro.

La lógica dió nuevas fuerzas y la retórica nuevos encantos á su razon. La historia de la Grecia le iluminó acerca de las faltas y las preocupaciones de los pueblos que la habitan. Siguió el foro mientras pudo, á ejemplo de Temístecles y otros grandes hombres, defendiendo allí la causa de la inocencia. El estudio de la moral no le costó ninguna lágrima, porque su padre le habia puesto al lado de personas que le instruian con su conducta y no con demostraciones importunas. En su infancia le reprendia sus faltas con dulzura, y cuando empezó á tener uso de razon, le hacia entrever que eran contrarias á sus mismos intereses. Le era dificil acertar en la eleccion de libros que tratan de la moral, porque la mayor parte de sus autores ó son poco seguros sus principios, ó solo nos dan falsas ideas de lo que son nuestros deberes. En las conversaciones que se tenian en presencia de Lisis, Isócrates lisonjeaba su oido, Aristóteles iluminaba su mente, y Platon inflamaba su alma. Este último unas veces

le esplicaba la doctrina de Sócrates y otras
le desenvolvia el plan de la república : en
algunas ocasiones le hacia conocer que no
existe verdadera elevacion , ni perfecta in-
dependencia sino en un alma virtuosa. Las
mas veces les mostraba circunstanciada-
mente que la ciencia consiste en la ciencia
del sumo bien , que es Dios. De este modo
mientras que otros filósofos solo daban por
recompensa á la virtud la estimacion pú-
blica y la felicidad pasagera de esta vida,
Platon le ofrecia un apoyo y un premio mas
noble.

«La virtud, decia, es hija de Dios: úni-
camente podreis adquirirla conociéndoos á
vos mismo , consiguiendo la sabiduría y
prefiriéndoos á lo que os pertenece. Seguid-
me Lisis : vuestro cuerpo , vuestras rique-
zas son vuestras , pero no son vos mismo.
El hombre está todo entero en su alma.
Para saber lo que es y lo que debe hacer,
es menester que se mire en su inteligencia,
en aquella parte del alma donde brilla la
sabiduría divina ; luz pura que conducirá
insensiblemente su alma al manantial de
donde emana. Cuando haya llegado á con-
seguirlo , cuando haya contemplado aquel
ejemplar eterno de todas las perfecciones,
entonces conocerá que es de su mayor in-

terés el representárselas á sí mismo, y hacerse semejante á la divinidad, á lo menos tanto como es posible el semejar tan debil copia á un modelo tan hermoso. Dios es la justa medida de cada cosa, y nada hay bueno ni estimable en el mundo, sino aquella que tiene alguna conformidad con él. Es soberanamente sabio, santo y justo, y el único medio de agradarle, es el llenarse de sabiduría, de justicia y santidad.

«Llamado á tan alto destino, colocaos en la clase de aquellos que, como dicen los sabios, unen por sus virtudes los cielos con la tierra, los dioses con los hombres. Ofrezca pues vuestra vida el sistema mas feliz para vos, y el espectáculo mas bello para los otros, cual es el de un alma en que todas las virtudes están en perfecta armonia. Varias veces os he hablado de las consecuencias que tienen estas verdades, intimamente unidas, si me atrevo á decirlo así, por relaciones de hierro y de diamante; pero antes de acabar, debo recordaros que el vicio, ademas de envilecer nuestra alma, esperimenta temprano ó tarde el suplicio que merece. Dios, como se ha dicho antes de nosotros, recorre el universo teniendo en su mano el principio, el medio y el fin de todos los seres. La justicia sigue sus pa-

sos pronta á castigar los ultrages hechos á la ley divina. El hombre humilde y modesto encuentra su dicha en seguirla; el vano se aleja de ella y Dios le abandona á sus pasiones. Por algun tiempo parece ser alguna cosa á los ojos del vulgo, pero en breve cae sobre él la divina venganza, y si le perdona en este mundo, le persigue con furor en el otro. No es pues en medio de los honores ni en la opinion de los hombres, donde debemos tratar de distinguirnos, y sí ante aquel tribunal terrible que nos ha de juzgar severamente despues de nuestra muerte.»

Tenia Lisis diez y siete años: su alma estaba llena de pasiones y su imaginacion era viva y despejada. Esplicábase con tanta gracia como soltura: sus amigos no cesaban de ensalzar estas prendas, y tanto con sus ejemplos como con sus chistes, la violencia con que habia vivido hasta entonces; pero Filótimo le dijo un dia. «Los niños y los jóvenes estaban mas sujetos en otro tiempo que lo están hoy dia. Solo usaban vestidos ligeros para preservarse del rigor de las estaciones y saciaban el hambre con alimentos los mas comunes. En las calles, en casa de sus maestros y de sus padres y parientes, se presentaban con la

vista baja y con una postura modesta. No se atrevian á desplegar los labios en presencia de las personas de mayor edad, y se les acostumbraba de tal modo á la decencia, que estando sentados se hubieran avergonzado de cruzar las piernas. —¿Y que resultaba de esta rudeza de costumbres? preguntó Lisis. —Aquellos hombres rudos, respondió Filótimo, derrotaron á los persas y salvaron á la Grecia. —Tambien los derrotariamos nosotros. —Lo dudo: cuando en las fiestas de Minerva veo á nuestra juventud, que apenas puede sostener el escudo, al mismo tiempo que mido los pasos de danzas groseras con tanta afeminacion y elegancia.»

Los triumfos de los oradores públicos escitaban la ambicion de Lisis. Por casualidad oyó en el liceo algunos sofistas disertar largamente sobre política y creyóse en estado de ilustrar á los atenienses. Reprobaba con calor la administracion presente, y esperaba con igual impaciencia que la mayor parte de los de su edad, el momento en que le fuese permitido subir á la tribuna; pero su padre le desvaneció esta ilusion, asi como Sócrates destruyó la del jóven hermano de Platon.

Quedóse Lisis pasmado al ver la esten-

sion de conocimientos que eran necesarios al hombre de estado, cuyos pormenores le manifestaron. Aristóteles le instruyó de la naturaleza de las diferentes especies de gobierno, cuya idea habian concebido los legisladores; su padre de la legislacion, de las fuerzas y del comercio, tanto de su nacion como de los otros pueblos; en seguida se decidió que despues de perfeccionada su educacion, viajaria por todos aquellos que tenian algunas relaciones de interes con los atenienses.

Yo llegué entonces de Persia y encontré á Lisis en la edad de diez y ocho años, que es cuando los hijos de los atenienses pasan á la clase de los efebos y son alistados en la milicia. Condujeron pues á Lisis á la capilla de Agraula y alli ante los altares hizo el juramento solemne de no deshonrar las armas de la república, de no abandonar su puesto, de sacrificar su vida por la patria y de dejarla mas floreciente que la habia encontrado. No salió de Atenas en todo el año: velaba por la seguridad de la ciudad, hacia las guardias con puntualidad y se instruia en la disciplina militar. Satisfecho el pueblo de su conducta á principios del año siguiente, le entregó en la asamblea general el escudo y la lanza, partió sin deten-

cion y fué empleado sucesivamente en las plazas situadas sobre las fronteras de la Ática. A su vuelta habiendo llegado ya á la edad de veinte años, le faltaba un requisito formal, cual era un acto que le pusiese en el goce de todos los derechos de ciudadano ateniense. Presentóle pues su padre á la asamblea del distrito, á que estaba agregada su familia, con cuyo acto habia sido ya reconocido en la curia. Obtuvo Lisis los votos necesarios de aquella asamblea, quedó inscrito en el padron, y desde aquel momento, tuvo el derecho de asistir á las juntas, de aspirar á las magistraturas y de administrar sus bienes si llegaba á quedar sin padre. De vuelta á Atenas pasamos segunda vez á la capilla de Agraula, donde Lisis revestido de sus armas, renovó el juramento que habia hecho ya dos años antes.

CAPÍTULO XXVI.

De la música de los atenienses.

Fuí un dia á ver á Filótimo en una casita que tenia estramuros de Atenas en la colina del Cinosargo, distante tres estadios de la puerta Melitida. La situacion era deli-

ciosa : por todas partes se recreaba la vista en cuadros preciosos y variados. Despues de haber recorrido los diferentes cuarteles de la ciudad y sus cercanias, se estendia á otra parte hasta las montañas de Salamina, de Corinto y aun de la Arcádia. Pasamos á un jardinito que Filótimo mismo cultivaba y le daba frutas y legumbres en abundancia. Todo su adorno consistia en un bosque de plátanos, en medio del cual se veia un altar consagrado á las Musas. «Esperimento sumo disgusto, dijo Filótimo, cada vez que tengo que dejar este retiro. Vigilaré la educacion del hijo de Apolodoro, pues lo he prometido, pero es el último sacrificio que haré de mi libertad.» Y conociendo la sorpresa que me causaba este lenguage, «los atenienses, añadió, no necesitan ya instruccion; ¡son tan amables! porque en verdad ¿que puedo yo decir á unas gentes que establecen por principio que el placer de una sensacion es preferible á todas las verdades de la moral?»

La casa me pareció adornada con tanta decencia como gusto. Vimos en un gabinete, liras, flautas é instrumentos de diferentes figuras, de los cuales algunos ya no servian; y estaban ocupados varios estantes con libros y cuadernos de música.

Supliqué á Filótimo que me indicase los que fuesen á propósito para enseñarme los principios, y me respondió que no habia ninguno entre tantos. «Nosotros no tenemos, añadió, mas que un corto número de obras, muy superficiales, sobre el género enarmónico, y un número mayor sobre la preferencia que debe darse en la educacion á ciertas especies de música. Ningun autor ha emprendido hasta ahora el ilustrar metodicamente todas y cada una de las partes de esta ciencia.» Manifestéle entonces un vivo deseo de tener á lo menos alguna nocion, y cediendo á mis instancias, se esplicó en los términos siguientes.

«Podeis juzgar de nuestro gusto en la música por la multitud de acepciones que damos á esta palabra, pues la aplicamos indiferentemente á la melodia, á la medida, la poesia y la danza, al ademan, al gesto y á la reunion de casi todas las artes. Aun no basta. El espíritu de conbinacion que se ha introducido entre nosotros, hace ya cerca de dos siglos, y que por todas partes nos obliga á buscar aproximaciones, ha querido someter á las leyes de la armonía los movimientos de los cuerpos celestes y los de nuestra alma.» Despues de este preámbulo, me habló de la música en

su esencia. No referiré aqui todo lo que me dijo acerca del sonido, los intervalos, las concordancias, los géneros, los modos y el ritmo, pues todos estos pormenores serian quizas impertinentes y fastidiosos para la mayor parte de los lectores; pero juzgo útil hacerles una relacion en compendio de la conversacion que tuvimos juntos el dia siguiente sobre la parte moral de la música.

Levantéme en aquella hora, en que los habitantes del campo llevan las provisiones á la plaza y los de la ciudad se esparcen confusamente por las calles. El cielo estaba despejado y sereno, gozaban mis sentidos de una frescura deliciosa, y parecia que me daba una nueva existencia. El oriente brillaba con los fulgores del Sol, y toda la tierra respiraba con la salida de este astro que parece reproducirla cada dia. Absorto en vista de un espectáculo tan hermoso, no habia reparado en la llegada de Filótimo, el cual me dijo: «os he sorprendido en una especie de arrobato.—No ceso de esperimentarle, le respondí, desde que estoy en Grecia. La estremada pureza del aire que en ella se respira, y los vivos colores con que se presentan á mis ojos los objetos, parece que ensanchan mi alma y la causan nuevas sensaciones.» Tomamos pues

de aqui ocasion para hablar de la influencia del clima. Filótimo atribuia á esta causa la admirable sensibilidad de los griegos, la cual, decia, es para ellos un manantial inagotable de placeres y de errores que parece se aumentan de dia en dia. «Yo creia al contrario, repliqué, que empezaba á debilitarse. Si me engaño, decidme pues: ¿porque la música no obra los mismos prodigios que en otro tiempo?—Es, respondió, porque en otro tiempo era mas grosera y las naciones estaban todavia en su infancia. Si en algunos hombres cuya alegria solo se escitaba con sonidos estrepitosos, una voz acompañada de algunos instrumentos les hacia conocer una melodia muy sencilla, aunque sujeta á ciertas reglas, en breve se les veia tambien enagenados de gozo, esplicar su admiracion con las mas fuertes hipérboles: he aqui lo que esperimentaron los pueblos de la Grecia antes de la guerra de Troya. Amfion animaba con sus cantos á los obreros que construian la fortaleza de Tebas, como se ha practicado despues cuando se reedificaron los muros de Mesina: por esto se dice que se habian levantado las murallas de Tebas al son de su lira. Orféo modulaba la suya con un corto número de sones agradables, y no obstante se dice que

los tigres se amansaban y venian á lamerle los pies.—No remonto, le dije, á aquellos siglos remotos; pero os cito los lacedemónios, divididos entre ellos y de repente reunidos á los ecos armoniosos de Terpandro; los atenienses dominados por los cantos de Solon en la isla de Salamina, con desprecio de un decreto que condenaba á muerte á un orador harto atrevido para proponer la conquista de aquella isla; las costumbres de los habitantes de Arcádia suavizadas por la música; y dejo de referir otros muchos hechos que ignoro, ó de que no se tiene noticia, á pesar de las investigaciones vuestras. —Los conozco bastante, dijo Filótimo, para aseguraros que desaparece lo maravilloso cuando se examina detenidamente. Terpandro y Solon debieron sus buenos resultados, no tanto á la música como á la poesia; y menos quizás á esta que á las circunstancias particulares. Era preciso, pues, que los lacedemónios hubiesen comenzado ya á cansarse de sus desavenencias, pues consintieron en escuchar á Terpandro. En cuanto á la revocacion del decreto conseguida por Solon, entiendo que jamas causará admiracion á los que conocen la ligereza de caracter de los atenienses. El ejemplo de los habitantes de la Arcádia es mas admirable.

Estos pueblos habian contraido en un clima riguroso y en unos trabajos duros, una ferocidad que les hacia desgraciados. Sus primeros legisladores advirtieron la impresion que el canto hácia en sus almas, y los juzgaron susceptibles de la dicha, porque eran sensibles. Los niños aprendieron á celebrar á los dioses y los héroes del pais. Establecieron las fiestas de los sacrificios públicos, pompas solemnes y fiestas de mancebos y de doncellas. Estas instituciones que aun duran, redugeron insensiblemente al trato unos hombres agrestes; llegaron á ser dóciles, humanos y benéficos; ¡pero cuantas causas no contribuyeron con la música á este cambiamiento!

«Desde que la música ha hecho tan grandes progresos, ha perdido el augusto privilegio de instruir á los hombres y de hacerlos mejores. —En que consiste, le dije, que un arte que tiene tanto imperio en nuestras almas, se hace menos útil, cuanto es mas agradable?—Vos mismo lo comprendereis quizas, me respondió, si comparais la música antigua con la moderna. Sencilla en su orígen, mas rica y mas varia despues, animó sucesivamente los versos de Hesíodo y de Homero, de Archiloco y de Terpandro, de Simónides y de Pín-

daro. Inseparable de la poesía adquiria los encantos de esta ó mas bien le prestaba los suyos.

«No hay mas que una espresion para manifestar con toda su fuerza una imágen ó un sentimiento. En la música vocal, la espresion única es la especie de entonacion que conviene á cada palabra, á cada verso. Asi es que los antiguos poetas que eran á la vez músicos, filósofos y legisladores, jamas perdieron de vista este principio. Las palabras, la melodia, el rithmo, confiados á una misma mano, dirigian sus esfuerzos de modo que todo concurria igualmente á la unidad de la espresion. Emplearon nuestros tres principales modos, y los aplicaron con preferencia á las tres especies de asuntos que se veian obligados á tratar casi siempre. Si se trataba de animar al combate una nacion belicosa ó hablarle de sus hazañas, entonces la armonía dórica prestaba su magestad y su fuerza: si era necesario para instruirle en la ciencia de la desgracia, ofrecen á su vista grandes ejemplos de infortunio, las elegias, las endechas tomaban el tono penetrante y patético de la armonía lidiana. Cuando era menester en fin inspirarle respeto y gratitud ácia los dioses, se hacia uso de la fri-

gia, como la mas propia para los cantos sagrados. Asi es como los himnos de los primeros poetas inspiraban la piedad, sus poemas el deseo de gloria y sus elegias la firmeza en los reveses. Los cantos fáciles, nobles y espresivos, imprimian facilmente en la memoria los ejemplos con los preceptos; y la juventud acostumbrada desde muy temprano á repetir estos cantos, adquiria con gusto el amor al deber y la idea de la verdadera belleza.

«¿Porque motivo la mas bella institucion de los hombres no ha de servir hoy dia mas que á nuestros placeres? Sabeis que es lo que mas ha contribuido al descrédito de la música antigua? Pues son los jónios: sí, este pueblo que no ha podido defender su independencia contra los persas, y que en un pais fértil y bajo el cielo mas hermoso del mundo se consuela de esta pérdida en el seno de las artes y del deleite. Su música ligera, brillante, llena de gracias, dá á conocer al mismo tiempo la molicie en que se vive gozando de aquel clima afortunado. Nos costó algun trabajo y dificultad acostumbrarnos á sus acentos. Uno de aquellos jónios llamado Timotéo, fué en un principio silvado en nuestro teatro; pero Eurípides que conocia el genio de su nacion, le

predijo que reinaria en la escena, y asi ha sido. Entre nosotros los artesanos, los mercenarios, deciden de la suerte de las composiciones filarmónicas. Llenan el teatro, asisten á los combates de este arte y se constituyen los árbitros del gusto: como necesitan agitacion mas bien que entusiasmo, cuanto mas atrevida, fogosa y arrebatada es la música, tanto mas les arrebata; y asi es que por mas que algunos filósofos han querido gritar que el admitir semejantes innovaciones era trastornar los cimientos del estado, y á pesar de que los autores dramáticos lanzaron mil dardos contra aquellos que introducian las novedades, como quiera que no tenian decretos que lanzar en favor de la antigua música, los encantos de su enemiga han venido á parar en subyugarlo todo. Yo aprecio en las producciones de los antiguos un poeta que me haga amar mis deberes, y admiro en las de los modernos un músico que me causa placer ¡O que leccion me da un flautista cuando remeda el canto del ruiseñor, y en nuestros juegos el silvo de la serpiente! cuando en un pasage bien ejecutado de su música, reune en mi oido una multitud de sones rapidamente acumulados uno sobre otro! Yo he visto á Platon preguntar, ¿que sig-

nificaba este ruido? y en tanto que la mayor parte de los espectadores aplaudian con entusiasmo el atrevimiento del músico, tacharle de ignorante y presuntuoso; de una parte, porque no tenia la menor idea de lo que es la verdadera belleza, y de otra, porque solo aspiraba á la vanagloria de vencer una dificultad. Y en verdad, ¿que efecto pueden causar unas palabras que arrastradas por el canto, fuera de órden, contrariadas en su marcha, no pueden llamar la atencion, aplicada únicamente á la melodia?

«Se debe vituperar sin embargo en la música actual aquella dulce molicie, aquellos sones encantadores que arrebatan á la multitud, y cuya espresion no teniendo objeto determinado, es siempre interpretada en favor de su pasion dominante. Su único efecto es el de enervar mas y mas una nacion, donde las almas, sin vigor y sin carácter, solo se distinguen por los diferentes grados de su pusilanimidad.

«No creais, añadió Filótimo, que la música pueda jamas levantarse de su caida. Seria menester cambiar nuestras costumbres y restituirnos nuestras virtudes, y es mas dificil reformar una nacion, que civilizarla. Nosotros ya no tenemos costumbres; tenemos placeres. La antigua música con-

venia á los atenienses vencedores en Maraton; la nueva conviene á los atenienses vencedores en Aegos-Potamos.

«Porque pues, le pregunté, ¿porque enseñais á vuestro discipulo un arte tan funesto? De que sirve efectivamente?—Para que sirve? repitió riendo. Sirve como de chupador á los niños de toda edad para impedir que rompan los muebles de la casa. Ocupa y distrae á aquellos, cuya ociosidad seria temible, en un gobierno como el nuestro divierte, en fin, á los que no siendo temibles, sino por el fastidio que llevan consigo, no saben en que pasar las horas.

«Lisis aprenderá la música, porque estando destinado á ocupar los primeros empleos de la república, debe estar en disposicion de dar su dictamen sobre las composiciones que se representen, ya sea en el teatro y ya en las contiendas musicales. Conocerá toda especie de armonía, y solo apreciará las que puedan influir en sus costumbres; porque á pesar de su depravacion, la música puede darnos todavia algunas lecciones útiles. Yo le daré algunos instrumentos, bajo condicion de que nunca llegue á ser tan diestro como los profesores del arte. Quiero que una música selecta ocupe agradablemente los ratos que pueda

tener ociosos; que le descanse de sus tareas en lugar de aumentarlas, y que modere sus pasiones si es muy sensible. Quiero en fin que tenga presente esta máxima; que la música nos llama al placer y la filosofia á la virtud, pero por medio del placer y la virtud, la naturaleza nos conduce á la dicha.»

CAPÍTULO XXVII.

Continuacion sobre las costumbres de los atenienses.

Ya he dicho antes que en ciertas horas del dia los atenienses se reunian en la plaza pública ó en las tiendas que hay al rededor de ella. Tambien fui yo alli muchas veces, ya para aprender alguna cosa nueva y ya para estudiar el carácter del pueblo.

Me puse, pues, un dia á recorrer los diferentes corrillos que habia al rededor de la plaza, compuestos de gentes de toda edad y de todos estados, y habiendo vuelto la cabeza para ver una partida de dados, se acercó á mi un hombre muy apresurado y me dijo «¿sabeis la noticia que corre?—No, le respondí.—¡Como! ¿Lo ignorais? tengo el mayor gusto de decírosla: me la ha

dado Nicerates, que acaba de llegar de Macedónia. El rey Filipo ha sido derrotado por los ilirios y está prisionero, ha muerto. — ¡Como! ¿será cierto? — No hay la menor duda. Acabo de encontrar á dos archôntes nuestros, y he visto pintada la alegria en sus rostros. Sin embargo, reservadlo y sobre todo no me citeis.» Dejóme al instante y se fué á comunicar el secreto á todo el mundo.

Asi que se marchó, me introduje en un grupo de gente que habia al rededor de un adivino, que se lamentaba de la incredulidad de los atenienses y esclamaba diciendo: «cuando en la asamblea general hablo de las cosas divinas y os revelo lo futuro, os burlais de mi como de un loco; esto no obstante, los acontecimientos han acreditado mis predicciones; pero vosotros teneis envidia á todos los que tienen luces superiores á las vuestras.» Iba á continuar cuando vimos venir á Diógenes, que acababa de Llegar de Lacedemónia. «¿De donde venís? le preguntó uno. — Del aposento de los hombres al de las mugeres, respondió. — ¿Habia mucha gente en los juegos olímpicos? le dijo otro. — Muchos espectadores y pocos hombres.» Estas respuestas fueron aplaudidas, y al instante se vió Diógenes

rodeado de una multitud de atenienses que le incitaban para que dijese agudezas. «¿Porque comeis en el mercado? le decia uno. —Porque tengo hambre en el mercado. —¿Como podré vengarme de mi enemigo? preguntaba otro. —Siendo mas virtuoso que él. —Diógenes, le dijo otro, os ponen nombres ridículos. —Pero yo no los tomo.—Un estrangero natural de Minda, quiso saber que le habia parecido aquella ciudad. —He aconsejado á los habitantes, respondió, que cierren las puertas para que no se les escape. El parasito Criton que estaba subido encima de una silla, le preguntó, ¿porque le llamaban perro?—Por que acaricio á los que me dan de comer, ladro á los que me lo niegan y muerdo á los malvados. —Y cual es, replicó el parasito, el animal mas dañoso? —Entre los animales salvages el calumniador, entre los domesticos el que adula.» Al oir esto los circunstantes soltaron la carcajada; el parasito desapareció y continuaron con mas calor las incitaciones. «¿De donde sois, Diógenes? le dijo uno. —Soy ciudadano del universo, respondió. —No, replicó otro; es de Sinope, y los vecinos le obligaron á salir de la ciudad. —Y yo les he condenado á quedar en ella.» Un jóven

bien parecido se adelantó, y dijo una espresion tan indecente que se abochornó uno de sus amigos de la misma edad, y Diógenes le dijo á este: «valor, hijo mio; esos son los colores de la virtud: y dirigiéndose en seguida al primero. No teneis vergüenza, le dijo, de sacar una espada de plomo de una vaina de marfil? «El jóven encolerizado le dió un bofeton y él sin inmutarse respondió, «muy bien; me enseñas una cosa, y es que tengo necesidad de un casco.—Que fruto habeis sacado de vuestra filosofia? le preguntó entonces uno. —Ya lo veis, respondió; el estar preparado á todos los acontecimientos.»

En aquel momento estaba cayendo agua de lo alto do una casa á Diógenes en la cabeza y no mudaba de sitio. Algunos circunstantes manifestaron compadecerse, y Platon que por casualidad pasaba por alli, les dijo: «Si quereis que le aproveche vuestra compasion, haced como que no lo veis.»

Un dia encontré en el pórtico de Júpiter algunos atenienses que suscitaban cuestiones filosóficas. «No, decia un antiguo discípulo de Heráclito, no puedo contemplar la naturaleza sin un secreto espanto. Los seres insensibles estan en un estado contínuo de

guerra ó destruccion. Los que viven en los aires, en la tierra, en el agua, no han recibido la fuerza ó la astucia sino para perseguirse ó destruirse. Yo mismo devoro el animal que he criado por mi mano, en tanto que unos viles insectos me devoran á mi tambien. Yo fijo mi vista, dijo un jóven partidario de Demócrito, en objetos mas risueños: el flujo y reflujo de las generaciones no me aflije mas que la sucesion periódica de las olas del mar ó las ojas de los árboles. ¿Que me importa á mi que tales individuos aparezcan ó desaparezan? La tierra es una escena que muda de decoracion á cada instante. ¿Acaso no se cubre todos los años con nuevas flores y nuevos frutos? los átomos de que estoy compuesto, despues de haberse separado, se reunirán un dia, y yo volveré á vivir bajo otra forma.»

Salimos del pórtico y fuí á las orillas del Iliso, reflexionando sobre lo que acababa de oir sobre unos sistemas los mas raros ó mas estravagantes, con que me habian entretenido unos hombres llamados filósofos. Cansado de mi paseo y aun mas de mis reflexiones, me senté al pié de un plátano, bajo el cual solia ir Sócrates algunas veces á conferenciar con sus amigos. Invoqué en alta voz á aquel hombre tan sabio, y re-

gaba con mi llanto aquel parage, donde estaba sentado, cuando vi desde lejos á Foco hijo de Focion, y Clesipo hijo de Chabrias, acompañados de algunos jóvenes. Como yo tenia relaciones con ellos, se acercaron á mi y me precisaron á seguirlos. Fuimos á la plaza pública, y nos enseñaron unos epigramas y cantares, contra los que estaban al frente de los negocios, y se decidió que el mejor gobierno era el de Lacedemónia. Desde alli nos dirigimos al teatro, donde representaban aquel dia unas piezas nuevas que nosotros silvamos y tuvieron aceptacion. Luego montamos á caballo y fuimos á bañarnos, y á la vuelta nos quedamos á cenar con unos cantarinas y unos flautistas. Entonces olvidé el pórtico, el plátano y Sócrates. Pasamos una parte de la noche bebiendo, y el resto en pasear por las calles insultando á los que pasaban. Cuando volví en mi, determiné fijar mis ideas sobre las opiniones que habia oido manifestar en el pórtico, frecuentar la biblioteca de un ateniense amigo mio, y de aprovecharme de esta ocasion para enterarme circunstanciadamente de los diferentes ramos de la literatura griega.

CAPÍTULO XXVIII.

Biblioteca de un ateniense. Clase de Filosofía.

Habia muchos atenienses que tenian colecciones de buenos libros, pero la mas digna de atencion era la de Euclides. La adquirió de sus padres, y merecia poseerla, porque conocia su mérito. Al entrar en ella esperimenté admiracion y placer al mismo tiempo, pues me hallaba en medio de los ingenios mas ilustres de la Grecia. La reunion de todos los soberanos de estas regiones me hubiese parecido quizas menos imponente, y asi es que esclamé al cabo de algunos momentos ¡Ay de mi! ¡Que de conocimientos estan negados á los escitas! Y despues he dicho mas de una vez. ¡O cuantos conocimientos inútiles á los hombres!

Omitiré el hablar aqui de todas las materias que se emplean para escribir sobre ellas. Sucesivamente se usaron pieles de cabra y de oveja y diversas especies de telas; despues se echó mano de un papel hecho de las capas interiores del tallo de una planta que se cria en los lagos del Egipto, en medio de las aguas muertas del Nilo,

despues de sus inundaciones. De él hacen rollos, á cuya estremidad cuelgan un rótulo que contiene el título del libro. Solo escriben en una de las caras de cada rollo, y para que se pueda leer los dividen en muchas partes ó páginas. Hay copiantes de profesion que solo se ocupan en trasladar las obras que llegan á sus manos, aunque á veces algunos particulares se toman este trabajo con el deseo de instruirse. Demóstenes me dijo un dia, que para formarse su estilo, habia copiado de su mano la historia de Theucídides. De aqui es que multiplican los ejemplares; pero á causa del coste de la copia no son bastante comunes, y de esto resulta que las luces se difunden con tanta lentitud. Un libro se hace mas raro cuando sale á luz en un pais lejano, ó cuando trata de materias que estan al alcance de todo el mundo. Yo he visto al mismo Platon á pesar de la correspondencia que tenia con la Italia, lograr con dificultad ciertas obras de filosofía, y dar cien minas (cerca de cuarenta mil reales) por tres obritas de Filotao. Los libreros de Atenas no pueden ni tomar esto á su cargo, ni hacer semejantes desembolsos; asi es que por lo comun tienen un surtido de libros de pura diversion, de los cuales envian una parte á los paises

limitrofes y á veces á las colonias griegas establecidas en las costas del Ponto-Euxino. El frenesí de escribir fomenta sin cesar este comercio. Los griegos se han egercitado en todos los géneros de literatura, y se puede juzgar de ello por las diversas noticias que daré relativas á la biblioteca de Euclides.

Daré principio pues por la clase de filosofia, cuya ciencia solo remonta su origen al siglo de Solon, que floreció unos doscientos cincuenta años hace. Anteriormente tenian los griegos teólogos y no conocian á ningun filósofo. Cuidándose poco de estudiar la naturaleza, los poetas recogian y acreditaban con sus obras los embustes y las supersticiones que reinaban entre el pueblo; pero en tiempo de aquel legislador se hizo repentinamente una revolucion maravillosa en las luces. Tales y Pitágoras echaron los cimientos de su filosofia; Cadmo de Mileto escribia la historia en prosa; Tespis dió nueva forma á la tragedia y Lusarion á la comedia.

Tales de Mileto, en Jónia, uno de los siete sabios de Grecia, nació en el año primero de la tercera olimpíada (ácia el 580 antes de J. C.) Desempeñó primeramente con tino los empleos distinguidos, á que le

llamaron su sabiduría y su ilustre nacimiento, y luego la necesidad de instruirse mas y mas le obligó á viajar entre las naciones estrañas. A su vuelta se dedicó al estudio de la naturaleza, dejó atónita la Grecia con la prediccion de un eclipse de sol, y la ilustró comunicándole las luces que habia adquirido en Egípto sobre la geometría y astronomía; vivió libre, gozó pacificamente de su reputacion y murió exento de pesares.

Nada hay tan célebre como el nombre de Pitágoras; nada tan poco conocido como los pormenores de la vida de este filósofo. Parece que en su juventud tomó lecciones de Tales y de Ferecido de Esciros, y que despues residió mucho tiempo en Egipto. Los arcanos de los misterios de los egipcios y las largas meditaciones de los sabios del oriente, tuvieron tanto atractivo para su imaginacion ardiente, como le tuvo para su carácter firme el régimen severo que la mayor parte de ellos habian abrazado. Cuando volvió de sus viages, hallando su patria oprimida por un tirano, fué á establecerse en Crotona de Italia. Los habitantes de esta ciudad se hallaban entregados á la mayor corrupcion, pero sus instrucciones y sus ejemplos tuvieron tal

influencia en su conducta, que en un solo dia se vió las mugeres subyugadas, consagrar en un templo los mas ricos adornos con que se ataviaban. Poco satisfecho de este triunfo, quiso perpetuarle educando la juventud en los principios que se le habian adquirido. Imaginó pues un sistema de educacion que para hacer las almas capaces de la verdad, debia hacerlas independientes de los sentidos. Entonces fué cuando formó aquel famoso instituto que hasta estos últimos tiempos se ha distinguido entre las demas sectas filosóficas.

Habiendo llegado á una estrema vejez, tuvo el dolor de ver su obra casi destruida por la envidia de los principales habitantes de Crotona. Precisado á huir, anduvo errante de ciudad en ciudad hasta el momento en que su muerte hizo callar la envidia y tributar á su memoria los honores que el recuerdo de sus infortunios llevó al esceso. La escuela de Jónia debe su origen á Tales; la de Italia á Pitágoras; estas dos escuelas han formado otras que todas han producido grandes hombres. Euclides al reunir sus escritos, tuvo cuidado de clasificarlas, segun los diferentes sistemas de filosofia. A la cabeza de su escuela se veian las obras de los que se han trasmitido la doctrina de

Tales. Estos son Anaximandro, Anaximeno, Anaxágoras, el primero que enseñó la filosofia en Atenas, y Argelao que fué el maestro de Sócrates. Sus escritos tratan de la formacion del universo, de la naturaleza de las cosas, de la geometría y de la astronomía.

Los tratados siguientes tenian mucha mas relacion con la moral, porque Sócrates y sus discípulos se han ocupado menos en la naturaleza en general que en el hombre en particular. Sócrates unicamente ha dejado por escrito un himno en honor de Apolo y algunas fábulas de Esopo que puso en verso cuando estaba preso. Encontré en casa de Euclides estas dos piececitas y las obras producidas por la escuela de este filósofo. Casi todas estan en forma de diálogos, en que Sócrates es el principal interlocutor, porque se propuso recordar asi sus conversaciones.

De la escuela de Italia ha salido un número de escritores mucho mayor que de la Jónia. Ademas de algunos tratados que atribuyen á Pitágoras y que no parecen auténticos, la biblioteca de Euclides contenia casi todos los escritos de los filósofos que han seguido ó modificado su doctrina. Tales fueron Empédocles de Agrigento, á

quien los habitantes de esta gran ciudad ofrecieron la corona y él preferió establecer la igualdad entre ellos; Epicarmis, siciliano, que se atrajo la enemistad de los demas filósofos, por haber revelado el secreto de sus doctrinas en sus comedias; Occlo de Lucania, Timéo de Locres y Architas de Tarento, célebre por sus descubrimientos importantes en la maquinária; Filolao de Crotona, uno de los primeros griegos que hicieron mover la tierra al rededor del centro del universo; Eudoxio, á quien he visto muchas veces en casa de Platon, y que fué á un mismo tiempo geómetra, astrónomo, médico y legislador, en fin otros muchos que no fueron célebres hasta despues de su muerte.

Díjome Euclides, que la escuela de Jónia habia difundido por la tierra menos luces que la de Italia, pero que esta habia incurrido en desaciertos, de que era natural que se apartase su rival. En efecto, los dos grandes hombres que las fundaron, pusieron en sus obras el sello de su ingenio. Tales distinguido por un juicio profundo, tuvo por discípulos unos sabios que estudiaron la naturaleza por caminos sencillos, y su escuela produjo al fin á Anaxágoras y la mas pura teologia. Pitágoras dominado

de una imaginacion fuerte, fundó una secta de piadosas entusiastas, que al principio solo vieron en la naturaleza proporciones y armonía, y pasando luego de un género de ficciones á otro, dieron origen á la escuela de Eléas en Italia y á la mas abstracta metafísica.

Esta última escuela debe su origen á Xenofanes de Colofon en Jónia. De ella han salido muchos filósofos muy distinguidos, á saber: Parménides de Eléa que dió escelentes leyes á su patria; Zenon que conspiró contra un opresor y murió sin haber querido declarar quienes eran sus cómplices; Archîtas y Meliso que mandaron los egércitos; Demócrito de Abdesa en Tracia, que hizo cesion de una parte de sus bienes en favor de uno de sus hermanos, para viajar á ejemplo de Pitágoras por los pueblos que los griegos tratan de bárbaros y que eran depositarios de las ciencias. Protágoras que llegó á ser uno de los sofistas mas hábiles de Atenas, y por último acusado de ateismo y desterrado del Ática.

Entre los autores que han escrito de filosofia, no debo omitir á Eráclito de Efeso que ha merecido el apodo de *Tenebroso*, por la oscuridad de su estilo. Este hombre de carácter sombrio y de un orgullo insufrible, empezó confesando que nada sabia,

y acabó diciendo que lo sabia todo. Los de Efeso quisieron ponerle al frente de su república, á lo cual se negó irritado, porque habian desterrado á Hemodoro su amigo. Le pidieron leyes y contestó que estaban muy corrompidos. Habiéndose hecho odioso á todos, salió de Efeso y se retiró á los montes, donde solo se alimentaba de yerbas silvestres, y no sacaba mas fruto de sus meditaciones que el aborrecer mas y mas á los hombres.

Las obras de estos escritores célebres estaban acompañadas de otras muchas, cuyos autores son menos conocidos. Mientras que yo felicitaba á Euclides por ser el posesor de una coleccion tan preciosa, vi entrar en la biblioteca un hombre venerable por su aspecto, su edad y su porte. Caíale el cabello suelto por los hombros y tenia la frente ceñida de una diadema y una corona de mirto. Este era Calias, el Hierofanta ó gran sacerdote de Ceres, íntimo amigo de Euclides, quien tuvo la atencion de presentarme á él y hablarle en favor mio. Al cabo de algunos momentos de conversacion volví yo á mis libros y los repasé con tal asombro, que Calías lo notó y me preguntó si gustaria de tener algunas nociones de la doctrina que contenian. Sa-

tisfecho de mi respuesta, empezó á hablar de las causas primeras y de los sistemas de los filósofos, haciendo un discurso muy largo, por el cual me hizo ver que en la enorme coleccion que teniamos á la vista, las luces mas vivas brillaban en medio de la mayor obscuridad, que el esceso del delirio estaba unido á lo profundo de la sabiduria, y que el hombre habia desplegado al mismo tiempo la fuerza y la debilidad de su razon. De todo cuanto me dijo y yo escuchaba sin dejar de manifestarle mi sorpresa, me complazco en poder retener estas hermosas palabras. «Acordaos, hijo mio, que la naturaleza está cubierta con un velo de bronce; que los esfuerzos reunidos de todos los hombres y de todos los siglos no bastan para poder levantar el borde de este velo, y que la ciencia del filósofo consiste en discernir el punto, donde empiezan los misterios y la sabiduria en respetarlos.»

CAPÍTULO XXIX.

Continuacion de la biblioteca.—La astronomia y la geografia.

Se fué Calias luego que hubo concluido su discurso, y Euclides dirigiéndose á mi, me

dijo. «Hace mucho tiempo que he mandado buscar en Sicilia la obra de Petron de Hímera, quien no solamente admitia la pluralidad de los mundos, sino que contaba ciento ochenta y tres. Siguiendo el ejemplo de los egipcios comparaba el universo á un triángulo: ponia sesenta mundos á cada lado y los tres restantes en los tres ángulos. En medio del triángulo es el campo de la verdad: alli en una inmovilidad profunda, residen los ejemplares y las relaciones de las cosas que han existido y de las que existirán. Al rededor de estas esencias puras está la eternidad, de cuyo seno emana el tiempo, que semejante á un arroyo inagotable, corre y se difunde en esta multitud de mundos.

«Antes que vuestros filósofos, interrumpí yo, hubiesen producido á lo largo tanta multitud de mundos, habian conocido con todos sus pormenores el que nosotros habitamos, y creo que no hay entre nosotros un cuerpo, del cual no hayan determinado la naturaleza, la magnitud y el movimiento.—Cada uno de ellos ha fundado su sistema. Habiéndose atrevido á decir Anaxágoras, en tiempo de nuestros padres, que la Luna era una tierra casi semejante á la nuestra y el Sol una tierra inflamada, le

tuvieron por impio y se vió en la precision de huir de Atenas, pues el pueblo queria poner estos dos astros en la clase de los dioses.

«¿Y como se ha probado, dije yo, que la Luna es semejante á la tierra?—No se ha probado, me respondió, pero asi se ha creido. Hubo uno que dijo: «si hay montes en la Luna, la sombra de ellos en su superficie será quizas las manchas que á nuestra vista se ofrecen.» Al punto se dedujo que en la Luna habia montañas, valles, rios, llanuras y muchas ciudades. A continuacion ha sido preciso conocer sus habitantes que, segun Jenofanes, pasan su vida lo mismo que nosotros. Segun algunos discípulos de Pitágoras, las plantas son alli mas bellas, los animales quince veces mas grandes y los dias quince veces mas largos que los nuestros.—Y sin duda, le dije yo, serán los hombres quince veces mas inteligentes que los de nuestro globo. Esta idea divierte mi imaginacion. Como quiera que la naturaleza es todavia mas rica por las variedades que por el número de las especies, distribuyo á mi arbitrio en los diferentes planetas varios pueblos que tienen uno, dos, tres ó cuatro sentidos mas que nosotros. En seguida comparo los genios

con los que la Grecia ha producido, y os confieso que compadezco á Homero y á Pitágoras.—Demócrito, respondió Euclides, ha salvado su gloria de este paralelo humillante. Persuadido quizas de la escelencia de nuestra especie, ha resuelto que los hombres son individualmente los mismos en todas partes; y segun dice, existimos á un mismo tiempo y de la misma manera sobre nuestro globo, sobre el de la Luna y en todos los mundos del universo.

«Se conviene generalmente hoy dia, continuó Euclides, en que los astros son de una forma esférica. En cuanto á su magnitud, no hace mucho tiempo que Anáxagoras decia que el sol es mayor que el Peloponeso, y Heráclito que solo tiene un pie de diámetro.»

Despues de largas correrias por el cielo volvimos á la tierra, y dije á Euclides. «En verdad que no hemos traido grandes verdades de tan largo viage. Seremos sin duda mas felices sin salir de entre nosotros, porque la mansion que habitan los hombres, debe serles pefectamente conocida.

«Euclides me preguntó, ¿que como podia sostenerse en equilibrio en medio de los aires una masa tan pesada como la tierra? —Esta dificultad jamas me ha ocurrido, le

respondí: quizas sucede con la tierra lo mismo que con las estrellas y los planetas. —Para estos, replicó Euclides, se han tomado precauciones á fin de evitar su caida; se les ha sujetado fuertemente á unas esferas mas sólidas, tan trasparentes como el cristal, de suerte que las esferas giran y con ellas los cuerpos celestes; pero no vemos al rededor de nosotros ningun punto de apoyo para suspender la tierra. ¿En que consiste pues, que no se sumerge en el seno del fluido que la rodea? Es, dicen algunos, porque el aire no la rodea por todas partes; la tierra es como una montaña, cuyos cimientos ó raices se estienden sin límites hasta el seno del espacio, y nosotros estamos en la cumbre, donde podemos dormir tranquilamente. Otros hacen plana su parte inferior, á fin de que pueda reposar en un número mayor de columnas de aire ó nadar sobre el agua. Pero, en primer lugar está casi demostrado que la tierra es de forma esférica. Por otra parte si se escoge el aire para sostenerla, este es muy débil; y si es el agua, se pregunta ¿en que se apoya este liquido? Nuestros físicos han hallado en estos tiempos una via mas sencilla para desvanecer nuestros temores. En virtud de una ley general, dicen ellos, to-

dos los cuerpos pesados propenden ácia un punto único, que es el centro del universo, centro de la tierra. Preciso es pues que las partes de esta, en lugar de alejarse de este medio, se estrechen unas sobre otras para aproximarse.

«De aqui es facil concebir como los globos que habitan al rededor de este globo, y aquellos en particular que se llaman antípodas, pueden sostenerse sin dificultad, déseles la posicion que se quiera.—¿Y creeis, le pregunté, que efectivamente hay hombres, cuyos pies esten opuestos á los nuestros?—Lo ignoro respondió. Aunque algunos autores han dejado descripciones de la tierra, es cierto que nadie la ha recorrido y que hasta ahora unicamente se conoce una ligera porcion de su superficie. Debemos reirnos de su presuncion cuando se les ve asegurar, sin la menor prueba, que la tierra está por todas partes rodeada del océano y que la Europa es tan grande como el Asia.»

Pregunté á Euclides cuales eran los paises conocidos de los griegos y tuvo la bondad de satisfacer la curiosidad mia del modo siguiente. «Pitágoras y Tales dividieron el cielo en cinco zonas: dos heladas y dos templadas, y una que se estiende á lo lar-

go del ecuador. Los hombres no pueden existir sino en una parte pequeña del globo, porque el esceso del frio y del calor no les ha permitido establecerse en las regiones cercanas á los polos y á la línea equinoccial, y asi es que no se han multiplicado sino en los climas templados. No hay fundamento para dar en muchos mapas geográficos una figura circular á la porcion de terreno que ocupan, pues la tierra habitada se estiende mucho menos del medio dia al norte, que de oriente á poniente. Al norte del Ponto-Euximo, tenemos las naciones escíticas, de las cuales unas cultivan la tierra y las otras andan errantes por sus vastos dominios; mas allá habitan diferentes pueblos y entre otros los antropófagos. A la otra parte de este pueblo suponemos que hay desiertos inmensos.

«Al Este las conquistas de Darío nos han dado á conocer las naciones que se estienden hasta el Indo. Se dice que mas allá de este rio hay una nacion tan grande como el resto del Asia, la cual es la India, de que una pequeña parte está sometida á la Persia y lo restante está desconocido. Acia el norte, mas arriba del mar caspio, hay muchos pueblos, cuyos nombres se nos ha trasmitido, añadiendo que los unos duermen

seis meses seguidos, que los otros no tienen mas que un ojo y que otros en fin tienen pies de cabra. Juzgad, pues, por estas relaciones de nuestros conocimientos geográficos.

«Por la parte de Oeste, hemos penetrado hasta las columnas de Hércules, y tenemos una idea confusa de las naciones que habitan las costas de la Ibéria. En lo interior del pais nos es absolutamente desconocido. Mas allá de las columnas se abre un mar llamado Atlántico, y que segun las apariencias, se estiende hasta la parte oriental de la India; pero no concurren á él otras naves que las de Tiro y de Cartago, las cuales aun no se atreven alejarse de la tierra; porque despues de haber pasado el estrecho, unas bajan ácia el sur costeando el Africa y las otras dan vuelta ácia el norte.

«Se han hecho muchas tentativas, para estender la geografía por la parte del medio dia. Se dice que por disposicion de Necos que reinaba en Egipto cerca de doscientos años hace, partieron del golfo de Arábia unas naves tripuladas de fenicios y volvieron á Egipto dos años despues por el estrecho de Cadiz. Se añade que otros navegantes han dado vuelta á esta parte del mundo, pero estas espediciones aun suponiéndolas

verdaderas no han tenido resultado alguno. Despues se contentaron con frecuentar las costas tanto orientales como occidentales del Africa, y en estas últimas establecieron los cartagineses un gran número de colonias. En cuanto á lo interior de este vasto pais, hemos oido hablar de un camino que lo atraviesa todo, desde la ciudad de Tebas en Egipto, hasta las columnas de Hércules. Se asegura tambien que existen muchas naciones grandes en esta parte de la tierra, pero de ellas solo existen los nombres.

CAPÍTULO XXX.

Arístipo.

Al dia siguiente de esta conversacion, corrió la voz de que acababa de llegar Arístipo de Cirena, á quien nunca habia yo visto. Mirábanle muchos como un novador en filosofía, y le acusaban de que queria establecer la alianza monstruosa de las virtudes y deleites. Al punto que llegó á Atenas abrió su escuela, donde yo me introduje con la multitud. Despues le traté particularmente, y en las conferencias que con él tuve, me dió algunas nociones de su sistema y de su conducta.

«Aun era yo jóven, me dijo, cuando recibí las nociones de Sócrates, y como la belleza de la doctrina de este gran filósofo, exigia ciertos sacrificios, de que yo no era capaz, resolví emprender otro camino mas cómodo para llegar al término de mis deseos. Siguiendo pues mis propias reflexiones, me acostumbré á juzgar de todos los objetos por las impresiones de alegria ó de dolor que causaban en mi alma; á buscar como útiles los que me procuraban sensaciones agradables, y evitar como dañosas las que producian un efecto contrario.

«Tomando por reglas de mi conducta estas dos especies de sensaciones, las refiero todo á mi mismo, y no dependiendo del resto del universo, sino por mi interés personal, me constituyo centro y medida de todas las cosas. Como no quiero que me mortifiquen los pesares ni las inquietudes, alejo de mi las ideas de lo pasado y lo futuro, y vivo enteramente entregado á lo presente. Cuando he agotado las delicias de un clima, voy á otro para hacer nueva cosecha. Aunque estrangero en todas las naciones, de ninguna soy enemigo; gozo de sus ventajas y respeto sus leyes. Aun cuando estas no existiesen, el filósofo no debiera turbar el

órden público con máximas atrevidas ni con una conducta irregular y reprensible. Pasé á la corte de Dionisio rey de Siracusa, y este príncipe me preguntó ¿á que iba á su corte?—Vengo á trocar, le dije, vuestros favores por mis conocimientos y mis necesidades por las vuestras.—Aceptó Dionisio el trato y me distinguió de los demas filósofos que le rodeaban.»

Sabia Arístipo que le habian desacreditado en la opinion de los atenienses; y dispuesto siempre á satisfacer á los cargos que se le hacian, me instaba á que le diese ocasiones para justificarse.

«Os acusan; le dije, de haber adulado á un tirano, y esto es un crimen horrible. —La corte de Siracusa, me respondió, estaba llena de filósofos que se erigian en reformadores. Yo tomé en ella el papel de cortesano sin dejar el de hombre de bien: aplaudia las buenas prendas del jóven Dionisio, pero no alababa sus defectos ni tampoco los reprendia, porque no tenia autoridad para ello y solamente sabia, que era mas facil tolerarlas que corregirlas. Jamás he faltado á la verdad cuando me ha consultado sobre puntos importantes. Cuando no se trataba de su gobierno, hablaba con libertad y aun á veces con indiscrecion. Un

dia le dirigí una pretension en favor de mis amigos, y viendo que no me oia, me eché á sus pies, y esto se miró como un crímen, á lo cual respondí: ¿Es culpa mia que este hombre tenga los oidos á los pies?

«Mientras yo le instaba inutilmente para que me concediese una gratificacion, le ocurrió hacer una á Platon, el cual no la aceptó, y entonces dije yo en voz alta. No hay peligro de que el rey se arruine, pues da á los que rehusan, y rehusa á los que piden.

«Muchas veces nos proponia problemas, é interrumpiéndonos luego se daba priesa á resolverlos él mismo. Tratemos, me dijo en una ocasion, de algunos puntos de filosofía; comenzad. —Muy bien, le dije, asi tendreis el placer de acabar y de enseñarme lo que quereis saber. —Picóse de esto, y á la comida me hizo poner en el último asiento de la mesa. Al dia siguiente me preguntó. —¿Qué os ha parecido aquel sitio?— Quisisteis sin duda, le respondí; que fuese el mas honroso de todos por algunos momentos.

«Os hechan en cara, dije á Arístipo, la aficion que teneis á las riquezas, al fausto, los manjares, las mugeres, los perfumes y toda clase de sensualidades. —Disfruto, me

contestó, de las comodidades de la vida y me es fácil pasar sin ellas. En la corte de Dionisio me han visto vestido de púrpura, en otras partes unas veces con vestido de lana de Mileto, y otras con un manto grosero. Dionisio daba libros á Platon y á mi dinero, que paraba poco en mis manos, por no mancharlas. Compré una perdiz en cincuenta dracmas (ciento sesenta y siete reales vellon), y dije á uno que se admiraba de esto: no hubierais dado vos un óbolo (diez y nueve maravediz).—Sin duda.—Pues bien: no estimo yo en mas las cincuenta dracmas.

«Las liberalidades del rey de Siracusa me permitian tener buena mesa, ricos vestidos y gran número de esclavos. Muchos filósofos, rígidos partidarios de la moral severa, murmuraban de mi altamente, pero yo unicamente les respondia con dichos jocosos. Un dia Policeno que creia tener en su alma el depósito de todas las virtudes, halló en mi casa unas lindas mugeres y los preparativos para un gran banquete; por lo que se entregó sin retentiva, á toda la rigidez de su celo. Yo le dejé decir cuanto quiso, y luego le invité á quedarse con nosotros. Aceptó y nos convenció en breve de que si no gustaba de gastar, á lo menos le gusta-

ba comer bien, tanto como su corruptor mismo. El nombre de deleite que doy á la satisfaccion interior que debe hacernos felices, no merece el agrado de aquellos entendimientos superficiales que se sujetan á las palabras mas que á las cosas. Algunos filósofos olvidando que aman la justicia, han favorecido su opinion, y algunos de mis discípulos la justificarán quizas cometiendo algunos escesos; ¿pero cambiará acaso de carácter un escelente principio, porque de él se saquen falsas consecuencias? Quizas llegará dia en que se diga que Sócrates y Arístipo algunas veces se apartaron de los usos ordinarios, ya en su conducta y ya en su doctrina, pero tambien se añadirá sin duda, que enmendaron estos leves estravios con los progresos que han hecho en la filosofía.»

CAPÍTULO XXXI.

Desavenencias entre Dionisio el jóven rey de Siracusa, y Dion su cuñado.—Viage de Platon á Sicilia.

Desde que yo me hallaba en Grecia habia recorrido las principales ciudades; pero poco satisfechos de estos viages Filotas y yo,

nos determinamos á recorrer con mayor detencion todas las provincias, empezando por las del norte.

La víspera de nuestra marcha comimos en casa de Platon, adonde fuí en compañia de Apolodoro y de Filotas. Alli encontramos á Espeusipo su sobrino, á muchos de sus antiguos discípulos, y á Timotéo tan celebrado por sus victorias. Dijéronnos, que Platon estaba encerrado con Dion de Siracusa que acababa de llegar de esta ciudad, y que precisado á dejar su patria, seis á siete años antes, habia vivido mucho tiempo en Atenas. A breve rato salieron á reunirse con nosotros, y Platon me pareció al principio inquieto y pensativo, pero en breve se manifestó otra vez segun su genio, naturalmente sereno, y mandó sacar la comida.

Reinaban en la mesa la decencia y el aseo. Algunos de los convidados se retiraron temprano, y Dion les siguió luego. Quedamos todos prendados de su aspecto y sus discursos, y Platon nos dijo: «en la actualidad es víctima de la opresion, pero quizas lo será algun dia de la independencia.» Instóle Timotéo paraque se esplicase, y accediéndo á sus deseos, lo hizo en estos términos. «Hace treinta y dos años que,

por razones y motivos largos de contar, tuve que hacer un viage á Siracusa, donde á la sazon reinaba Dionisio. Quiso conocerme este príncipe, trató de colmarme de favores, esperando de mi lisonjas, y solo oyó verdades de mi boca. Omito hablaros, ni de su favor que arrostré, ni de su venganza de que me costó trabajo evadirme. Entonces hice á favor de la filosofia una conquista de que debe honrarse, y es Dion, el mismo que acaba de salir de aqui: su hermana Aristomaca fué una de las dos mugeres, con quienes Dionisio se casó en un mismo dia. Á las pláticas que yo tuve con Dion, deberá su patria la independencia, si algun dia es tan dichosa que puede recobrarla. Su alma superior á las demas, se abrió á los primeros rayos de la luz, é inflamándose de repente con un violento amor á la virtud, renunció sin titubear á todas las pasiones que le habian antes degradado. Desde este momento se estremeció al pensar en la esclavitud, á que su patria estaba reducida, y despues de la muerte de Dionisio, cuya tirania habia durado treinta y ocho años, se aprovechó de la ocasion para trabajar por la felicidad de la Sicilia, dando sabios consejos al jóven Dionisio, hijo y sucesor de este príncipe. Po-

co satisfecho con instruirle, velaba tambien en cuanto á la recta administracion del estado; pero por mas que quiso hacer, sus enemigos lograron precipitar á Dionisio en los mas vergonzosos escesos. Esto no obstante, consiguió ponerme en gracia del príncipe, tanto que uno y otro me escribieron varias cartas espresivas instándome para que fuese á Siracusa.

«Con la esperanza de realizar mis ideas relativas al mejor gobierno, y establecer el reino de la justicia en los dominios del rey de Sicilia, me decidí á emprender el viage. Hallé la corte de Dionisio llena de disensiones y turbulencias, siendo Dion al mismo tiempo el blanco de atroces calumnias. —Al oir esto, Espeusipo interrumpió á Platon diciendo: mi tio no se atreve á contaros los honores que le hicieron, ni las satisfacciones que tuvo á su llegada. —El rey le recibió al saltar en tierra, y habiéndole hecho subir en una carroza magnífica tirada de cuatro caballos blancos, le llevó en triumfo en medio de un pueblo inmenso que ocupaba la playa: mandó que á cualquiera hora se le permitiese la entrada en palacio, y ofreció un pomposo sacrificio en accion de gracias por el beneficio que los dioses concedian á la Sicilia. En breve

se vieron anticiparse los cortesanos á la reforma, desterrar el lujo de sus mesas y estudiar con aficion las figuras geométricas que varios maestros describian en la arena estendida en las salas mismas del palacio.

«Los pueblos atónitos al ver tan súbita mudanza, concibieron las esperanzas mas alagueñas, pero en breve llegaron á destruirlas los partidarios de la opresion.—Me acusaron, añadió Platon, de que favorecia la filosofia contra los intereses del trono, y despertaron las antiguas prevenciones contra Dion mi amigo. Durante los primeros meses de mi mansion en Siracusa, dediqué todo mi conato á destruirlas, pero lejos de conseguirlo, veia debilitarse el crédito de Dion de dia en dia.

«Cayó por casualidad en manos de Dionisio una carta que Dion escribió á los generales de Cartago, con quien la Sicilia estaba en guerra. El rey ocultó al principio su descontento, y aun se esforzó á fingir dándole pruebas de bondad; pero un dia le llevó á la orilla del mar, le echa en cara su traicion, y sin permitirle que hable una palabra, le hace embarcar al punto en una nave que al momento se hizo á la vela. Esta accion fué como un rayo que dejó absorta á la Sicilia y consternó á los amigos

de Dion, temiendo todos que descargase tambien sobre nosotros. Pero á esta tempestad violenta sucedió de repente una profunda calma. El rey lejos de perseguir á los amigos del proscripto, no perdonó medio alguno para tranquilizarlos, procurando consolarme á mí en particular y exortándome á quedar á su lado; pero yo insistia siempre en esta alternativa; ó el regreso de Dion ó mi despedida. No pudiendo vencer mi resistencia, me hizo trasladar á la ciudadela en su mismo palacio. Cautivo y con guardias de vista vi á Dionisio manifestarme mayor terneza y cariño, y siendo nuestras pláticas cada dia mas frecuentes, corrió la voz de que yo era el único depositario del favor del monarca, cuya opinion me hizo odioso al pueblo y al egército, que me imputaban los desarreglos del príncipe y las faltas de la administracion pública. Estaba muy ageno de ser yo el autor de nada de esto, pues á escepcion de algunos preámbulos de ley, en los cuales trabajé desde mi llegada á Sicilia, habia reusado mezclarme en los negocios públicos, aun en aquel tiempo en que podia aliviar del peso de ellos á mi fiel compañero. En vano pedia yo el fin de su destierro y el mio, cuando se encendió la guerra con

Cartago. Llamaron la atencion de Dionisio nuevos cuidados, y no teniendo ya pretesto alguno para detenerme, consintió en mi partida, para lo cual hicimos una especie de tratado. Yo prometí volver á su lado luego que se hiciese la paz, y él me dió palabra de que volveria Dion al mismo tiempo. Tan pronto como aquella se realizó, escribió á este para que retardase un año su regreso, y á mí para que apresurase el mio. Le contesté inmediatamente, que mi avanzada edad no me permitia emprender tan largo viage, y que faltando él á su palabra quedaba yo libre de la mia; mas no por esto dejó de escribirme con mayor instancia; ya por sí directamente, ó ya por medio de mis amigos de Sicilia, unas veces por los filósofos de Italia, y otras particularmente por Archîtas que se habia ido á Siracusa.

«Me pareció en fin, que no debia ya resistir á tantas solicitudes. Costóme mucho sentimiento el tener que dejar de nuevo mi retiro, é ir en la edad de cerca de setenta años á hacer frente á un déspota altanero, cuyos caprichos son tan borrascosos como los mares que me era preciso atravesar; pero me hize cargo de que no hay virtud sin sacrificio. Espeusipo quiso acompañar-

me, y yo acepté sus ofrecimientos, lisonjeandome de que los atractivos de su genio seducirian al rey, si la fuerza de mis razones no podian convencerle. Partí en fin y llegué á Sicilia felizmente.

«Manifestóse Dionisio enagenado de contento, como tambien la reina y toda la real familia. Tuve muchas conferencias con este príncipe relativas al destierro de Dion, pero no pude conseguir que hiciese una reconciliacion necesaria á la prosperidad de su reino. Al cabo, tan cansado como él de mis importunaciones, empezé á quejarme de un viage tan infructuoso como molesto. Estábamos en verano y quise aprovechar la estacion para volver á mi patria. Valióse entonces de cuantas seducciones son imaginables para detenerme, y por último me prometió una de sus galeras; pero como quiera que al mismo tiempo era árbitro de retardar los preparativos, pasó la estacion favorable para navegar sin que pudiese embarcarme.

«No me era posible escapar por el jardin sin conocimiento del centinela que guardaba la entrada. El rey dueño de mi persona, empezaba ya á no reprimirse, y procedia sin miramiento alguno á la venta de los bienes de Dion, á pesar de la palabra

que me dió de conservárselos, verificóse la enagenacion de una parte como quiso, sin dignarse hablarme de esto ni escuchar mis quejas. Mi situacion se hacia mas crítica de dia en dia; me vi precisado á salir del palacio, y me prohibieron, no solo toda comunicacion con mis amigos, sino tambien el acercarme al rey. Unicamente oia hablar de sus quejas, de sus reconvenciones y de sus amenazas. Diéronme aviso de que corria riesgo mi vida, y en efecto unos satélites del tirano dijeron, que me darian muerte si me encontraban. Hallé por fortuna un medio para enterar de mi situacion á Archîtas y los demas amigos de Tarento. Antes de mi llegada les habia dado Dionisio palabra de que podria dejar la Sicilia cuando me acomodase, y ellos me habian dado tambien la suya en garantia de la del monarca. La reclamé en esta ocasion, y de alli á poco tiempo llegaron unos diputados de Tarento, los cuales despues de haber desempeñado una comision que habia servido de pretesto para su embajada, consiguieron por fin la libertad mia.

«A mi regreso de Sicilia desambarqué en Elida y fui á los juegos olimpicos, donde Dion me prometió que se hallaria. Le conté el resultado de mi mision, é indignado de

los nuevos ultrajes que yo acababa de recibir, esclamó de repente. «No se debe ya conducir á Dionisio á la escuela de la filosofia; sí á la de la adversidad, y yo voy á abrirle el camino de ella.» En el discurso de tres años me he valido de diversos pretestos para tenerle en la inaccion; pero acaba de declararme que ya es tiempo de volar al socorro de su patria. Los principales habitantes de Siracusa, los de la servidumbre, solo esperan su llegada para romper el yugo. Yo he visto sus cartas; no piden ni tropas ni dinero, sino su nombre para autorizarlos y su presencia para reunirlos. Va otra vez al Peloponeso; allí levantará soldados, y luego que haya hecho sus preparativos, pasará á Sicilia.»

Tal fué la relacion de Platon. Nos despedimos de él, y al siguiente dia partimos para la Beócia.

CAPÍTULO XXXII.

Viage á Beócia.—Caverna de Trofonio.—Hesiodo; Píndaro.

Se viaja con mucha seguridad por toda la Grecia, donde se hallan cómodas posadas en las principales ciudades y en los cami-

nos reales, pero tambien sacrifican en ellas sin miramiento alguno. A causa de ser todo el pais montuoso, no se hace uso de carruages sino en cortas travesias, y aun en estas es preciso muchas veces atar las ruedas. Se prefiere para los viages largos las mulas, y es necesario llevar consigo algunos esclavos para conducir el equipage.

En las principales ciudades se encuentran projenas encargados de acoger á los estrangeros. Llámanse asi unos particulares que tienen á veces relaciones de comercio ó de hospitalidad con otras ciudades, ó bien personas de un carácter público, reconocidos por agentes de una ciudad ó nacion, que por un decreto solemne los ha elegido con beneplácito del pueblo á que pertenecen; en fin, los hay que son á un tiempo mismo agentes de negocios de una ciudad estrangera y de algunos de sus habitantes.

Salimos de Atenas en la primavera del año tercero de la olimpíada ciento cinco (año 357 antes de J. C.) Llegamos en la tarde del mismo dia á Oropo por un camino muy escabroso, aunque plantado en algunos parages de muchos laureles. Esta ciudad situada en los confines de la Beocia y de la Ática, está lejana del mar como unos veinte estadios (cerca de tres cuartos

de legua.) Inmediato á ella está el templo de Amfiarao, uno de los gefes de la guerra de Tebas, el cual egercia alli las funciones de adivino, y por esto suponen que daba oráculos despues de su muerte. A distancia de treinta estadios (cerca de una legua) se encuentra en una altura la ciudad de Tanagra, cuyas casas tienen mucha apariencia. La mayor parte estan adornadas con pinturas encáusticas con vestíbulos. El territorio de esta ciudad regado por un riachuelo llamado Termodon; está cubierto de olivos y árboles de diferentes especies; produce poco trigo y el mejor vino de la Beócia. No hay parage alguno en esta provincia, donde los estrangeros tengan que temer menos estorsiones. Prefieren la agricultura á las demas artes, y creo que en esto consiste el secreto de sus virtudes.

Corina era natural de Tanagra, donde se dedicó á la poesia con aprovechamiento. Vimos su sepulcro en un lugar el mas público de la ciudad y su retrato en el gimnasio. Cuando uno lee sus obras, pregunta, porque en los certámenes de poesia fueron tantas veces preferidas á las de Pindaro; pero al ver su retrato se pregunta uno, que porque no lo fueron siempre.

Salimos de Tanagra y despues de haber

andado doscientos estadios (seis leguas y media,) por un camino quebrado y pedregoso, llegamos á Platea ciudad en otro tiempo poderosa, y hoy dia sepultada en sus ruinas. Estaba situada al pié del monte Citeron en aquella hermosa llanura que riega el Asopo, y en la cual fué derrotado Mardonio á la cabeza de trescientos mil hombres. Despues de esta batalla se unieron los de Platéa á los atenienses y sacudieron el yugo de los tébanos que se miraban como sus fundadores, y que desde este momento se convirtieron para ellos en enemigos implacables. Llegó su odio á tal estremo, que habiendose juntado á los lacedemónios durante la guerra del Peloponeso, atacaron á la ciudad de Platéa y la destruyeron enteramente. Volvióse á poblar poco despues, pero á causa de estar siempre en alianza con los atenienses, los tébanos volvieron á tomarla y la destruyeron otra vez, diez y siete años hace. Solo quedan de ella en el dia los templos respetados por los vencedores, algunas casas y una gran hospederia para los que van á ofrecer sacrificios en aquellos lugares. Es un edificio que tiene doscientos pies de largo y otros tantos de ancho, con muchas habitaciones en el piso bajo y el principal.

Vimos el templo de Minerva construido con los despojos arrebatados á los persas en Maraton, y adornado de muchísimas pinturas de escelentes profesores. La estátua de la diosa es obra de Fidias, de madera dorada, pero el rostro, las manos y los pies, son de marmol. Pasamos despues por el lugar de Leuctres y la ciudad de Tespis. Cerca del primero se dió algunos años antes aquella sangrienta batalla que derribó el poder de Lacedemónia. La segunda fué destruida asi como Platéa en las guerras últimas, y los tébanos solo respetaron los monumentos sagrados. Desde esta última ciudad fuimos á hacer noche en una aldea llamada Ascra, mansion tan incómoda que no se puede estar en verano ni en invierno; pero es la patria de Hesíodo.

Al dia siguiente fuimos por un sendero estrecho al templo de las Musas; á la subida nos detuvimos en las márgenes de la fuente Aganipe, y despues junto á la estátua de Lino, uno de los antiguos poetas de la Grecia, la cual está colocada en una gruta como en un pequeño templo. Penetrando luego en hermosas arboledas nos creimos trasportados á la brillante corte de las Musas: alli es efectivamente donde su

poder y su influencia se anuncian de un modo estraordinario por los monumentos que adornan aquellos parages solitarios y parecen animarlos. Sus estátuas, trabajadas por diferentes artífices, se ofrecen á los ojos del espectador y le paran.

Mas arriba del bosque corren entre márgenes floridas un riachuelo llamado el Permeso, la fuente Hipocrene y la de Narciso, donde suponen que espiró de amor aquel jóven, obstinándose en contemplar su imagen en las aguas tranquilas de esta fuente. Nos hallábamos entonces sobre el Helicon, aquel monte famoso por la pureza del aire, la abundancia de las aguas, la fertilidad de los valles, la frescura de sus sombras y la belleza de los árboles antiguos que le cubren.

Las Musas reinan sobre el Helicon. Su historia no presenta mas que tradiciones absurdas, pero sus nombres indican su origen. Los primeros poetas solamente reconocieron en un principio tres musas, Meletéa, Menema y Aeda, es decir: la meditacion, la memoria y el canto. A medida que el arte de los versos hizo progresos, personificaron los carácteres y los efectos, y el número de las musas aumentóse. En seguida se les asociaron las gracias que de-

ben hermosear la poesia y el amor que es muchas veces el objeto de ellas.

Estas ideas nacieron en un pais bárbaro en la Tracia, donde en medio de la ignorancia se dejó ver de repente Orféo, Lino y sus discípulos. Las musas fueron honradas en los montes de la Pieria, y estendieron desde alli sus conquistas sucesivamente sobre el Pindo, el Parnaso y el Helicon, y en todos los parages donde los pintores de la naturaleza rodeados de las mas risueñas imágenes esperimentan el calor de su inspiracion divina.

Salimos de aquellos sitios deliciosos, y fuimos á Lebadéa, situada al pie de un monte. Esta ciudad presenta por todas partes monumentos de la magnificencia y del gusto de los habitantes, y nos paramos á verlos con placer; aun teniamos mayor deseo de ver la caverna de Trofonio, pero una indiscrecion de Filotas nos impidió bajar á ella.

Una tarde que habíamos comido en casa de uno de los principales de la ciudad, recayó la conversacion sobre las maravillas que se habian visto en aquella caverna misteriosa. Filotas alegó algunas dudas, y observó que estos hechos sorprendentes eran por lo comun efectos naturales. «Yo esta-

ba una vez añadió en un templo; la estátua del dios parecia cubierta de sudor, y el pueblo empezó á gritar, *prodigio prodigio;* pero luego supe que aquella estátua era de una madera que tenia la propiedad de sudar por intervalos.» Apenas pronunció estas palabras cuando vimos á uno de los convidados ponerse pálido y salirse de allí á pocos momentos: era este uno de los sacerdotes de Trofonio, y nos aconsejaron que no nos espusiésemos á la venganza metiéndonos en un subterráneo, cuyas revueltas solo eran conocidas de aquellos ministros.

Algunos dias despues nos avisaron que iba á bajar un tébano á la caverna, y tomamos el camino del monte acompañados de unos amigos, y tras de una muchedumbre de habitantes de Lebadéa. Llegamos en breve al templo de Trofonio situado en medio de un bosque. La estátua que le representa bajo la figura de Eculapio es obra de la mano de Praxiteles.

Era Trofonio un arquitecto que junto con su hermano Agamedo, construyó el templo de Delfos. Hay variedad en los motivos que le atribuyen para haber merecido los honores divinos, como sucede con todos los objetos del culto de los griegos, cuyos orígenes no es posible aclarar, y pòr lo mismo

inutil el discutirlos. El camino por donde se va de Lebadea á la caverna de Trofonio, está rodeado de templos y estátuas; la caverna, abierta un poco mas arriba del bosque sagrado, ofrece primeramente á la vista una especie de vestíbulo rodeado de una balaustrada de marmol blanco, sobre el cual se levantan unos obeliscos de bronce. Desde allí se entra en una gruta abierta á pico, de ocho codos de alto y cuatro de largo. Allí se encuentra la boca de la caverna, á la cual se baja por una escalera, y cuando se ha llegado á cierta profundidad solo se encuentra una abertura sumamente estrecha, por donde hay que meter los pies; y cuando con mucha pena se ha introducido el resto del cuerpo, se siente uno arrastrado con la rapidez de un torrente, hasta el fondo del subterráneo. Si se trata de salir, es uno lanzado cabeza abajo con la misma velocidad y violencia. Hay que llevar unas composiciones de miel, y por no soltarlas se ve uno impedido de echar las manos á los resortes, empleados para acelerar la bajada y la subida; mas para desvanecer todas sospechas de supercheria, suponen los sacerdotes que la caverna está llena de serpientes, y que se libran de sus mordeduras echándoles tortas de miel.

Nadie puede penetrar en la caverna, sino durante la noche y despues de largas preparaciones. El tébano que fué á consultar al oráculo, pasó antes algunos dias en una capilla consagrada á la Fortuna y al buen Genio, usando de baños frios, absteniéndose del vino y de todas las cosas vedadas por el ritual, y alimentándose de las víctimas que el mismo habia ofrecido. A la entrada de la noche sacrificaron un carnero; y los adivinos habiendo examinado las entrañas, declararon que Trofonio aceptaba el homenage de Tersidas, que asi se llamaba el tébano, y que responderia á sus preguntas. Lleváronle en seguida á las márgenes del arroyo de Hercina, donde dos mancebos de edad de trece años le frotaron con aceite é hicieron varias abluciones. De alli le condujeron á dos fuentes cercanas, una de las cuales se llama la fuente de Letéa y la otra Mnemosina. La primera borra la memoria de lo pasado; y la segunda graba en la imaginacion lo que se ve ó se oye en la caverna. Introdujéronle luego y le dejaron solo en una capilla, donde hay una estátua de Trofonio, á la que Tersidas dirigió sus oraciones, y se fue ácia la caverna vestido de una ropa de lino. Le seguimos á la debil luz de las antorchas que le pre-

cedian en la gruta, y desapareció de nuestra vista.

En tanto que volvia estuvimos oyendo las conversaciones de los demas espectadores, entre los cuales habia muchos que habian estado en la caverna. Los unos decian que nada habian visto, pero que el oráculo les habia dado su respuesta de viva voz; otros al contrario nada habian oido, pero si tenido apariciones capaces de ilustrar sus dudas.

Pasamos la noche y una parte del dia siguiente oyendo las diferentes relaciones, que cotejadas nos fué facil de ver que los ministros del templo se introducian en la caverna por caminos secretos y que juntaban la violencia á los prestigios para turbar la imaginacion de los que iban á consultar al oráculo. Era ya medio dia; Tersidas no parecia y nosotros andábamos al rededor de la gruta. Al cabo de una hora obserbamos la gente en tumulto ácia la balaustrada, y habiendo acudido nosotros, vimos al Tébano sostenido por los sacerdotes que lo sentaron en una silla llamada de Mnemosina, donde debia decir cuanto habia visto y oido en el subterraneo. Estaba sobrecojido de espanto, con los ojos amortecidos, sin conocer á nadie. Despues de ha-

ber recojido de su boca algunas palabras interrumpidas, que tomaron por la respuesta del oráculo, los que venian con él le llevaron al templo del buen Genio y de la Fortuna. Recobró allí poco á poco los sentidos, pero no le quedaron mas que ideas confusas de su mansion en la caverna ó mas bien una impresion terrible del trastorno que habia alli esperimentado; pues no se consulta este oráculo impunemente y la mayor parte de los que salen de las cavernas, conservan durante su vida tan profunda tristeza que no pueden dominarla, habiendo dado esto motivo á un proverbio, y asi es que se dice de un hombre melancólico. *Viene de la caverna de Trofonio.*

Algunos dias despues emprendimos la marcha ácia Tebas. Pasamos por Cheronéa cuyos habitantes ofrecen sacrificios al cetro que Vulcano fabricó por órden de Júpiter, y que Pelops pasó sucesivamente á manos de Atréo y de Agamenon. Desde Cheronéa fuimos á Tebas cuya ciudad, una de las mas considerables de la Grecia, está cercada de murallas y defendida por torreones. Se entra en ella por siete puertas, y su recinto es de cuarenta y tres estadios (una legua y 1686 pasos.) La ciudadela está situada en una eminencia, donde se

establecieron los primeros habitantes de Tebas. Entre las magnificencias que decoran los edificios públicos, se ven estátuas de la mayor belleza. Admiré en el templo de Hércules la figura colosal de este héroe hecha por Alcameno, y sus trabajos obras de Praxiteles; en el de Apolo Ismenio, el de Mercurio de Fidias, la Minerva de Escopas, y entre muchos trípodes de bronce de escelente trabajo, uno todo de oro, que fue regalado por Creso rey de Lidia.

Hay aquí, como en las demas ciudades de la Grecia, un teatro, un gimnasio, lugar de ejercicio para la juventud, y una espaciosa plaza pública. La ciudad está muy poblada: sus habitantes estan, como los de Atenas, divididos en tres clases, cuales son: los ciudadanos, los estrangeros domiciliados y los esclavos. Tebas es no solo el baluarte de la Beócia, sino tambien la capital de ella. Está á la cabeza de una grande confederacion compuesta de las principales ciudades de la Beócia; y que puede poner en campaña mas de veinte mil hombres. Esta potencia es tanto mas temible, cuanto los beócios son en general bravos, aguerridos y orgullosos por las victorias que han ganado bajo el mando de Epaminondas; tienen fuerza corporal estraordi-

naria y la aumentan sin cesar con los ejercicios del gimnasio.

El aire es muy puro en la Ática, y muy denso en la Beócia, aunque este último pais solo está separado del primero por el monte Citeron. Esta diferencia parece que es causa de otra semejante que se nota en los genios, y confirma las observaciones de los filósofos sobre la influencia del clima, pues los beócios no tienen aquella penetracion, ni aquella vivacidad que caracterizan á los atenienses; pero quizas es menester atribuirlo aun mas á la educacion que á la naturaleza. Si parecen pesados y estúpidos, es porque son ignorantes y groseros. Ocúpanse en los ejercicios corporales mas que en cultivar el entendimiento, y de aqui es que no tienen ni las gracias de la elocucion, ni las luces que se adquieren con el trato de las letras, ni tampoco las esterioridades seductoras que vienen mas del arte que de la naturaleza. Sin embargo, no debe creerse que la Beócia haya sido estéril en hombres de talento, pues muchos tébanos han hecho honor á la escuela de Sócrates. Epaminondas, no se distinguia menos por sus conocimientos que por sus talentos militares. En Beócia nacieron Hesíodo, Corina y Píndaro.

Hesíodo ha dejado un nombre célebre y obras muy estimadas, escediendo en un género de poesia que pide poca elevacion; Píndaro en aquel que mas exige. Este último floreció en tiempo de la espedicion de Jerjes, y vivió unos sesenta y cinco años. Tomó varias lecciones de poesia, de diferentes maestros y en particular de Mirtis, muger distinguida por sus talentos, mas célebre todavia por haber contado entre sus discípulos á Píndaro y la bella Corina, cuyos dos discípulos vivieron unidos, á lo menos en el amor á las artes. Ejercitóse Píndaro en todos los géneros de poesia, y debió principalmente su reputacion á los himnos que le pidieron, ya para honrar las fiestas de los dioses, ya para ensalzar el triunfo de los vencedores en los juegos públicos de la Grecia. Su genio vigoroso é independiente solo se manifiesta con movimientos irregulares, altivos é impetuosos. Si los dioses son objeto de su canto, se eleva como un águila hasta los pies de sus tronos, y si son los hombres se arroja á la lid cual un fogoso caballo. En los cielos, por la tierra, hace correr, digámoslo asi, un torrente de imágenes sublimes de metáforas atrevidas, de pensamientos fuertes y de máximas luminosas.

Las victorias que los griegos acababan de conseguir sobre los persas, les convencieron de que nada exalta mas las almas que los testimonios brillantes de la estimacion pública. Aprovechándose Píndaro de las circunstancias, acumulando las espresiones mas enérgicas y las figuras mas brillantes, parecia que tomaban su voz del trueno para decir á los estados de la Grecia: «no dejeis estinguir el fuego divino que abrasa vuestros corazones; escitad toda especie de emulacion; honrad toda clase de mérito, y no atendais mas que los actos de valor y de grandeza de aquel que solo vive para la gloria.» A los griegos reunidos en los campos de olimpia: «mirad, les decia, esos atletas, que para alcanzar á vuestra presencia algunas hojas de olivo, se han sujetado á tan duro trabajo. ¿Que no hareis, pues, cuando se trate de vengar la patria?»

A pesar de la profundidad de estos pensamientos y el desorden aparente de su estilo, los versos de este gran poeta se llevan siempre los votos y la aprobacion del público. La multitud los admira sin entenderlos, porque le basta para esto que pasen rapidamente las imágenes por delante de los ojos; pero los jueces ilustrados coloca-

rán siempre al autor en el primer lugar de los poetas líricos, y ya los filósofos citan sus máximas y respetan su autoridad. Píndaro vivió en el seno del reposo y de la gloria; aunque es verdad que los tébanos le impusieron una multa por haber elogiado á los atenienses sus enemigos, y que en los certámenes, las composiciones de Corina fueron preferidas á las suyas por cinco veces; á estas tempestades pasageras sucedieron muy en breve los dias serenos. Los atenienses y todas las naciones de la Grecia le colmaron de honores, y la misma Corina hizo justicia á la superioridad de su ingenio. En Delfos cuando se celebraban los juegos píticos, precisado á ceder á los deseos é instancias de un inmenso concurso, se colocaba coronado de laureles, en un asiento elevado, y tomando su lira hacia oir aquellos sones encantadores que escitaban por todas partes voces de admiracion, y que eran el mas bello ornato de las fiestas. Cuando concluian los sacrificios, el sacerdote de Apolo le convidaba con toda solemnidad al banquete sagrado, atendiendo á que el oráculo habia mandado que se le reservase una porcion de primicias que le ofrecian en el templo.

Los tébanos son valerosos, insolentes,

audaces y vanos; pasan rapidamente de la cólera al insulto, y del desprecio de las leyes al olvido de la humanidad. El menor interes es motivo entre ellos para cometer injusticias manifiestas, y el mas leve pretesto para un asesinato. En vano se buscaria el distintivo de este caracter en un cuerpo de jóvenes guerreros, llamado el *Batallon sagrado*, el cual consta de trescientos individuos, todos educados y mantenidos en comunidad en la ciudadela, á espensas del público. Los écos melodiosos de una flauta dirigen sus egercicios y hasta sus diversiones; y á fin de evitar que su valor degenere en un furor ciego, les infunden en sus almas el sentimiento mas noble y mas vivo.

Cada uno de estos guerreros debe escoger en el cuerpo un amigo con quien viva siempre inseparable. Toda su ambicion consiste en agradarle, merecer su estimacion, participar de sus placeres y sus penas en el discurso de la vida, y sus trabajos y peligros en la guerra. Si fuese capaz de faltarse á si mismo, jamas faltaria á un amigo, cuya censura es para él uno de los tormentos mas crueles, y sus elogios las mas dulces delicias. Esta union, casi sobrenatural, hace preferir la muerte á la

infamia, y el amor á la gloria á todos los demas intereses. En lo fuerte de la pelea fué derribado y quedó tendido boca abajo uno de estos guerreros, y viendo á un soldado enemigo que le iba á meter la espada por los riñones: «espera, le dijo incorporándose, y traspasa con este acero mi pecho, pues mi amigo se avergonzaria si llegase á sospechar que he recibido la muerte huyendo.»

En otro tiempo formaban estos guerreros en pelotones, al frente de las diferentes divisiones del egército. Pelópidas que tuvo muchas veces el honor de mandarlos, habiéndoles hecho pelear en cuerpo, los tébanos les debieron casi todas las ventajas que lograron contra los lacedemónios. Filipo destruyó en los campos de Cheronéa esta cohorte, hasta entonces invencible, y el mismo príncipe viendo aquellos jóvenes tébanos, tendidos en el campo de batalla, llenos de heridas honrosas y abrazados unos con otros en el mismo puesto que habian ocupado, no pudo contener sus lágrimas, y dió un testimonio público de su valor y sus virtudes.

Saliendo de Tebas pasamos por cerca de un gran lago llamado Hilica, en el cual desaguan los rios que riegan el territorio de

esta ciudad, y de alli fuimos á las orillas de otro lago llamado Copais, cuyo circuito es de trescientos ochenta estadios (mas de 12 leguas y media.) Como no tiene ni puede tener ninguna salida aparente, inundaria en breve la Beócia, si la naturaleza ó mas bien la industria humana, no hubiese abierto en los montes unos conductos ocultos para que salgan las aguas. Es muy verosimil que el diluvio ó mas bien las avenidas que en tiempo de Ogiges inundaron la Beócia, no tuvo otro orígen que el de haberse atrancado estos conductos subterraneos.

Despues de haber pasado por Oponte y algunas otras ciudades de los locrios, llegamos al paso célebre de las Termópilas. Le anduvimos muchas veces, fuimos á ver las termas ó baños de agua caliente, de donde se deriva su nombre, y vimos la colina á donde se retiraron los compañeros de Leonídas, despues de la muerte de este héroe. Acercándonos á los monumentos que hizo levantar en aquel sitio la asamblea de los amfictiones, no pudimos resistir al impulso de nuestra admiracion y enternecimiento. Son unos cipos pequeños en honor de los trescientos espartanos, y de las demas tropas griegas, que pelearon en aquel famoso dia. En el primero que se ofreció á

nuestra vista, leimos: «aqui pelearon cuatro mil griegos del Peloponeso contra tres millones de Persas.» Nos acercamos al segundo, y en él leimos estas palabras de Simónides. «Pasagero, ve á decir á Lacedemónia, que descansamos aqui, por haber obedecido á sus santas leyes.» ¡Oh con que sentimiento de grandeza, con que indiferencia sublime se han anunciado semejantes cosas á la posteridad! Despues de estos monumentos célebres, hay un trofeo que Jerjes hizo levantar, y que honra mas á los vencidos, que á los vencedores.

CAPÍTULO XXXIII.

Viage á Tesália. — Amfictiones. — Mágicas. — Reyes de Féres. — Valle de Tempe.

(Año 357 antes de J. C.) Saliendo de las Termópilas se entra en la Tesália. Este pais que comprende la Magnesia y otras muchas provincias, tiene por límites al este la mar, al norte el monte Olimpo, al oeste el Pindo, y al sur el Oeta. De estos eternos límites salen otras cordilleras de montes y colinas, que hacen varias ondulaciones en lo interior del pais, y abrazan por intervalos, fértiles llanuras que por su figura y cir-

cuito, parecen vastos amfiteatros. Elevanse ciudades opulentas en las alturas que rodean los llanos, y todo el pais está bañado por rios, de los cuales la mayor parte entran en el Penéo, que antes de desembocar en el mar, atraviesa el famoso valle conocido bajo el nombre de Tempe.

A pocos estadios de las Termópilas, vimos el lugarcillo de Antela, célebre por un templo de Ceres y por la junta de los amfictiones que se celebra alli todos los años. Unos dicen que Amfiction que reinaba en las cercanias, fué su fundador, y otros que lo fué Acrisio rey de Argos. Lo que parece cierto, es que en los tiempos mas remotos, doce naciones del norte de la Grecia, tales como los dorios, los jónios, focienses, beócios, tesalianos etc., formaron una confederacion para evitar los males que la guerra trae consigo; en esta asociacion determinaron enviar todos los años diputados á Delfos, que fuesen de la competencia de esta asamblea los atentados cometidos contra el templo de Apolo, quien habia recibido sus juramentos, y todos aquellos que son contrarios al derecho de gentes, de que ellos debian ser los defensores; que cada una de las doce naciones tendria voto en la eleccion de aquellos diputados y se

obligaria á que fuesen cumplidos los decretos de este tribunal augusto, el cual subsiste hoy dia, casi bajo la misma forma con que fué establecido. La junta de los amfictiones, se celebra en la primavera en Delfos y en otoño en el lugar de Antela. Concurren un gran número de espectadores y dá principio con lòs sacrificios ofrecidos por la felicidad y reposo de la Grecia.

De Antela entramos en el pais de los trachinios, y vimos en las cercanias las gentes del campo ocupadas en recoger el eléboro precioso que se cria en el monte Octa. El ansia de satisfacer nuestra curiosidad, nos obligó á tomar el camino de Hipate, porque nos habian dicho que allí habia muchas mugeres mágicas, que segun decian, tenian la gracia de poder detener el sol, atraer la luna ácia la tierra, escitar ó calmar las tempestades, resucitar los muertos ó precipitar los vivos á la sepultura. Nos acompañaron en secreto á casa de unas mugeres viejas, cuya miseria era tan escesiva como su ignorancia; se jactaban de tener hechizos contra las mordeduras de los escorpiones y las víboras, y para amortiguar y hacer impotente la fogosidad de los esposos jóvenes, ó para matar los ganados y las abejas. Observamos que hacian

figuras de cera, á las cuales echaban mil maldiciones, las metian alfileres por el corazon, y luego las esponian en algunos barrios de la ciudad. Aquellos cuyas facciones se hallaban imitadas en tales figuras, aterrorizados al ver tales objetos, se creian amenazados de muerte, y este miedo solia abreviar sus dias. La profesion de las mágicas se reputa por infame entre los griegos; el pueblo las detesta mirándolas como la causa de todas las desdichas, y las acusa de que abren las sepulturas para mutilar los muertos. Es cierto que la mayor parte de estas mugeres son capaces de cometer los mas horrendos crímenes, y que hacen mas uso del veneno, que del de sus encantos, y asi es que la justicia las persigue por todas partes. Durante mi residencia en Atenas, vi condenar á una de ellas á muerte, y sus parientes como cómplices sufrieron tambien la misma pena.

Desde Hipate fuimos á Lamia, y de alli á Taumaci, donde se nos presentó el punto de vista mas hermoso que se halla en la Grecia, porque esta ciudad domina un valle inmenso, cuyo primer aspecto causa una sensacion inesplicable. En esta rica y soberbia llanura estan situadas muchas ciudades, siendo una de ellas Farsália, que

es de las ciudades mayores y mas opulentas de la Tesália. Este pais ha sido la mansion de los héroes y el teatro de las hazañas mas ilustres. Alli es donde se dejaron ver los centauros y los lapitas, se enbarcaron los argonautas, murió Hércules, nació Aquiles, vivió Pirotoo, é iban los guerreros de los paises mas lejanos á hacerse famosos con hechos de armas. Los achêos, los eolianos, los dorios, de que descienden los lacedemónios y otras poderosas naciones de la Grecia, son originarios de la Tesália. Los pueblos que se distinguen hoy dia, son los tesalos, propiamente tales, los ooteos, los phtiores, los malios, magnetes, perrebos etc. los cuales estaban sujetos á reyes en otro tiempo, y la mayor parte se hallan hoy dia sometidos al gobierno oligárquico. La Tesália puede poner en campaña unos seis mil caballos y diez mil hombres de infantería, sin contar los arqueros que son muy diestros, y su caballería es famosisíma, todo el mundo conviene en que es irresistible su carga. Se dice que los tesalos han sido los primeros que sujetaron al freno los caballos y los llevaron á la pelea, y añaden que esto dió motivo para creer que en otro tiempo hubo en Tesália unos hombres, medio hombres y

medio caballos, llamados centauros, cuya fábula prueba á lo menos la antigüedad de la equitacion entre ellos.

Desde los tiempos mas remotos, los habitantes de la Tesália cultivaron la poesía, y pretenden haber dado el ser á Orfeo, á Lino y á otros muchos que vivian en el siglo de los héroes, de cuya gloria eran partícipes, pero desde aquella época no han producido ningun escritor ni artista célebre. Hace casi siglo y medio que Simónides los encontró insensibles á los encantos de sus versos. Tienen tanto gusto y aficion á la danza, que aplican los términos de este arte, á los usos mas nobles. Hay parages en que los generales ó los magistrados se apellidan gefes de la danza. Cuando cazan, tienen obligacion de respetar las cigüeñas é imponen la misma pena que á los homicidas á cualquiera que mata estas aves. Admirados de una ley tan estraña, preguntamos la causa de ello, y nos dijeron que las cigüeñas habian purgado la Tesália de las enormes serpientes que antes la infestaban, de modo que sin la ley de que se trata, se hubieran visto los tésalos obligados á abandonar su pais, asi como la multitud de topos habia hecho emigrar á los habitantes de otra ciudad, cuyo nombre he olvidado.

En nuestros dias se formó en la ciudad de Féres una potencia, cuyo esplendor fué tan brillante como pasagero. Licofron puso los primeros cimientos, y su sucesor Jason la dió tal auge, que se hizo temible á la Grecia y á las naciones lejanas. Algunos años despues de la muerte de este grande hombre que murió al frente de su egército, á manos de siete jóvenes conjurados que se dice estaban cansados de su severidad, llegamos á Féres, ciudad muy grande, rodeada de jardines.

Alejandro manchado con la sangre de Polidoro y de Polifron, hermanos y succesores de Jason, egercia alli la mas vergonzosa tiranía. Una multitud de fugitivos y vagamundos, conocidos por sus crímenes, aunque menos pervertidos que Alejandro, siendo sus soldados y sus satélites, causaban la desolacion en sus estados y los pueblos limítrofes. Los habitantes de Féres vivian atemorizados, y con el abatimiento consecuente al esceso de los males, que es la mayor desgracia. El tirano mismo agitado de los temores con que él agitaba á los demas, vivia en una continua desconfianza, y hasta sus mismos guardias le daban temores. Pasaba la noche en lo mas alto de su palacio en una habitacion, á la cual su-

bia con una escalera de mano, y cuyas avenidas estaban guardadas por un alano que solo respetaba á su amo, á la reina y el esclavo encargado de mantenerle. Alli se retiraba todas las noches, llevando delante á este mismo esclavo con espada en mano, y el cual registraba cuidadosamente la estancia. Voy á referir un hecho singular sin detenerme en hacer reflexion alguna.

Endemo de Chipre, yendo de Atenas á Macedonia, cayó enfermo en Féres, y con motivo de haberle visto varias veces en casa de Aristóteles, de quien era amigo, le asistí durante la enfermedad con todo el cuidado que me fué posible. Una tarde que los médicos me manifestaron lo mucho que desconfiaban de la curacion, me senté junto á su cama, y enternecido el enfermo al ver mi afliccion, me alargó la mano y me dijo con voz moribunda: «voy á confiar á vuestra amistad un secreto que seria peligroso el revelarlo á cualquiera otra persona. En una de estas últimas noches se me ha aparecido en sueños un jóven de singular belleza anunciándome que curaria, y que dentro de cinco años estaria de vuelta en su casa. En prueba de su prediccion añadió que al tirano le quedaban pocos dias de vida.» Escuché esta conferencia de Eu-

demo como un síntoma de delirio, y me fuí á mi casa traspasado de dolor. Al amanecer del dia siguiente nos despertaron estos gritos mil veces repetidos «¡ya murió! ya no existe el tirano, ¡ha muerto á mano de la reina!» acudimos al instante al palacio, y vimos allí el cadaver de Alejandro entregado á los insultos de un populacho que le pisaba, celebrando con entusiasmo el valor de la reina. Ella fué en efecto la que se puso al frente de la conspiracion, bien fuese por odio á la tirania, ó ya por vengar sus injurias personales. Era hija de Jason esta princesa. Despues de haber formado su plan, se lo comunicó á sus tres hermanos, los cuales estaban amenazados de muerte por Alejandro, y al instante se decidieron á favorecer el proyecto de la reina. La vispera de la ejecucion los tuvo ocultos en el palacio: aquella noche Alejandro bebió con esceso, subió á su aposento, se tendió en el lecho y durmióse. La reina baja inmediatamente, aleja el esclavo y el alano, vuelve con los conjurados, y se apodera de la espada que estaba colgada en la cabecera de la cama. En aquel momento parece que desmaya el valor de sus hermanos, pero amenazándoles de que despertará al rey, si aun ti-

tubean, se arrojan sobre él y le cosen á puñaladas.

No me detuve y fui presuroso á dar la noticia á Eudemo, quien no se admiró al oirla. Recobró sus fuerzas, y cinco años despues murió en Sicilia; Aristóteles que despues hizo un diálogo sobre el alma, en memoria de su amigo, sostenia que el sueño se habia verificado en todas sus partes, pues dejar la tierra es volver á la patria.

Los conjurados despues de haber dejado que respirasen algun tiempo los habitantes de Féres, dividieron entre ellos el poder soberano, y cometieron tantas injusticias, que sus súbditos se vieron precisados á llamar en su socorro á Filipo de Macedonia, el cual fué y arrojó no solamente á los opresores de Féres sino tambien á los que se habian establecido en otras ciudades.

Despues de haber recorrido las cercanias de Féres, vimos las partes meridionales de Magnesia, y en seguida tomamos el camino ácia el norte, dejando á la derecha la cordillera del monte Pelion.

Este pais es delicioso por lo benigno de de su clima, la variedad de aspectos, y los muchos valles que forman, particularmente en la parte mas setentrional, las ramas del Pelion y del Osa. Sobre una de las cum-

bres del primero, hay un templo en honor de Júpiter, y cerca de él está la célebre caverna donde suponen que el Centauro Chiron estableció su morada en otro tiempo. Subimos allá, siguiendo á una procesion de jóvenes que van todos los años en nombre de una ciudad inmediata á ofrecer un sacrificio al soberano de los dioses.

Continuando nuestro camino llegamos á Sicurio, ciudad situada en una colina al pie del monte Osa; y de alli hasta Larisa: el pais es fertil aunque poco poblado y se hace mas ameno á proporcion que uno se acerca á esta villa tenida con razon por la mas rica y hermosa de la Tesália. El Penéo hermosea sus cercanias y baja sus muros con sus aguas tan delgadas como cristalinas. Teniamos vivos deseos de llegar á Tempe, cuyo nombre, comun á muchos valles que se encuentran en este pais, le dan particularmente al que se forma entre el monte Olimpo y el Osa. Este es el único camino para ir de Tesália á Macedonia. Tomamos un barco, al rayar el alba nos embarcamos en el Penéo, y habiendo pasado la embocadura del Fitaresio, llegamos á Gonno distante de Larisa cerca de ciento sesenta estadios (6612 pies.) Esta ciudad es importantísima por su situacion como llave

de la Tesália á la parte de Macedonia, lo mismo que lo son las Termópilas por la parte de la Fócida. El valle se estiende del sudoeste al noroeste; su longitud es de cuarenta estadios (una legua y 1290 pasos;) pero estos se disminuyen á veces tanto que solo parece ser de unos cien pies. Los montes estan poblados de álamos, plátanos y fresnos de estraordinaria hermosura: en las faldas brotan fuentes de agua clara como el cristal, y en los intervalos que separan sus cumbres, se respira un aire fresco y puro, con cierto deleite interior. El rio presenta casi por todas partes un canal sereno, en ciertos parages forma isletas cuyo verdor es perenne, y las grutas que se ven abiertas en las laderas de los montes, tapizadas de céspedes, parecen el asilo del placer y del reposo. Los laureles y otros varios arbustos forman toldos y bosquecillos, haciendo un hermoso contraste con los sotos que hay al pie del Olimpo. Los peñascos estan tapizados de una especie de yedra, y los árboles adornados de plantas que serpentean rodeando sus troncos, se enredan en sus ramas, y cuelgan formando festones y guirnaldas. Todo presenta en fin en estos deliciosos parages la decoracion mas risueña y pintoresca: por todas partes que uno

tiende la vista, parece que los ojos respiran la frescura y que el alma recibe nuevo espíritu de vida. Añádese á tan maravilloso cuadro, que en la primavera este valle encantador está por todos lados esmaltado de flores, y que las vandadas de pajarillos hacen resonar en él sus armoniosos cantos, á los cuales parece que la soledad y la estacion les prestan una melodia mas tierna y encantadora.

Al salir del valle se ofreció á nuestra vista uno de los mas bellos espectáculos, cual es el de una llanura cubierta de casas y de árboles, donde el rio, cuya cauce es mas ancha y el curso mas rápido, parece que se multiplica por sus revueltas. A la distancia de algunos estadios se vé el golfo Termaico; mas alla se descubre la península de Palene y á lo lejos termina esta hermosa vista el monte Atos. Creíamos poder volver por la tarde á Gonno, pero una tempestad furiosa nos precisó á pasar la noche en una casa situada en la orilla del mar, cuya posesion pertenecia á uno de Tesália que se apresuró á recibirnos. Habia estado algun tiempo en la corte del rey Cotis, y durante la comida nos contó varias anécdotas referentes á este príncipe. «Cotis, nos dijo, es el mas rico, el mas vo-

luptuoso y mas desordenado de los reyes de Tracia. En el verano anda errante con su corte por los bosques, donde se han abierto cómodos caminos. Cuando llega á las márgenes de algun arroyo, ó algun sitio ameno, fresco y sombrio, hace alli parada y se entrega á todos los escesos de la gula. Actualmente le domina un delirio capaz de causar lástima, si la locura unida al poder no hiciese crueles las pasiones. ¿Sabeis cual es el objeto de su amor? Minerva. Al principio mandó que una de sus mancebas se adornase con los atributos de su divinidad; pero como esta ilusion le inflamaba mas y mas, tomo el partido de casarse con la diosa, y fueron celebradas sus bodas con la mayor magnificencia, siendo yo convidado á ellas. Esperaba él con impaciencia á su esposa, y en tanto se embriagó. Al fin del banquete uno de sus guardias fué de órden suya á la tienda, donde estaba dispuesto el lecho nupcial, y á su vuelta habiéndole dicho que Minerva no habia llegado todavia, Cotis le traspasó con una flecha que le quitó la vida. Otro guardia esperimentó igual suerte, pero el tercero en vista de tales resultados, le dijo que acababa de ver á la diosa, que estaba acostada y que esperaba al rey. Al oir esto

Cotis sospechando que su esposa habria sido infiel, concediendo favores al guardia, se arrojó sobre él furioso, y le despedazó con sus propias manos.» Esta fué la relacion del tesaliano. Poco tiempo despues dos hermanos, Heráclidas y Piton, conspiraron contra Cotis y le quitaron la vida.

Disipóse la tempestád durante la noche, y cuando despertamos vimos la mar en calma y el cielo sereno: volvimos al valle y vimos en él los preparativos para una fiesta que los de Tesália celebran todos los años, en memoria de un terremoto, que abriendo paso libre á las aguas del Penéo, descubrió los hermosos llanos de Larisa. Al dia siguiente por la mañana regresamos á esta ciudad, y algunos dias despues tuvimos ocasion de ver las corridas de toros. Ya habia yo visto otras semejantes en varias ciudades de la Grecia, pero los habitantes de Larisa mostraron en estas, mas destreza que los demas pueblos. Estábamos ya en el otoño, y como esta temporada es regularmente la mas hermosa en Tesália, hicimos algunas correrias por las ciudades inmediatas; pero habiendo llegado el momento de continuar el viage, determinamos pasar por el Epiro, y tomamos el camino de Gomfi, ciudad situada al pie del monte Pindo.

CAPÍTULO XXXIV.

Viage á Epiro, á Arcanania y á Etolia. —Oráculo de Dodona.—Salto de Leucade.

El monte Pindo separa la Tesália del Epiro. Le pasamos por mas arriba de Gomfi, y entramos en el pais de los athamanes desde donde fuimos en derechura á Ambracia por un camino muy corto, pero escabroso. Esta ciudad, colonia de los corintos, está situada cerca de un golfo que tiene su nombre. Pasamos en ella algunos dias, y durante ellos tomamos nociones generales sobre el Epiro.

El Pindo al levante, y el golfo de Ambracia al medio dia, separan en cierto modo este pais del resto de la Grecia. En lo interior del pais hay varias sierras, y ácia las costas del mar se encuentran perspectivas amenas y ricas campiñas. Entre los rios que la riegan, se distingue el Aqueronte que desemboca en un lago del mismo nombre, y el Cocito cuyas aguas son amargas y saladas. A corta distancia hay un parage llamado Aorno ó Averno, de donde salen unos vapores que infestan el aire. Por estas señas

se reconoce facilmente el pais, donde en los tiempos remotos pusieron los infiernos. El Epiro tiene muchos puertos muy buenos. Entre otras cosas se estrae de esta provincia caballos muy veloces, y mastines escelentes para guardar los rebaños. Hay ciertos cuadrúpedos que son alli de un tamaño prodigioso. Es preciso estar en pie, ó algo inclinados para ordeñar las vacas que dan una cantidad estraordinaria de leche.

En una de las partes setentrionales del Epiro está la ciudad de Dodona, donde se hallan el templo de Júpiter y el oráculo mas antiguo de la Grecia. He aqui como refieren las sacerdotizas del templo el origen de este oráculo.

Escapáronse un dia dos palomas de la ciudad de Tebas, en Egipto, y se detuvieron la una en Libia y la otra en Dodona. Esta última habiéndose parado en una encina, pronunció estas palabras con voz inteligible: «fundad aqui un oráculo en honor de Júpiter.» La otra paloma dijo lo mismo á los habitantes de la Libia, y ambas fueron miradas como intérpretes de los dioses. Por absurda que sea esta relacion, parece que tiene algun fundamento verdadero, pues los sacerdotes egipcios sostienen que dos sacerdotisas llevaron en otro tiem-

po sus ritos sagrados á Dodona lo mismo que á Libia.

Dodona está situada al pie del monte Tomaro. El templo y los pórticos que le rodean estan hermoseados de estátuas sin número, y con las ofrendas de casi todos los pueblos del universo. El bosque sagrado campea cerca de allí, y entre las encinas que le pueblan, hay una con el nombre de divina ó de profética, consagrada por la piedad de los pueblos muchos siglos hace. El bosque está rodeado de pantanos, pero el territorio es en general muy fértil y en sus bellas praderas se ven andar errantes numerosos rebaños.—Hay tres sacerdotisas encargadas de comunicar las respuestas del oráculo, y los dioses las revelan sus secretos de diferentes maneras. Algunas veces van al bosque sagrado, y situándose cerca del árbol profético, permanecen allí atentas, ya sea al susurro de las hojas agitadas por el céfiro, ó ya al gemido de sus ramas combatidas por la borrasca. Otras veces se paran á la márgen de una fuente, y allí escuchan el ruido que hacen los borbotones de sus aguas fugitivas.

Distinguen diestramente los diferentes sonidos que llegan á su oido, y teniéndolos por presagio de lo venidero, los interpre-

tan segun las reglas que se han formado, y generalmente segun el interes de aquellos que las consultan.

Conservan los atenienses muchas respuestas del oráculo de Dodona, de las cuales voy á referir una, que puede dar á conocer su espíritu.

Ved aqui lo que prescribe á los atenienses el sacerdote de Júpiter. «Habeis dejado pasar el tiempo de los sacrificios y de la diputacion: enviad, enviad sin perdida de tiempo diputados, que ademas de los presentes decretados por el pueblo, vengan á ofrecer á Júpiter nueve bueyes que sean buenos para la labranza, acompañado cada buey de dos ovejas, que presenten tambien á Dione una mesa de bronce, un buey y otras víctimas.» Dione era hija de Urano, y participa con Júpiter del incienso que se quema en el templo de Dodona.

Estas eran entre otras las cosas que nos contaban en Ambracia. Entre tanto se acercaba el invierno, y nosotros pensábamos en dejar esta ciudad. Nos embarcamos en una nave que se hacia á la vela para Neupacto, ciudad situada en el golfo de Crisa, y luego que se aseguró el buen tiempo, salimos del puerto y golfo de Ambracia. A poco tiempo encontramos la península de

Leucade, separada del continente por un istmo muy estrecho. Su estremidad está formada por una montaña muy elevada, cortada á pico, y en cuya cumbre hay un templo de Apolo, que los marineros descubren y saludan desde lejos. Segun la opinion mas comun entre los griegos, el salto que se dá desde lo alto del peñasco de Leucade al mar, es un remedio poderoso contra los furores del amor, y asi es que mas de una vez se han visto amantes desgraciados ir á aquel parage, subir al promontorio, ofrecer sacrificios en el templo de Apolo, hacer formal voto de arrojarse al mar, y precipitarse efectivamente ellos mismos.

Se enseña en Leucade el sepulcro de Artemisa, de aquella famosa reina de Caria que dió tantas pruebas de su valor en la batalla de Salamina. Dominada de una pasion violenta ácia un jóven que no correspondia á su amor, le sorprendió dormido y le sacó los ojos. En breve se apoderaron de ella la pena y la desesperacion, que la condujeron á Leucade, y alli pereció en las aguas á pesar de los esfuerzos que hicieron por salvarla.

Tal fué tambien el fin de la desgraciada Safo. Abandonada de Faon su amante, fué á buscar alli un alivio á sus penas y solo

encontró la muerte. Estos ejemplares y otros muchos han desacreditado de tal manera el salto de Leucade, que no se ven ya muchos amantes que se obliguen á imitarlos con votos indiscretos.

Continuando nuestro camino vimos á la derecha las islas de Itaca y de Cefalonia, y á la izquierda las orillas de Arcananía, pais separado de la Etólia por el rio Archelóo, y cuyos habitantes son fieles á su palabra, y sumamente celosos de su independencia. Habiendo pasado la embocadura del Archelóo, costeamos durante un dia entero la Etólia. Este pais donde se encuentran campiñas fértiles, está habitado por una nacion guerrera dividida en muchas poblaciones, que se reunen todos los años, por medio de sus diputados, en la ciudad de Termo, para elegir los gefes que deben gobernarlos.

Los de Etólia no respetan ni alianzas ni tratados: cuando se declara la guerra entre dos naciones vecinas á su pais, las dejan debilitarse, caen luego sobre ellas, y les arrebatan las presas que han hecho, llamando á esto *robar al ladron:* son muy dados á la pirateria lo mismo que los arcasianos y los locrios-ozolos.

Al cabo de cuatro dias de navegacion

llegamos á Naupacto, ciudad situada al pie de un monte. Vimos en la costa un templo de Neptuno, é inmediato á él una caverna llena de ofrendas, consagrada á Venus. Alli encontramos algunas viudas que habian ido á pedir á la diosa nuevo esposo. A la mañana del dia siguiente tomamos un barco pequeño que nos condujo á Pagas puerto de la Megárida, y de alli pasamos á Atenas.

CAPÍTULO XXXV.

Viage á Megara, á Corinto, á Sicione y Acaya.

(Año 356 antes de J. C.) Pasamos el invierno en Atenas; despues de haber viajado por las provincias setentrionales de la Grecia, nos quedaba que recorrer aun las del Peloponeso, y á la entrada de la primavera nos pusimos en camino.

Atravesamos la ciudad de Eleusis, y entramos en la Megárida que separa los estados de Atenas y los de Corinto, donde se encuentran algunas ciudades y lugares, cuya capital es Megara. Hay en esta ciudad una célebre escuela de filosofia, fundada por Euclides que era uno de los mas

celosos discípulos de Sócrates. A pesar de la distancia del sitio, no obstante la pena de muerte, impuesta por los atenienses, contra todo megariano que se atreva á traspasar sus límites, le vieron mas de una vez salir por la tarde disfrazado de muger y volver al hacerse de dia. Examinaban juntos en que consistia el verdadero bien. Sócrates que dirigia sus investigaciones ácia este único punto, solo hizo uso de medios sencillos para alcanzarle, pero Euclides muy versado en los escritos de Parménides y en la escuela de Eléa, recurrió luego al medio de las abstracciones, medio comunmente peligroso, y muchas veces impenetrable. Sus principios son muy conformes á los de Platon, pues decia que el verdadero bien debe ser uno, siempre el mismo. Era necesario definir sus diferentes propiedades, y bajo este concepto lo que mas nos importa, vino á ser lo mas dificil de comprender. El método adoptado de oponer á una proposicion, la proposicion contraria y de limitarse á disputar sobre ellas mucho tiempo, fué lo que mas contribuyó á obscurecerlo. Descubrióse entonces un instrumento, y con él se aumentó la confusion mas y mas; hablo aqui de las reglas del silogismo, cuyos tiros tan terribles como

imprevistos, derriban al adversario que no es bastante diestro para evadirse de ellos. En breve, valiéndose las sutilezas de la metafísica, de las astucias de la lógica, las palabras tomaron el lugar de las cosas, y los discípulos no bebieron en las escuelas mas que el espíritu de acrimonia y de contradiccion, llegando á ser asi mas celosos para hacer triunfar el error en vez de la verdad.

Para ir al istmo de Corinto, tomamos un guia que nos llevó por alturas sobre una cornisa abierta en peña, estrechísima y escabrosa, muy elevada del mar por la falda de un monte que levanta su cabeza hasta las nubes. Este es el famoso desfiladero, donde se dice que estaba Escirron, aquel que arrojaba los viageros al mar, despues de haberlos robado, y á quien Teséo hizo sufrir el mismo género de muerte.

No hay cosa mas espantosa que este paso á primera vista; no nos atrevíamos á detener nuestras miradas en el abismo, los mujidos de las olas, parecia que á cada instante nos advertian que estábamos suspensos entre la muerte y la vida. Familiarizados luego con el peligro, gozamos con placer de un espectáculo interesante. Los vientos impetuosos que penetraban por la cumbre

de los peñascos que teniamos á la derecha, bramaban sobre nuestras cabezas, y divididos en torbellinos, caian á plomo sobre diferentes puntos de la superficie del mar y la alborataban blanqueándola de espuma en ciertos parages, mientras que en los espacios intermedios quedaba unida y tranquila. El sendero que seguíamos se prolonga durante unos cuarenta estadios (legua y media,) subiendo y bajando alternativamente hasta cerca de Cromion, puerto y castillo de los corintios, lejano de su capital ciento y veinte estadios (cuatro leguas y media.) Costeando el mar por un camino mas cómodo y alegre, llegamos al sitio en que la anchura del istmo solo es de cuarenta estadios (una legua y 4280 pasos.) Alli es donde los pueblos del Peloponeso han tomado algunas veces el partido de atrincherarse, y alli tambien donde celebran los juegos istmicos, cerca de un templo de Neptuno y un bosque de abetos consagrado al mismo.

La ciudad de Corinto está situada al pie de un monte en el cual han edificado una ciudadela. El mar de Crisa y el Saronico vienen á espirar á sus pies, y la hermosean un gran número de edificios sagrados y profanos, antiguos y modernos. Despues de ha-

ber visto la plaza, adornada segun el uso, de templos y estátuas, vimos el teatro donde la asamblea del pueblo delibera sobre los asuntos de estado, y celebran los certámenes de música y otros juegos que acompañan á las fiestas. Nos enseñaron el sepulcro de los hijos de Medéa, muertos á pedradas por los corintios y arrancados por estos de los altares, donde esta madre desgraciada los habia depositado. En castigo de este crímen, una enfermedad epidémica arrebataba de la cuna todos los niños, hasta que dóciles á la voz del oráculo, se obligaron á honrar todos los años la memoria de las víctimas sacrificadas á su furor.

Hay en Corinto muchos almacenes y manufacturas: hacen en esta ciudad, entre otras cosas, colchas de cama muy apreciadas de las demas naciones; espende mucho para adquirir estátuas y pinturas de buenos artífices, pero no ha producido hasta ahora ninguno de aquellos artistas que hacen tanto honor á la Grecia, ya sea porque no tiene para las obras clásicas otro gusto que el de mero lujo, ó ya que la naturaleza reservándose el derecho de crear los genios, deja á los soberanos el cuidado de buscarlos y hacerlos patentes. Esto no obstante, se aprecian ciertas obras de bronce y de bar-

ro cocido, que se hacen en Corinto: sus mugeres se distinguen por su hermosura, los hombres por la aficion al lucro y los placeres. Destruyen su salud con los escesos de la gula, y el amor no es entre ellos mas que una licencia desenfrenada. Su principal divinidad es Venus á quien estan consagradas varias rameras, paraque les alcancen su patrocinio. En las grandes calamidades, en los riesgos inminentes, asisten á los sacrificios y van en procesion con los demas ciudadanos, cantando himnos sagrados. Voy á dar una idea de las mudanzas que ha esperimentado el gobierno de Corinto.

Cerca de doscientos años despues de la guerra de Troya, y al cabo de treinta de la vuelta de los Heráclidas, Aletas que descendia de Hércules, obtuvo el reino de Corinto, y su familia le poseyó por espacio de cuatrocientos diez y siete años. La dignidad real fué despues abolida, y el poder supremo puesto en manos de doscientos ciudadanos que todos debian ser de la sangre de los Heraclidas. Ochenta años despues, restableció Cipselo la dignidad real que subsistió en su casa por espacio de setenta y tres años. Pasado este intervalo de tiempo, habiendo juntado los corintios sus

tropas á la de Esparta, establecieron su gobierno que ha subsistido siempre, porque propende mas á la oligarquia que á la democracia, y los asuntos importantes no se someten en él á la decision arbitraria de la multitud. Corinto, mas que ninguna ciudad de la Grecia, ha producido ciudadanos hábiles en el arte de gobernar.

Sicione dista poco de Corinto. Pasamos muchos rios antes de llegar á aquella ciudad: su territorio que produce abundantemente trigo, vino y aceite, es uno de los paises mas bellos y mas ricos de la Grecia. Los licionios atribuyen la fundacion de su ciudad, á una época poco conforme con las tradiciones de los demas pueblos. Astrato, en cuya casa nos hospedamos, nos enseñó una larga lista de los príncipes que ocuparon el trono por espacio de cien años, y de los cuales el último vivia, poco mas ó menos, en el tiempo de la guerra de Troya; pero nosotros le suplicamos que no nos llevase á tiempos tan remotos, y que tampoco se alejase de tres ó cuatro siglos. «Entonces fué, nos dijo, cuando pareció una sucesion de soberanos que para conservar su autoridad absoluta durante un siglo entero, la contuvieron en sus justos límites respetando las leyes. Ortagoro fué el primero de

ellos y Clisteno el último. El uno reprimió con su moderacion y su prudencia el furor de las facciones, y el otro se hizo adorar por sus virtudes y temer por su valor.»

Vimos la ciudad, el puerto y la ciudadela. Sicione figurará en la historia de las naciones por el esmero con que allí ha cultivado las artes. Acia la última olimpiada (año 776 antes de J. C.) los artistas de esta ciudad y los de Corinto, que habian manifestado mas inteligencia en sus dibujos que todos cuantos les habian precedido, se distinguieron por los ensayos, de que se ha conservado memoria y que causarán admiracion por su novedad. Mientras que Dédalo de Sicione separaba los pies y las manos de las estátuas, Leofanta de Corinto daba colorido á las facciones del rostro, haciendo uso para ello de ladrillo cocido y pulverizado.

Acia el tiempo de la batalla de Maraton, la pintura y la escultura salieron de su larga infancia, y los progresos rápidos que hicieron, la han llevado al grado de belleza y magestad en que hoy la vemos. Casi en nuestros dias ha producido Sicione á Eupompo, gefe de una tercera escuela de pintura. Antes de él, unicamente se conocian las de Atenas y de Jónia. De la suya han

salido ya artistas célebres, como son entre otros, Pausias y Pamfilo que la dirigia cuando hicimos mansion en esta ciudad. Sus talentos y su reputacion le atrajeron un gran número de discípulos que le pagaban un talento (21117 reales) antes de ser recibidos. El por su parte se obligaba á darles durante diez años, lecciones fundadas en una escelente teoría y justificadas por el éxito de sus obras: al mismo tiempo les exortaba á que cultivasen las letras y las ciencias, en las cuales estaba muy versado.

Siguiendo su consejo los magistrados de Sicione, mandaron que el estudio del dibujo se comprendiese en adelante en la educacion de la juventud, y que las bellas artes no se entregasen á manos mercenarias. Las demas ciudades de la Grecia movidas de este ejemplo, empezaron á conformarse con él de alli á poco tiempo. Conocimos á dos de sus discípulos que se han adquirido despues renombre, cuales son Melanto y Apeles. Tenia grandes esperanzas del primero, y aun mayores del segundo, que se vanagloriaba de tener tal maestro. Pamfilo se felicitó tambien en breve de tener tal discípulo.

Pasamos algunos dias en Sicione y entramos en la Acaya que es una faja de tierra

limitada al medio dia por la Arcadia y la Elida, y al norte por el mar de Crisa. Las costas estan casi por todas partes erizadas de peñascos. En lo interior del pais la tierra es floja y estéril, aunque se encuentran buenos viñedos en algunos parages. Este pais fué ocupado en otro tiempo por los jónios que hoy habitan en la costa del Asia, y fueron arrojados por los aquivos, cuando estos se vieron forzados á ceder á los descendientes de Hércules los reinos de Argos y de Lacedemónia. Establecidos los aquivos en sus nuevas moradas, ya no se mezclaron en los asuntos de la Grecia, hasta que sobrevino la guerra del Peloponeso. Entonces dejaron su reposo, y se unieron unas veces á los atenienses y otras á los lacedemónios. Despues han hecho muchas alianzas: algunos años despues de nuestro viage, sus tropas se distinguieron en la batalla de Queronéa.

Habiendo visto ya á Pelene, ciudad pequeña edificada en la falda de una colina, asi como un templo de Baco, donde se celebran todos los años, en una noche, la fiesta de las lámparas, pasamos á Egira, donde vimos algunos monumentos. Entramos tambien en una gruta que se encuentra cerca de esta ciudad, la cual es la man-

sion de un oráculo, que se vale de la suerte de los dados para anunciar lo futuro. Mas allá todavia vimos las ruinas de Helice, en otro tiempo lejana del mar doce estadios (1587 pasos y 5 pies) y destruida en nuestros dias por un temblor de tierra. Todos los habitantes perecieron en esta espantosa catástrofe, siendo en vano, que en los dias siguientes se tratase de sacar sus cuerpos para darles sepultura. Las oscilaciones del terremoto, dicen que no se sintieron en la ciudad de Egio distante unicamente cuarenta estadios de Helice, (una legua y 1290 pasos) pero llegaron hasta la costa opuesta, y en la ciudad de Bura que no distaba de Helice mas que Egio, muros, casas, templos, estátuas, hombres y animales, todo pereció. Los ciudadanos ausentes edificaron á su vuelta la ciudad que subsiste hoy dia. Despues de la destruccion de Helice, Egio aumentó su territorio con el de aquella ciudad, y llegó á ser la principal de la Acaya. En esta ciudad se convocan los estados de las provincias, los cuales se reunen en las inmediaciones, en un bosque consagrado á Júpiter, cerca del templo de este dios, y á la orilla del mar. La Acaya está desde los tiempos mas antiguos dividida en doce ciudades, que comprende cada una siete ú

ocho lugares en su distrito, y todas tienen derecho de enviar diputados á la asamblea ordinaria, que se celebra al principio de su año ácia el medio de la primavera. En ella se espiden los reglamentos que exigen las circunstancias, y se nombran los magistrados que los deben ejecutar y que pueden convocar asambleas estraordinarias cuando sobreviene una guerra, ó que es menester deliberar sobre una alianza.

Yendo á Patrás pasamos por muchas ciudades y lugares, porque la Acaya está muy poblada. Antes de llegar á dicha ciudad, nos apeamos en un bosque delicioso, donde muchos jóvenes se egercitaban en las carreras. En una de las arboledas encontramos un muchacho de doce á trece años, muy bien vestido y coronado de espigas de trigo. Hicímosle algunas preguntas, y nos dijo: «Hoy es la fiesta de Baco Esimneto. Todos los muchachos de la ciudad vamos á las márgenes del Milico; alli nos formamos en procesion para ir á aquel templo de Diana que se ve alla bajo, donde pondremos esta corona á los pies de la diosa, y despues de habernos lavado en el arroyo, tomaremos una de yedra é iremos al templo que está al otro lado. —¿Porque llevas esa corona de espigas, le pre

gunté?—Porque asi nos adornaban la cabeza cuando nos inmolaban en el altar de Diana.—¿Y como es que os inmolaban?—¿Pues que no sabeis la historia del hermoso Melanipo y de la bella Cometo, sacerdotisa de la diosa? Voy á contarosla.

«Amábanse tanto, que siempre se iban buscando, y cuando no estaban juntos aun se veian. Pidieron al fin permiso á sus padres para casarse, y estos malvados se la negaron. Poco tiempo despues ocurrieron grandes enfermedades y hambres en el pais: se consultó al oráculo, y respondió que Diana estaba enojada, porque Melanipo y Cometo, se habian casado en su mismo templo la noche de su fiesta, y que para apaciguarla era preciso sacrificarle todos los años un muchacho y una jovencita de las mas hermosas. Mas adelante nos prometió el oráculo que cesaria esta bárbara costumbre, cuando un desconocido trajese aqui cierta estátua de Baco. Vino en efecto, se puso la estátua en aquel templo, y desde entonces, en lugar del sacrificio, se hace la procesion y las ceremonias de que os he hablado. Adios estrangero.»

Esta relacion que nos confirmaron personas ilustradas, no nos causó mucha admiracion, porque sabiamos que durante

mucho tiempo, no se conoció mejor medio para aplacar la ira del cielo, que el de derramar sobre los altares la sangre humana, particularmente la de las doncellas.

Despues de haber visto detenidamente los monumentos de Patrás y de otra ciudad llamada Dime, pasamos el Lariso y entramos en la Elida.

CAPÍTULO XXXVI.

Viage á la Elida.—Juegos olímpicos.

La Elida es un pais reducido, cuyas costas baña el mar jónico y se divide en tres valles. En el mas setentrional está la ciudad de Elis y un rio del mismo nombre, pero menos caudaloso que el de Tesália; el valle del medio es célebre por el templo de Júpiter, situado cerca del rio Alféo; el último se llama Trífilio.

Este pais es de todos los del Peloponeso el mas abundante y mejor poblado. Sus fértiles campiñas estan cubiertas de esclavos laboriosos, y la agricultura florece en ellas, porque el gobierno guarda con los labradores cuantas consideraciones merecen estos últimos ciudadanos. La ciudad de Els es muy moderna, y está formada al es-

tilo de otras muchas ciudades de la Grecia, particularmente del Peloponeso, por la reunion de muchas aldeas. Está adornada de templos, edificios suntuosos y muchas estátuas, algunas de ellas obra de Fidias. Entre estos últimos monumentos, vimos algunos en que el artista mostró tanto ingenio como habilidad. Tal es el grupo de las Gracias en el templo que les está consagrado. Su ropage es suelto y elegante: la primera tiene un ramo de mirto en honor de Venus, la segunda una rosa simbolizando la primavera, la tercera una taba, símbolo de los juegos de la infancia; y para que nada falte á los encantos de esta composicion, la figura del amor está en el mismo pedestal de las Gracias.

No hay cosa que dé mas lustre á esta provincia, que los juegos olímpicos, celebrados de cuatro en cuatro años en honor de Júpiter. Los instituyó Hércules, y despues de una larga interrupcion, fueron establecidos por los consejos del célebre Licurgo y por el celo de Ifito soberano de una comarca de la Elida. Ciento y ocho años despues, fué inscripto por primera vez en los registros públicos de los elidos el nombre del que ganó el premio de la carrera en el estadio, que se llamaba Corelo.

Este uso continuó, y de aqui vino aquella larga serie de vencedores, cuyos nombres indicando las diferentes olimpíadas, forman otros tantos puntos fijos para la cronología.

Iban á celebrarse los juegos por la centésima sesta vez, cuando llegamos á Elis. Todos los habitantes de la Elida se preparaban para esta solemnidad augusta, y se habia promulgado ya el decreto que suspende toda hostilidad. Las tropas que entrasen entonces en esta lucha sagrada, debian ser condenadas á una multa de dos minas (610 reales), por soldado.

Hace cuatro siglos que los elidos tienen á su cargo el gobierno de los juegos olímpicos, y han dado á este espectáculo toda a perfeccion de que era susceptible. En ada olimpíada, se sacan por suerte los jueces ó presidentes de los juegos, en número e ocho, porque corresponde uno á cada tibu. Se reunen en Elis antes de la celebacion de los juegos, y durante el discursde diez meses, se instruyen por menor ddas funciones que deben desempeñar. A finde juntar la esperiencia á los preceptos, egrcitan durante igual tiempo los atletas quchan ido á inscribirse para disputar el preio de la carrera, y de la mayor parte le ls contiendas á pie.

Luego que hubimos visto lo que mas podia interesarnos, tanto en la ciudad de Elis como en la de Cillena, que le sirve de puerto, partimos para Olimpia, adonde se va por dos caminos; el uno por la llanura, de trescientos estadios de largo (9 leguas y 3675 pasos) y el otro por las montañas; escogimos el primero, y llegamos á Olímpia, despues de haber visto al paso las ciudades de Duponcio y de Lectrines. Esta ciudad, conocida tambien bajo el nombre de Pisa, está situada á la orilla derecha del Alféo, al pie de una colina que se llama e monte de Saturno.

El Altis contiene en su recinto los obje tos mas interesantes, cuales son un bosqu sagrado, muy estenso y cercado, en el cul se encuentran el templo de Júpiter y el e Juno, el Senado, el Teatro y otros muchs edificios hermosos, en medio de innumrables estátuas. El templo de Júpiter ıé construido en el siglo último con los dspojos tomados por los elidos á algunos pueblos que se habian sublevado contra eos.

Es de órden dórico, rodeado de columas, y construido de piedra sacada de las anteras inmediatas, pero tan lustrosa ylura como el mármol de Paros. Tiene de atura sesenta y ocho pies, de longitud doscentos

treinta, y de anchura noventa y cinco. Un habil arquitecto llamado Libon, estuvo encargado de la construccion de este edificio, y dos escultores no menos hábiles, enriquecieron los frontispicios de ambas fachadas con discretas composiciones. Este soberbio templo está dividido por unas columnas en tres naves. Apenas se entra en él, cuando las miradas se dirigen rapidamente á la estátua y al trono de Júpiter. Esta obra clásica de Fidias y de la escultura, hace á primera vista una impresion tanto mas profunda cuanto mas se examina. La efigie de Júpiter es de oro y marfil, y aunque sentada, llega casi al plafon del templo. En la mano derecha tiene una victoria, tambien de oro y marfil, en la izquierda un cetro primorosamente trabajado, enriquecido con varios metales y coronado con un águila: el calzado es de oro, como tambien el manto, en el cual hay esculpidos animales y flores, y sobre todo lirios. El trono descansa en cuatro pies y sobre unas columnas intermediarias de la misma que los pies: todo está refulgente de oro, marfil, ébano y piedras preciosas, y le decoran varias pinturas y bajos relieves.

Fidias aprovechó los menores espacios para multiplicar los adornos. Encima de la

cabeza del dios, en la parte superior del trono, se ven á un lado las tres Gracias que tuvo de Euronima, y las Estaciones que tuvo de Themis. Distínguense otros muchosbajos relieves, tanto en la peana, como en la basa ó estrado que sostiene aquella enorme masa, la mayor parte de ellos de oro, y representando las divinidades del Olimpo. A los pies de Júpiter se lee esta inscripcion: *Soy obra de Fidias, ateniense, hijo de Carmidéo.* Ademas de su nombre, el artista para eternizar la memoria y la belleza de un jóven amigo suyo llamado Pautarces, grabó su nombre en uno de los dedos de Júpiter.

Causa sorpresa la grandeza de la empresa y la riqueza de la materia, la escelencia del trabajo y la feliz armonia de todas las partes; pero aun sorprende mas la espresion sublime que el artista ha sabido dar á la cabeza de Júpiter. La divinidad misma parece alli infundida con todo el esplendor de su poder, toda la profundidad de su sabiduria y la dulzura de su bondad. Antes los artistas no representaban al soberano de los dioses sino con facciones comunes, sin nobleza y sin carácter distintivo. Fidias fué el primero que, digámoslo asi, alcanzó á la magestad divina. ¿En qué fuente bebió,

pues, tan altas ideas? El mismo respondió á los que le hacian esta pregunta, citando los versos de Homero, en que este poeta dice que una mirada de Júpiter basta para estremecer el Olimpo.

Desde el templo de Júpiter pasamos al de Juno, que es igualmente de órden dórico, rodeado de columnas, pero mucho mas antiguo que el primero. La mayor parte de las estátuas que hay en él, ya de oro, ya de marfil, descubren la rudeza del arte, aunque no tienen aun trescientos años de antiguedad. Cerca de este templo se celebran unos juegos, en los cuales presiden diez y seis mugeres respetables por su virtud, no menos que por su cuna.

Saliendo de alli recorrimos las calles del recinto sagrado. Entre los plátanos y los olivos que cubren con su sombra aquellos sitios, se ofrecian á nuestra vista por todas partes, columnas, trofeos, carros triunfales, estátuas sin número de bronce y mármol, unas de los dioses y otras de los vencedores. Mientras admirábamos estas obras de escultura, nuestros intérpretes nos hacian largas relaciones, y nos contaban anécdotas relativas á aquellos cuyo retrato nos enseñaban. Despues de haber visto con detencion dos carros de bronce, en uno de

los cuales estaba Gelon rey de Siracusa, y en el otro Hielon su hermano y sucesor, nos hicieron observar de cerca la estátua de Cleomedes. «Este atleta, nos dijeron, habiendo tenido la desgracia de matar á su adversario en el combate de la lucha, los jueces para castigarle le privaron de la corona, y esto le hizo tanta sensacion que perdió el juício. Algun tiempo despues entró en una casa de educacion de la juventud, asió una columna que sostenia el techo, la derrivó, y perecieron bajo las ruinas del edificio cerca de sesenta niños.

«Esta yegua que aqui veis, la llamaban el viento, á causa de su ligereza. Un dia que corria en el estadio, Filotas que la montaba, se dejó caer: ella continuó la carrera, dobló el límite y fué á pararse ante los jueces que concedieron la corona á su amo, y le permitieron que se representase aqui con el instrumento de la victoria. Este otro atleta llevó su estátua al hombro, y el mismo la puso en este sitio. Es el célebre Milon; aquel que en la guerra de los habitantes de Crotona su patria, contra los de Sibaris, estuvo á la cabeza de las tropas, y ganó una famosa victoria. Triumfó muchas veces en nuestros juegos y en los de Delfos, haciendo siempre en ellos pruebas de sus

fuerzas prodigiosas. Algunas veces se ponia sobre una losa untada de aceite para hacerla mas resvaladiza, y á pesar de todo no podian menearle los mas fuertes vaibenes; otras veces empuñaba una granada sin estrujarla, la tenia tan apretada, que los atletas mas forzudos no podian abrir sus dedos para arrancársela. Se añade tambien que recorrió el estadio llevando un buey al hombro, y que encontrándose un dia en una casa con los discípulos de Pitágoras, les salvó la vida sosteniendo la columna en que se apoyaba el plafon próximo á caer; en fin, se dice que en su vejez llegó á ser presa de las fieras, porque sus manos se encontraron asidas al tronco de un árbol medio abierto con sus uñas, y que él intentaba acabar de abrir.»

En tanto que nos deteniamos con estas cosas, llegaban en cuadrillas las gentes á Olímpia, por mar y por tierra, de todas las partes de la Grecia y de los paises mas lejanos, presurosos por ver estas fiestas, cuya celebridad escede infinitamente á las demas solemnidades, y que en el dia carecen de un atractivo que antes las hacia mas magníficas; pues ya no se permite en ellas la concurrencia de mugeres á causa de la desnudez de los atletas. El primer dia de

las fiestas empieza once dias despues de la luna nueva, pasado el solsticio de estío. Duran cinco dias, y al fin del último se hace la proclamacion solemne de los vencedores. Abriéronse las fiestas por la tarde dando principio con muchos sacrificios ofrecidos en altares dedicados á muchas divinidades, tanto en el templo de Júpiter como en las cercanias. Las ceremonias duraron hasta muy entrada la noche, y se hicieron al son de instrumentos, á la claridad de la luna, próxima á estar llena, con tal órden y magnificencia, que inspiraban á un tiempo sorpresa y respeto. A media noche cuando se acabaron, la mayor parte de los concurrentes fueron á situarse en la carrera para gozar mejor del espectáculo de los juegos que iban á dar principio.

La carrera olímpica se divide en dos partes, el estadio y el hipodromo. El estadio es una calzada de seiscientos pies de largo y de anchura proporcionada. Alli se hacen las corridas á pie, y se dan la mayor parte de los combates. El hipodromo es para las corridas de carros y de caballos; á uno de sus lados se estiende por un collado, y del otro algo mas largo, se forma una calzada: tiene seiscientos pies de ancho, doble de largo, y está separado del estadio por me-

dio de un edificio llamado la barrera, que es un pórtico, delante del cual hay un patio espacioso en figura de una proa de nave; sus paredes van acercándose la una á la otra, y dejan á su estremidad una abertura mas capaz para que puedan pasar á la vez muchos carros. El estadio y el hipodromo estan adornados de estátuas, de altares y de otros monumentos.

Al rayar el alba fuimos al estadio, que estaba ya lleno de atletas preludiando los combates, y rodeado de muchos espectadores; pero habia mucho mayor número puestos confusamente sobre una colina que se presenta en amfiteatro mas arriba de la carrera. Luego que hubieron ocupado sus asientos los ocho jueces presidentes de los juegos, vestidos magnificamente, gritó un heraldo diciendo. «Preséntense los corredores del estadio,» y al punto se presentó un gran número de ellos que se formaron en línea, segun el puesto que la suerte les habia señalado, y entonces el heraldo publicó sus nombres y el de su patria. Si estos nombres se habian hecho ilustres con victorias precedentes, eran aplaudidos repetidas veces. Despues que el heraldo hubo añadido: «¿hay alguien que acuse á alguno de estos atletas de haber estado preso ó teni-

do mala vida?» Guardó todo el mundo un silencio profundo, y en aquellos hombres del pueblo prontos á disputarse unas hojas de olivo, solamente vi ya hombres libres que se proponian sostener la gloria de su patria. En las miradas inquietas de los espectadores se veian pintados el temor y la esperanza, cuyos sentimientos eran mas vivos á proporcion que se acercaba el instante que debia desvanecerlos. La trompeta da en fin la señal, parten los corredores, llegan en un abrir y cerrar de ojos al término donde estaban los presidentes de los juegos; el heraldo proclama el nombre de Poro de Cirena, y mil bocas le repiten. El honor que lograba, es el primero y mas lucido, porque la carrera del estadio sencillo es la mas antigua de cuantas han sido admitidas en estas fiestas.

En los dias siguientes fueron llamados otros campeones á recorrer el estadio doble; es decir, que despues de haber llegado al fin y dado vuelta á la meta, debian retroceder al punto de donde partieron. Estos últimos fueron reemplazados por otros atletas que corrieron doce veces á lo largo del estadio. Algunos concurrieron á muchos de estos ejercicios y ganaron mas de un premio. Los vencedores no debian ser co-

ronados hasta el último dia de las fiestas, pero al fin de su carrera recibieron ó mas bien tomaron una palma que les estaba destinada. Este momento fué para ellos el principio de una serie de triunfos. Cada uno se apresuraba á verlos, á felicitarlos: sus parientes, sus amigos, sus compatriotas les llevaban en hombros para que los viesen los concurrentes que esparcian sobre ellos flores á manos llenas. Al dia siguiente muy temprano, fuimos al hipodromo, donde debian ejecutarse las corridas de caballos y de carros. Unicamente las gentes ricas pueden dar estos espectáculos, que cuestan mucho. Como los que aspiran á los premios no estan obligados á disputarlos por si mismos, los soberanos y las repúblicas entran muchas veces en el número de los concurrentes, y confian su gloria á diestros escuderos. En la lista de los vencedores, se hallan Teron rey de Agrijento, Gelon y Hieron reyes de Siracusa, Argelao rey de Macedónia, Pausanias rey de Lacedemónia, y otros muchos, como tambien muchas ciudades de la Grecia.

Mientras que esperábamos la señal, nos advirtieron que mirásemos atentamente á un delfin de bronce puesto al principio de la lid, y un águila del mismo metal colocada

en el altar en medio de la barrera. En breve vimos que el delfin se bajaba y ocultaba en tierra, y que el águila se elevaba con las alas abiertas mostrándose á los espectadores; y al mismo instante un gran número de caballeros se lanzaron en el hipodromo, y pasaron por delante de nosotros con la rapidez del relámpago dando vuelta á la meta que está en la otra parte: los unos separándose en medio de la carrera, y los otros precipitándola, hasta que uno de ellos redoblando sus esfuerzos dejó atras á sus competidores afligidos.

El vencedor habia disputado el premio de la carrera en nombre de Filipo rey de Macedónia, que aspiraba á toda suerte de gloria, y que se vió de repente tan satisfecho, que pedia á la fortuna que moderase sus beneficios con una desgracia. Efectivamente en muy pocos dias ganó esta victoria en los juegos olímpicos; Parmesion uno de sus generales, derrotó á los ilirios, y su esposa dió á luz un hijo que es el famoso Alejandro.

Despues que los atletas que apenas habian salido de la infancia, anduvieron la misma carrera, se llenó esta de una multitud de carros, unos tras de otros, y al punto que se oyó la señal, se vieron los cor-

redores cubiertos de polvo, cruzarse, tropezar y arrastrar los carros con tal rapidez que apenas podia seguirlos la vista. Aumentábase su impetuosidad cuando oian el son estrepitoso de las trompetas situadas cerca de la meta, famosa por los naufragios que ocasiona. Puesta en lo ancho de la carrera, solo deja para el paso de los carros un desfiladero muy estrecho, donde se estrella muchas veces la habilidad de los conductores. El peligro es tanto mas terrible, cuanto es menester doblar la meta hasta doce veces, porque hay que correr otras tantas á lo largo del hipodromo á la ida y á la vuelta.

A cada evolucion ocurria algun accidente que escitaba la compasion á la risa insultante del concurso. Algunos carros fueron arrojados fuera de la lid, otros se estrellaron chocándose con violencia: la carrera estaba sembrada de despojos que hacian de este modo mas peligrosa la carrera. No quedaban ya mas de cinco competidores que eran un tesaliano, un libio, un siracusano, un corintio y un tébano. Los tres primeros iban á doblar ya la meta por la última vez. El tesaliano tropieza en este escollo, cae enredado con las riendas, y mientras sus caballos caen sobre los del libio que le iba

al alcance, y los del siracusano se precipitan en un barranco cerca de la carrera en aquel sitio; mientras que por todas partes resuenan en fin mil agudos gritos, el corintio y el tébano llegan, se aprovechan del momento favorable, pasan la meta, aguijan sus fogosos caballos y se presentan á los jueces, quienes conceden el primer premio al corintio, y el segundo al tébano.

Mientras duraron las fiestas, y en ciertos intervalos del dia, dejábamos el espectáculo y recorríamos las cercánias de Olímpia, volviendo muchas veces al recinto sagrado. Allí se nos ofrecian por todas partes objetos sorprendentes de fausto y de vanidad, porque los juegos atraen á todos aquellos que han adquirido celebridad, ó que quieren adquirirla por sus talentos, su saber ó sus riquezas; asi es que iban á esponerse á las miradas de la multitud, que siempre corre presurosa tras de aquellos que tienen ó afectan tener alguna superioridad.

Despues de la batalla de Salamina dejóse ver Temístocles en medio del estadio que inmediatamente resonó en aplausos en honor suyo. Nadie atendió ya á los juegos, y todos fijaron su atencion en él durante el dia. Mostraban á los estrangeros con gritos

de alegria y admiracion, aquel hombre que habia salvado la Grecia, y Temístocles confesó que este dia habia sido el mas hermoso de toda su vida.

Supimos que en la última olimpíada ganó Platon un triunfo casi semejante. Cuando se presentó en estos juegos todo el concurso fijó la vista en él, y le manifestó con espresiones las mas lisonjeras, la alegria que inspiraba su presencia. Nosotros fuimos testigos de una escena mas tierna todavia. Un anciano buscaba donde colocarse, y despues de haber recorrido muchas gradas, repelido siempre por las chocarrerias ofensivas, llegó donde estaban los macedónios. Todos los jóvenes y la mayor parte de los hombres se levantaron y le ofrecieron sus asientos. Oyóse al instante un gran palmoteo y aplauso por todas partes, y el anciano enternecido no pudo menos de decir. «Los griegos conocen las reglas de la buena crianza, los lacedemónios las practican.»

Seguíamos constantemente oyendo lo que se leia en Olímpia. Los presidentes de los juegos asistian allí algunas veces, y el pueblo concurria tambien afanoso. Un dia que al parecer escuchaba con mas atencion que otros, se oyó resonar por todas partes el

nombre de Polidamas, é inmediatamente acudieron á verle todos los circunstantes. Era Polidamas un atleta de Tesália, de una corpulencia y vigor prodigiosos. Se contaba de él, que hallándose sin armas en el monte Olimpo, venció á un leon enorme que espiró á sus manos, y que habiendo sujetado á un furioso toro, el animal no pudo escaparse sino dejando una pezuña entre sus garras, y que los caballos mas vigorosos no podian arrastrar un carro que él tuviese agarrado con una sola mano por la trasera. Habia ganado muchas victorias en los juegos, pero habiendo venido muy tarde á Olímpia en esta ocasion, no fué posible admitirle al concurso. Mas adelante supimos el trágico fin de este hombre estraordinario. Habia entrado con algunos amigos suyos en una caverna para guardarse del calor; abrióse la boveda de la caverna, huyeron sus amigos, y queriendo él sostener el monte quedó alli sepultado.

Me falta hablar de los ejercicios que exigen mas fuerza que los precedentes, tales como la lucha, el pugilato, el pancracio y el pentatlo. Interrumpiré el órden con que se dieron estos combates y empezaré por la lucha.

El objeto de este ejercicio es el derribar

al adversario y obligarle á declararse vencido. Presentáronse tres parejas de luchadores para combatir, y el séptimo quedó reservado para combatir contra los vencedores de los otros. Se desnudaron enteramente, y despues de haberlos frotado con aceite, se revolcaron en la arena, á fin de que sus adversarios no pudiesen hacer tanta presa en ellos al asirse. Presentáronse al punto en el estadio un tébano y un argivo, se acercan, mídense con la vista y se empuñan por los brazos. Ya apoyando su frente el uno contra el otro se impelen con fuerza igual, parecen inmóviles, y se rechazan con esfuerzos inútiles; ya se mueven con violentas sacudidas, se enredan como serpientes, se estiran y encojen, se doblan ácia delante, ácia atras y á los lados: bañan en sudor copioso sus miembros debilitados, respiran un momento, se hacen por medio del cuerpo, y despues de haber empleado de nuevo la astucia y la fuerza, el tébano levanta á su adversario, pero le dobla el peso; caen, revuélcanse en el polvo, y tan pronto está uno encima como debajo. Al fin el tébano entrelazando sus piernas y sus brazos, suspende todos los movimientos del contrario, á quien tiene debajo, le aprieta la garganta, y le precisa á levantar la mano indicando

estar vencido. Mas no basta para ganar la corona, porque es menester que el vencedor derribe lo menos tres veces á su rival, y comunmente vienen á las manos por tres veces. El argivo ganó en la segunda accion, y el tébano nuevamente en la tercera.

Habiendo acabado sus combates los demas luchadores, los vencidos se retiraron llenos de verguenza y de dolor. Quedaron vencedores un agrigentino, un efesio, y el tébano de quien he hablado. Quedaba tambien un rodio reservado por suerte. Tenia este la ventaja de entrar descansado en la lid, pero no podia ganar el premio sino ganaba mas de un combate. Triunfó del agrigentino, le hechó por tierra el efesio, que luego fué vencido por el tébano, y este último ganó la palma. No se permite en la lucha dar golpes al adversario, y en el pugilato solo se permiten los golpes. Ocho atletas se presentaron para este último ejercicio, y fueron asi como los luchadores pareados por suerte. Tenian la cabeza cubierta con un casco de bronce y los puños sujetos con una especie de guantes, hechos de listas de cuero que se cruzaban por todos lados. Las embestidas fueron tan variadas como los accidentes que se siguieron. Algunas veces se veian dos atletas hacer diver-

sos movimientos para que el sol no les diese en la vista, pasar horas enteras observándose en espiar cada uno el instante, en que su adversario dejase indefensa una parte del cuerpo, en tener los brazos levantados y tendidos de modo que estubiese su cabeza á cubierto, ó agitándolos rapidamente para impedir que se acercase el enemigo. Algunas veces se acometian con furor y se descargaban uno á otro muchos golpes. Vimos que precipitándose algunos con el brazo levantado sobre el enemigo, pronto á evitar el golpe, caian á plomo en tierra y se quebrantaban todo el cuerpo, otros exánimes y llenos de heridas mortales, se incorporaban de repente y desesperados tomaban nuevas fuerzas. Otros en fin que los retiraban del campo de batalla con el rostro desfigurado enteramente, y sin otras señales de vida que la sangre que vomitaban á borbotones.

En los demas ejercicios es facil juzgar del éxito. En el pugilato es preciso que uno de los dos combatientes confiese su derrota; pero en tanto que le queda un grado de fuerza, no desespera de la victoria, porque esta puede depender de su fortaleza y obstinacion. Nos contaron que habiendo roto á un atleta los dientes de un golpe terrible,

tomó el partido de tragárselos, y viendo su rival lo infructuoso de su ataque, creyéndose perdido sin recurso se confesó vencido.

Al pugilato sucedió el combate del pancracio, ejercicio compuesto del primero y del de la lucha. Los atletas no deben asirse al cuerpo, y por esta razon no llevan guantes: la accion terminó en breve. Habia venido en la víspera un sicinio llamado Sostrates, célebre por las muchas coronas que habia ganado y las circunstancias que dieron motivo á ello. A su vista se apartaron la mayor parte de sus rivales, y los demas á sus primeros ensayos.

Siguió al pancracio el pantatlo, juego que comprende no solamente la carrera á pie, la lucha, el pugilato y el pancracio, sino tambien el salto, el tiro del disco y el del venablo. Los atletas que disputan el premio, para ganarle deben triunfar á lo menos en los tres primeros combates en que entran.

El último dia de las fiestas se destinó á coronar á los vencedores, cuya ceremonia se hizo en el bosque sagrado, y fué precedido de sacrificios pomposos. Cuando se acabaron, los vencedores siguiendo á los presidentes de los juegos, fueron al teatro vestidos magníficamente, y llevando una palma en la mano. Iban embriagados de

alegria, al son de flautas y rodeados de un inmenso pueblo, cuyos aplausos resonaban en los aires. Habiendo llegado al teatro, los presidentes de los juegos mandaron que empezase el himno compuesto en otro tiempo por el poeta Archîloco, y destinado á ensalzar la gloria de los vencedores y el brillo de las ceremonias. Luego que los espectadores unieron en cada estribillo sus voces á la de los músicos, levantóse el heraldo y anunció que Poro de Cirena, habia ganado el premio del estadio. Este atleta se presentó ante el decano de los presidentes, que ciñó su frente con una corona de olivo silvestre, cogida como todas las que se distribuyen en Olímpia, de un arbol que hay detras del templo de Júpiter, y ha llegado á ser por su destino el objeto de la veneracion pública. Fueron tantas las espresiones de veneracion y de alegria en aquel momento, renovando las que profusamente le honraron en el acto de ganar la victoria, que Poro me pareció en el colmo de la gloria. Nos dijeron en esta ocasion, que el sabio Chilon espiró de gozo abrazando á su hijo que acababa de triunfar, y que la asamblea de los juegos olímpicos miró como un deber el asistir á sus funerales. En el último siglo, añadieron, nuestros padres fue-

ron testigos de una escena mas interesante todavia. Diágoras de Rodas que habia ensalzado el lustre de su nacimiento con una victoria ganada en nuestros juegos, trajo á estos lugares dos hijos suyos que concurrieron y merecieron la corona. Apenas la hubieron recibido, cuando ciñeron con ella la frente de su padre, y llevándole en sus hombros, le pasearon en triunfo por en medio de los espectadores que le felicitaban, echándole flores, y diciéndole algunos: «morid, Diágoras, morid; pues ya nada teneis que desear.» El anciano no pudiendo resistir á su dicha, espiró en medio de la asamblea, enternecido al ver este espectáculo, y bañado en llanto de sus hijos que le estrechaban con sus brazos.

El dia mismo de la coronacion ofrecieron los vencedores sacrificios en accion de gracias. Fueron inscritos en los registros públicos de los elidos, y les dieron un magnífico banquete en una de las salas del Pritanéo. En los dias siguientes dieron ellos mismos otro convite, aumentando los placeres de él con la música y la danza. Encomendóse luego á la poesia que inmortalizase sus nombres, y á la escultura que los representase en el mármol ó en bronce, demostrando algunos la misma actitud, en que

estaban cuando ganaron la victoria. Segun el uso antiguo, estos hombres colmados ya de honores en el campo de batalla, vuelven á entrar en sus casas con toda la ostentacion y el aparato del triunfo, precedidos y seguidos de una comitiva numerosa; vestidos de una ropa de púrpura y á veces en un carro de dos ó cuatro caballos, por una brecha que se abre en las murallas de la ciudad. En ciertos parages, el tesoro público les asigna una pension decente, y en otras quedan exentos de toda carga concegil; en Lacedemónia tienen el honor de pelear al lado del rey en un dia de batalla. Casi en todas partes tienen asiento de preferencia en la representacion de los juegos, y el título de vencedor olímpico, agregado á su nombre, les dá una estimacion y respeto, que contribuyen á su bien estar durante su vida.

Algunos hacen que las distinciones que reciben, recaigan en beneficio de los caballos que se las han proporcionado, para lo cual les procuran una vejez dichosa, les dan honras, sepultura, y aun á veces les exigen pirámides sobre ellas.

CAPÍTULO XXXVII.

Continuacion del viage á la Elida.—Jenofonte en Escilonta.

Tenia Jenofonte una habitacion en Escilonta, ciudad pequeña, situada á veinte estadios (media legua) de Olímpia. Las turbulencias del Peloponeso le obligaron á dejar su casa y establecerse en Corinto, donde le encontré cuando llegué á Grecia. Pero luego que se apaciguaron, volvió á Escilonta, y al dia siguiente de las fiestas fuimos á su casa con Diódoro su hijo, que nos acompañó mientras duraron. La posesion de Jenofonte era considerable. Reservaba el diezmo de su producto para mantener un templo que habia erigido á Diana, y para costear un pomposo sacrificio que hacia todos los años. Cerca del templo hay un huerto que produce varias especies de frutas. El Selino riachuelo abundante en pesca, pasea lentamente sus aguas cristalinas al pie de un rico collado, donde apacentan con sosiego los animales destinados á los sacrificios. Dentro y fuera de la tierra sagrada, hay unos bosques distribuidos por la llanura ó los montes, y sir-

ven de abrigo á los corzas, los siervos y los javalíes.

En esta feliz mansion habia compuesto Jenofonte la mayor parte de sus obras. Lo primero de que cuidó, fué el proporcionarnos las diversiones propias de nuestra edad y aquella que el campo ofrece en una edad mas avanzada. Nos enseñó sus caballos, sus plantíos y el arreglo de su casa, y casi en todas partes vimos puestos en práctica los preceptos que habia sembrado en sus diferentes obras. Otras veces nos instaba para que fuesemos á cazar, cuyo ejercicio recomendaba frecuentemente á los jóvenes, como el mas á propósito para acostumbrarlos á las fatigas de la guerra. Seguimos su consejo, y durante muchos dias acompañados de su hijo Eliodoro, hicimos guerra á las liebres, los ciervos y los javalíes. No habiendo nada tan interesante como estudiar á un grande hombre en su retiro, pasábamos una parte del dia en conversacion con Jenofonte, escuchándole, haciendole preguntas, y enterándonos de todos los pormenores de su vida privada. Encontrábamos en sus conversaciones la dulzura y elegancia que reinan en sus escritos. Tenia á un mismo tiempo el valor de las cosas grandes y de las pequeñas, de-

biendo á lo uno una firmeza imperturbable, y á lo otro una paciencia invencible. Algunos años antes estuvo espuesta su fortaleza á la prueba mas dura para un corazon sensible. Grilo, su hijo mayor, que servia en la caballería ateniense, fué muerto en la batalla de Mantinéa, y le dieron la fatal noticia, en ocasion que estaba rodeado de sus amigos y criados haciendo un sacrificio. En medio de la ceremonia se oyó un rumor confuso y lastimero, y acercándose un correo: «los tébanos, dijo, han vencido y Grilo....» Las lágrimas que inundaron sus ojos, le travaron la lengua y no pudo acabar. «¿Como? ¿ha muerto?» preguntó el desgraciado padre quitándose la corona que ceñía su frente.—Si, despues de las mayores proezas, y con sentimiento general de todo el egército», responde el correo. Al oir estas palabras Jenofonte vuelve á ponerse la corona y concluye el sacrificio. Quise hablarle un dia de esta pérdida, y se contentó con responderme. «¡Ay de mi! ¡yo sabia que era mortal!» y distrajo la conversacion.

Otra vez le preguntamos como habia conocido á Sócrates.—«Era yo muy jóven, respondió, cuando le encontré un dia en una calle de Atenas muy estrecha: impi-

dióme el paso con su baston, y preguntóme, donde se encontraban las cosas necesarias para vivir. —«En la plaza le respondí. —Y él me volvió á preguntar. ¿Pero donde se aprende á ser hombre de bien? Viendo que yo titubeaba añadió: seguidme, yo os lo enseñaré.» Le seguí y ya no me separé de él hasta que fuí al egército de Ciro. A mi vuelta supe que los atenienses habian dado muerte al hombre mas justo, y no tuve otro consuelo que el de trasmitir por mis escritos las pruebas de su inocencia á las naciones de la Grecia, y quizas tambien á la posteridad. Viendo que tomábamos un interes tan vivo y tan tierno, nos instruyó circunstanciadamente del sistema de vida que Sócrates habia adoptado, y nos espuso su doctrina tal como era, limitada unicamente á la moral, sin mezcla de dogmas estraños, exenta de todas aquellas discusiones de física y de metafísica que Platon ha prestado á su maestro. ¿Como podria yo vituperar pues á Platon á quien tanto respeto? Preciso es confesar no obstante, que se debe estudiar menos en su diálogo que en los de Jenofonte, las opiniones de Sócrates. Jenofonte escribió con un talento de conocimientos útiles, y ejercitado por mucho tiempo en la reflexion,

para hacer á los hombres mejores ilustrándolos. Tal era su amor á la verdad, que jamas se fundó en la política, sino despues de haber sondeado la naturaleza de los gobiernos; en la historia, para referir los hechos que en gran parte habia él presenciado: en el arte militar, despues de haber servido y mandado con la mayor distincion, y en la moral, despues de haber practicado las lecciones que daba á los demas. He conocido pocos filósofos tan virtuosos, y pocos hombres tan amables.

CAPÍTULO XXXVIII.

Viage á Mesenia.

Salimos de Escilonta, y habiendo atravesado la Trifilia, llegamos á las orillas del Neda, que separa la Elida de la Mesenia.

Siendo nuestro objeto recorrer las costas de esta última provincia, fuimos á embarcarnos en el puerto de Ciparisia, y al dia siguiente arribamos á Pilos, donde se nos dijo, que el sabio Nestor habia reinado: por mas que quisimos hacer ver, que segun Homero, reinaba en la Trifilia, por única respuesta se nos mostró la casa de este príncipe, su retrato, y la gruta, donde

encerraba sus bueyes. Quisimos insistir, pero en breve quedamos convencidos do que los pueblos y los particulares orgullosos de su orígen, no siempre gustan que se dispute acerca de sus títulos.

Despues de haber visto muchas ciudades de la costa, hasta lo interior del golfo de Mesenia, llegamos en fin á la embocadura del Pamiso, donde entramos á toda vela. Este rio es el mayor de todos los del Peloponeso, aunque desde su nacimiento hasta el mar, solo hay la distancia de unos cien estadios (tres leguas y cuarto.) Su curso es corto, pero admirable al mismo tiempo, pues dá la idea de una vida corta y de hermosos dias. Sus aguas puras parecen que corren unicamente para la dicha de todos aquellos que la rodean. En todas las estaciones se cogen en él esquisitos peces, que á la vuelta de la primavera vienen á sus aguas para desovar en ellas.

Atravesamos fértiles llanuras, y llegamos á Mesenia, situada como Corinto al pie de un monte, y que ha llegado á ser como esta ciudad, uno de los baluartes del Peloponeso. Las murallas de Mesenia son de piedra de sillería, desde que Epaminondas restituyó la libertad á la Mesenia, y llamó á sus antiguos habitantes; estan coronadas

de almenas, flanqueadas de torres, y abrazan en su circuito el monte Itomo. Por dentro vimos una espaciosa plaza adornada de templos, de estátuas y de una fuente abundante. Por todas partes se elevan hermosos edificios, y segun estos primeros ensayos de la magnificencia de Mesenia, se pudiera juzgar de la que ostentaria en adelante. En la cumbre del monte y en medio de una ciudadela que reune á los recursos del arte las ventajas de la posicion, se eleva un templo de Júpiter, en el sitio mismo, donde se dice que las ninfas cuidaron de la infancia de este dios, cuya estátua obra de Ageladas, estaba depositada en la casa del sacerdote Celeno.

Desde esta casa se descubre toda la Mesenia, estendiéndose la vista hasta unos ochocientos estadios (26 leguas y media.) Estiéndese tambien la vista al norte por la Arcádia y la Elida, al oeste y al sur por la mar y las islas contiguas, al este por una cordillera de montes, que bajo el nombre de Taijeto, separa esta provincia de la de Laconia, y en seguida se esplaya y recrea por el cuadro ameno que encierra este recinto. Veiamos á diversas distancias ricas campiñas, cruzadas de colinas y de rios, cubiertos de rebaños, y en particu-

lar de yeguadas, que constituyen las riquezas del pais. Entonces dirigiéndome á unos cuantos labradores que veiamos : «Me parece, les dije, que la poblacion de esta provincia no guarda proporcion con su fertilidad. —No lo atribuyais, respondió un viejo llamado Jénocles, que hacia poco habia vuelto á su patria, sino á los bárbaros, cuya odiosa vista nos impiden estos montes. Por espacio de cuatro siglos enteros, los lacedemónios han asolado la Mesenia, dejando unicamente en patrimonio á sus habitantes, la guerra ó el destierro, la muerte ó la esclavitud.»

Unicamente teniamos una leve idea de estas revoluciones funestas. Jénocles lo conoció, lamentóse de ello, y dirigiéndose á su hijo : «toma tu lira, le dice, y canta estas tres elegias con que mi padre, cuando llegamos á Libia, para aliviar sus penas, quiso eternizar la memoria de los males que nuestra patria habia sufrido.» Obedeció el jóven, y cantó las tres elegias que comprenden la historia de las tres guerras que los mesenios tuvieron que sostener contra los macedónios, de las cuales la última terminó con la sumision completa de la Mesenia, y la espulsion de los habitantes, que se salvaron en Italia, en Sicilia y hasta en Libia.

Durante la segunda guerra, los lacedemónios de conformidad con la respuesta del oráculo de Delfos, pidieron á los atenienses un gefe que los dirigiese, pero Atenas que temia contribuir al engrandecimiento de Esparta su rival, les propuso á Tirteo poeta obscuro, que suplia sus defectos personales y su escasa fortuna con un talento sublime, que los atenienses miraban como una espesie de frenesí. Llamado Tirtéo al socorro de una nacion guerrera, que le comprendió en breve en el número de sus ciudadanos, sintió elevarse sus talentos, y se entregó enteramente á su alto destino. Sus cantos inflamados inspiraban el desprecio de los peligros y de la muerte; se hace oir, y los lacedemónios desanimados por un combate anterior, vuelan al campo de batalla, y en una accion derrotan al egército de los mesenios.

Cuando el jóven dejó la lira, su padre Jénocles preguntó, como se habia realizado la revolucion que le conducia á Mesenia desde las orillas de la Libia, y Celeno respondió: «Los tébanos capitaneados por Epaminondas, habian vencido á los lacedemónios en Leuctres, en Beócia. A fin de debilitar para siempre su poder, concibió este grande hombre el proyecto de poner al lado

de ellos un enemigo que tuviese que vengar grandes injurias, y envió por todas partes á invitar á los mesenios que volviesen á ver la patria de sus padres. Volamos á su voz, y le encontré al frente de un egército formidable, rodeado de arquitectos que trazaban el plan de una ciudad al pie de esta montaña. Poderosamente auxiliado por las naciones vecinas, en todo tiempo émulas de Lacedemónia, su empresa quedó ejecutada en breve. Habiéndose reunido las tropas, el dia de la consagracion de la ciudad, los arcadios presentaron las víctimas, y los de Tebas, de Argos y Lacedemónia, ofrecieron separadamente sus homenages á sus divinidades tutelares. Todos juntos llamaron á los héroes del pais, y les suplicaron que fuesen á tomar posesion de sus nuevas moradas. Entre aquellos nombres preciosos para la nacion escitó aplausos universales el de Aristomeno, príncipe valeroso que en la última guerra murió en el campo de batalla. Invirtiéronse en sacrificios y oraciones las primeras horas de aquel dia, y en las siguientes, al son de la flauta pusieron los cimientos de las murallas, los templos y las casas. Quedó acabada la ciudad en poco tiempo, y la dieron el nombre de Mesenia.» Luego que Celeno acabó de hablar,

le hice varias preguntas relativas al estado de las ciencias y de las artes. — «Nunca hemos tenido tiempo, me respondió, de dedicarnos á ellas. — ¿Y en cuanto á la forma del actual gobierno?—Aun no ha adquirido todavia una forma estable. — ¿Y que me decis del que subsistia durante las guerras con Lacedemónia? — Que era una mezcla de realismo y de oligarquía, pero los asuntos se trataban en la asamblea general de la nacion. El orígen de la última casa reinante se atribuye á Cresfonte, que vino al Peloponeso con los otros Heraclidas, ochenta años despues de la guerra de Troya. La Mesenia le tocó en suerte, casó con Mérope hija del rey de Arcádia, y fué asesinado con casi todos sus hijos, por los principales de su corte, á causa de haber amado al pueblo con esceso. La historia ha mirado como un deber el consagrar su memoria, y condenar á la execracion la de sus asesinos.»

Salimos de Mesenia, y despues de haber atravesado el Pamiso, recorrimos la costa oriental de la provincia. Aqui lo mismo que en el resto de la Grecia, el viagero se vé precisado á esperimentar á cada paso las genealogias de los dioses, confundidas con las de los hombres. No hay ciudad, rio,

fuente, bosque ni monte que no tenga el nombre de una ninfa, de un héroe ó de un personage, hoy dia mas célebre que lo fué en su tiempo. Entre las numerosas familias que poseian en otro tiempo pequeños estados en Mesenia, la de Esculapio ocupa en la opinion pública un lugar distinguido. En la ciudad de Abia nos enseñaron su templo, en Geronía el sepulcro de Machâon su hijo, y en Feres el templo de Nicómaco y de Górgaso sus nietos, honrados á cada instante con sacrificios, ofrendas y concurso de enfermos varios.

CAPÍTULO XXXIX.

Viage á Lacónia.

Embarcámonos en Feres en una nave que se hacia á la vela para el puerto de Escandéa, en la islilla de Citeres, situada á la estremidad de la Lacónia. Desde el puerto se sube á la ciudad, donde los lacedemónios mantienen una guarnicion.

El nombre de Citeréa despertaba en nuestros espíritus ideas las mas halagüeñas. Allí subsiste con brillo, desde tiempo inmemorial, el templo mas antiguo y respetado de cuantos hay consagrados á Venus;

allí es donde la diosa se mostró por la vez primera á los mortales, y con ella tomaron los amores posesion de esta tierra hermoseada aun en el dia, con las flores que se apresuraban á brotar en su presencia. Desde entonces se conocen en aquel sitio los atractivos de las dulces conversaciones y de las tiernas sonrisas. ¡Ah! sin duda los corazones afortunados solo aspiran á unirse en esta region, y sus habitantes pasan los dias en la abundancia y los placeres.

Pasábamos asi el tiempo en conversacion con algunos pasageros de nuestra edad, cuando el capitan del barco nos dijo, que el suelo de la isla de Citeres es árido y erizado de riscos; que sus habitantes sacan el fruto de él á fuerza del sudor de su frente, y que solo apreciaban el dinero; la estátua de Venus Uránia situada en un viejo templo erigido por los fenicios, estaba llena de armas desde la cabeza hasta los pies. «Me han dicho, como á vosotros, añadió, que al salir de la mar la diosa desembarcó en esta isla, pero tambien me han asegurado que subió inmediatamente á Chipre.»

De aquestas últimas palabras deducimos inmediatamente que algunos fenicios habian pasado el mar y arribado al puerto de Escandéa, adonde trajeron el culto de Ve-

nus que se estendió á los paises vecinos, y de aqui nacieron aquellas fábulas absurdas, cuales son el nacimiento de Venus, su salida del seno de las olas y su llegada á Citeréa. En lugar de ir con nuestro capitan á esta isla, le suplicamos que nos dejase en Ténaro, ciudad de Lacónia, cuyo puerto es capaz de contener muchas naves: está situada cerca de un cabo del mismo nombre, dominado de un templo, como lo estan los principales promontorios de la Grecia. El de Ténaro dedicado á Neptuno, está circuido de un bosque sagrado, asilo de criminales. La estátua del dios está á la entrada, y en lo interior se vé una caverna inmensa y muy famosa entre los griegos, quienes la miran como una boca de los infiernos, suponiendo que por allí sacó Hércules al Cervero, y Orféo á su esposa. Esta caverna tiene anexo un privilegio, del cual gozan otras muchas ciudades. Los adivinos vienen á ella á invocar las sombras pacíficas de los muertos, ó arrojar al fondo de los abismos los que turban el reposo de los vivos. Hay unas ceremonias santas que causan estos efectos maravillosos; las primeras consisten en sacrificios, libaciones, plegarias y fórmulas misteriosas; es preciso pasar despues la noche en el templo, y en-

tonces la sombra, segun dicen, jamas deja de aparecerse en sueño.

«Ignoro, dijo Filotas al sacerdote del templo que nos hacia esta relacion circunstanciada, hasta que punto se debe ilustrar al pueblo; pero á lo menos es preciso ponerle á cubierto del esceso del error. Los de Tesália dieron en el último siglo una triste prueba de esta verdad. Estaba su egército en presencia del de los focenses, que durante una noche muy clara, destacaron contra el campo enemigo seiscientos hombres untados de yeso; por mas grosera que fuese esta astucia, los tésalianos acostumbrados desde niños á los cuentos de apariciones de fantasmas, tuvieron á estos soldados por genios celestes que venian al socorro de los fócenses, hicieron una débil resistencia, y se dejaron degollar como víctimas.»

«Semejante ilusion, respondió el sacerdote, produjo en otro tiempo el mismo efecto en nuestro egército. Hallábase en Mesenia, y creyó ver á Castor y Polux dando esplendor con su presencia á la fiesta que se celebraba en honor suyo. Dos mesenios que llamaban la atencion por su juventud y su belleza, se dejaron ver al frente del campo, montados en soberbios caballos, con

lanza en ristre, una túnica blanca, manto de púrpura, y un gorro puntiagudo y dominado de una estrella; tales en fin como representan á entrambos héroes, objetos de nuestro culto. Entran y embisten á los soldados prosternados á sus pies, hacen una carniceria horrible, y se retiran tranquilamente. Los dioses irritados de esta perfidia, manifestaron en breve su venganza contra los mesenios.»

Salimos de Ténaro, despues de haber visto en las cercanias una cantera, de donde sacan una piedra negra tan preciosa como el mármol, y fuimos á Gitio ciudad muy fuerte, con un escelente puerto, donde estan las escuadras de Lacedemónia, y se reune cuanto es necesario para abastecerlas.

La historia de los lacedemónios ha dado tanto lustre al reducido pais que habitan, que nos detuvimos á ver hasta los lugarcillos y las menores ciudades, tanto en las cercanias del golfo de Lacónia, como en lo interior del territorio. Por todas partes nos enseñaban templos, estátuas, columnas y otros monumentos, los mas de ellos de un trabajo tosco, y algunos de una antigüedad respetable. En el gimnásio de Asopo, llamaron nuestra atencion unas osamentas humanas de prodigiosa magnitud.

Llegamos á las márgenes del Eurotas, subimos por su orilla, atravesando un valle que se riega con sus aguas, y en seguida pasamos por medio de una llanura que se estiende hasta Lacedemónia; el rio corria á nuestra derecha, y á la izquierda teniamos el monte Taigeto, al pie del cual ha cavado la naturaleza muchas cavernas grandes en el peñasco. En Briséo vimos un templo de Baco, cuya entrada está prohibida á los hombres, y en el cual unicamente las mugeres tien derecho de hacer sacrificios. Anteriormente habíamos visto ya una ciudad de Lacónia, donde las mugeres no asisten á los sacrificios que alli ofrecen al dios Marte. Desde Briséo nos enseñaron en la cumbre del monte cercano un lugar llamado Talet, donde inmolan caballos al Sol. Mas allá, los habitantes de un lugarcillo se jactan de haber inventado las piedras de molino arinero. A breve rato descubrimos la ciudad de Amiclas, situada á la orilla izquierda del Eurotas y lejana de Lacedemónia unos veinte estadios. Estábamos impacientes por llegar al templo de Apolo uno de los mas famosos de la Grecia. La estátua del Dios, que tiene de altura cerca de 30 codos (49 pies y medio), es de tosco trabajo, y dá indicios del gusto egipcio.

Este monumento es antiquísimo; ultimamente fué colocado por un artista llamado Baticles, en una base en forma de altar, en medio de un trono sostenido por las Horas y las Gracias. Está servido el templo por sacerdotisas; la principal de ellas toma el nombre de Madre, y cuando muere inscriben en mármol su nombre y los años de su sacerdocio. Enseñáronnos las tablas que contienen cronologicamente la serie de estas épocas preciosas, y leimos el nombre de Laodaméa hija de Amiclas, que reinaba en este pais hace mas de mil años.

No lejos del templo de Apolo se vé otro, cuya magnitud solo tiene cerca de diez y siete pies de largo, sobre diez y medio de ancho. Cinco piedras toscas y negruzcas, de cinco pies de grueso, forman las cuatro paredes y la cubierta, encima de la cual hay otras dos piedras que entran mas adentro. El edificio tiene tres escalones de una piedra sola cada uno, y en la puerta se ven grabadas en carácteres antiquísimos, estas palabras. *Eurotas, rey de los Ictéucrates á Onga.* Vivia este príncipe tres siglos antes de la guerra de Troya; el nombre de Ictéucrates designa el de los antiguos habitantes de Lacónia, y el de Onga una divinidad de Fenicia ó de Egipto, la misma, segun se

cree, que la Minerva de los griegos. Este edificio es muchos siglos anterior á los mas antiguos de la Grecia. Admirando lo sencillo y sólido de ella, imaginábamos absortos los numerosos siglos transcurridos desde su fundacion con igual asombro, que al llegar al pie de un monte hemos medido muchas veces con la vista su imponente altura. Lo estenso de la duracion produce el mismo efecto que la del espacio, con la diferencia de que somos mas adictos á la duracion que á la grandeza.

Hermosean las cercanias de Amiclas risueñas praderas, y pomposos y elevados árboles. Esta ciudad cuyo territorio produce escelentes frutas, es una mansion agradable, muy poblada, y siempre llena de estrangeros que concurren á ella, ya por sus lucidas fiestas ó bien por motivos religiosos. Salimos de Amiclas para Lacedemónia, nos hospedamos en casa de Damonax, á quien Jenofonte nos habia recomendado, y allí encontró Filotas algunas cartas que le precisaron á partir para Atenas el dia siguiente. Hablaré de Lacedemónia hasta que haya dado una idea general de la provincia.

Al este y al sur tiene por límites el mar, al oeste y al norte unos altos montes, ó unas colinas que bajan de ellas y forman en me-

dio amenos valles. Son tan altas las cumbres de estos montes, llamados taijetas, tanto que desde algunas de ellas apenas puede estenderse la vista por todo el Peloponeso. Sus costados, casi del todo cubiertos de bosques, son asilo de muchas cabras, osos, javalies y ciervos. La naturaleza esmerándose en multiplicar estas especies, parece que las ha conservado para que las destruyan unas razas de perros muy estimados en todos los pueblos, preferidos en particular para la caza del javalí. Son ágiles, vivos, impetuosos y de un olfato finísimo. Por la parte de tierra es muy dificil la entrada en la Lacónia, pues no se entra en ella sino por colinas escarpadas, y desfiladeros fáciles de guardar. En Lacedemónia se dilata la llanura, y caminando ácia el medio dia, se encuentran territorios fértiles, aunque en ciertos parages requiere la agricultura mucho trabajo, atendido lo escabroso del suelo. En la llanura se ven esparcidas colinas muy elevadas, hechas á fuerza de brazos y antes del descubrimiento de las artes, para servir de sepulcro á los principales caudillos de la nacion.

En cuanto á las producciones de la Lacónia, observaremos que se encuentran en ella muchas plantas medicinales; que se

coge allí un trigo muy ligero y poco nutritivo, que es necesario regar muy á menudo las higueras, que los higos maduran mas pronto que en cualquiera otra parte, y en fin, que en todas las costas de la Lacónia, asi como en las de Citeres, se hace abundante pesca de aquel marisco, de que se saca una tintura de púrpura muy estimada.

La Lacónia está muy espuesta á los temblores de tierra. Dicen que en otro tiempo comprendia cien ciudades, pero que esto se entiende en aquellos dias en que se daba tal título á cualquiera lugarcillo. Lo único que yo puedo decir, es que en la actualidad se halla muy poblada. Atraviesa el Eurotas todo su territorio, y recibe los arroyos ó mas bien los torrentes, que bajan de las montañas vecinas, de modo que no se puede vadear en una gran parte del año. Corre siempre por un estrecho cauce, y en su creciente misma su mérito consiste en tener mas profundidad que superficie. En algunas épocas del año está cubierto de cisnes blanquísimos, y casi por todas partes de cañas muy estimadas, porque son altas, rectas y de varios colores. Ademas de los varios usos que se hacen de esta planta, los lacedemónios fabrican estera y se coronan con ella en algunas de sus fiestas. A la de-

recha del Eurotas, á cierta distancia de la orilla, está la ciudad de Lacedemónia, llamada por otro nombre Esparta. No tiene murallas ni mas defensa que el valor de sus habitantes, y algunas alturas que guarnecen con tropas en caso de ataque. La mas alta sirve de ciudadela, y termina en una espaciosa llanura, donde se ven muchos edificios sagrados. Al rededor de esta colina hay cinco poblaciones, separadas una de otra por intervalos mayores ó menores, y ocupada cada una por una de las cinco tribus de los espartanos. La plaza mayor, á la cual van á parar muchas calles, está adornada de templos y de estátuas, y en ellas se distinguen ademas las casas, donde se reunen con separacion, el senado, los eforos y otros cuerpos de magistrados; sobresale tambien un pórtico que erigieron los lacedemónios en memoria de la batalla de Platéa á espensas de los vencidos, cuyos despojos se repartieron. El techo no está sostenido por columnas y sí por grandes estátuas colosales, que representan á los persas vestidos con largos ropages. El resto de la ciudad ofrece tambien muchos monumentos en honor de los dioses y de los héroes antiguos.

Sobre la colina mas alta se vé un templo

de Minerva, en el cual se goza del derecho de asilo, asi como el bosque que le rodea, y una casita que de él depende, en la cual dejaron morir de hambre al rey Pausanias. Esto fué un crímen á los ojos de la diosa, y para apaciguarla mandó el oráculo á los lacedemónios que erigiesen dos estátuas, las cuales se ven todavia cerca del altar. El templo es de bronce como lo era en otro tiempo el de Delfos. A la derecha de este edificio se vé una estátua de Júpiter, la mas antigua quizas de cuantas hay de bronce, porque es del mismo tiempo en que fueron restablecidos los juegos olímpicos, y está compuesta de varias piezas unidas unas con otras y aseguradas con clavos. Los panteones de las dos familias que reinan en Lacedemónia, estan en dos cuarteles diferentes. Por todas partes se ven monumentos heróicos, es decir, edificios y bosques dedicados á los antiguos héroes. En ellos se renuevan con ceremonias santas, la memoria de Hércules, de Tíndaro, de Castor, de Pólux, y de otros muchos personages mas ó menos conocidos en la historia, ó mas ó menos dignos de serlo. Las casas son pequeñas y sin adornos. Se han edificado salas y pórticos, donde van los lacedemónios á tratar de sus negocios ó estar de ter-

tulia. Á la parte meridional de la ciudad, está el hipodromo para las carreras de á pie y á caballo ; desde allí se entra en el platanisto, lugar de ejercicio para la juventud , sombreado por hermosos plátanos , y situado á las márgenes del Eurotas , y de un riachuelo que le cierran por medio de un canal de comunicacion; se entra en él por dos puentes; á la entrada del uno está la estátua de Hércules ó de la fuerza que lo doma todo , y á la del otro la imágen de Licurgo ó de la ley que todo lo arregla.

CAPÍTULO XL.

De los habitantes de la Lacónia.

Habiéndose apoderado de la Lacónia los descendientes de Hércules sostenidos por un cuerpo de dorios , vivieron sin distincion con los antiguos habitantes del pais. Poco tiempo despues les impusieron un tributo , y les despojaron de una parte de sus derechos. Las ciudades que conviniesen en este arreglo , conservaron su libertad; la de Helos resistió, y precisada á ceder en breve , vió á sus habitantes reducidos casi á la condicion de esclavos. Desuniéronse despues los de Esparta , y los mas

poderosos confinaron á los débiles en el campo ó en las ciudades inmediatas. Aun se distinguen hoy dia los lacedemónios de la capital de los demas de la provincia, y unos y otros de la multitud prodigiosa de esclavos dispersos del pais.

Los primeros que comunmente llamamos espartanos, forman aquel cuerpo de guerreros, de que depende el destino de la Lacónia, y se dice que antiguamente ascendia su número á diez mil, aunque eran ocho mil en tiempo de la espedicion de Jerjes. Las últimas guerras los han reducido de tal manera, que al presente se encuentran muy pocas familias antiguas en Esparta. La mayor parte de las nuevas son oriundas de los ilotas, que han merecido primero la libertad, y luego el título de ciudadanos en mérito de acciones distinguidas.

Los habitantes de las provincias no reciben la misma educacion que los de la capital. Sus costumbres son mas agrestes al paso que su valor menos célebre. De aqui es que la ciudad ha tomado sobre las demas, el mismo ascendiente que la de Elis sobre las de Elida, y la de Tebas sobre las de Beócia.

Los ilotas han tomado este nombre de la

ciudad de Helos, pero no se les debe confundir con los verdaderos esclavos, pues conservan mas bien una mediania entre estos últimos y los hombres libres. Su suerte la suavizan algunas ventajas reales. Semejante á los siervos de Tesália, toman el arriendo de las tierras de los espartanos, y al cabo de mucho tiempo pagan siempre el mismo rédito, que no es de ningun modo proporcionado al producto. Algunos profesan las artes mecánicas con tanta habilidad, que buscan en todas partes las llaves, camas, mesas y sillas que se hacen en Lacedemónia; sirven en la marina en clase de marineros, y en el egército un soldado armado pesadamente, lleva consigo uno ó muchos ilotas. En la batalla de Platéa cada espartano llevaba siete consigo. En los peligros graves se despierta su celo con la esperanza de la libertad, la cual han conseguido á veces algunos destacamentos numerosos en premio de sus acciones distinguidas. Reciben unicamente del estado este beneficio y ascienden á la clase de ciudadanos, mediante otros servicios nuevos. Los espartanos y los ilotas, poseidos de una desconfianza mútua, se observan con temor, y para hacerse obedecer los primeros emplean un rigor que creen ser necesario,

atendidas las circunstancias, porque los ilotas son malos de gobernar. Su número, su valor y sobre todo su riqueza, los hacen presuntuosos y audaces; de aqui viene que algunos autores ilustrados condenan esta servidumbre y otros la aprueban.

CAPÍTULO XLI.

Ideas generales sobre la legislacion de Licurgo.

Hacía ya algunos dias que me hallaba en Esparta, sin que nadie lo estrañase. Me introdujeron á presencia de los dos príncipes que ocupaban el trono, el uno era Cleomedes, nieto de aquel rey Cleonbróto que murió en la batalla de Leuctres, y Archîdamo hijo de Agesilao. El primero era amante de la paz: el segundo solo respiraba guerra y gozaba de mucho crédito. Allí conocí á aquel Antalcidas, que treinta años antes ajustó un tratado entre la Grecia y la Persia. Pero de todos los espartanos Damonax, en cuya casa estaba yo hospedado, me pareció el mas tratable y mas ilustrado.

Un dia que le molestaba con preguntas, me dijo: «juzgad de nuestras leyes por nuestras costumbres actuales, es lo mismo

que juzgar de la hermosura de un edificio por un monton de ruinas.—Pues bien, respondí yo, pongámonos en el tiempo en que esas leyes estaban en vigor. ¿Creeis acaso que sea facil justificar los reglamentos estraordinarios y raros que ellas contienen?—Respetad, me dijo, la obra de un genio, cuyas miras son siempre nuevas y profundas, y que ha dado con sus leyes un nuevo carácter á su nacion.

«Un cuerpo sano y un alma libre, es todo lo que la naturaleza destina al hombre para hacerle feliz, y estas son las ventajas que segun Licurgo, deben servir de fundamento á nuestra dicha. De aqui conocereis ya la causa porque nos prohibió el casar á nuestras hijas muy temprano; porque ellas no se crian á la sombra de sus rústicos techos, sino á los ardientes rayos del sol, en el polvo del gimnasio, en los ejercicios de la lucha, de la carrera, del venablo y del disco. Debiendo dar ellas ciudadanos robustos al estado, es preciso que se form en un aconstitucion muy fuerte, para comunicarla á sus hijos.

«Desde nuestra mas tierna infancia damos agilidad, soltura y fuerza á nuestro cuerpo con el trabajo y los combates no interrumpidos, porque un régimen severo

disipa las enfermedades, de que el cuerpo es susceptible. Aqui se ignora las necesidades facticias, y las leyes han tenido cuidado de proveer á las necesidades reales. El hambre, la sed, los sufrimientos, las muertes, todos estos objetos de terror, se miran entre nosotros con una indiferencia que en vano la filosofia procura imitarla.

«Licurgo restituyéndonos los bienes de la naturaleza, ha querido asegurárnoslos, dando por contrapeso á nuestras pasiones el amor de la patria con su energía, su plenitud, sus arrebatos y aun su delirio mismo. Este amor es tan ardiente y tan impetuoso, que en sí solo reune todos los intereses y movimientos de nuestro corazon, y no queda ya en el estado mas que un espíritu y una voluntad.

«En el resto de la Grecia, los hijos de un hombre libre estan confiados al cuidado de un hombre que no lo es ó no merece serlo; pero ni los esclavos ni los mercenarios son á propósito para educar espartanos: la patria misma es quien ejerce esta funcion tan importante. Nos deja sin embargo en los primeros años bajo la direccion de nuestros padres; pero luego que somos capaces de comprension, hace valer altamente entre nosotros sus derechos; y

sus miradas nos buscan y nos siguen por todas partes. De su mano recibimos el alimento y el vestido; de su parte asisten á nuestros juegos los magistrados, los ancianos y los ciudadanos todos; se inquietan por nuestros defectos, procuran descubrir en nuestras palabras ó acciones algunas semillas de virtud, y nos enseñan en fin con su tierna solicitud, que el estado nada tiene tan precioso como nosotros.

«Uno de los principales magistrados nos tiene continuamente reunidos á su vista, y si se viese en la precision de ausentarse por un momento, todo ciudadano puede ocupar su puesto y ponerse á nuestra frente. Auméntanse los deberes con los años: la naturaleza de las instrucciones se mide segun los progresos de la nacion, y las pasiones que despuntan, son comprimidas con la multitud de los ejercicios, ó habilmente dirigidas ácia objetos útiles al estado. Desde el mismo instante que empiezan á desplegar su furor, dejamos de comparecer en público, y lo hacemos unicamente en silencio, con el pudor en la frente, la vista baja, y las manos metidas bajo del manto, como unos iniciados que se destinan al ministerio de la virtud; el amor de la patria debe introducir el espíritu de

union entre los ciudadanos, y el deseo de agradarle inspira la justa emulacion. Aqui la union no será turbada por las tempestades que en otras partes la destruyen. Licurgo nos ha preservado de casi todos los motivos de la envidia, porque casi todo lo ha hecho igual y comun entre nosotros. Todos los dias somos llamados á convites públicos, donde reina la decencia y la frugalidad. Cuando las circunstancias lo exigen, me está permitido servirme de esclavos, carruages, caballos y todo cuanto pertenece á cualquiera otro ciudadano.

«Los reglamentos de Licurgo nos disponen para una especie de indiferencia ácia los bienes, cuya adquisicion cuesta mas disgustos, que placeres proporciona la posesion de ellos. No conocemos otra moneda que la de cobre, y su volúmen y peso es tal, que descubririan á cualquier avaro que quisiera ocultarla á la vista de sus esclavos. Si un particular escondiese en su casa oro ó plata, no podria substraerse á las pesquisas de los oficiales públicos ni á la severidad de las leyes. Nosotros no conocemos ni las artes, ni el comercio, ni los demas medios de multiplicar las necesidades y desgracias de un pueblo ¿y que habiamos de hacer nosotros de la riqueza? tenemos

cabañas, vestidos y pan. Tenemos hierro y brazos para servir á nuestros amigos y á la patria, tenemos almas libres, vigorosas, incapaces de tolerar la opresion de los hombres y de las pasiones nuestras. Estos son nuestros tesoros.

«Miramos como una debilidad el amor escesivo á la gloria, y como un crímen el de la celebridad. No tenemos ningun historiador, ningun orador, ningun panegirista, ninguno de aquellos monumentos que unicamente sirven para atestiguar la vanidad de una nacion. Los pueblos que hemos vencido, dirán á la posteridad nuestras victorias, y enseñaremos á nuestros hijos á ser tan valientes y virtuosos como sus padres. El ejemplo de Leonídas, siempre presente á su memoria, les atormentará dia y noche. Preguntadles, y la mayor parte os referirán de memoria los nombres de los trescientos espartanos que perecieron con él en las Termópilas. Desde que sale el sol hasta que se pone, desde nuestros primeros años hasta los últimos, siempre estamos sobre las armas, y aun observando una disciplina mas exacta que si estuviesemos en su presencia. Volved la vista á todas partes, y os parecerá estar mas bien en un campamento que en una ciu-

dad, pues solo vereis muchas evoluciones, ataques y batallas. A este espíritu militar se arreglan muchas de nuestras leyes. Siendo jóvenes todavia vamos á caza todas las mañanas, y en lo sucesivo siempre que nos lo permiten nuestras tareas; pues Licurgo nos recomendó este ejercicio como una imágen del peligro y la victoria.

«Mientras los jóvenes se entregan á él con ardor, les está permitido recorrer los campos y quitar cuanto les acomode. El mismo permiso tienen en la ciudad, y son dignos de elogios sino se les convence de hurto, pero si lo fuesen, son reprehendidos y castigados. Esta ley ha suscitado censores contra Licurgo. Parece en efecto que debia inspirar á los jóvenes el gusto al desorden, al latrocinio, pero unicamente produce en ellos actividad y destreza; en los demas ciudadanos mas vigilancia, y en unos y otros mas hábito de preveer los designios del enemigo, ponerle acechanzas y preservarse de las suyas.

«No olvideis, me dijo Damonax al concluir, que nuestra conversacion solo ha versado sobre el espíritu de las leyes de Licurgo y las costumbres de los antiguos espartanos.»

CAPÍTULO XLII.

Vida de Licurgo.

Ya dige que los descendientes de Hércules, desterrados en otro tiempo del Peloponeso, volvieron á entrar en él ochenta años despues de la toma de Troya. Temeno, Cresfonte y Aristodemo, todos tres hijos de Aristomaco, vinieron con un egército de dorios, é hiciéronse dueños de esta parte de la Grecia. La Argólida tocó en suerte á Temeno, y la Mesenia á Cresfonte; murió Aristodemo en estas circunstancias, y Euristeno y Prodes sus hijos, poseyeron la Lacónia. De estos dos príncipes traen su orígen las dos casas que hace cerca de nueve siglos que reinan juntamente en Lacedemónia.—Este imperio naciente se vió vacilante muchas veces por las facciones intestinas ó á causa de grandes empresas, y estaba amenazado de una próxima ruina, cuando uno de los reyes llamado Polidecto, murió sin hijos. Sucedióle su hermano Licurgo, ignorándose entonces el embarazo de la reina. Luego que tuvo noticia de él, declaró que si aquella princesa daba un heredero al trono, seria el primero á reconocerle, y en conse-

cuencia no administró el reino sino en clase de tutor del jóven príncipe.

A pesar de esto le dió á entender la reina que si consentia en casarse con ella, no tendria reparo en dar muerte á su hijo. Para apartarla de la ejecucion de tan bárbaro proyecto, la lisonjeó con esperanzas, y luego que parió, tomó Licurgo el hijo en los brazos, y presentándole á los magistrados de Esparta. «Aqui teneis, les dijo, el rey que os ha nacido.»

La mayor parte de los ciudadanos le atestiguaron tanto amor como respeto, pero sus virtudes tenian descontentos á los principales del estado favorecidos por la reina, que ansiosa de vengar su afrenta sublevaba contra él sus parientes y amigos. Para desvanecer los rumores que circulaban contra él, se vió en la precision de alejarse de su patria. Fijaron por mucho tiempo su atencion en Creta las leyes del sabio Minos, y para juzgar mejor de los efectos que produce la diferencia de gobiernos y costumbres, visitó las costas de Asia. Alli vinieron á parar en sus manos las poesias de Hómero, y admirado de las bellas máximas de moral y de política que hermoseaban las ficciones de este gran poeta, resolvió enriquecer con ellas la Grecia.

Despues de haber recorrido las regiones lejanas, estudiando por todas partes el genio y la obra de los legisladores, cedió á los deseos de los lacedemónios que le llamaban, y regresó á su patria. No tardó en conocer que lejos de tratarse de reparar el edificio de las leyes, solo se pensaba en destruirlas, elevando otro con nuevas proporciones. Previó todos los obstáculos y no se espantó de ellos. Antes de comenzar sus operaciones, las sometió al exámen de sus amigos y de los ciudadanos mas distinguidos, entre los cuales escogió treinta que debian acompañarle armados á las asambleas generales. Esta comitiva no siempre bastaba para contener el tumulto, y asi es que en un alboroto escitado con motivo de una ley nueva, tomó la resolucion de refugiarse en un templo inmediato; pero habiéndole alcanzado en tal momento un golpe violento que le privó de un ojo, se contentó con mostrar á sus perseguidores el rostro bañado en sangre. Al ver tal espectáculo, la mayor parte sobrecogidos de vergüenza le acompañan hasta su casa detestando el crímen, y le entregan el delincuente, que era un jóven impetuoso é inquieto. Licurgo sin reconvenirle ni proferir siquiera una queja, le detiene en su casa,

hasta que se retiren sus amigos y criados, y le manda que le cure la herida. Obedece el jóven guardando silencio, y siendo á cada instante testigo de la paciencia y las grandes prendas de Licurgo, convierte su odio en amor, y siguiendo tan bello modelo, reprime la violencia de su carácter.

Aprobóse en fin la nueva constitucion por todas las clases del estado, mas á pesar de ser escelente en todas sus partes, Licurgo no estaba satisfecho todavia de su duracion. «Me queda que esponeros, dijo al pueblo reunido, el artículo mas importante de nuestra legislacion, pero antes de todo quiero consultar al oráculo de Delfos. Prometed que hasta mi vuelta no tocareis en nada las leyes establecidas.» Los reyes, los senadores, todos los ciudadanos lo prometieron con juramento. Este compromiso debia ser irrevocable, porque el designio del legislador era no volver á ver su patria. Al punto se fué á Delfos, y preguntó si las nuevas leyes bastaban para asegurar la dicha de los espartanos. Habiendo respondido la Pitia que Esparta seria la ciudad mas floreciente, mientras mirase como un deber el observarlas, Licurgo envió este oráculo á Lacedemónia, y se condenó él mismo á destierro. Murió lejos de la nacion que hizo

dichosa. Algun tiempo despues de su muerte le consagró ella un templo, donde todos los años se le hace el honor de un sacrificio, y sus parientes y amigos formaron una sociedad que se ha perpetuado hasta nosotros, y se reune de tiempo en tiempo para recordar la memoria de sus virtudes.

CAPÍTULO XLIII.

Gobierno de Lacedemónia.

Las muchas luces de Licurgo no permitian que abandonase la administracion de los negocios públicos á los caprichos de la muchedumbre. Veinte y ocho ancianos de esperiencia consumada, fueron elegidos para decidir con los reyes la plenitud del poder, quedando establecido que los grandes intereses del estado se discutiesen en este senado augusto; que ambos reyes tendrian el derecho de presidirle, y que la decision fuese á pluralidad de votos.

Hasta el tiempo de Polidoro y Teopompo que reinaron cerca de ciento treinta años despues de Licurgo, el senado habia guardado el equilibrio, pero siendo perpetuas las plazas de los senadores, era de temer que en lo sucesivo se uniesen estrechamen-

te y no hallasen oposicion á su voluntad; por esto hicieron pasar una parte de sus funciones á manos de los magistradós, llamados éforos ó inspectores, destinados á defender al pueblo en caso de opresion, y el rey Teopompo estableció esta nueva autoridad intermediana con beneplácito de la nacion. Ambos reyes deben ser de la estirpe de Hércules, y no pueden casarse con estrangera. Los éforos están encargados de vigilar la conducta de las reinas, á fin de que estas no dén al estado hijos que no sean de aquella ilustre casa; de manera que si fuesen convencidas ó hubiese vehementes sospechas de su infidelidad, sus hijos quedarian reducidos á la clase de particulares.

En cada una de las dos ramas reinantes, la corona debe pasar al primogénito, y en defecto de este, al hermano del rey. Si el primogénito muere antes que el padre, pertenece al segundo; pero si deja un hijo, este es preferido á su tio. En defecto de los herederos próximos en una familia, llaman al trono á los parientes lejanos y nunca á los de otra casa. Al heredero presuntivo no se le educa con los demas hijos del estado, mas no por esto es su educacion menos atenta, pues se le da una justa idea

de su dignidad y aun mas todavia de sus deberes.

Licurgo ha trabado las manos á los reyes, pero les ha dado al mismo tiempo unos honores y prerrogativas, de que gozan como gefes de la religion, de la administracion y de los egércitos. Arreglan todo lo respectivo al culto público, y presiden en las ceremonias religiosas, asi como en el senado, donde proponen el objeto de la deliberacion y vale por dos su voto. Cuando proponen de acuerdo un proyecto conocidamente útil para la república, á nadie le es permitido oponerse. La conservacion de los caminos, las formalidades de la adopcion y la eleccion del pariente que debe casarse con una heredera, todo esto está sometido á la decision de los reyes.

No puede ausentarse durante la paz, ni ambos á un tiempo durante la guerra, á menos que se armen dos egércitos, cuyo mando les corresponde por derecho. El estado paga la manutencion y demas gastos del general y de su casa, y este gefe exento de todo cuidado doméstico, solo se ocupa de los preparativos para la guerra. Los dos éforos que le siguen, no tienen otra obligacion que la de mantener las costum-

bres, sin mezclarse en los asuntos que él tenga á bien comunicarles.

Durante la guerra, los reyes no son mas que los primeros ciudadanos de una ciudad libre. Se presentan en público sin fausto y sin comitiva, pero se les cede el primer lugar, y todo el mundo se levanta en su presencia, escepto los éforos cuando estan en su tribunal. Cuando no pueden asistir á los banquetes públicos, se les envia una medida de vino y harina, lo cual se les niega cuando se escusan sin motivo.

Al momento que espira uno de ellos, recorren las mugeres las calles y anuncian la desgracia pública dando golpes en unos vasos de bronce. Se cubre de paja el mercado y se prohibe vender en él durante cuatro dias; salen hombres á caballo para esparcir la noticia por la provincia, y avisar á los hombres libres y á los esclavos que deben asistir á los funerales. Concurren gentes á millares, cabizbajos, y esclamando entre largos lamentos, que ninguno fué mejor de todos cuantos principes han tenido. Cuando muere el rey en una espedicion militar, esponen su imágen en un lecho fúnebre, y durante diez dias no se permite ni convocar la asamblea general ni abrir los tribunales de justicia. Luego que

llega el cuerpo que se cuida de conservar en miel ó en cera, se le sepulta con las ceremonias acostumbradas en el cuartel de la ciudad, donde está el panteon de los reyes.

El senado, compuesto de los dos reyes y de veinte y ocho gerontes ó ancianos, es el consejo supremo, donde se tratan en primera instancia la guerra, la paz, las alianzas, y los negocios mas importantes del estado. Obtener una plaza en este augusto tribunal, es subir al trono del honor, de modo que unicamente se concede al que desde su infancia se ha distinguido con virtudes eminentes, y no se logra hasta la edad de sesenta años para poseerla hasta la muerte.

Depende del senado no solamente la vida de los ciudadanos, sino tambien su fortuna, es decir su honor, porque el verdadero espartano no conoce otro bien. Se invierten muchos dias en examinar y justificar los delitos que merecen pena capital, y jamas se condena al acusado por simples presunciones; pero aunque sea absuelto una vez, se le persigue con mas rigor si en adelante se adquieren nuevas pruebas de delito.

Cuando acusan á un rey de haber viola-

do las leyes ó hecho traicion á los intereses del estado, el tribunal que ha de juzgarle, se compone de los veinte y ocho senadores, de los cinco éforos y del rey de la otra casa; pero puede apelar de su sentencia á la asamblea general del pueblo. Los éforos ó inspectores, llamados asi porque estienden su vigilancia á todos los ramos de la administracion, son en número de cinco, y se renuevan anualmente. Ocupan su empleo al principio del año, que empieza en la luna nueva que sigue al equinoccio de otoño. El primero de ellos da su nombre al año, y asi para recordar la fecha de un acontecimiento, basta decir que pasó ú ocurrió en tiempo de tal éforo. El pueblo tiene el derecho de elegirlos, y de elevar á esta dignidad á los ciudadanos de todos los estados. Desde que los nombra, los mira como sus defensores, y bajo esta consideracion no ha cesado de aumentar sus prerogativas.

Los éforos se toman un cuidado particular de la educacion de la juventud. Diariamente se enteran por sí mismos si los hijos se crian con demasiada delicadeza, les nombran gefes que esciten su emulacion, y se presentan al frente de ellos en una fiesta militar que se celebra en honor de Minerva.

Los magistrados vigilan sobre la conducta de los ciudadanos, y es objeto de su celo y su censura todo aquello que puede atender al órden público y á los usos establecidos: asi es que mas de una vez han reprimido el abuso que hacian de sus talentos los estrangeros admitidos á sus juegos. Un orador ofreció hablar un dia sobre toda suerte de materias, y ellos le arrojaron de la ciudad. Archîloco sufrió en otra ocasion igual suerte, por haberse atrevido á sentar en sus escritos una maxima de cobardia, y casi en nuestros dias el músico Timotéo habiendo dejado absortos á los espartanos con la dulzura de sus cantares, se acercó á él un éforo con un cuchillo en la mano y le dijo: «os hemos condenado á cortar cuatro cuerdas de vuestra lira: ¿de que lado quereis que las corte?»

Los espartanos tienen diversos intereses, algunos que les son comunes con los habitantes de las diferentes ciudades de la Lacónia, y de aqui vienen aquellas dos especies de asambleas, á las cuales asisten siempre los reyes, el senado y las diversas clases de magistrados. Cuando hay que arreglar la sucesion al trono, elegir ó deponer los magistrados, pronunciar sobre los delitos públicos, estatuir sobre los grandes

asuntos de religion ó de la legislacion, la asamblea solamente se compone de espartanos y se nombra asamblea menor. Cada asistente tiene derecho de votar, si es de edad de treinta años lo menos, pues antes no le es permitido hablar en público.

Convócase la asamblea general cuando se trata de guerra, de paz y de alianzas. Primeramente se compone de los diputados de las ciudades de la Lacónia, á los cuales se juntan los de los pueblos aliados y de las naciones que vienen á implorar la asistencia de Lacedemónia. Los reyes y los senadores llevan en ella la palabra comunmente, y su autoridad es de mucho peso, pero aun mas todavia la de los éforos.

CAPÍTULO XLIV.

De las leyes de Lacedemónia.

Cuando llega un viagero á Lacedemónia se cree trasportado á una region nueva. La singularidad de los reglamentos de Licurgo le invita á meditarlos, y en breve queda absorto de aquella profundidad de miras y de aquella elevacion de sentimientos que brillan en la obra de aquel legislador. Indicaré sucesivamente la mayor par-

te de estos reglamentos, hablando lo primero de la distribucion de las tierras. La proposicion que Licurgo hizo sobre esto, irritó los animos, pero al cabo de las mas acaloradas contestaciones, fué dividido el distrito de Esparta en nueve mil porciones de tierra, y en treinta mil el resto de la Lacónia. Cada porcion adjudicada á una cabeza de familia, debia producir ademas de una cierta cantidad de vino y azeite, setenta medidas de cebada para él y doce para su esposa.

Hecha esta operacion, creyó Licurgo que debia ausentarse para dar tiempo á que los ánimos reposasen. A su vuelta halló los campos de la Lacónia cubiertos de montones de mieses todos del mismo bulto, y situados á distancias casi iguales; le parecció ver una gran finca, cuyas producciones acababan de ser repartidas entre hermanos, y ellos creyeron ver un padre que en la distribucion de sus dones no muestra mas amor á unos hijos que á otros.

¿Pero como podria subsistir esta igualdad de bienes? Reservado estaba á Licurgo el intentar las cosas mas estraordinarias y conciliar las mas opuestas. En efecto, por una de sus leyes arregla el número de las heredades por el de los ciudadanos, y por

otra concediendo exenciones á los que tienen tres hijos, y mas aun á los que tienen cuatro, se espuso á destruir la proporcion que quiso establecer, y restablecer la distincion entre ricos y pobres que es lo que se propuso destruir.

Los bienes raices, tan libres como los hombres, no debian ser gravados con impuestos. El estado no tenia tesoro, en ciertas ocasiones los ciudadanos contribuian segun sus facultades, y en otras recurrian á medios tales que probaban su escesiva pobreza. Los diputados de Samos vinieron una vez á pedir en préstamo una suma de dinero; no teniendo la asamblea otro recurso, propuso un ayuno general, asi para los hombres libres, como para los esclavos y los animales domésticos, y el ahorro que esto produjo, se entregó á los diputados.

Todo cedia al genio de Licurgo: empezó á manifestarse la aficion á la propiedad; las pasiones violentas no turbaban ya el órden público, pero esta calma hubiese sido una desgracia mas, si el legislador no hubiese asegurado la duracion de ella. Atento Licurgo al poder irresistible de las impresiones que el hombre recibe en su infancia, y que influyen en el resto de su vida, hacia mucho tiempo que estaba de-

cidido por un sistema justificado en Creta por la esperiencia. Educar á todos los hijos mancomunadamente en una misma disciplina, bajo unos principios invariables, á la vista de los magistrados y de todo el público, á fin de que aprendan sus deberes practicándolos, y que los amen despues de practicarlos; tal es el principal medio que creyó deber poner en uso para consolidar su legislacion sobre la propiedad, asi como los demas reglamentos suyos.

CAPÍTULO XLV.

Educacion y matrimonio de los espartanos.

Las leyes de Lacedemónia cuidan con sumo esmero de la educacion de los niños; mandan que sea pública y comun á los pobres y á los ricos.

Apenas nace un niño le presentan á la junta de los mas ancianos de la tribu, á que pertenece su familia; llaman á la nodriza, y en lugar de lavarle con agua, le dan lavatorio de vino.

Hecha esta prueba, dañosa á los temperamentos débiles, y practicado ademas un reconocimiento riguroso, se pronuncia la sentencia del niño. Si no conviene ni para

él ni para la república, que viva mas tiempo, le echan en una profunda sima; pero si parece sano y bien constituido, se le escoje en nombre de la patria para ser algun dia uno de sus defensores. Vuelto á casa le ponen sobre un escudo, y al lado de esta especie de cuna le dejan una lanza, á fin de que sus primeras miradas se acostumbren á ver esta arma. Jamas aprietan sus miembros delicados con fajas ú otras ligaduras que pudieran embarazar sus movimientos; ni contienen su llanto si se juzga que conviene que le vierta. Le acostumbran insensiblemente á la soledad, á las tinieblas y á la mayor indiferencia acerca de la variedad de alimentos. No se les hace ninguna impresion de terror, ninguna sujecion inutil ni ninguna reprension; entregado del todo á sus juegos inocentes, goza completamente de las dulzuras de la vida, y su dicha apresura el desenvolvimiento de sus fuerzas y de sus cualidades.

La edad de siete años es la época en que acaba comunmente la educacion doméstica. Entonces se pregunta al padre, si quiere que su hijo sea educado segun las leyes: si se niega á ello el padre, queda éste privado del derecho de ciudadano; pero si consiente; el hijo tendrá en lo sucesivo

por ayos, no solamente á sus padres, sino tambien las leyes, los magistrados y todos los ciudadanos. Se encarga de los niños uno de los hombres mas respetables de la república, que los distribuye en diferentes clases, presidida cada una de ellas por un gefe jóven, distinguido por su valor y su prudencia. Los niños deben someterse humildemente á las órdenes que estos les dan, y á los castigos que les imponen por otros jóvenes que han llegado á la pubertad, los cuales usan de disciplinas. La regla se hace mas severa de dia en dia, les cortan el pelo, andan sin medias ni zapatos para acostumbrarles al rigor de las estaciones, y algunas veces se les hace luchar desnudos.

A la edad de doce años dejan la túnica, y se cubren solamente con un manto que debe durar todo el año. Rara vez se les permite el uso de baños y perfumes. Cada cuadrilla se acuesta reunida sobre puntas suaves de unos juncos que se crian en el Eurotas, y que arrancan sin valerse de instrumento. Los alumnos no pueden substraerse ni por un momento, á la vista de las personas ancianas que tienen obligacion de asistir á sus ejercicios y mantener alli el decoro; á la del director general de edu-

cacion ; ni á la del ireno ó gefe particular que manda á cada division. Este ireno es un jóven de veinte años que en premio de su valor y prudencia , recibe el honor de dar lecciones á aquellos que se le confian. Está á su frente cuando lidian, cuando pasan el Eurotas á nado y cuando van á caza ; cuando aprenden á luchar , á correr y á diferentes ejercicios del gimnasio. De vuelta á su casa toman un alimento sano y frugal que ellos mismos se preparan. Los mas robustos recogen y traen leña, los mas débiles yerbas y otros alimentos que han pillado , introduciéndose furtivamente en los huertos y en las salas de los banquetes públicos. Si son descubiertos , unas veces los azotan , y otras se añade á este castigo la prohibicion de acercarse á la mesa : hay ocasiones en que los llevan á un altar , al rededor del cual les hacen dar vueltas, cantando versos contra ellos mismos.

No se dá á los alumnos mas que una ligera tintura de las letras ; pero se les enseña á esplicarse con pureza, á representar en los coros de danza y de música , á perpetuar en sus versos la memoria de los que han muerto por la patria , y la vergüenza de aquellos que la vendieron. En estas poesias se espresan con sencillez las grandes

ideas y con calor los sentimientos elevados.
Los éforos van á verlos todos los dias, y de
tiempo en tiempo van ellos á las casas de
los éforos, quienes examinan si está bien
dirigida su educacion, si se ha introducido
alguna delicadeza en sus camas y vestidos,
y si están en disposicion de engrosar de-
masiado. Este último punto es muy esen-
cial, tanto que se han visto alguna vez en
Esparta magistrados que citaron al tribunal
de la nacion y amenazaron con el destierro,
á ciudadanos, cuya escesiva grosura parecia
ser una prueba de vida desordenada, de
debilidad ó de afeminacion: un rostro afe-
minado seria capaz de avergonzar á un es-
partano: es necesario pues que el cuerpo
en su incremento adquiera agilidad y fuer-
za, conservando siempre justas proporcio-
nes.

He concurrido varias veces á los comba-
tes que dan en el platanisto los jóvenes que
han cumplido diez y ocho años. Hacen los
preparativos en un colegio situado en el
barrio de Terapne; divididos en dos cuer-
pos, uno de los cuales se distingue con el
nombre de Hércules, y el otro con el de
Licurgo, y se adelantan en órden y por
caminos diferentes ácia el campo de batalla.
Al oir la señal, se embisten unos á otros y

se empujan y rechazan alternativamente. Aumentóse luego su ardor por grados; se les ve lidiar á patadas y cachetes; desgarrarse á bocados y tarascadas, continuar una lucha desventajosa; á pesar de las heridas dolorosas, esponerse á perecer antes que rendirse y aumentar algunas veces la arrogancia, al paso que disminuian las fuerzas. Yo vi á uno de ellos á punto de hechar por tierra á su antagonista, esclamar de repente. «Me muerdes como una muger.—No, respondió el otro, te muerdo como un leon.» Presencian la accion cuatro magistrados, que pueden moderar el furor con una sola palabra, y pasa á la vista de una multitud de testigos que unas veces prodigan alabanzas á los vencedores y otras sarcasmos á los vencidos. Termina la lid cuando los de un partido se ven precisados á pasar á nado el Eurotas ó un canal que unido al rio, sirve de recinto al platanisto.

He presenciado tambien otros combates, donde el mayor valor competia con los mas agudos dolores. En una fiesta que se celebra anualmente en honor de Diana llamada Orthia, se situan cerca del altar diez espartanos jóvenes que apenas han salido de la infancia, escogidos entre todas las clases del estado, y los azotan cruelmente hasta

que empiezan á derramar sangre. La sacerdotisa está presente teniendo en sus manos una estatuita de Diana muy ligera. Si los ejecutores ó verdugos se manifiestan piadosos, esclama la sacerdotisa diciendo, que no puede sostener el peso de la estátua; y redoblando entonces los golpes, se hace mas vivo el interés general. Al mismo tiempo se oyen los gritos frenéticos de los padres que exortan á aquellas víctimas inocentes á no proferir el menor quejido, y ellos mismos provocan y desafian al dolor. La presencia de tantos testigos ocupados en notar hasta los menores movimientos, y la esperanza del triunfo concedido al que sufre con mayor constancia, les endurecen de tal manera que se presentan á estos horribles tormentos con faz serena y una alegria irritante. «Acordaos, me dijo Damonax, de aquel muchacho que habiendo escondido el otro dia una zorrilla en su seno, se dejó despedazar las entrañas antes que confesar el hurto, y con esto tendreis una idea mas de la constancia con que sufren el dolor nuestros jóvenes espartanos.»

En muchas ciudades de la Grecia, cuando los jóvenes han cumplido diez y ocho años, dejan de estar bajo la vigilancia de los institutores. Conocia Licurgo de tal ma-

nera el corazon humano, que no podia permitir que se abandonase á sí mismo en aquellos momentos críticos, de los cuales depende casi siempre la suerte de un ciudadano y muchas veces la del estado. Opone pues al desenvolvimiento de las pasiones una nueva sucesion de ejercicios y tareas, y ordena á los jóvenes de Esparta á que se esparzan por la provincia con las armas en la mano, descalzos, espuestos á las intemperies del año, sin esclavos que los sirvan y sin ropa que les preserve del frio; por la noche unas veces toman conocimiento del pais y aprenden los medios de preservarle de las incursiones del enemigo; otras corren tras de los javalies y demas fieras; y otras en fin, con el objeto de ensayar varias maniobras del arte militar, se ponen en acecho y emboscada de dia, y á la noche siguiente acometen y derriban á los ilotas, que preveyendo el peligro, han tenido la imprudencia de salir y encontrarse en el camino.

Las niñas de esparta, educadas bajo diferente método que las de Atenas, no se ven en la precision de estar encerradas, de hilar lana, abstenerse del vino y de comidas fuertes, pero las enseñan á cantar, danzar y luchar entre ellas, á correr con

ligereza por la arena, lanzar con fuerza el tejo ó el venablo; á hacer todos sus ejercicios sin velo y medio desnudas, en presencia de los reyes y de los magistrados y ciudadanos, sin esceptuar ni aun los mancebos, á quienes escitan á la gloria, ya con los elogios lisonjeros ó ironias picantes.

En Lacedemónia no se casan hasta que el cuerpo ha adquirido todo su incremento, y que la razon puede iluminar la eleccion que se hace. Ambos esposos deben reunir á las prendas del alma una hermosura varonil, una estatura ventajosa y una salud robusta. Licurgo, y despues de él los filósofos ilustrados, han mirado con estrañeza que se pusiese tanto cuidado en mejorar las razas de los animales domésticos, y se descuidase absolutamente la de los hombres. Cumpliéronse sus deseos, y con el acierto en la union de ambos sexos, parece haberse añadido á la naturaleza del hombre un nuevo grado de fuerza y magestad. En efecto, no hay cosa mas bella ni mas pura que la sangre de los espartanos.

Hay razones muy poderosas que pueden autorizar á un espartano á no casarse, pero cuando llega á la vejez no debe esperar las consideraciones y consuelos que los otros ciudadanos. Cítase el ejemplo de Der-

cillidas que habia mandado con mucha gloria los egércitos. Habiendo ido á la asamblea, le dijo un jóven: «no me levanto en tu presencia, porque no dejarás hijos que puedan levantarse ante mi un dia.»

CAPÍTULO XLVI.

Usos y costumbres de los espartanos.

Este capítulo es una continuacion del precedente, porque sigue la educacion de los espartanos, digámoslo así, durante toda su vida.

Desde la edad de veinte años se dejan crecer el cabello y la barba. Cuando los éforos entran en el ejercicio de sus funciones, espiden un bando á son de trompeta mandando rasurarse el labio superior y que se sometan á las leyes. Desterrando de su vestido los espartanos toda especie de adorno, han dado un ejemplo que las demas naciones han admirado sin imitarle de ningun modo. Entre ellos nada distingue en lo esterior de la ínfima clase de ciudadanos á los reyes y magistrados. Llevan todos una túnica muy corta, tegida de lana muy burda, y encima se ponen un manto ó capa gruesa. Usan sandálias ú otras especies de

calzado, siendo el mas comun de color rojo. Representan á Castor y Polux con gorras, que juntas la una á la otra por la parte inferior, harian la figura de aquel huevo, de donde se dice que traen su orígen. Tomad una de estas gorras y tendreis la que usan todavia los espartanos.

Las casas son chicas y hechas sin arte: no se deben labrar las puertas sino con la sierra y los techos con el hacha. Sirven de vigas y cuartones troncos de árboles apenas descortezados, y los muebles, aunque no tan rústicos, participan de la misma sencillez, jamas estan amontonados ni sin órden. El régimen de los espartanos es áustero. Un estrangero que los vió tendidos al rededor de la mesa y en el campo de batalla, miraba como mas fácil sufrir tal muerte que pasar semejante vida. Esto no obstante, Licurgo solo ha suprimido de sus comidas lo superfluo, teniendo su frugalidad á la virtud por principio y no la necesidad. Sus cocineros no se ocupan sino en preparar la carne, y les estan prohibidas las salsas, menos el pisto negro, que es una salsa, cuya composicion he olvidado, y en la cual mojan pan los espartanos, prefiriendola á los manjares mas esquisitos. Por la fama que tenia esta salsa, quiso Dio-

nisio el tirano enriquecer con ella su mesa. Hizo venir un cocinero de Lacedemónia, y le mandó que no omitiese gasto alguno: sirviéronle el pisto negro, y apenas le gustó el rey, le arrojó indignado. «Señor, le dijo el esclavo, falta en la salsa una especie muy esencial. —¿Cual es pues? preguntó el príncipe. —Un ejercicio violento antes de comer, contestó el esclavo.»

La Lacónia produce muchas especies de vinos. El que se hace de la uva de una de las cinco colinas, á corta distancia de Esparta, es tan fragante y tan suave como el olor de las flores. En sus convites nunca pasan la copa de mano en mano como se usa en los demas pueblos, sino que cada uno apura la suya, é inmediatamente la llena el esclavo que sirve á la mesa. Tienen licencia para beber cuando lo necesitan, y usan con placer de este permiso sin abusar de él nunca. El espectáculo desagradable de un esclavo que se embriaga, y que suelen ofrecerles á la vista algunas veces, les inspira suma aversion á la embriaguez. Tienen diferentes especies de banquetes públicos, siendo los mas frecuentes los filitias. (1) Reyes, magistrados, simples

(1) Palabra que quiere decir: asociaciones de amigos.

ciudadanos, todos se reunen para tomar su comida en unas salas, donde hay preparadas muchas mesas, las mas veces de cincuenta cubiertos cada una. Comen echados en bancos de roble, con el codo apoyado en una piedra ó en pedazo de madera. Al lado de cada cubierto se pone un migon de pan para enjugarse los dedos.

Durante la comida versa la conversacion sobre rasgos de moral ó ejemplos de virtud. Se cita una bella accion como una noticia digna de llamar la atencion de los espartanos. Los ancianos toman comunmente la palabra, hablan con discrecion y los escuchan con respeto. Asisten á los banquetes las diferentes clases de alumnos sin participar de ellos; los mas jóvenes para pillar mañosamente de las mesas alguna porcion, que parten con sus amigos, y los otros para tomar lecciones de sabiduria y de jocosidad.

Entre los espartanos, los unos no saben leer ni escribir, y otros apenas saben contar: no hay entre ellos la menor idea de geometria, de astronomía y otras ciencias. Los mas instruidos encuentran sus delicias en las poesias de Homero, de Terpandro y de Tirtéo, porque elevan el alma. Su teatro está destinado á los ejercicios, y en

cellos no se representan ni tragedias ni comedias. Algunos en corto número, han cultivado con fruto la poesia lírica, en la cual ha sobresalido Alcmeon que vivia tres siglos hace. Su estilo es dulce y armonioso, aunque tuvo que combatir el duro dialecto dório que se habla en Lacedemónia. Del rasgo siguiente puede juzgarse de su aversion á la retórica. Cuando la guerra del Peloponeso, fué enviado un espartano al sátrapa Tisaferno, para empeñarle á que prefiriese la alianza de Lacedemónia á la de Atenas, y espuso su mision en pocas palabras. Viendo á los embajadores atenienses desplegar todo el fausto de la elocuencia, tiró dos lineas que terminaban en un mismo punto, la una recta y la otra torcida, y mostrándolas al sátrapa, le dijo: escoje.

Dos siglos antes los habitantes del mar Egéo acosados del hambre, se dirigieron á los lacedemónios sus aliados, quienes respondieron al embajador: «No hemos comprendido el fin de vuestra arenga y hemos olvidado el principio.» Nombraron segundo embajador encargándole que fuese mas lacónico, y llegó presentando á los lacedemónios un costal de los que sirven para poner harina, el cual estaba vacío: La asamblea resolvió abastecer á la isla, pero ad-

virtió al diputado que no fuese otra vez tan prolijo. En efecto, les habia dicho que era necesario llenar el saco.

Aunque este pueblo sea menos instruido que los otros, es mucho mas ilustrado. Se dice que de él adquirieron Tales, Pitágoras y otros sabios de la Grecia, el arte de encerrar las máximas de la moral en cortas fórmulas. Lo que yo he visto me ha sorprendido muchas veces. Creia conversar con hombres ignorantes, pero bien pronto salian de su boca respuestas sentenciosas y penetrantes como dardos. Acostumbrados desde niños á esplicarse con tanta precision como energia, callan cuando no tienen que decir alguna cosa interesante, y si tienen mucho que decir procuran disculparse. Acomódase perfectamente á su carácter el estilo sencillo, y le usan frecuentemente en sus conversaciones y sus cartas. Elogiaba uno la bondad del rey Carilao, y respondió otro, diciendo. «¿Como podia ser bueno si lo era tambien con los malos?» En una ciudad de la Grecia dijo en voz alta el pregonero encargado de la venta de los esclavos. «Vendo un lacedemónio—y esclamó este poniéndole la mano en la boca. Decid mas bien un prisionero.»

Unos generales del rey de Persia pregun-

taban á los diputados de Lacedemónia, en que calidad contaban seguir la negociacion, á lo cual contestaron. «Si sale mal, como particulares, y si bien, como embajadores.»

Se observa la misma concision en las cartas que escriben los magistrados y en las que reciben de los generales. Temiendo los éforos que la guarnicion de Decelia se dejase sorprender ó interrumpiese sus egercicios de costumbre, le escribieron unicamente estas palabras. «No os paseeis.» Con la misma sencillez anuncian la derrota mas completa y la victoria mas ilustre. Cuando la guerra del Peloponeso, habiendo sido derrotada su escuadra al mando de Míndaro, por la de los atenienses á las órdenes de Alcibíades, escribió un oficial á los éforos diciendo: «Perdióse la batalla: Míndaro ha muerto: no hay viveres ni recursos.» Poco tiempo despues recibieron una carta de Lisandro general de su egército, concebida en estos términos. «Hemos tomado á Atenas, tal fué la relacion de la conquista mas gloriosa y mas útil para los lacedemónios.

La presencia de los ancianos honra siempre sus asambleas, sus banquetes y sus egercicios públicos. Los demas ciudadanos, y en particular los jóvenes, guardan con ellos las consideraciones que exigirán ellos

mismos cuando lleguen á ser ancianos. La ley les obliga á ceder á cada instante el paso á la vejez, á levantarse cuando se presenta y á callar cuando habla. La escuchan con deferencia en las asambleas de la nacion y en las salas del gimnásio. De este modo los ciudadanos que han servido á su patria, lejos de llegar á serla estraños, al fin de su carrera son respetados los unos como depositarios de la esperiencia, y otros cual monumentos de que se tiene por sagrado conservar los restos.

Las mugeres son altas, fuertes, de salud robusta y en general hermosas; pero su belleza es imponente y severa, de modo que hubieran podido suministrar á Fidias muchos modelos para su Minerva, y apenas alguno á Praxiteles para su Venus. Su vestido consiste en una especie de camisa corta y una túnica que les llega hasta los talones. Las jóvenes obligadas á dedicar todos los momentos del dia á la lucha, la corrida, el salto y otros egercicios penosos, regularmente no llevan mas que un vestido ligero y sin mangas, prendido á los hombros con botones ó corchetes, y cuyo ceñidor le tiene levantado encima de las rodillas. La parte inferior está abierta de cada lado, de manera que la mitad del cuer-

po queda descubierto. Una espartana sale al público con la cara descubierta hasta que se casa, en cuyo caso como quiera que solo debe complacer y agradar á su esposo, sale con velo ; y no debiendo ser conocida sino de él solo , no corresponde á otros el hacer de ella elogios. En ninguna parte son menos observadas las mugeres , ni tienen menos sujecion , ni en parte alguna han abusado menos de su libertad.

Si las mugeres de Esparta son mucho mas adictas á sus obligaciones que las demas mugeres de la Grecia , tambien tienen al mismo tiempo un carácter mas vigoroso que le emplean con feliz éxito en dominar á sus esposos , que las consultan con gusto tanto sobre sus asuntos como acerca de los del estado. Una estrangera decia un dia á la muger de Leonídas. «Vosotras sois las únicas que tomais ascendiente sobre los hombres. —Sin duda, respondió ella, porque somos las únicas que damos hombres al mundo.»

Tienen una alta idea del honor y de la libertad , y á veces la llevan á tal estremo, que entonces no se sabe que nombre debe dar al sentimiento que las anima. Una de ellas escribió á su hijo que se habia salvado de la batalla : «Corren malas nuevas de tí; haz que cesen ó deja de vivir.» En otra

ocasion semejante una ateniense escribió al suyo : «Te doy gracias de haberte conservado para mi.» No menos admiracion causa la respuesta de Argileonis madre del célebre Brasidas. Unos trácios la dieron la noticia de la gloriosa muerte de su hijo, añadiendo que jamas habia dado Lacedemónia un general tan grande. «Estrangeros, les dijo, mi hijo era un valiente, pero sabed que Esparta posee muchos ciudadanos que valen mas que él.»

Aqui la naturaleza está sumisa sin ahogarla, y en ella reside el verdadero valor, por lo cual los éforos decretaron honores distinguidos á esta muger. Pero ¿quien pudiera oir sin estremecerse á una madre, á quien dijeron. «Acaban de matar á vuestro hijo sin haber dejado su puesto;» y respondió inmediatamente. «Que le entierren y ocupe su lugar su hermano.» Otra esperaba en el arrabal la noticia del resultado de la batalla: llega el correo, le pregunta, y la dicen: «Vuestros cinco hijos han muerto. — No te pregunto eso, responde ella; ¿peligra mi patria? — Triunfa. — Pues bien, me resigno gustosa con mi pérdida.»

A esta elevacion de alma, que nuestras mugeres manifiestan todavia por intervalos, continuó Damonax, sucederán en breve

sin destruirla, unos sentimientos bajos, y su vida no será ya mas que una mezcla de pequeñez y grandeza, de barbarie y deleite. Muchas de ellas se dejan ya dominar por el brillo del oro y el atractivo de los placeres. Los atenienses que reprobaban altamente la libertad que se concedia á las mugeres de Esparta, triunfan al ver que esta libertad degenera en licencia. Preciso es confesar que ya no somos lo que éramos hace un siglo. Los unos se engrien impunemente de sus riquezas, y otros corren en busca de los empleos que sus padres se contentaban con merecerlos. No hace mucho tiempo que se descubrió una ramera en las inmediaciones de Esparta, siendo aun no menos peligroso el que hemos visto á Cinisca, hermana del rey Agesilao, enviar á Olímpia un carro de cuatro caballos para disputar el premio de la carrera; los poetas celebrar su triunfo y el estado erigir un monumento en honor suyo.

CAPÍTULO XLVII.

Religion y fiestas de los espartanos.

Los objetos del culto público solo inspiran en Lacedemónia un profundo respeto y un

silencio absoluto. Acerca de este punto no se permiten disputas ni dudas, pues el único dogma de los espartanos se reduce á adorar á los dioses y honrar á los héroes.

Entre los héroes á quienes han erigido templos, altares ó estátuas, se distinguen Hércules, Castor, Polux, Aquiles, Ulises, Licurgo etc. Helena participa con Menelao honores casi divinos, y la estátua de Clitemnestra está colocada al lado de la de Agamenon.

Por todas partes presentan á los dioses víctimas sin mancha y algunas veces con el aparato de la magnificencia; en Esparta con ofrendas de poco valor y con la modestia que conviene á todo suplicante; en otras partes importunan á los dioses con indiscretas y largas oraciones, pero en Esparta unicamente se les pide la gracia de hacer grandes acciones, despues de haber hecho buenas obras, y esta fórmula termina con estas palabras, cuya sublimidad conocerán las almas nobles. «Dadnos fuerza para sufrir la injusticia.»

Los atenienses han creido fijar entre ellos la victoria representándola sin alas; por la misma razon los espartanos han representado alguna vez á Marte y Venus encadenados. Esta nacion guerrera ha dado armas

á Venus y puesta una lanza en manos de todos los dioses y diosas; ha colocado la estátua de la Muerte al lado de la del Sueño para acostumbrarse á mirarla bajo un mismo aspecto, y ha consagrado un templo á las Musas, porque marcha á las batallas al son melodioso de la flauta ó de la lira; otro á Neptuno que conmueve la tierra, porque habita en un pais espuesto á frecuentes oscilaciones, y otro al Temor, porque hay temores saludables, tales como el de las leyes.

Invierten sus horas de descanso en muchas fiestas, siendo algunas de ellas las de Baco, de Apolo y de Jacinto. Estas últimas se celebran en la primavera, particularmente por los habitantes de Amiclas. Se dice que Apolo amaba tiernamente á Jacinto, hijo de un rey de Lacedemónia; que Zéfiro envidioso de su hermosura, impelió contra él el tejo, que le quitó la vida, y que Apolo que le habia tirado, no encontró en su dolor otro consuelo que el de trasformar al jóven príncipe en una flor, á la cual dió su nombre, y con este motivo se instituyeron unos juegos que se celebran todos los años. El primero y tercer dia no presentan mas que la imágen de la tristeza y del luto, pero el segundo es un dia de

júbilo. Lacedemónia se entrega á la embriaguez del gozo en este dia, que lo es de libertad, tanto que los esclavos comen á la mesa con sus amos.

La disciplina de los espartanos es tal que siempre va acompañada de cierta decencia. Aun en las fiestas de Baco, sea en la ciudad ó sea en el campo, nadie tiene atrevimiento de separarse de la ley que prohibe el uso desmedido del vino.

CAPÍTULO XLVIII.

Servicio militar de los espartanos.

Los espartanos estan obligados á servir en el egército, desde la edad de veinte años hasta la de sesenta, y pasado este término estan exentos de tomar las armas, á no ser que entre el enemigo en la Lacónia.

Cuando se trata de levantar tropas, los éforos por medio de los heraldos, mandan á los ciudadanos, desde la edad de veinte años hasta la que señala el edicto, que se presenten á servir en la infantería pesadamente armada ó en la caballería, y se hace la misma prevencion á los menestrales ú operarios destinados en el egército.

Estando divididos en cinco tribus los ciu-

pedadanos, se ha repartido la infanteria pesada en cinco regimientos de á cuatro batallones, compuesto cada uno de diez y seis compañias. Consta cada batallon de doscientos sesenta hombres; y aun de quinientos doce. Ademas de los cinco regimientos existe un cuerpo de seiscientos hombres escogidos, que han decidido algunas veces la victoria. Las principales armas de un infante son la pica y el escudo; no cuento la espada, que es unicamente una especie de puñal que llevan en el cinto, y asi es que fundan toda su esperanza en la pica. Decia un estrangero al ambicioso Agesilao: «¿donde fijais los límites de la Lacónia? —En la punta de nuestras picas;» le respondió.

Los infantes cubren su cuerpo con un escudo de bronce ovalado, escotado por ambas partes, y á veces por una sola, que termina en punta por ambos estremos, y tiene las letras iniciales del nombre de Lacedemónia. Por esta señal se reconoce la nacion, pero es necesaria otra para reconocer al soldado, que está obligado á volver del combate con su escudo, bajo pena de infamia; consiste pues en que lleva grabado en el campo de esta arma el símbolo que le es propio. Uno de ellos se espuso á

las chocarrerias de sus amigos, escogiendo por emblema una mosca de tamaño natural. «Me acercaré tanto al enemigo, les dijo, que el distinguirá esta insignia.» El soldado se viste con una casaca roja, cuyo color se ha preferido á los demas, á fin de que el enemigo no vea la sangre que haga derramar.

El dia de la batalla el rey á imitacion de Hércules, inmola una cabra mientras tocan las flautas la sonata de Castor. En seguida entona el himno del combate, y todos los soldados con la frente coronada, le repiten en coro. Despues de este momento tan terrible como hermoso, se peinan, asean el vestido, limpian sus armas, instan á los oficiales para que los lleven al campo del honor, se animan ellos mismos con rasgos de alegria, y marchan formados al compas de la flauta que escita ó modera su valor. El rey se coloca en la primera fila rodeado de cinco jóvenes guerreros que deben, bajo pena de infamia, esponer la vida por salvar la del monarca, y de algunos atletas que ganaron el premio en los juegos públicos de la Grecia, y miran este puesto como una distincion la mas gloriosa.

Es ignominioso para todo hombre el emprender la fuga, y entre los espartanos lo

es hasta el pensarlo. Los ejemplos de cobardia, tan raros en otro tiempo, entregan al delincuente á todos los horrores de la infamia; de modo que no puede aspirar á ningun empleo; si está casado, ninguna familia quiere enlazar con la suya; y sino lo es, no puede enlazar con ninguna, porque parece que esta nota es capaz de mancillar á toda su descendencia.

Los que mueren en el combate son enterrados como los demas ciudadanos, con el vestido encarnado y un ramo de olivo, símbolo de las virtudes guerreras entre los espartanos. Si se han distinguido ponen sus nombres en sus sepulcros, y algunas veces la figura de un leon; pero el que ha recibido la muerte volviendo la espalda al enemigo, queda privado de sepultura.

En la caballeria no entran mas que hombres sin esperiencia, que carecen de vigor ó celo. El ciudadano rico es quien suministra las armas y mantiene el caballo. Si este cuerpo ha logrado algunas ventajas, las ha debido á los soldados estrangeros de caballeria que Lacedemónia tomaba á sueldo. En general los espartanos quieren mejor servir en la infanteria, porque persuadidos de que el verdadero valor basta por sí mismo, quieren pelear cuerpo á cuerpo.

Estaba yo cerca del rey Archîdamo, cuando le presentaron el modelo de una máquina nuevamente inventada en Sicilia para lanzar los dardos, y despues de haberla visto y axaminado detenidamente, dijo: «se acabó el valor.»

CAPÍTULO XLIX.

Segunda conferencia sobre las leyes de Licurgo.—Causas de su decadencia.

Antes de reunirme con Filotas, que volvió á Atenas al siguiente dia de nuestra llegada á Lacedemónia, quise tener con Damonax segunda conferencia relativa á las leyes de Licurgo.

Una tarde que recayó insensiblemente la conversacion sobre este legislador, afecté en ella menos consideracion ácia este grande hombre. «¿Porque, pregunté á Damonax, estas leyes que antiguamente han sido tan respetadas, ceden hoy dia con tanta facilidad á innovaciones peligrosas? ¿Porque el oro y la plata han forzado entre vosotros las barreras que les oponian, y no sois ya felices como en otro tiempo por las privaciones, y ricos, digamoslo asi, con vuestra indigencia?» Iba á responderme

Damonax, cuando oigo en la calle repetidas voces que decian. «Abrid, abrid,» porque no se permite en Lacedemónia llamar á la puerta. Era Filotas, cuya larga ausencia me tenia sin sosiego. Iba corriendo á darle mis brazos, cuando estaba ya en los mios, y luego le presenté de nuevo á Damonax, que en breve se retiró por atencion.

Filotas habia vuelto por la Argólida, desde la cual hasta Lacedemónia el camino es tan áspero y escabroso, que rendido de cansancio me dijo antes de acostarse. «Sin duda que segun vuestra laudable costumbre, me hareis trepar á algun pericueto para admirar á discrecion las cercanias de esta soberbia ciudad, pues no faltan aqui montañas que facilitan este placer á los viageros.—Mañana, le respondí, iremos á Menelayon, eminencia situada al otro lado del Eurotas. Damonax tendrá la bondad de llevarnos.»

Al siguiente dia por la mañana pasamos el Babix, nombre que se da al puente del Eurotas, é inmediatamente se ofrecieron á nuestra vista los restos de muchas casas construidas en otro tiempo á la izquierda del rio, y destruidas en la última guerra por las tropas de Epaminondas. Mas ade-

lante descubrimos tres ó cuatro lacedemónios embozados con mantos guarnecidos de varios colores y la cara afeitada de un lado solamente. «¿Que farsa representan aquellos? pregunté á Filotas. —Son, respondió Damonax, unos tembladores, llamados asi, porque huyeron en aquella batalla en que rechazamos las tropas de Epaminondas. Su esterior sirve para darlos á conocer, y les humilla tanto que no concurren sino á los parages solitarios, ya veis como huyen de encontrarse con nosotros.»

Despues de haber recorrido con la vista desde lo alto de la colina, aquellas hermosas campiñas que se estienden hasta el medio dia, y los soberbios montes que limitan la Lacónia ácia el poniente, nos sentamos en frente de la ciudad de Esparta. Tenia yo á mi derecha á Damonax y á la izquierda á Filotas, que apenas se dignaba fijar la vista sobre aquel monton de cabañas arrimadas sin órden las unas á las otras. «Tal es sin embargo, le dije, el humilde asilo de esta nacion, donde se aprende tan temprano el arte de mandar y el de obedecer que es todavia mas dificil; de una nacion que nunca se ensoberbeció con las victorias ni se abatió con los reve-

ses; que siempre ha tenido el ascendiente sobre las demas naciones, que desafió á los persas, venció muchas veces á los generales de Atenas, y por último se apoderó de su capital: de una nacion en fin, que no es ni frívola, ni inconsecuente, ni gobernada por oradores corrompidos.»

Al oir estas palabras no pudo Filotas contenerse, y respondió á este elogio de Lacedemónia haciendo severas reconvenciones relativas á los vicios de que adolecen las leyes de Licurgo, la ambicion, el disimulo, la mala fe, la codicia, la crueldad de los espartanos y la disolucion de sus esposas. Cuando hubo acabado, sin perder Damonax su calma natural, tomó la palabra para rebatir tan graves acusaciones. «¿Que nos importa, dijo, el juicio que hace de nosotros una nacion siempre rival y muchas veces enemiga? A nosotros no nos faltan hábiles defensores entre vuestros filósofos é historiadores, aunque durante la guerra vuestros oradores y poetas á fin de animar al populacho contra nosotros, nos han representado bajo un aspecto el mas feo. Vituperad enhorabuena nuestros vicios actuales, pero respetad al mismo tiempo nuestras virtudes. Acerca de nuestro gobierno, siempre sostendré que

entre todos cuantos se conocen, no hay otro mejor que el de Lacedemónia. Este es el dictámen de Platon, genio el mas ilustre de Atenas.»

A continuacion entró Damonax en largos pormenores relativos á las leyes, las costumbres, las guerras y la política de su patria, y todo lo que dijo sobre estos diferentes puntos, obligó á Filotas á admirar sus luces, su imparcialidad y su moderacion sobre todo.

«No obstante, dijo despues de haber atribuido á Lisandro y á Agesilao la decadencia de las leyes de Licurgo; haced el último homenage á nuestras leyes. Por otra parte, la corrupcion que hubiera comenzado por afeminar nuestras almas, entre nosotros ha hecho brotar pasiones grandes y fuertes; la ambicion, la venganza, la envidia del poder y el frenesí de la celebridad. Parece que los vicios se acercan á nosotros con circunspeccion. Aun no se siente en todos los estados la sed del oro, y los atractivos del placer no han invadido hasta ahora mas que á un corto número de particulares. Mas de una vez hemos visto á los magistrados y los generales mantener con rigor nuestra antigua disciplina, y á simples ciudadanos mostrar unas virtudes dig-

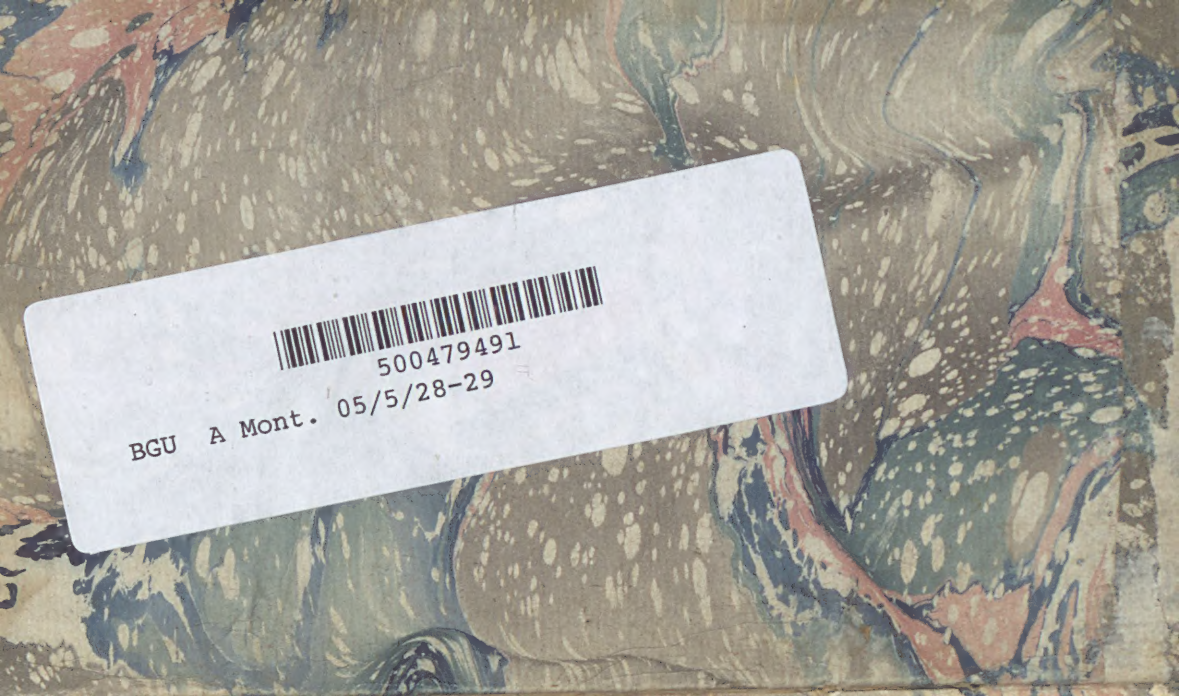
nas de los siglos mas hermosos. Semejantes á aquellos pueblos que situados en las fronteras de dos imperios han hecho una mezcla de las lenguas y de las costumbres de uno y otro, los espartanos estan, digámoslo asi, en las fronteras de las virtudes y de los vicios. Pero no conservaremos por mucho tiempo este puesto peligroso. Cada instante que pasa, nos advierte que una fuerza invencible nos arrastra al fondo del abismo. Yo mismo estoy espantado del ejemplo que os he dado en este dia. ¿Que diria Licurgo, si viese á uno de sus discípulos discurrir, disputar y emplear fórmulas oratorias? ¡Ah! Harto he vivido con los atenienses: no soy mas que un espartano degradado.»

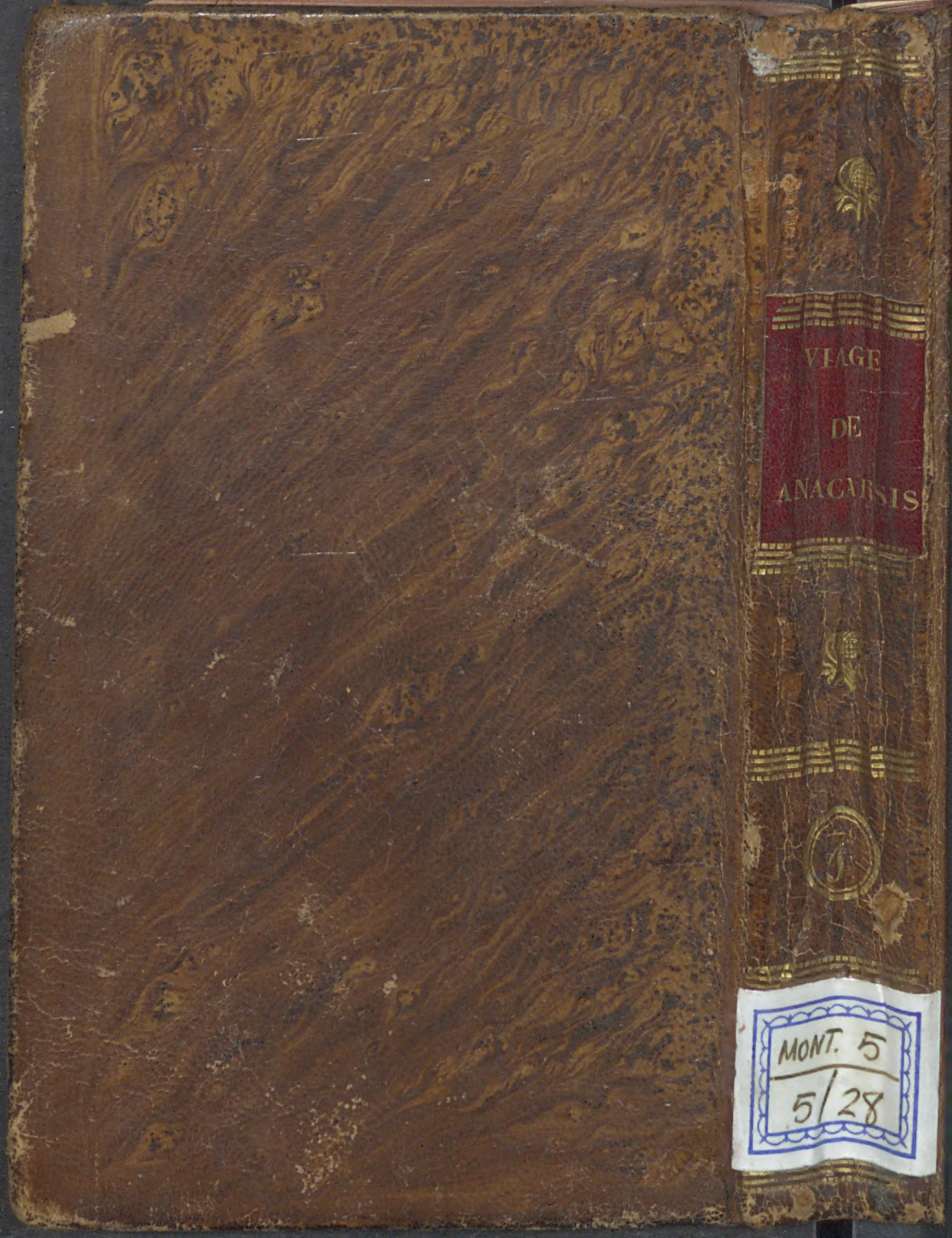
FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA
DE LOS CAPITULOS
CONTENIDOS
EN ESTE PRIMER TOMO.

Fin de la tabla del tomo primero.






VIAGE
DE
ANACARSIS


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm